Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental

Martyn Lyons

Traducción: Julia Benseñor y Ana Moreno

EDITORAS DEL CALDERÓN

Colección *Scripta manent*
Buenos Aires

Lyons, Martyn
Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental. - 1a ed. - Buenos Aires : Editoras del Calderón, 2012.
432 p. ; 23x15 cm. - (Scripta Manent)

Traducido por: Ana Moreno y Julia Benseñor
ISBN 978-987-24602-2-8

1. Historia de la Lectura. 2. Historia de la Escritura. I. Ana Moreno, trad. II. Julia Benseñor, trad. III. Título
CDD 410.09

Fecha de catalogación: 06/06/2012

©Martyn Lyons 2010, 2012

Primera edición en español, Editoras del Calderón, 2012.
Derechos exclusivos de la edición en castellano reservados para todo el mundo
Colección *Scripta manent*

Gelly 3650
C1425CFF – Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.editorasdelcalderon.com.ar

Publicado por primera vez en inglés por Palgrave Macmillan, una división de Macmillan Publishers Limited bajo el título: *A History of Reading and Writing in the Western World*, de Martyn Lyons. Esta edición ha sido traducida y publicada bajo la licencia de Palgrave Macmillan. El autor ejerce su derecho de ser identificado como el autor de esta obra.
Primera edición en inglés, 2010

© Palgrave Macmillan, 2010
© Editoras del Calderón, 2012
© de la traducción en español, Julia Benseñor y Ana Moreno

© Cuadro p. 28 de la obra *Kiss of Lamourette* de Robert Darnton. Copyright © 1990 de Robert Darnton. Usado con el permiso de W. W. Norton & Company, Inc.
© de la traducción del cuadro, Antonio Saborit (impreso con la autorización de Fondo de Cultura Económica, Argentina)

Edición al cuidado de Ana Mosqueda
Diseño de colección y diagramación: Gustavo Wojciechowski
Diseño página de guarda: RoballosNaabCaligrafía

ISBN: 978-987-24602-2-8

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Imprenta: LAF SRL

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

Índice

Lista de cuadros y de ilustraciones | 11
Abreviaturas | 13

1. ¿De qué se trata la historia de la lectura y la escritura? | 17
    Los conceptos que subyacen a la historia de la lectura | 19
    La historia de la escritura | 30
    Metas y objetivos | 32

2. La lectura y la escritura en el mundo antiguo y medieval | 35
    Cultura escrita restringida | 37
    La lógica del alfabeto: culturas orales y escritas | 39
    La lectura y la escritura en la antigua Grecia | 45
    La separación de palabras y la lectura silenciosa | 48
    El códice: una revolución para la lectura y la escritura | 51
    La expansión de la burocracia | 53
    Las márgenes de la cultura escrita | 59

3. La imprenta, ¿fue realmente una revolución? | 61
    El mito de Gutenberg | 63
    Los primeros años de la imprenta | 68
    La "revolución de la imprenta" y su defensa | 74
    La "revolución de la imprenta" bajo la lupa | 77
    Control del daño | 89

4. La imprenta y la Reforma protestante | 93
    Alfabetización protestante | 94
    La Biblia y la lectura en lengua vernácula | 96
    Variaciones en la lectura del mensaje protestante | 103
    Las reacciones católicas | 107
    Los lectores de la Reforma | 114

5. Los libros del Renacimiento y los lectores humanistas | 121
La producción del libro en el Renacimiento | 122
El latín como lengua europea | 125
El lector humanista | 130
Los usos del libro en el Renacimiento | 138
Las bibliotecas: una nueva manera de clasificar el conocimiento | 143

6. La imprenta y la cultura popular | 147
La esquiva búsqueda de la cultura popular |149
Los pliegos de cordel y la *bibliothèque bleue* | 152
Los almanaques | 159
Menocchio y la Inquisición: una microhistoria de la lectura | 163
Cuentos populares: el lobo, la abuela y el cortesano | 166
Escritores comunes | 172

7. El ascenso de la alfabetización en la Edad Moderna, siglos XVII y XVIII | 177
Qué significa "la tasa de alfabetización": deconstruyendo el valor documental de la firma | 179
El contexto social de la alfabetización | 187
La educación básica: formas de aprender a leer y a escribir | 189
La importancia del género y la religión | 193
Ecología de la alfabetización | 197
Políticas de la alfabetización | 200

8. La censura y el público lector de la Francia prerrevolucionaria | 209
La censura en la Francia del Antiguo Régimen | 211
Huyendo de la represión | 216
La monarquía y la Ilustración | 220
El público lector del Antiguo Régimen | 222
La *Encyclopédie* como *best seller* | 226
Filosofía peligrosa y pornografía subversiva | 230

9. La fiebre de la lectura, 1750-1830 | 235
La explosión de la producción impresa | 237
Una revolución de los medios de comunicación | 242
La esfera pública y la "república de las letras" | 245
El público lector, en transición | 252
Los estilos de lectura intensiva y extensiva | 262

10. La época de la lectura de masas | 271
Tecnologías nuevas, producción en ascenso | 273
Formatos más pequeños, precios más bajos | 281
El editor entra en escena | 287
Las bibliotecas, los gabinetes de lectura y las librerías | 293
Los mercados nacionales | 299

11. Nuevos lectores y nuevas culturas lectoras | 303
La lectora, en busca de un espacio propio | 305
Las lectoras y la novela | 308
Las lectoras convencionales y las inconformistas | 312
La lectura de ficción romántica y la lectura feminista | 317
Los lectores de las clases trabajadoras | 322
Las bibliotecas de préstamo y los obreros | 324
La lectura y la autosuperación | 329

12. La democratización de la escritura, desde 1800 hasta la actualidad | 335
El diario íntimo | 336
La correspondencia y las redes familiares | 343
"Escritos ordinarios", autores extraordinarios | 351
La alfabetización vicaria | 357

13. Los lectores y escritores en la era digital | 363
La *pulp fiction* en el siglo XX | 365
Leer bajo las dictaduras | 369
La revolución de las ediciones en rústica | 372

Clubes de libros y grupos de lectura | 374
La lectura y la escritura en la era digital | 381
Los no lectores y el analfabetismo mundial | 387

Bibliografía sugerida | 393

Índice analítico | 401

Lista de ilustraciones y cuadros

ILUSTRACIONES

Fig. 1. El circuito de la comunicación, de *Kiss of Lamourette*, de Robert Darnton. © 1990 Robert Darnton. Con permiso de W. W. Norton & Co., Inc. © traducción de Antonio Saborit, con permiso del Fondo de Cultura Económica. (p. 28)
Fig. 2: La *Biblia* de Gutenberg (p. 71)
Fig. 3: Expansión de la producción impresa (p. 73)
Fig. 4: *Hypnerotomachia Poliphili*, edición de Aldo Manucio, 1499. (p. 83)
Fig. 5: Taller tipográfico del siglo XVII (p. 87)
Fig. 6: *Las Geórgicas* de Virgilio, edición de Aldo Manucio, 1501. (p. 141)
Fig. 7: *Kalendier des Bergers* ('Almanaque de los pastores'), 1491. (p. 162)
Fig. 8: Portada de *Pamela, o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson (edición de 1741). (p. 258)

CUADROS

Cuadro 1: Lengua preferida en los incunables de acuerdo con el país de origen (p. 126)
Cuadro 2: Clasificación del contenido de la *Bibliothèque Bleue*, según Mandrou (p. 154)
Cuadro 3: Tasas de alfabetización en distintos países, 1600-1800 (p. 180)
Cuadro 4: Capacidad de firma por oficio en Caen (Normandía, Francia), 1666 (p. 188)
Cuadro 5: La difusión de la *Encyclopédie* (p. 228)

ABREVIATURAS

AESC	*Annales. Économies, sociétés, civilisations*
AmHistRev	*American Historical Review*
CHBB 3	*Cambridge History of the Book in Britain*, eds. Donald F. McKenzie, David J. McKitterick e Ian R. Willison, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1999-, 7 vols. *Vol. 3, 1400-1557*, eds. Lotte Hellinga y J. B. Trapp.
CHBB 4	Ibíd., *Vol. 4, 1557-1695*, eds. John Barnard y Donald F. McKenzie, con la colaboración de Maureen Bell.
CNRS	Centre National de la Recherche Scientifique
CUP	Cambridge University Press
EHQ	*European History Quarterly*
FCE	Fondo de Cultura Económica
HEF1	*Histoire de l'edition française*, eds. Roger Chartier y Henri-Jean Martin, en colaboración con Jean-Pierre Vivet, París, Promodis y Cercle de la Librairie, 1982-1986, 4 vols. (nueva edición: París, Fayard, 1989-1991). *Tome 1, Le livre conquérant. Du Moyen Age au milieu du* XVIIe *siècle.*
HEF2	Ibíd., *Tome 2, Le livre triomphant, 1660-1830.*
HEF3	Ibíd., *Tome 3, Les temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Epoque.*
HEF4	Ibíd., *Tome 4, Le livre concurrencé, 1900-1950.*
HELE	*Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, eds. Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003.
HLMO	*Historia de la lectura en el mundo occidental*, eds.

	Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid, Taurus, 1997.
HOBA2	*A History of the Book in Australia, 1891-1945: A National Culture in a Colonised Market*, eds. Martyn Lyons y John Arnold, St. Lucia, University of Queensland Press, 2001.
HOBAmerica1	*A History of the Book in America*, ed. David D. Hall, Cambridge (Reino Unido) y Chapel Hill (NC), CUP, North Carolina UP y American Antiquarian Society, 2000-, 5 vols. *Volume 1: The Colonial Book in the Atlantic World*, eds. Hugh Amory y David D. Hall.
HOBAmerica3	Ibíd., *Volume 3: The Industrial Book, 1840-1880*, eds. Scott E. Casper, Jeffrey D. Groves, Stephen N. Nissenbaum y Michael Winship.
HORW	*A History of Reading in the West*, eds. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Cambridge (Reino Unido), Polity, 1999.
HUP	Harvard University Press
IMEC	Institut Mémoires de l'Edition Contemporaine
JMH	*Journal of Modern History*
MSH	Editions de la Maison des Sciences de l'Homme
OUP	Oxford University Press
P&P	Past and Present
PUF	Presses Universitaires de France
PUP	Princeton University Press
UCP	University of California Press
UP	University Press
YUP	Yale University Press

Capítulo 1
¿De qué trata la historia de la lectura y la escritura?

En los albores del siglo XXI, nos hemos convencido de que estamos atravesando una revolución de la información única en la historia. En el campo de la informática, el ritmo al que se producen los cambios nos asombra por su vertiginosidad. Una a una, las tecnologías "revolucionarias" se instalan para caer de inmediato en la obsolescencia: la máquina de escribir eléctrica (¿acaso alguien la recuerda?), el aparato de fax, la videograbadora. Se dice que vivimos en una sociedad de la información, en la que ya no son los ricos y poderosos los "capitanes de la industria" tan admirados allá por el siglo XIX, sino los directores de las grandes corporaciones mediáticas y de la industria del entretenimiento.[1] No sería mala idea adoptar una mirada histórica de los vertiginosos cambios producidos recientemente en las comunicaciones textuales y visuales con el objeto de ponerlos en perspectiva y, a la vez, ser más precisos a la hora de determinar en qué consiste lo novedoso de tales cambios. De hecho, todas las sociedades desde el antiguo Egipto han sido una "sociedad de la información", en el sentido de que quienes controlan y restringen el acceso al conocimiento en cualquier sociedad controlan así un componente clave del poder.

El propósito de este libro es precisamente adoptar esta perspectiva histórica, por demás necesaria, sobre los libros, la lectura y la

1. Jonathan Rose, conferencia pronunciada ante la SHARP (Society for the History of Authorship, Reading and Publishing), Cambridge (Reino Unido), 1997.

escritura en Occidente. En él se plantean las diferentes condiciones que determinaron el acceso a la comunicación textual y los usos a los que se la sometió. Para ello, no se adoptó el punto de vista de los autores (a menudo no identificables) ni el de los editores,[2] escribientes e impresores, si bien su función en la producción de textos ha sido crucial y, por consiguiente, no es soslayada, sino que el foco de interés está puesto en el consumidor antes que en el productor; en otras palabras, se trata de la historia de la literatura y de la comunicación textual en general desde el punto de vista del lector. Se propone mostrar cómo ha cambiado, con el tiempo, la relación de los lectores (y también de los escritores) con sus textos y cómo tales cambios se vieron influenciados por los desarrollos tecnológicos, económicos, políticos y culturales que son fundamentales en la historia de Occidente.

Este libro dedica más espacio a la lectura que a la escritura, pero este desequilibrio refleja simplemente el estado actual de las investigaciones académicas. Mientras que los historiadores culturales han desarrollado enfoques bastante sofisticados para abordar el estudio de la lectura, los investigadores recién están comenzando a comprender la importancia de las prácticas de escritura a todo nivel en las sociedades del pasado. La riqueza de las culturas con escritura apenas está comenzando a salir a la luz. Sin embargo, este libro se ha escrito con la convicción de que ya no debemos separar más el estudio histórico de la lectura del de la escritura, sino que debemos explorarlos juntos e investigar sus conexiones. En esa misma línea de trabajo, también es preciso vincular la historia de la lectura y la escritura con problemas históricos más amplios. Por consiguiente, este libro dedica varios capítulos a

2. N. de la E.: El autor utiliza aquí el término *publisher*, que en inglés diferencia al propietario de la empresa editorial o del *copyright*, del *editor*, el responsable de la edición del libro o de la colección.

algunos de los principales puntos de inflexión en la historia de Occidente, incluidos el Renacimiento, la Reforma protestante y los orígenes de la Revolución francesa, y analiza el papel desempeñado por la producción impresa así como el aporte de la lectura y la escritura en estos hechos históricos.

Este capítulo introductorio pasa revista a las principales ideas y enfoques que se proponen en esta historia de la lectura y la escritura.

LOS CONCEPTOS QUE SUBYACEN A LA HISTORIA DE LA LECTURA

La historia de la lectura se ocupa de todos los factores determinantes de la recepción de textos. Se pregunta qué se leía en una sociedad dada, quién leía y cómo. ¿En qué situaciones sociales leía la gente? ¿Se leía en silencio y a solas, o en voz alta y en grupo? ¿Se leía de manera informal, por mero entretenimiento, de manera fragmentada y sin compromiso, como describió Richard Hoggart al referirse a los lectores ingleses de clase trabajadora de la década de 1950,[3] o se leía de manera obsesiva, dedicada y concentrada en busca de la autosuperación, conocimiento o emancipación? ¿Cuál era exactamente el propósito de leer para los lectores en cuestión: leían para divertirse y evadirse, para aprender, a modo de consulta, por consejo práctico o por devoción religiosa? ¿Releían cuidadosamente unos pocos textos ya ajados de tanta lectura o consumían libros de lectura rápida que luego desechaban, como hacen hoy los lectores de revistas, en una perpetua búsqueda de lo novedoso? Por ejemplo,

3. Richard Hoggart, *The Uses of Literacy: Aspects of Working-class Life*, Harmondsworth (Reino Unido), Penguin, 1958, pp. 238-241.

el historiador Carlo Ginzburg lamenta la desaparición de la "lectura lenta" –en irónica referencia al movimiento italiano en favor de la "comida lenta"– y plantea la necesidad de una lectura y crítica textual minuciosa al tiempo que deplora los cursos intensivos de lectura rápida.[4]

Esta historia de la lectura incluye un estudio de las normas y prácticas que determinan las respuestas de los lectores. Las iglesias, los sindicatos, los educadores y otros grupos decididos a manipular o movilizar a los lectores se ocuparon de promover ciertos modelos de lectura que incluían lecturas recomendadas, reglas y tabúes. ¿Cómo respondieron los lectores a tales circunstancias? Es necesario plantear estas preguntas si queremos evaluar de qué manera los lectores integran sus lecturas al capital cultural o educativo acumulado. En el corazón de esta agenda, se encuentra una investigación acerca de cómo se atribuye significado a los textos. Solo en el acto de la lectura, en esa confrontación del lector con el texto, la literatura cobra vida. La historia del lector, por tanto, es un estudio socio-histórico de los factores que generan significado.

Los exponentes de la Teoría de la Recepción, principalmente alemanes, salieron a la caza del lector en el texto literario mismo. Según esta teoría, enterrado en cada fragmento de literatura se encuentra un lector "implícito" u "oculto".[5] Las novelas le brindan al lector lineamientos en los cuales pueda basar sus juicios, le generan expectativas y ofrecen pistas destinadas a encender su imaginación. A veces, por ejemplo, la novela del siglo XVIII se dirigía al lector en forma directa. El texto, de acuerdo con estos teóricos,

4. Carlo Ginzburg, "L'historien et l'avocat du diable: entretien avec Charles Illouz et Laurent Vidal", *Genèses* 53, 2003, p. 116.

5. Wolfgang Iser, *The Implied Reader: Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyan to Beckett*, Baltimore, John Hopkins UP, 1974; Victor Brombert, *The Hidden Reader: Stendhal, Balzac, Hugo, Baudelaire, Flaubert*, Cambridge (MA), HUP, 1988.

puede abrir diferentes posibilidades interpretativas, lo que supone la participación activa del lector. La presencia del lector –y sus expectativas respecto de una obra de ficción– pueden, así, deducirse a partir del propio texto.

Desafortunadamente, estas ideas carecen de perspectiva histórica. Suponen que los textos literarios son estáticos e inmutables, cuando en verdad se reeditan constantemente a lo largo del tiempo, en diferentes versiones y formatos, y a diferentes precios. Cada reencarnación de un libro apunta a un nuevo público, cuya participación y expectativas son guiadas no solo por los autores sino por las estrategias editoriales, las ilustraciones y todos los demás aspectos físicos del libro.

De cualquier modo, como historiador de la lectura, me interesan menos los lectores implícitos o supuestos que los lectores reales. Estos últimos han dejado registro de sus respuestas en sus propias autobiografías, cartas y diarios o fueron a veces obligados a explicar sus respuestas (por ejemplo, en tiempos de la Inquisición). Mi principal interés no está en las implicaciones de los textos canónicos fosilizados en el tiempo, sino en los lectores de carne y hueso inmersos en circunstancias históricas específicas, que pueden ofrecernos lo que Janice Radway llama "una etnografía empírica del acto de leer".[6] Dos iniciativas, una en Gran Bretaña y la otra en los Estados Unidos, han seguido las huellas de lectores reales y de sus prácticas a través de la historia. La Reading Experience Database o RED –base de datos sobre experiencias de lectura– ha reunido, a partir de fuentes muy diversas, un sinnúmero de detalles sobre las respuestas de lectores concretos de Gran Bretaña durante el período que abarca de 1450 a 1945. El proyecto estadounidense –por cierto bien distinto– se llama "What

6. Janice Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature*, Londres, Verso, 1987, p. 5.

Middletown Read" –Qué se lee en Middletown– y ofrece datos completos sobre quién sacó qué de la Biblioteca Pública de Muncie, Indiana, entre 1891 y 1902. Los resultados de estos dos innovadores proyectos estarán disponibles en Internet; la RED incluso ya puede consultarse.[7]

La lectura es un proceso creativo. El lector no es un receptáculo vacío o transparente sobre el que se imprime automáticamente la "huella" de lo que lee. Los lectores seleccionan, interpretan, reelaboran y reimaginan lo que leen; sus respuestas distan mucho de ser uniformes. El principio de la autonomía del lector es fundamental para la historia de la lectura. En la metáfora de Michel de Certeau, el lector es un cazador furtivo.[8] Los lectores en su condición de consumidores se esconden, por así decirlo, en el texto; son intrusos que entran agazapados a una propiedad ajena para satisfacer sus viles propósitos. La propiedad no es de ellos; el paisaje ha sido meticulosamente pintado por otras manos, pero sin ser detectados, logran tomar lo que necesitan –una liebre aquí, un zorzal allá, o hasta un ciervo, si tienen suerte– y escapar sin dejar ninguna huella en la página. De este modo, el lector concreto insinúa sus propios significados y propósitos en el texto de otro. Cada lector tiene modos silenciosos e invisibles de subvertir el orden dominante de la cultura masificada. Los lectores no son pasivos ni dóciles; se apropian de los textos, improvisan significados personales y establecen conexiones textuales inesperadas. A veces las elites y los publicistas parten de la premisa de que el público es moldeado por los

7. Para obtener información sobre la RED, visite <http://www.open.ac.uk/Arts/RED/index.html> [consulta: 15/1/2011]; y para obtener información sobre "What Middletown Read", consulte (cuando esté disponible) http://www.bsu.edu.middletown/wmr/.

8. Michel de Certeau, *L'invention du quotidien - 1. Arts de faire*, París, Gallimard, 1990, cap. 12 [trad. esp.: *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1980].

productos de consumo que se le ofrecen. Sin embargo, la pasividad del consumidor es una falacia. Tal como sentenció De Certeau sin rodeo alguno: "Siempre es una buena idea recordar que no debemos tratar a las personas como idiotas".[9]

Llegados a este punto, estamos frente a un problema. Si, como este libro propone, los lectores concretos entran en una interacción dinámica con lo que leen y comparten la producción de significado, si además desarrollan interpretaciones privadas que no están en absoluto predeterminadas, ¿cómo habremos de escribir sus historias personales? El peligro radica en que nos enfrentaremos a una multiplicidad de historias individuales, únicas. Si segmentamos la historia de la lectura en una miríada de sujetos libres, capaces de llegar a conclusiones inesperadas, nos encontraremos ante un estado de anarquía subjetiva en la que ninguna generalización es posible o legítima.

Hay maneras de escapar a este dilema. Pierre Bourdieu ofrece una mirada sociológica sobre esta cuestión. De acuerdo con Bourdieu, el lector llega a un texto con un "capital cultural" acumulado, integrado por dos componentes –el capital económico y el capital cultural– que determinan sus preferencias. Bourdieu formuló una pregunta pertinente para el historiador de la lectura, a saber: ¿cuáles son las condiciones sociales que determinan el consumo y la apropiación de la cultura?[10] Algunos componentes socioculturales de clase que son fundamentales, como el nivel de escolaridad de cada uno, producen una competencia cultural que define lo que denominamos "el gusto". En otras palabras, permite al lector "decodificar" una obra literaria, identificar su estilo, período, género o autor. Para Bourdieu, la manera en que adquirimos

9. Ibíd., p. 255.
10. Pierre Bourdieu, *La Distinction: Critique sociale du jugement*, París, Éd. de Minuit, 1979 [trad. esp.: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988].

objetos culturales como libros y el modo en que hacemos uso de ellos constituyen per se signos de clase a través de los cuales nos identificamos con ciertos grupos y nos distanciamos de otros. Algunos lectores compran sus libros en librerías de libros antiguos, mientras que otros optan por las finas reproducciones publicadas por la Folio Society, que a su vez se diferencian de quienes adquieren sus libros en los supermercados o en puestos en los que se intercambian ejemplares de segunda mano. En el proceso de seleccionar y responder ante lo que leemos, según Bourdieu, ejercemos una estrategia de diferenciación y afirmamos nuestra pertenencia a un grupo social o cultural determinado. Los grupos o comunidades sociales comparten un *habitus* común que determina las prácticas culturales y configura las características comunes de todo un estilo de vida.

La sociología de Bourdieu sobre las prácticas de los consumidores nos recuerda que los lectores no están completamente solos: pertenecen a grupos sociales. También pueden pertenecer a "comunidades interpretativas". Stanley Fish, el crítico literario estadounidense, a quien le debemos esta idea, ofrece un correctivo útil de las tendencias anárquicas en la historia de la lectura ya mencionadas.[11] Para adaptar una frase muy trillada, los lectores extraen sus propios significados, pero no lo hacen enteramente a su antojo. Los lectores generan significados como miembros de una comunidad que comparte ciertos supuestos sobre literatura y los elementos que la constituyen. Los miembros de la comunidad lectora tal vez no se conozcan entre sí, incluso quizás ni siquiera sean conscientes de la existencia del otro, y este hecho por sí mismo amplía nuestra idea convencional acerca de una comunidad. No obstante, los miembros de una comunidad lectora comparten un conjunto de criterios para juzgar qué es "buena" o

11. Stanley Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge (MA), HUP, 1980.

"mala" literatura, para clasificar los textos como pertenecientes a ciertos géneros y para establecer sus propias jerarquías de género. Las comunidades lectoras tal vez lean el mismo periódico, pertenezcan a una misma institución –una sociedad literaria o el cuerpo docente de una universidad– o quizás puedan definirse de manera más abierta en virtud de su género o clase social. En función de su perfil como mujeres lectoras u obreros comunistas militantes, puede ser que empleen estrategias interpretativas similares a la hora de atribuir significado a sus lecturas. Por supuesto, los lectores concretos pueden pertenecer a varias comunidades lectoras al mismo tiempo.

Fish no podría salir de su asombro si viera la distancia que separa a los historiadores actuales de su concepto original. James Smith Allen, para dar un ejemplo saliente, tomó la idea de la comunidad interpretativa como punto de partida para su análisis de las cartas de lectores dirigidas a escritores de ficción franceses del siglo XIX.[12] Detectó que, a principios de siglo, las cartas de lectores expresaban cuánto valoraba el público los nobles sentimientos expresados en la ficción. Los lectores concebían a los escritores como hombres de fina sensibilidad aristocrática (así, las cartas que Stendhal recibía estaban dirigidas a "Monsieur de Stendhal"). Los juzgaban de acuerdo con criterios tradicionales compartidos, que exigían ejemplaridad moral y lealtad a las virtudes neoclásicas de la sencillez y la compostura. Fue muy lenta su adaptación a la ética realista, y la correspondencia analizada le dio a Allen la pauta de que durante algún tiempo asociaron el realismo con la inmoralidad. Poco a poco, el impacto de Flaubert y Zola redefinió las expectativas del público. En lugar de elogiar el refinamiento y el gusto delicado de una novela, los lectores comenzaron a mostrarse más

12. James Smith Allen, *In the Public Eye: A History of Reading in Modern France, 1800-1940*, Princeton (NJ), PUP, 1991.

dispuestos a apreciar su energía y potencia. Estos hallazgos –fruto de los valiosos registros directos de la respuesta de los lectores– le dieron forma y dirección al trabajo de Allen.

La noción de Fish, a la que Allen se refiere, es solo un punto de partida. No nos ayuda demasiado a definir las realidades sociales de las comunidades lectoras en el tiempo. Para ello, necesitamos un contexto social. Tal como nos lo recuerda Robert Darnton, la atribución de significado a los textos es una actividad social.[13] Este proceso no es completamente individual ni azaroso, sino que descansa en factores condicionantes más amplios, tanto sociales como culturales. Las expectativas puestas en el libro por los lectores se forman a través de la experiencia social compartida. Tales expectativas también pueden ser alentadas por los editores que adoptan estrategias de *marketing* orientadas a determinadas comunidades lectoras. Esto va más allá de las formulaciones de Fish, pero sus ideas necesitan una amplia interpretación.

Una comunidad lectora puede darse en varios niveles. En un nivel, comparte un bagaje común de imágenes o referencias literarias extraídas de una biblioteca imaginaria común. Así, los primeros migrantes británicos a Australia, frente a las ominosas experiencias de su nueva vida, las vivenciaban a través de las analogías literarias compartidas. Coleridge era un compañero habitual en las largas travesías por mar a Australia, por ejemplo. Los cuadernos y diarios de viaje de los emigrantes rara vez omitían describir una experiencia emblemática: la primera visión de un albatros, seguida de los intentos por matar o cazar un ejemplar, al mejor estilo del "Viejo marinero". "¿Quién puede dudar de sus atributos sobrenaturales? Por cierto no una mujer dueña de un espíritu desapacible, a la que se le repite en forma perpetua la leyenda mágica de Coleridge",

13. Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York, Norton, 1995, p. 186 [trad. esp.: *Los* best sellers *prohibidos en Francia antes de la Revolución*, Buenos Aires, FCE, 2008].

escribió Louisa Meredith, una mujer de 27 años que arribó a Sydney en 1839. Louisa habría de sumergirse en remembranzas de la comunidad lectora de la que se sentía desarraigada. A su perro spaniel lo llamaba Dick Swiveller (por *La vieja tienda de curiosidades*, de Dickens) y salía a cabalgar en sus caballos Touchstone y Audrey (nombres extraídos de *Como gustéis*, de Shakespeare).[14]

La agenda de esta historia de la lectura se confeccionó a partir de la *histoire du livre*, iniciada por Lucien Febvre, de la escuela historiográfica de los *Annales*, y continuada por Robert Darnton y muchos otros. Estos estudiosos mostraron la importancia de colocar la producción literaria en un contexto socioeconómico. Concebían los libros como objetos materiales y comerciales producidos con fines de lucro y lanzados a la búsqueda de lectores. La historia del libro enfatizaba, así, el papel de los impresores, editores y libreros que fabricaban los libros y los acercaban al público lector. Darnton desarrolló la idea del circuito de comunicación (Fig. 1), que se inclinaba, genuflexo, ante el autor, pero hacía también hincapié en los productores y en las redes de distribución que le conferían al libro una realidad material y un significado social.[15] Los fabricantes de papel, los componedores, los encuadernadores, los vendedores callejeros, los contrabandistas de literatura prohibida, los bibliotecarios, los libreros, todos ellos, sumados a otros actores de la cadena de producción, eran ahora objetos de estudio en la investigación histórica. El modelo de

14. Louisa Anne Meredith, *Notes and Sketches of New South Wales During a Residence in That Colony from 1839 to 1844*, Londres, John Murray, 1844, p. 30; y de la misma autora, *My Home in Tasmania or Nine Years in Australia*, Nueva York, Bunce and Brother, 1853, pp. 171 y 292-293.

15. Robert Darnton, "What is the History of Books?". En David Finkelstein y Alistair McCleery (eds.), *The Book History Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002, cap. 2, pp. 9-26; también publicado en Darnton, *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History*, Nueva York, Norton, 1990, pp. 107-136 [trad. esp.: *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, FCE, 2010, pp. 117-146].

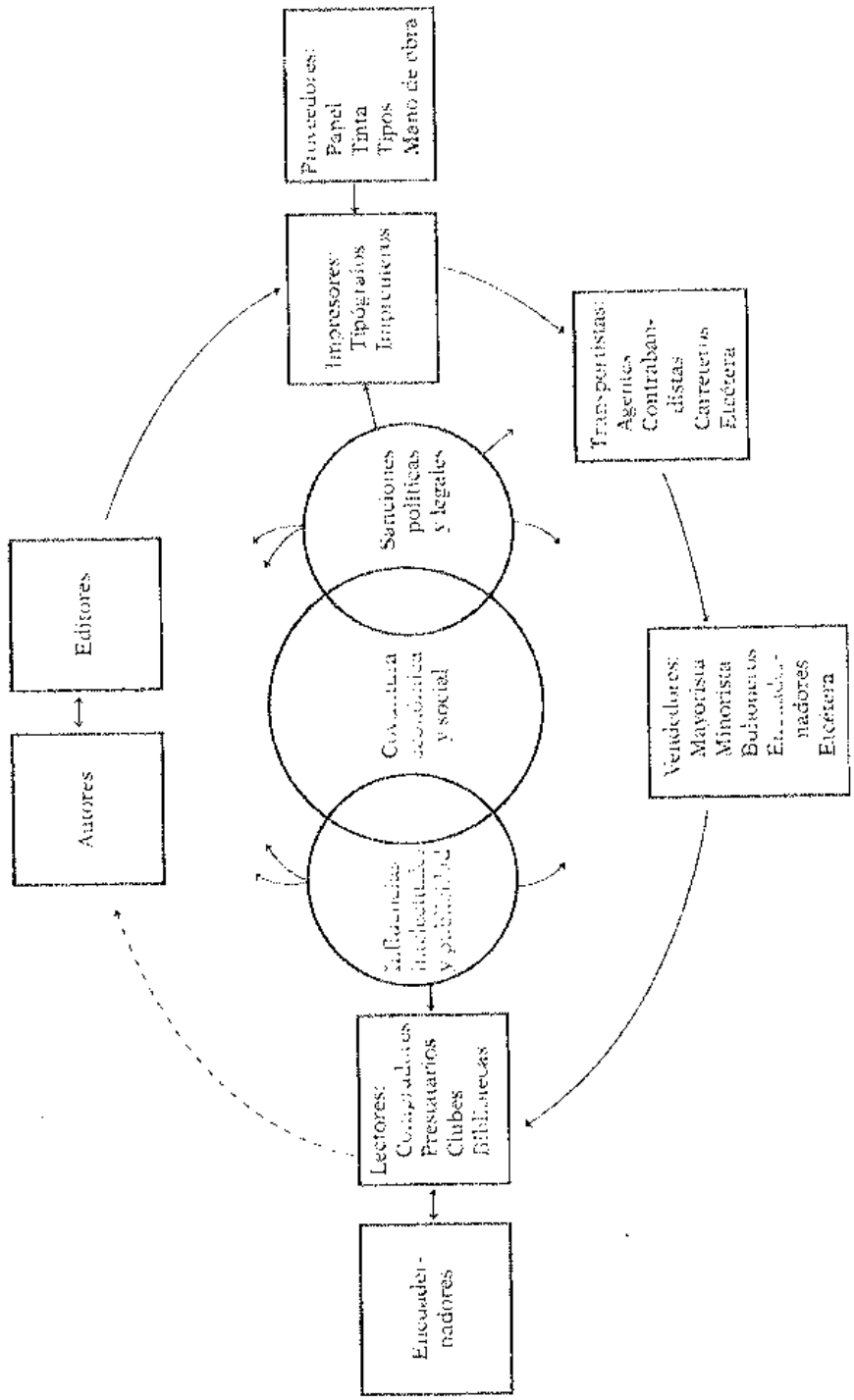


Fig. 1: El circuito de la comunicación, extraído de la obra *The Kiss of Lamourette*, de Robert Darnton. *Copyright* © 1990 de Robert Darnton. Usado con el permiso de W. W. Norton & Company, Inc. © de la traducción del cuadro, Antonio Saborit (con la autorización de Fondo de Cultura Económica, Argentina).

Darnton de transmisión textual invita a la crítica en razón de su anacronismo: refleja la Francia del siglo XVIII, cuando la literatura llegaba a los lugares más remotos de la mano de vendedores ambulantes y se contrabandeaba para evitar la censura, y cuando los libros se vendían con frecuencia en pliegos sueltos para que los lectores los encuadernaran a su gusto.[16] Asimismo, el modelo es impreciso en cuanto a cómo los lectores influyen en los editores. Sin embargo, a pesar de estas críticas, el esquema de Darnton logra destronar al autor de su papel de creador único.

L'histoire du livre también incorpora el estudio de la evolución de otras formas materiales del libro. Los autores, se nos recuerda a menudo, escriben textos; no, libros. Tal como lo explicó Roger Stoddard:

> Hagan lo que hagan, los autores no escriben libros. Los libros no se escriben. Son manufacturados por escribientes y otros artesanos, por mecánicos e ingenieros, y por prensas de imprenta y otras máquinas.[17]

La forma física del texto, en pantalla o en papel, su formato, la disposición del espacio tipográfico en la página son todos factores que determinan la relación histórica entre el lector y el texto. El historiador de la lectura intenta dilucidar las relaciones entre el texto en su forma física, el medio por el cual se lo hizo circular y el significado que le asignan sus lectores. Estas relaciones están determinadas por muchas reglas y restricciones, algunas de las cuales son impuestas por la censura clerical o gubernamental. Existen limitaciones técnicas que deben tenerse en cuenta, así como limitaciones que derivan de la naturaleza del mercado

16. Véase la crítica de Thomas R. Adams y Nicolas Barker, "A New Model for the Study of the Book". En: N. Barker (ed.), *A Potencie of Life: Books in Society*, Londres, British Library, 1993, pp. 5-43.
17. Roger E. Stoddard, "Morphology and the Book from an American Perspective", *Printing History* 17, 1987, pp. 2-14.

de libros en cada período histórico. También podríamos rastrear la invención de la figura de autor como persona jurídica singular que goza, a partir del siglo XVIII, de algunas formas de derechos de propiedad intelectual. Podríamos quizás analizar el papel de la cultura impresa como componente esencial en la formación de una esfera pública a fines del siglo XVIII. Dada la importancia histórica de la producción escrita en la cultura europea y occidental, esta agenda nos concierne a todos los que nos dedicamos a leer y criticar libros.

LA HISTORIA DE LA ESCRITURA

Podemos relatar la historia de la lectura a lo largo de su evolución, desde atributo exclusivo de unos pocos a necesidad de vida para todos. Paralelamente, el mundo occidental aprendió a escribir, y la democratización de la escritura constituye un tema importante de este libro. La lectura y la escritura no fueron procesos simultáneos –en definitiva, la expansión de la práctica de la escritura fue posterior al proceso de difusión de la lectura–, pero en este libro, en la medida de lo posible, se abordarán juntos. La escritura tenía su público y sus formas burocráticas: desde las inscripciones monumentales de la antigua Roma a los escritos de organizaciones gigantescas como la Iglesia católica, la escritura siempre fue un instrumento clave de poder. En la famosa obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Fernand Braudel retrató a Felipe de España en el centro del mayor imperio del que el mundo había sido testigo jamás.[18] Era un imperio organizado, administrado y cohesionado por escritos burocráticos en una escala

18. Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Glasgow, Fontana-Collins, 1975, p. 1236 [trad. esp.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, FCE, 2001].

sin precedentes, objetivo que se persiguió a un ritmo extenuante. Braudel imaginó a Felipe en la cúspide de una red epistolar global como un grafomaníaco abrumado por sus responsabilidades vinculadas al acto de escribir. En la visión de Braudel, la decisión de "escribir el Imperio" llevó a Felipe a convertirse en víctima tanto como en amo del Imperio.

Los escritos del poder siempre generaron temor entre las clases subordinadas, para quienes la escritura representaba el medio a través del cual los gobiernos registraban las tierras y posesiones, imponían tributos, organizaban el servicio militar obligatorio y administraban un sistema legal opresivo. Como la escritura era un atributo de las elites clericales, quienes no sabían leer ni escribir a veces le conferían poderes mágicos. Tal como lo describió Francisco López de Gómara, los indígenas del Caribe que transportaban los documentos de sus amos europeos los colgaban en lo alto de un poste, a prudencial distancia, porque estaban convencidos de que "encerraban algún espíritu y podían hablar, como habla una deidad a través de un hombre y no a través de un medio humano".[19]

Sin embargo, poco a poco los individuos fueron apropiándose de la escritura para satisfacer sus fines personales. La difusión de la tipografía cursiva, vulgarmente conocida como "escritura corrida", facilitó usos más privados e informales de la tecnología de la escritura en la Europa medieval. En el período moderno, la escritura fue adoptada por cada segmento de la sociedad para una amplia gama de propósitos, a veces pragmáticos, a veces íntimos. Hasta para el campesino más humilde, la comunicación escrita era esencial en situaciones de crisis y momentos específicos. Tales situaciones se producían en épocas de grandes migraciones de

19. Carlos Alberto González Sánchez, "Discursos y representaciones de la cultura escrita en el mundo hispánico de los siglos XVI y XVII", *Cultura Escrita y Sociedad* 2, 2006, pp. 35-36.

personas o cuando se veían obligados a separarse de su familia por la guerra o la cárcel. En particular, el siglo XIX fue testigo de una inmensa expansión de la actividad escritora en todos los niveles sociales. De allí que debamos analizar el aprendizaje de la escritura paralelamente a la adquisición de las habilidades lectoras.

METAS Y OBJETIVOS

La historia de la lectura y la escritura persigue cuatro objetivos principales. En primer lugar, nuestra tarea es encontrar al lector destinatario o al público deseado y reclamado por autor y editor. El lector destinatario puede dejar huellas en el texto propiamente dicho, pero las pistas más claras suelen encontrarse en las estrategias comerciales o editoriales elegidas por el editor para llegar al mercado deseado. Las novelas de Walter Scott, por ejemplo, que eran inmensamente populares en la Europa de principios del siglo XIX, a veces se presentaban como historias de amor y a veces como novelas históricas realistas. De manera similar, algunas ediciones de las novelas de Julio Verne enfatizaron su valor pedagógico –las trataban casi como si fuesen lecciones de geografía–, mientras que las ilustraciones a veces arruinaban esta estrategia de *marketing* al poner de relieve la aventura y el suspenso, que atraían a los varones jóvenes. En la elección del precio y el formato, en la calidad del papel y la encuadernación, en el tipo de letra y la diagramación, en la presencia o ausencia de ilustraciones y en las tácticas de *marketing* puede detectarse el lector destinatario.

En segundo lugar, estamos a la caza del lector real y de sus respuestas. Esto implica varias limitaciones, y necesitamos consultar las fuentes normativas, es decir, todas las presiones, prohibiciones e instrucciones a través de las cuales las elites y otras instituciones buscan canalizar y estructurar la lectura de cada individuo y promover lo que creen que *debe* leerse. Sin embargo, para encontrar a los

lectores de carne y hueso debemos sumergirnos en sus autobiografías, ya sean orales o escritas, espontáneas o nacidas de la coacción de un confesor espiritual. Los lectores han escrito acerca de sus lecturas y sus reacciones y, al hacerlo, produjeron material valioso para el estudio de las prácticas de lectura del pasado.

Una tercera meta, por cierto más general, es poner en contexto histórico el encuentro entre el lector y el texto. La forma material del libro es un ingrediente importante a la hora de identificar un mercado y obtener ciertas respuestas de lectura. Los modos en que un texto llega a sus lectores pueden afectar la manera en que se lo recibe. El bagaje y la cultura de cada lector incidirán también en cómo este se apropia del texto. La historia de la lectura será, entonces, el estudio de cómo el lector atribuye significado a los textos y de las normas y prácticas que determinan cómo entendíamos y utilizábamos la literatura en el pasado.

El cuarto objetivo es demostrar la democratización de las prácticas de escritura en todas sus ramificaciones. Esto conlleva la necesidad de explorar de qué manera el creciente dominio de la palabra escrita sirvió a los gobiernos y abrió nuevas posibilidades para la comunicación individual. El acceso a la escritura ha contribuido a la emancipación de los trabajadores y las mujeres. Este proceso liberador ha dependido siempre de la evolución de la escritura como una tecnología en desarrollo. Los múltiples usos de la escritura –burocráticos y religiosos, o domésticos y familiares– forman parte de la historia de la cultura escrita del mundo occidental. Plantean interrogantes acerca de la compleja relación entre las culturas oral y escrita en las sociedades preindustriales.

En esta historia, se destacan varios puntos de inflexión, y las revoluciones que se plantean en el libro ayudan a encuadrar lo que se expone a continuación. Una de las primeras revoluciones fue la invención del códice, cuyas ventajas permitieron poco a poco reemplazar la escritura en rollo. Otra fue la invención medieval de la lectura silenciosa como método normal de apropiación textual,

que gradualmente ocupó el lugar de la lectura como representación oral y actividad comunitaria. Claro que la lectura en voz alta no desapareció; todavía existe en contextos diferentes y específicos, y es importante estar al tanto de ellos. Estas transformaciones se describen en el capítulo 2. El tercer hito lo constituyó la invención de la imprenta, cuyo papel, según se plantea en este libro, ha sido por demás sobrevalorado. La invención de la imprenta se analiza en el capítulo 3, y el papel de los impresos en el Renacimiento europeo, en la Reforma y en los orígenes de la cultura popular moderna se presenta en los capítulos 4, 5 y 6. El capítulo 7 explora el aumento de las habilidades de leer y escribir a lo largo de varios siglos. En los capítulos 8 y 9, se aborda la importancia de la literatura de la Ilustración y su recepción, así como la de la llamada "revolución lectora" de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. El siglo XIX produjo la cuarta revolución en el ámbito de la lectura y la escritura: fue testigo de la industrialización del libro y del advenimiento de la cultura literaria de circulación masiva. Estos temas configuran la temática de los capítulos 10 y 11, mientras que el capítulo 12 está enteramente dedicado a difundir las prácticas de escritura de este período.

Por último, la aparición del texto computarizado nos trae al presente. Algunas reacciones contemporáneas frente al hipertexto evocan misteriosamente las reacciones que en el siglo XV despertaban los impresos y que iban desde desmesurados elogios a la nueva utopía hasta francas profecías de perdición. A pesar de estos paralelismos, la revolución cibernética ha demostrado ser más profunda que la invención de Gutenberg en el sentido de que cambió por completo la forma material del códice tal como prevaleció a lo largo de, por lo menos, 1.500 años. Al mismo tiempo, ha llamado a una participación sin precedentes del lector en el texto, al cambiar la manera en que escribimos tanto como la manera en que leemos.

Capítulo 2

La lectura y la escritura en el mundo antiguo y medieval

Los orígenes de la escritura se han perdido en la bruma de la prehistoria. Desde las primitivas pinturas de los aborígenes australianos en las cortezas de los árboles hasta las pinturas en las cuevas paleolíticas de Lascaux, en el sudoeste de Francia, que datan aproximadamente del año 15000 a. C., los pueblos de la antigüedad venían creando signos e imágenes sobre una gran variedad de superficies y para diversos fines. Ya sea que produjesen sus "textos" para invocar a una deidad o para perpetuar la antigua memoria colectiva, empleaban estos signos para cumplir con algunas de las funciones esenciales de la escritura: querían comunicarse con otros seres, humanos o divinos, y en cierto sentido, esos signos e imágenes eran una representación de su mundo. Las sociedades antiguas hacían dibujos o símbolos gráficos en cortezas, piedras, maderas, arcilla (en Sumeria), papiros (en Egipto), caparazones de tortugas, bambú o seda (todos en China) o en pieles de animales. En algún momento, allá por el año 3500 a. C., el pueblo de Sumeria, en la Mesopotamia (actual Irak), desarrolló una escritura cuneiforme, punzando con tallos vegetales en arcilla blanda. La escritura siempre fue sinónimo de poder, y la riqueza y el poder de Sumeria contribuyeron a difundir la tecnología de la escritura por todo el Oriente Medio.

No obstante, en estas sociedades, el conocimiento de la escritura estaba restringido a una pequeña minoría. Las elites políticas y clericales se arrogaban el derecho exclusivo de producir e interpretar el significado de los signos. En este capítulo, examinaremos brevemente la naturaleza de la cultura escrita restringida, así

como la importancia de la escritura para las sociedades tradicionales. Los antropólogos han planteado que el dominio de la tecnología de la escritura diferenció a las grandes civilizaciones del resto y permitió que se desarrollaran nuevas formas de pensamiento racional. También sugieren la existencia de claras dicotomías entre las culturas orales y las culturas letradas al señalar que la memoria y la conciencia funcionan de manera muy diferente en unas y otras.[1] Pero ¿cómo era la relación entre el mundo alfabetizado y el mundo oral en las sociedades tradicionales? Los modelos polarizados, en los que la cultura escrita expulsa a la oralidad y la ciencia supera a la magia, tal vez sean de escaso valor a la hora de explicar las culturas occidentales de la Antigüedad y la Edad Media. Como se sugiere en este capítulo, es necesario adoptar un enfoque más sofisticado, puesto que las culturas orales coexistieron con la cultura escrita durante siglos, a lo largo de los cuales mantuvieron relaciones tan complejas como dinámicas.

En la Europa medieval, hubo tres desarrollos que transformaron la historia de la lectura y la escritura en el largo plazo. En primer lugar, la aparición del códice en los primeros siglos de la era cristiana le confirió al libro su forma material distintiva y reconocible: en vez del rollo (o *volumen*), comenzaron a utilizarse páginas individuales, apenas unidas entre sí en uno de sus lados.

1. Jack Goody (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1968 [trad. esp.: *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa, 1996]; J. Goody, *The Logic of Writing and the Organization of Society*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1986 [trad. esp.: *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1990]; para obtener un panorama más detallado, véanse J. Goody, *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1977 [trad. esp.: *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 1985]; Walter J. Ong, *Orality and Literacy: The Technologizing of the Word*, Londres, Methuen, 1982 [trad. esp.: *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México y Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1987].

En segundo lugar, la aparición de una manera coherente de separar las palabras cambió el formato de los textos y contribuyó a transformar la lectura silenciosa en el modo normal de apropiación textual. Así, los llamados "Siglos Oscuros" fueron responsables de dos innovaciones culturales trascendentales: la adopción del códice y la difusión de la lectura silenciosa. En este capítulo, analizaremos qué importancia tuvo el cambio del rollo al códice y qué fue lo que posibilitó la invención de la lectura silenciosa. Por último, el auge de las monarquías medievales creó nuevos usos burocráticos de la escritura en el campo del derecho, la administración y la contabilidad.

CULTURA ESCRITA RESTRINGIDA

En el mundo de la "cultura escrita restringida", como lo denominó Jack Goody, solo una pequeña minoría de la aristocracia o clase alta sabía leer y escribir, mientras que la masa de la población vivía en las "márgenes de la cultura escrita".[2] Saber leer y escribir era un privilegio exclusivo de los terratenientes y la elite clerical. Se ha calculado que en el Egipto antiguo apenas el uno por ciento de la población sabía escribir, y este grupo reducido estaba formado por el Faraón, sus cuadros administrativos, los líderes del ejército, tal vez sus esposas y los sacerdotes.[3] El control monopólico de las elites a veces se veía más fortalecido por la naturaleza misma de la escritura. En China, por ejemplo, una persona necesitaba dominar alrededor de 3.000 caracteres diferentes para adquirir un alfabeto básico y

2. Goody, *Literacy in Traditional Societies*, pp. 11-24.
3. Pascal Vernus, "Les lieux de l'écrit dans l'Egypte ancienne". En: *Le Grand Atlas des Littératures*, París, Encyclopaedia Universalis, 1998, p. 338.

quizás unos 50.000 para que fuese considerada plenamente alfabetizada.[4] Este aprendizaje podía llevar toda una vida, y solo la aristocracia gozaba del tiempo libre necesario para perseguir metas tan eruditas.

La escritura tenía una cualidad mágica y un propósito religioso. Daba acceso privilegiado a los misterios divinos, tanto como el latín habría de hacerlo en la Iglesia medieval. La escritura les permitía a los seres humanos comunicarse con sus dioses. Así es como los especialistas explican las inscripciones halladas en el interior de las tumbas egipcias: una vez que las tumbas quedaban amuralladas, ningún ser humano leería sus mensajes. Al mismo tiempo, los dioses podían escribirles a los mortales, como cuando el rey Belsasar de Babilonia vio "la escritura en la pared" y le pidió a Daniel que descifrara las que habrían de ser sus profecías de desgracia. De manera similar, cuando Moisés bajó del Monte Sinaí con las tablas de la ley, se dio por sentado que las inscripciones de los mandamientos eran de origen divino. Estos textos se convirtieron en puntos de referencia permanentes: habían emanado de Dios y tenían autoridad, aun cuando los fieles no siempre comprendieran su lenguaje arcaico.

Muchos textos sagrados provienen de fuentes orales, pero su fuerza nace del hecho de que son registros escritos de la sabiduría divina. Gran parte del Nuevo Testamento consiste en frases y sermones recogidos y escritos por los evangelistas, mientras que el Corán contiene también revelaciones divinas de Alá transmitidas a un escribiente por Mahoma, que supuestamente era analfabeto. La escritura dio resonancia a las religiones y expansión al poder. Tal como lo expresó Goody: "Las religiones

4. Jack Goody y Ian Watt, "The Consequences of Literacy". En: Goody, *Literacy in Traditional Societies*, pp. 27-68 [trad. esp.: "Las consecuencias de la cultura escrita". En: Goody, *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, pp. 39-82].

con escritura (como el cristianismo, el islamismo y el judaísmo) [...] son, en general, religiones de conversión [...]. Pueden esparcirse como la miel".[5]

El conocimiento de la escritura era un instrumento del poder burocrático y sacerdotal. Los sacerdotes o chamanes alegaban que solo ellos podían interpretar las escrituras divinas que contenían los libros sagrados o, como creían los habitantes de la Mesopotamia, las que se inscribían en las entrañas de los animales después del sacrificio ritual. Saber leer la palabra escrita convertía a estos expertos en intermediarios privilegiados entre la existencia terrenal y la vida en el más allá. En algunas sociedades, los sacerdotes fueron los primeros archivistas: almacenaban textos y al mismo tiempo se reservaban para sí el acceso privilegiado a ellos. Las genealogías de las tribus de Israel estaban consagradas por escrito, y las leyes del Levítico definieron para siempre las prácticas religiosas del judaísmo.

LA LÓGICA DEL ALFABETO: CULTURAS ORALES Y ESCRITAS

Los antropólogos afirman que la escritura impone su propia "lógica"; en otras palabras, alienta el pensamiento y el razonamiento lineales al modificar los procesos de pensamiento y al posibilitar el surgimiento de organizaciones sociales y políticas más sofisticadas. La escritura permitió a los gobiernos ejercer su autoridad a distancia, aplicar las formas impersonales de la ley y mantener registros sistemáticos de las decisiones previas. Facilitó la recaudación impositiva, las transacciones comerciales y la administración de los sistemas jurídicos. No solo fortaleció de manera sustancial el poder de todos los Estados, sino que, según

5. Goody, *The Logic of Writing*, p. 5.

Jack Goody y Walter Ong, reestructuró la manera en que pensamos. Nos hizo más conscientes del pasado y permitió que los individuos desarrollaran un pensamiento crítico respecto de las tradiciones colectivas arraigadas. Ayudó a que la ciencia se impusiera por sobre el mito; y la razón, por sobre la costumbre. La escritura fue parte integral de la sociedad occidental y de sus valores.

De acuerdo con esta línea de pensamiento, la introducción de la escritura alfabética fue un avance decisivo que tornó más accesible la posibilidad de aprender a leer y escribir. Los chinos usaban ideogramas ("caracteres"), los egipcios dibujaban jeroglíficos, y los cretenses del año 2000 a. C usaban el sistema lineal A, una combinación de signos e ideogramas cuyos códigos siguen siendo en la actualidad un misterio insondable. La trascendencia del alfabeto fonético residió en el hecho de que, a diferencia de estos otros sistemas de escritura, sus signos representaban sonidos que emanaban de la voz humana. Esta invención le dio a la escritura el potencial de llegar a un público más amplio por primera vez en la historia. El alfabeto griego, desarrollado en los siglos VI y V a. C., a veces ha sido considerado la llave que permitió abrir, para el mundo occidental, el cofre en el que se guardaban los secretos de la escritura. Al vincular letras y sílabas con la pronunciación de vocales y consonantes específicas, el alfabeto socavaba el monopolio del conocimiento en manos de la elite. A diferencia de los ideogramas chinos, su aprendizaje no llevaba toda una vida.

Este énfasis puesto en el alfabeto griego como único crisol de la racionalidad moderna exige una corrección; de hecho, algunos de sus promotores han reconocido que su reivindicación bien puede ser acusada de eurocentrista.[6] Los alfabetos fonéticos existían en otros

6. David R. Olson, *The World on Paper: The Conceptual and Cognitive Implications of Writing and Reading*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1994, p. 66; Jack Goody, *The Interface between the Written and the Oral*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1987, pp. 62-64.

lugares, por ejemplo, en donde se hablaban lenguas semíticas como el hebreo y el arameo, aunque estas solo tenían consonantes. Los griegos no fueron ni la primera ni la única sociedad que produjo un alfabeto fonético. En realidad, tomaron la idea de los fenicios y le agregaron sus propias vocales. Más aún, no debe sobreestimarse el grado de cultura escrita que imperaba en la Grecia antigua. Esparta, por ejemplo, tuvo escaso contacto con la cultura escrita. Por cierto, solo una minoría urbana de atenienses (excluidos los campesinos y esclavos) sabía leer y escribir rudimentariamente. Pero esto no alcanza para decir que había circulación de libros: si bien Aristóteles acumuló una afamada biblioteca, esto era algo excepcional; y de cualquier modo, el papel era un bien muy escaso en Grecia.[7] De acuerdo con Rosalind Thomas, decir que los atenienses sabían leer y escribir significa, antes bien, que podían entender las inscripciones públicas.[8] La Grecia antigua fue una cultura preponderantemente oral, y muchos miembros de la sociedad ateniense vivieron en las márgenes de la cultura escrita.

Goody y Ong postularon la existencia de un vínculo entre el conocimiento del alfabeto y el avance del pensamiento científico abstracto, pero esta hipótesis puede refutarse. Sociedades sin alfabeto y sin una alfabetización extendida lograron, sin embargo, un sofisticado nivel de comprensión del mundo. La China antigua, por ejemplo, era una sociedad no alfabética con un conocimiento científico relativamente avanzado.[9] Para citar otro ejemplo, los intrépidos marinos polinesios navegaban miles de millas por el Pacífico: alcanzaron un profundo conocimiento de la geografía del océano mucho antes de la existencia de los mapas; el capitán

7. Luciano Canfora, "Lire à Athènes et à Rome", *AESC* 44-4, 1989, p. 930.
8. Rosalind Thomas, *Oral Tradition and Written Record in Classical Athens*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1989, pp. 30-31.
9. Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1954-1959.

James Cook no solo respetaba ese conocimiento sino que a menudo lo consultó.

En las culturas orales, los hablantes narran sus historias de manera diferente de como lo hacemos en una sociedad alfabetizada. De acuerdo con el análisis de Ong, los narradores orales tienden a la repetición y a la redundancia. Dependen de la memoria, que, por muy prodigiosa que sea, necesita indicadores ("recursos mnemotécnicos") a lo largo del relato que los vayan guiando y les refresquen la memoria acerca de qué es lo que sigue. El ritmo y la rima son dos técnicas que estructuran la memoria de esa manera. En las narraciones orales, las palabras tienen mucha fuerza, pero la estructura es "acumulativa antes que analítica": según Ong, solo en la escritura puede lograrse cabalmente distancia y reflexión crítica.[10]

No obstante, es difícil aceptar el postulado de una clara polarización entre lo oral y lo escrito. Cuando Ong menciona de manera tan desconcertante a algunas sociedades que todavía tienen una "oralidad residual", la frase que utiliza parece referirse a material sobrante y no a una cultura dinámica.[11] Esta expresión sería una manera poco feliz de reconocer la histórica e inevitable dificultad para marcar con precisión el límite entre las formas oral y escrita de transmisión cultural.

¿Acaso la cultura escrita anula la oralidad condenándola a una mera existencia residual? Existen múltiples formas de contacto, unas veces basadas en el conflicto y otras, en el intercambio recíproco. En algunos casos, como cuando un poder imperialista letrado vence a un pueblo autóctono no alfabetizado, la relación entre ambos es muy desigual. La colonización británica de Australia, por ejemplo, dejó como huella una profunda erosión

10. Ong, *Orality and Literacy*, pp. 32-67.
11. Ibíd., pp. 68-69.

lingüística. En 1788, los australianos hablaban entre 200 y 650 lenguas autóctonas. Dos siglos después, solo ocho habían logrado sobrevivir, si excluimos aquellas habladas únicamente por familias o grupos muy reducidos.[12]

Nueva Zelanda es otro ejemplo interesante del encuentro entre las sociedades orales y con escritura. A principios del siglo XIX, los colonos y misioneros británicos intentaron alfabetizar a los maoríes. Inventaron un alfabeto maorí, les enseñaron a leer e imprimieron la Biblia en su lengua. Sin embargo, la cultura de los maoríes siguió basándose en la palabra oral antes que en la escrita, tal como había sido durante siglos. En 1840, 46 jefes maoríes de la isla del norte de Nueva Zelanda firmaron un tratado con los británicos en Waitangi, que estos últimos interpretaron como un acuerdo firme por el cual el pueblo maorí cedía soberanía en favor de la Corona. Pero no es en absoluto claro que los líderes maoríes hayan dado la misma importancia a su "consentimiento" escrito. Para ellos, eran mucho más importantes las argumentaciones y discusiones orales durante las cuales planteaban sus quejas. Tal como luego lo expresó uno de los jefes: "Las palabras del Pakeha [el hombre blanco] flotan livianas, como la madera del *wahu* y siempre están para ser vistas, mientras que las palabras de los maoríes caen pesadas al fondo como piedras".[13] En esta historia de malentendidos culturales, la escritura se usó con fines expropiatorios ante un pueblo predominantemente "oral". Las culturas orales y con escritura parecen coexistir casi en universos paralelos.

12. William Eggington, "From Oral to Literate Culture: An Australian Aboriginal Experience". En: Fraida Dubin y Natalie A. Kuhlmann (eds.), *Cross-Cultural Literacy: Global Perspectives on Reading and Writing*, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, 1992, p. 82.

13. Donald F. McKenzie, "The Sociology of a Text: Orality, Literacy and Print in Early New Zealand". En: David Finkelstein y Alistair McCleery (eds.), *The Book History Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002, cap. 13, p. 206.

No obstante, a pesar de la dominación colonial, las culturas orales pudieron retener su vigencia.

La cultura oral tenía su propia lógica. Platón y Sócrates pensaban que el acto de aprender y enseñar dependía de la transmisión oral y que solo podía darse en un diálogo cara a cara entre el maestro y el alumno. El método de enseñanza socrático se basaba en una interacción muy personal de preguntas y respuestas entre el maestro y su discípulo. Hasta donde se sabe, Sócrates no escribió ningún libro –conocemos sus ideas de segunda mano, a través de obras como *La República* de Platón– y seguramente se mostraría escéptico ante la caprichosa obstinación académica de hoy día en relación con el aprendizaje basado en Internet, que elimina ese diálogo verbal al que él le asignaba una importancia capital. El problema era lo que la escritura dañaba: la capacidad de memorización, que en algunas sociedades orales estaba altamente desarrollada. En cualquier grupo, la memoria oral de los mayores constituía un vasto reservorio de historia y tradición. Como bien lo resumió un hombre de Malí: "En África, cada vez que muere un anciano, es como si se incendiara una biblioteca".[14] Además, la escritura pone distancia entre las personas, de modo que resulta incapaz de responder en forma directa a la crítica y a las objeciones y de esgrimir sus defensas ante las preguntas, tal como lo hace un orador. Más tarde, en las universidades medievales de Europa, la enseñanza de la retórica representó la continuidad del énfasis tradicional puesto sobre la comunicación oral como arte erudito y poderoso método de persuasión.

Existe el supuesto de que aprender a leer y escribir es un indicador de modernidad y progresismo. Pero en muchas sociedades premodernas, coexistían lo oral y lo escrito; su relación a veces era de confrontación y rara vez estaban en pie de igualdad, pero a

14. Jacques Dournes, "Oralité et mémoire collective". En: *Le Grand Atlas des Littératures*, p. 86.

menudo mantenían una relación de reciprocidad. A diferencia de los antropólogos, los historiadores no han encontrado pruebas que respalden la idea de una ruptura decisiva entre la literacidad y la oralidad. El ejemplo de la antigua Grecia permite ilustrar someramente algunos aspectos de las relaciones entre la palabra escrita y la palabra oral en las sociedades antiguas.

LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN LA ANTIGUA GRECIA

A diferencia de las lenguas semíticas, el griego se escribía y leía de izquierda a derecha. La escritura era fonética, sin ortografía homogénea. Los griegos escribían en *scriptio continua*: es decir, de corrido, sin espacios entre las palabras y con cortes de renglones que no respetaban el final de una palabra. Esta escritura carente de puntuación era difícil de leer, pero se tornaba comprensible cuando se la oralizaba, y era el acto de decir el texto en voz alta lo que le daba significado. La lectura en la antigua Grecia era concebida como una representación oral, sobre todo en el caso de las recitaciones de poesía ante una audiencia privada (el llamado "simposio"). Aunque por supuesto existía la lectura silenciosa, esta era una actividad marginal en el mundo grecorromano. El escritor escribía para crear sonido, y su misión estaba completa solo cuando su texto era transformado en palabra hablada. De acuerdo con Jesper Svenbro, los griegos a veces pensaban en el escritor y el lector como una pareja homosexual, en la cual el lector era el instrumento necesario pero pasivo del escritor.[15] Para los griegos, entonces, escribir era

15. Jesper Svenbro, "Archaic and Classical Greece: The Invention of Silent Reading". En: *HORW*, pp. 45-46 [trad. esp.: "La Grecia arcaica y clásica: la invención de la lectura silenciosa". En: *HLMO*, pp. 57-94].

como componer música: significaba poco hasta que alguien le ponía voz o sonido.

El filósofo Antístenes enseñaba que el conocimiento debía inscribirse en la mente y no en el papel.[16] Los grandes historiadores griegos Heródoto y Tucídides produjeron historias basadas por primera vez en documentos escritos, pero también se apoyaron en fuentes orales, y Heródoto leyó su historia en representaciones públicas.[17] *La Ilíada* de Homero, que apareció alrededor de 700 a. C., se basaba en una larga tradición de composición oral hecha por bardos. De hecho, en el siglo XX, los estudios homéricos cambiaron cuando se advirtió que este poema épico era, esencialmente, una composición oral sin un autor identificable. A pesar de la creciente importancia de la escritura en la Atenas del siglo IV, el peso de la comunicación oral no disminuyó.

El hecho de que Platón lanzara una polémica contra el uso de la escritura en la educación sugiere que su uso estaba extendiéndose. Los atenienses usaban la escritura para diversos propósitos de índole práctica. Empleaban piezas de cerámica para todo tipo de anotaciones: eran una suerte de papel borrador.[18] Escribían contratos comerciales y transacciones de propiedades. En tiempos de Solón, en los siglos VII y VI a. C., se produjo un cambio del derecho consuetudinario al derecho escrito. Las piedras hipotecarias (*horoi*) daban cuenta de la existencia de una deuda sobre la tierra y eran quitadas del terreno cuando se terminaba de pagar todo lo que se adeudaba. Los tribunales comenzaron a admitir la palabra escrita como prueba, pero no necesariamente era considerada más confiable que el testimonio

16. Thomas, *Oral Tradition and Written Record*, p. 33.
17. Rosalind Thomas, *Literacy and Orality in Ancient Greece*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1992, p. 125.
18. Ibíd., p. 83.

oral. Alrededor del año 405 a. C., se creó un archivo en Metroon, donde se almacenaban documentos en diversos soportes: piedras estelas (*stelai*), tablillas de madera y rollos de papiro. Pero había que saber dónde buscar si uno quería consultar el archivo. Los expedientes judiciales se guardaban simplemente en jarros que luego eran sellados: costumbre por demás alejada de las modernas prácticas de almacenamiento y recuperación de la información.[19] La alfabetización de las mujeres siguió siendo algo excepcional. De acuerdo con Menandro, "Quien enseña el alfabeto a una mujer [...] está dándole veneno a una terrible serpiente".[20]

Si seguimos la línea de Paul Zumthor, podemos pensar en tres categorías de culturas orales.[21] En un extremo del espectro, están las sociedades en las que la escritura está del todo ausente, que históricamente pueden haber abarcado parte del Pacífico y el África subsahariana; en el extremo opuesto, se encuentran las sociedades, como las del Occidente de la modernidad, en las que hay un claro predominio de la cultura escrita y la comunicación oral se ve desplazada hacia las márgenes. En algún punto entre ambos extremos, hay un tercer grupo de culturas mixtas, en las que coexisten las culturas oral y escrita, que se influencian mutuamente. La Atenas clásica y la Europa medieval son ejemplos de tales híbridos.

19. Thomas, *Oral Tradition and Written Record*, p. 80.
20. Guglielmo Cavallo, "La alfabetización en Grecia y Roma". En: Antonio Castillo Gómez (coord.), *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón, Trea, 2002, p. 77.
21. Paul Zumthor, "Littératures de la voix". En *Le Grand Atlas des Littératures*, p. 70.

LA SEPARACIÓN DE PALABRAS Y LA LECTURA SILENCIOSA

Si bien la lectura silenciosa ciertamente existía en la Antigüedad,[22] a principios de la Edad Media comenzó a producirse un cambio decisivo en la historia de la lectura. En las *Confesiones* de San Agustín, el autor manifiesta su sorpresa cuando observa a San Ambrosio, obispo de Milán, leyendo exclusivamente en silencio porque "cuando leía, sus ojos recorrían las páginas y su corazón profundizaba el sentido, pero la voz y la lengua descansaban".[23]

"Quizás", pensó Agustín, "Ambrosio se está cuidando la voz o está cansado de que lo importunen con preguntas sobre cuestiones eruditas y está enviando la señal de que no quiere ser interrumpido durante algún tiempo". Agustín no podía hallar una buena razón que explicara el comportamiento de Ambrosio, ya que concebía la lectura como una actividad oral que comprometía a toda una comunidad textual en un esfuerzo compartido por entender las Escrituras.

En el siglo VII, Isidoro de Sevilla declaró que la lectura en voz alta obstaculizaba la comprensión del texto y recomendó la lectura en silencio, en la que los lectores movieran los labios y murmuraran el texto.[24] Esto indica una transición de la lectura en voz alta a una apropiación más individual del texto. La lectura en voz baja era considerada cada vez más una ayuda para la meditación profunda y la memorización.

22. Bernard M. W. Knox, "Silent Reading in Antiquity", *Greek, Roman and Byzantine Studies* 9:4, 1968, pp. 421-435.
23. Nicholas Howe, "The Cultural Construction of Reading in Anglo-Saxon England". En: Jonathan Boyarin (ed.), *The Ethnography of Reading*, Berkeley (CA), UCP, 1993, pp. 59-60.
24. Paul Saenger, "Silent Reading: Its Impact on Late Medieval Script and Society", *Viator: Medieval and Renaissance Studies* 13, 1982, pp. 383-384.

De acuerdo con Paul Saenger, a partir del siglo VII aproximadamente, la separación de palabras contribuyó, en gran medida, a la difusión de la lectura individual en silencio.[25] En el mundo antiguo, tal como vimos, los textos en latín y griego solían escribirse en forma continua, con letras mayúsculas uniformes y sin ninguno de los elementos que ayudan a la lectura silenciosa y que ahora damos por sentados en la transcripción moderna. El proceso de cambio se gestó en la periferia del mundo romano, donde el conocimiento del latín tal vez era escaso. Los monjes y escribientes de Irlanda y las Islas Británicas iniciaron la práctica de separar en palabras, lo que introdujo una serie de técnicas de escritura que permitieron aclarar el significado de los textos en latín y ayudaron a los lectores que leían en silencio a decodificarlos. Las nuevas prácticas de escritura le imprimieron velocidad a la lectura y comenzaron a transformar la relación entre el autor, el lector y el texto. En un poema del siglo IX escrito en lengua vernácula, un monje irlandés de la abadía de Reichenau (Suiza) comparó la lectura a un gato que acecha silenciosamente a un ratón, evocación harto moderna.[26]

Después del colapso de las instituciones romanas de enseñanza, la Iglesia jugó un papel de liderazgo en la promoción de la cultura escrita, pero su evolución fue muy gradual. A veces se insertaban puntos (llamados "interpuntos" por entonces) entre sílabas y palabras. Otras veces se insertaban espacios para "airear" el texto, pero al principio no se hacía de manera sistemática ni regular. Sin embargo, hacia el siglo XII, la separación de palabras ya se había universalizado en Europa, y surgió un sinnúmero de marcas de puntuación e indicadores en los textos que ayudaban a su comprensión. A veces, los escribientes incluso se remitían a manuscritos

25. Paul Saenger, *Space Between Words: The Origins of Silent Reading*, Stanford (CA), Stanford UP, 1997.
26. Ibíd., p. 98.

más antiguos escritos en *scriptio continua* y agregaban rayas para señalar intervalos entre palabras.[27]

Luego se sucedieron otros avances importantes. Las escuelas catedralicias del siglo XII promovieron el uso de la lectura silenciosa. En el siglo XV, se adoptó por primera vez la norma de hacer silencio en las bibliotecas de las universidades de Oxford y de la Sorbona; hasta ese momento, los lectores iban a las bibliotecas a "hablar" o a dictar sus textos, no a leerlos en silencio. La lectura oral es, por supuesto, mucho más lenta que la lectura silenciosa; de allí que las bibliotecas monásticas solían prestar a sus lectores un único volumen en Pascuas, que debía devolverse al cabo de un año. Especialistas monásticos en el acto de leer comenzaron a reconocer la lectura privada y silenciosa como un signo de sincera devoción y profunda meditación, mientras que el canto de salmos y responsorios podía volverse mecánico, no surgir "del corazón" y no necesariamente reflejar una espiritualidad superior. En los siglos XIV y XV, las representaciones de la Anunciación en las pinturas francesas y flamencas retrataban cada vez más el acontecimiento como una revelación experimentada por María mientras estaba absorta en la contemplación solitaria de un texto sagrado.[28]

La lectura silenciosa pasó a asociarse con una profunda devoción espiritual. Hacia el siglo XIV, por ejemplo, los libros de horas se habían vuelto sumamente populares. Contenían programas de rezos y salmos para cumplir a determinadas horas del día, eran de uso individual, fáciles de portar y muy usados por los laicos con instrucción; algunos eran objetos lujosos con iluminaciones suntuosas. El libro de horas demostraba hasta qué punto el libro había logrado ocupar un espacio más privado e íntimo. Sus imágenes y devociones despertaban un mundo espiritual privado. La

27. Ibíd., pp. 201 y 239.
28. Saenger, "Silent Reading", p. 403.

lectura ahora exigía una participación individual más activa en relación con los textos, más allá de que el lector sintiese empatía o escepticismo respecto de lo que leía.

EL CÓDICE: UNA REVOLUCIÓN PARA LA LECTURA Y LA ESCRITURA

En el siglo I d. C., los romanos comenzaron a adoptar el pergamino, denominado así por la ciudad turca de Pérgamo (tal su nombre en turco moderno), donde supuestamente fue inventado. El pergamino, hecho con piel de animal, era más resistente que el papiro, que tenía la desventaja adicional para los romanos de que debía importarse del Oriente Medio. A diferencia del papiro, el pergamino podía borrarse y volver a usarse (que es el significado original de la palabra "palimpsesto"). Sin embargo, la tecnología del pergamino hacía un uso intensivo de la mano de obra y, por esta razón, era costosa. Se hacían borradores raspando con un estilete sobre tablillas untadas con cera antes de encargárselo a un escribiente. La piel del animal se raspaba, se alisaba con una piedra pómez y luego se pulía con dientes de cabra. El pergamino se hacía con piel de vaca, oveja, cabra, conejo e, incluso, ardilla. Pero la piel del ternero (*vellum*) era superior. La Biblia de Winchester (1160-1175) necesitó 250 pieles de ternero elegidos a partir de 2.000 cueros, puesto que se descartaron todos los que presentaban alguna mancha en la superficie.[29]

Los *scriptoria* monásticos de la temprana Edad Media reunían a talentosos escribientes e iluminadores de manuscritos. Entre los siglos VII y XIII, los escribientes tenían que saber muchas caligrafías

29. Michael T. Clanchy, *From Memory to Written Record: England 1066-1307*, Londres, Edward Arnold, 1979, y Oxford, Blackwell, 2.ª edición, 1993, pp. 120-121.

de entre las numerosas unciales y minúsculas en uso en lo que Armando Petrucci llama el "ambiente multigráfico" de Italia.[30] Tenían que ser competentes para copiar las obras religiosas en latín, griego o hebreo, y debían dominar la difícil tecnología de la escritura. Antes de copiar, primero marcaban los renglones en la hoja con una plomada. Trabajaban provistos de navaja, piedra pómez y tiza para borrar los errores y hacer correcciones, y necesitaban un gran suministro de tintas roja y negra. Mientras trabajaban, sostenían una cuchilla en la mano para rascar el papel si era necesario y para mantener el papel firmemente en su lugar. La cuchilla también se usaba para afilar las plumas de ganso (el original "cortaplumas").

El rollo o *volumen* había sido el soporte aceptado de la escritura durante siglos: la gran biblioteca de Alejandría contenía casi medio millón de rollos antes de que fuera quemada por Aurelio en el año 273 d. C.[31] Sin embargo, el rollo era muy difícil de manejar: algunos que han sobrevivido tienen hasta diez metros de largo. Como estaban en *scriptio continua*, sin cortes de página, ni división en capítulos, ni números de página, ni índice, no era tarea fácil orientarse dentro del texto.

Entre los siglos II y IV d. C., tuvo lugar un hecho muy importante en la historia de la lectura y la escritura: comenzó a preferirse cada vez más el uso del códice al rollo, lo que le daría al libro la forma que habría de conservar durante los diecisiete siglos subsiguientes. En el códice, el libro tiene páginas individuales del mismo tamaño, unidas por el lado izquierdo y cubiertas con tela, tablillas de madera o algún otro material más rico. Los romanos habían comenzado a unir las hojas de los pergaminos entre sí,

30. Armando Petrucci, *Writers and Readers in Medieval Italy: Studies in the History of Written Culture*, New Haven (CT), YUP, 1995, pp. 178-179.
31. Henri-Jean Martin, *The History and Power of Writing*, Chicago, Chicago UP, 1994, pp. *56-59* [trad. esp.: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Trea, 1999].

pero la invención del códice propiamente dicho suele atribuirse al mundo cristiano, y se han hallado códices de la Biblia hechos en papiro desde tiempos tan remotos como el siglo II.

El códice tenía algunas ventajas tecnológicas sobre el rollo. Por una parte, podían usarse ambos lados del papel, de modo que permitía transcribir más texto. No pasaría mucho tiempo antes de que pudiese compilarse toda la Biblia cristiana en un único códice. Sin embargo, esta mayor capacidad no garantizaba mayor coherencia. Muchos de los primeros códices eran misceláneas o colecciones de libros diferentes, escritos tal vez en diferentes idiomas por diferentes autores. El *codex*, a diferencia del rollo, no necesitaba sostenerse con las dos manos, lo que liberaba al lector para poder leer y tomar nota, rascarse, comer o beber al mismo tiempo. El procesador de textos ha introducido una nueva versión del rollo en pantalla, con la diferencia de que ahora lo leemos de arriba abajo, y no perpendicularmente como lo hacían aquellos primeros lectores. Pero, por sobre todo, ubicarse en un códice era mucho más sencillo, dado que se podían numerar las páginas, colocar índices o resúmenes de contenido. Los estudiosos podían encontrar citas y remitirse a partes específicas de un texto que podían comparar con otros textos en otros códices. Lo sorprendente es que el códice tardara tanto en ser aceptado. El *volumen* siguió siendo muy usado durante toda la Edad Media y contó con el favor de la monarquía inglesa por razones que aún no son claras. El rollo era también usado en el teatro, y dio origen al "rol" del actor.

LA EXPANSIÓN DE LA BUROCRACIA

En la temprana Edad Media, todos los gobiernos hicieron un mayor uso de la escritura para apoyar y registrar sus decisiones administrativas y jurídicas. Como bien lo sintetizó Marco Brava

de la Serna varios siglos después: "Monarquía sin letras, Imperio sin luz".[32] Se refería al Imperio de los Habsburgo, pero sus predecesores medievales iban poco a poco descubriendo las maneras de extraerle más poder al uso de la escritura. Michael Clanchy analizó el pasaje de la memoria al registro escrito que se produjo entre los siglos VIII y XIV y describió diversas formas de cultura escrita en la Europa de la temprana Edad Media.[33] Su obra, fundamental y extensamente citada, muestra que la expansión del gobierno engendró formas de escritura burocrática que dejaron a la masa de la población en las márgenes de lo escrito.

Hoy día, pensamos en la alfabetización como la combinación de saber leer y escribir en una relación simétrica. Se la considera una marca de educación e integración social, mientras que ser analfabeto conlleva un estigma muy fuerte. Pero en el pasado, al igual que en el presente, la alfabetización adoptaba muchas formas: saber leer, saber escribir, saber escuchar, saber determinados idiomas y saber contar. En la Europa medieval, para la mayoría de las personas cultas, era innecesario saber escribir: le pagaban a un escribiente para que hiciera esa tarea en su lugar. Le dictaban lo que necesitaban que escribiera, lo que deja a las claras la diferencia básica entre el autor (quien decía el texto) y el escribiente (quien lo escribía). Tal vez los autores podían llegar a agregar su sello personal o su firma, pero a menudo este era solo una cruz: lo que otrora era una marca de lealtad cristiana, hoy es un indicador de analfabetismo.

Los incentivos religiosos para alfabetizarse eran muy poderosos. El propósito principal era leer los rezos y seguir la liturgia cristiana. Los rezos y el culto eran actividades en las que los textos eran recitados o cantados en grupo, de modo que escuchar y leer en voz alta eran pasos vitales en el camino hacia la alfabetización.

32. Antonio Castillo Gómez, *Entre la pluma y la pared: una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*, Madrid, Akal, 2006, cit. en p. 7.
33. Clanchy, *From Memory to Written Record*.

Así también se aprendía el latín. En la Europa medieval, ser un *literatus* significaba estar familiarizado con el latín; el iletrado era quien no sabía latín. En 1301, las cartas del papa Bonifacio VIII debían ser leídas ante el Parlamento de Westminster "en latín para los letrados y en la lengua vernácula para los iletrados".[34] Un *literatus* era un hombre cultivado, pero que no necesariamente sabía leer y escribir, mientras que un *illiteratus* no necesariamente era analfabeto en el sentido moderno de la palabra. Cuando Juan de Salisbury escribió la famosa frase "rex illiteratus est quasi asinus coronatus" –un rey iletrado es como un asno con corona– quiso decir que si un gobernante no sabía latín, no podía acceder a los textos de los que podría recibir la guía de Dios.[35] El latín todavía era la lengua de uso de la Iglesia y, por ello, la lengua internacional. Seguía siendo la lengua de las elites dominantes, y las clases subordinadas asociaban la cultura escrita en latín con un ingrediente más de su opresión. En 1022, por ejemplo, los herejes de Orléans eran quemados en la hoguera por considerar que los libros del clero no eran más que invenciones artificiales "escritas sobre pieles de animales" y no la genuina palabra de Dios.[36]

Como lo demuestra Clanchy, la comunicación oral y la memoria continuaron desempeñando un papel poderoso para las leyes y los gobiernos de la época medieval. Por ejemplo, vista en retrospectiva, la Carta Magna de 1215 fue un hito constitucional de suma trascendencia en la historia inglesa, pero, para que tuviera algún significado para los contemporáneos, debía ser proclamada oralmente en todo el reino tanto en inglés como en francés (el texto original estaba escrito en latín).[37] Los documentos importantes siempre podían fraguarse o perderse en el camino; la voz de

34. Ibíd., edición 1979, p. 214.
35. Ibíd., p. 219.
36. Ibíd., p. 210.
37. Ibíd., p. 214.

un mensajero parecía más confiable y auténtica. La palabra del rey era la ley, hubiese sido escrita o no por alguien. Los tribunales de justicia confiaban periódicamente en los testimonios orales para resolver las controversias. En Inglaterra, para resolver un caso, se podía recurrir a la consulta de un jurado de doce caballeros locales. Los gerentes de grandes propiedades hacían "auditar" sus cuentas periódicamente, lo que significaba que se las hacían leer en voz alta. Lo que le daba validez a un contrato eran las promesas orales y los símbolos que acompañaban esas promesas. Por ejemplo, un acuerdo quedaba sellado con el intercambio de cuchillos o espadas. Esta práctica sobrevivió en el intercambio ceremonial de los anillos de boda entre los novios. Las transacciones financieras se registraban en tarjas o palos de madera. Todos los acuerdos podían acompañarse de la evidencia documental, pero aún no tenían fuerza de ley. La sabiduría oral y consuetudinaria seguía siendo la voz autorizada.

Sin embargo, en los siglos XII y XIII, las autoridades inglesas comenzaron a hacer un mayor uso de los registros documentales. Los funcionarios confeccionaban listas de gravámenes, mientras que los monasterios y las grandes haciendas llevaban inventarios de sus bienes por escrito, registraban el rendimiento de la cosecha anual y usaban sistemas escritos de contabilidad. Los monasterios copiaban sus títulos de propiedad en registros denominados "cartularios" para garantizarse seguridad a más largo plazo. Bajo el reinado de Enrique II (1133-1189), la monarquía inglesa empleó a más escribientes que en ningún otro período anterior y comenzó a emitir decretos reales escritos en formatos estandarizados. Esto dio lugar a una nueva forma de cultura escrita secular, que era independiente de la Iglesia y que se expandía en respuesta a las necesidades diarias del rey y de su administración. En teoría, el desarrollo del derecho escrito inspiró mayor transparencia y tomas de decisión menos arbitrarias. En la práctica, también abrió paso a nuevas generaciones de especialistas en derecho. A veces, el

advenimiento de una mayor alfabetización podía ser liberador; en otros casos, consolidaba el poder de las castas.

En los siglos VIII y IX, el Imperio de Carlomagno (768-814) se valió de la escritura como instrumento de poder y asoció a los intelectuales religiosos como Alcuino de York con el aparato del Estado. El emperador necesitaba listas de propiedades a las cuales cobrarles impuestos, listas de soldados a los cuales movilizar, así como listas de los caballeros que le habían jurado lealtad. Un nuevo tipo de letra, la minúscula carolíngea, aceleró el trabajo de los escribientes de gobierno. El Imperio carolingio se extendía de los Pirineos a Sajonia y del norte de Italia a los Países Bajos, lo que implica gran parte de la actual Francia, Bélgica, Alemania y Suiza. Solo el latín escrito podía trascender el mosaico lingüístico de un reino tan dispar. La cultura escrita latina cumplía dos funciones importantes: unir al Imperio y diferenciar a la elite dominante de los plebeyos. La gente común y corriente vivía en las márgenes de la alfabetización en latín, pero podía entender los documentos, si surgía la necesidad; su conocimiento del latín era pasivo y no activo. Para Carlomagno, la escritura era un instrumento de gobierno, por lo que su uso se expandió para satisfacer requisitos administrativos, pero la cultura escrita surgida de esta manera era acotada y servía para propósitos burocráticos.

Mientras tanto, Inglaterra estaba en la periferia de la Europa cristiana. En la temprana Edad Media, era un crisol de las culturas celta, latina, anglosajona y danesa. Pero Gran Bretaña en su conjunto tenía un conocimiento muy endeble del latín; las incursiones vikingas habían destruido muchos centros de estudio, y en el período carolingio, hubo una fuga de cerebros hacia el continente.[38] En

38. Rodney M. Thomson, "The Norman Conquest and English Libraries". En: Peter Ganz (ed.), *The Role of the Book in Medieval Culture*, Tournhout, Brepols, 1986, vol. 2, pp. 27-40.

comparación con el mundo latinizado, Inglaterra parecía atrasada y distante. En relación con la mayor parte de la Europa cristiana, bien podría considerarse que parecía un planeta lejano. Pero la conquista de Guillermo, duque de Normandía, en 1066, trajo a Inglaterra a la órbita de la Europa continental y le dio un impulso colosal a la cultura escrita. En 1086, el Libro de Domesday intentó llevar un registro sistemático de la titularidad de tierras y bienes imponibles en todo el país. Durante el reinado de Enrique I, a principios del siglo XII, se creó una secretaría real que produjo alrededor de 4.500 cartas del rey en el año (un escribiente promedio podía escribir tres cartas por día).[39]

Gran Bretaña importaba libros de Francia, en francés o latín, y los lectores legos podían disfrutar de poemas, canciones e historias, siempre que dominaran estas lenguas. Por lo tanto, después de la conquista normanda, los plebeyos anglosajones se encontraron frente al desafío de tener que ser trilingües. La Iglesia y la burocracia real funcionaban en latín, pero la lengua de uso cotidiano de la nueva clase alta normanda y de su literatura era la francesa. Mientras tanto, el inglés siguió siendo la lengua hablada de la gente de la calle. Cada lengua cumplía un propósito y la lengua en la que una persona escribía no necesariamente era aquella que esa misma persona habría de usar en sus conversaciones diarias con su familia, amigos o vasallos. Los decretos reales debían leerse en voz alta en inglés, si acaso se pretendía que los súbditos los entendieran. En los tribunales de justicia, los testimonios que se prestaban en una lengua vernácula debían traducirse al latín, hasta que, en el siglo XIII, el francés pasó a ser la lengua del derecho en Inglaterra.

39. Clanchy, *From Memory to Written Record*, edición 1979, p. 42.

Leer, escribir y escuchar eran habilidades bien separadas, y en la mayor parte de Europa, podía involucrar lenguas y alfabetos bien diferentes. El evangelismo cristiano difundió el uso de las escrituras gótica y cirílica en la Europa central y oriental, mientras que en Al-Andalus (la España musulmana) convivían el latín, el árabe y el hebreo.[40] Hacia los siglos XIV y XV, comenzaron a proliferar las inscripciones públicas en monumentos, y ya había señales de que se estaba gestando una mentalidad archivadora. Por ejemplo, en 1419, se crearon archivos reales en Valencia; y en Aragón, en 1436.[41] A medida que los gobiernos adoptaban cada vez más las técnicas de la escritura y el hábito de llevar registros escritos, las elites gobernantes comenzaron a perder su monopolio sobre la cultura escrita. La expansión de las burocracias reales demandó el reclutamiento de gran cantidad de escribientes y copistas. Al mismo tiempo, los súbditos de la realeza inevitablemente consultaban cada vez más los registros escritos. Necesitaban contratos de venta documentados y títulos de propiedad; más aún, escribir el testamento era una manera segura de organizar la propia sucesión.

Las consecuencias de este aumento en la escritura burocrática de la monarquía repercutían gradualmente en los estratos más bajos de la sociedad. Los plebeyos que tenían propiedades necesitaban saber escribir para manejar sus asuntos de manera eficaz, e incluso los campesinos a veces necesitaban escribir para comprar y vender tierra. Aún sobreviven muchos "libros de familia" de los

40. Luis Casado de Otaola, "Escribir y leer en la Alta Edad Media". En: Castillo Gómez, *Historia de la cultura escrita*, p. 114.

41. Antonio Castillo Gómez, "Entre la necesidad y el placer. La formación de una nueva sociedad del escrito (ss. XII-XV)". En: Castillo Gómez, *Historia de la cultura escrita*, p. 209.

siglos XIV y XV, sobre todo de las zonas de Toscana, Provenza y Cataluña. En estas páginas, los campesinos y artesanos llevaban sus cuentas, escribían la genealogía de sus familias y registraban los acontecimientos destacados. El mundo de la cultura escrita restringida, por consiguiente, contenía en su interior el germen necesario para erosionar el monopolio que hasta entonces se ejercía sobre la alfabetización, aun cuando en la temprana Edad Media, las clases más bajas permanecían, en el mejor de los casos, pasivamente alfabetizadas, y en el peor, en los márgenes de la cultura escrita.

Capítulo 3
La imprenta, ¿fue realmente una revolución?

La invención de la imprenta suele considerarse un hecho revolucionario con consecuencias trascendentales para el desarrollo del pensamiento occidental. El título del influyente libro de Elizabeth Eisenstein, *La imprenta como agente de cambio*, constituyó un verdadero manifiesto en respaldo de la tesis de la revolución de la imprenta.[1] Desde esa perspectiva, el tipo móvil fue el precursor de una nueva cultura tipográfica en la que los textos pudieron circular más libremente, gozar de una existencia más permanente y facilitar importantes avances en el ámbito académico, todo lo cual habría sido imposible en el mundo de la cultura manuscrita. Se dice que la imprenta tuvo consecuencias fundamentales en la difusión de la Revolución científica del siglo XVII, en la Reforma protestante y en el Renacimiento. De hecho, es difícil imaginar tales desarrollos intelectuales sin la palabra impresa para difundir su influencia.

La tesis de la "revolución de la imprenta" recibió amplio respaldo de una fuente inesperada: el sociólogo y gurú mediático canadiense de la década de 1960, Marshall McLuhan. En *La galaxia Gutenberg*, McLuhan plantea que la invención de la imprenta cambió no solo el modo en que leemos sino el modo en

1. Elizabeth L. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early Modern Europe*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1979 [trad. esp.: *La imprenta como agente de cambio: comunicación y transformaciones culturales en los albores de la modernidad europea*, México, FCE, 2010].

que pensamos.[2] McLuhan asocia el surgimiento de la imprenta con la idea de pensar con el ojo; es decir, la imprenta fomentó el desarrollo de patrones de pensamiento lineales muy diferentes de los basados en el sonido o en el tacto. Más aún, McLuhan concibe a la imprenta como un medio que individualiza al lector y separa sus percepciones individuales de los valores comunes que mantenían cohesionado a un grupo o a la sociedad en su conjunto.

Estos eran los argumentos planteados en favor de la invención del tipo móvil de Johannes Gutenberg y de sus colegas y coetáneos de la mitad del siglo XV. Pero ¿qué fue lo que realmente cambió Gutenberg? En este capítulo, se analizan aspectos importantes de la llamada "revolución de la imprenta" y se plantea el interrogante sobre si verdaderamente existió tal revolución. Es preciso examinar detenidamente las afirmaciones sobre la naturaleza revolucionaria de la invención de la imprenta y establecer sus limitaciones. En primer lugar, son válidas, principalmente, porque aluden a la transformación de la vida del estudioso. La imprenta no alteró la vida de la gente común y corriente, que varios siglos después de Gutenberg todavía era parte de una rica cultura oral que se desarrollaba, básicamente, por fuera del mundo de la imprenta. En segundo lugar, la imprenta no produjo cambios inmediatos en la naturaleza de las temáticas abordadas por los libros. Tampoco cambió, claro está, el material –el papel– con el que se hacían los libros. Fue necesaria la llegada de la computadora para que se produjera un quiebre radical respecto de los diecisiete siglos de producción tradicional del libro. La forma del libro, como serie de páginas cosidas o pegadas, no se modificó en absoluto. Se han propuesto algunas hipótesis un tanto exageradas en relación con la tesis de la "revolución de la imprenta", que

2. Marshall McLuhan, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, Toronto UP, 1962 [trad. esp.: *La galaxia Gutenberg. Génesis del "homo typographicus"*, Madrid, Aguilar, 1969].

corresponde analizar cuidadosamente. Antes, sin embargo, pasaremos revista a la historia de la invención de Gutenberg y al mito que la rodea.

EL MITO DE GUTENBERG

Poco se sabe respecto de cuándo y dónde se inventó la impresión. De hecho, la naturaleza fragmentaria de las evidencias ha alentado la proliferación de mitos acerca del origen de la imprenta en Europa. El actual consenso sobre la fecha y el lugar exactos en que nació la imprenta se ha construido tras siglos de discusión en torno a las polémicas evidencias encontradas. La opinión predominante se ha inclinado en favor de la ciudad alemana de Maguncia como lugar de origen, a la vez que se atribuye su invención, por supuesto, a Johannes Gensfleisch, más conocido como Gutenberg. En este campo, así como en muchos otros terrenos de la historia de la tecnología, está bien arraigado el mito del individuo genial y creativo.

Sin embargo, no siempre fue así. De hecho, transcurrió medio siglo antes de que los cronistas inventaran y consagraran el año 1440 como el momento en el que, a partir de entonces, habría de celebrarse el nacimiento de la imprenta.[3] Si bien varios textos del siglo XV nombraban a Gutenberg como su inventor, el surgimiento de su figura como héroe revolucionario es un fenómeno comparativamente reciente. Cuando se celebró en Leipzig el bicentenario y tricentenario de la invención de la imprenta en 1640 y 1740, respectivamente, se mencionó a sus socios Johann Furst y Peter Schöffer como los principales inventores y a Gutenberg,

3. Guy Bechtel, *Gutenberg et l'invention de l'imprimerie: une enquête*, París, Fayard, 1992, p. 20; Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958 y 1971, p. 74 [trad. esp.: *La aparición del libro*, México, FCE -Libraria, 2005].

como el "asistente" de ambos.[4] Recién a mediados del siglo XVIII, con la colección de documentos acerca de Gutenberg escritos por Jean-Daniel Schöpflin en 1760, el maguntino se convirtió en el protagonista principal.[5] A partir de ese momento, nació el mito de que los colegas y patrocinadores de Gutenberg, Furst y Schöffer, jugaron un papel menor en la historia. En la era romántica, Gutenberg fue caracterizado como un genio incomprendido, dedicado a la causa de la educación universal, que murió en la pobreza luego de haber sido traicionado por los capitalistas parasitarios que lo explotaron. Este fue, por ejemplo, el tema de la obra sobre Gutenberg del poeta francés Alphonse de Lamartine, que escribía para los puestos de venta de libros que Hachette tenía en las estaciones de ferrocarril.[6]

Este mito del genio inventor, basado en la falacia del "factor eureka", puede refutarse perfectamente.[7] Según esta versión popular del progreso científico, los "descubrimientos" obedecen a la idea luminosa, repentina e inesperada de un genio, y no a un proceso acumulativo de aprendizaje. Como el mito de Arquímedes y su baño, y el de Newton y su manzana, así también se concibe a Gutenberg y su tipo móvil. Un panfleto de 1840 llamaba a Gutenberg, con suma exageración, "el inventor del libro", haciendo caso omiso a los dos milenios de producción

4. Albert Kapr, *Johann Gutenberg: The Man and His Invention*, trad. D. Martin, Aldershot (Reino Unido), Scolar Press, 1996, p. 286.
5. *Ibíd.*, p. 286; Jean-Daniel Schöpflin, *Vindiciae Typographicae*, Estrasburgo, 1760.
6. Henri-Jean Martin, "Le Sacre de Gutenberg", *Revue de Synthèse* 1-2, 4.ª serie, 1992, pp. 23-24.
7. Debo esta frase a mi colega David Millar, para quien el título completo del libro de Dava Sobel era un buen ejemplo de este fenómeno: *Longitude: The True Story of a Lone Genius Who Solved the Greatest Scientific Problem of His Time*, Nueva York, Walker, 1995 [trad. esp.: *Longitud: La verdadera historia del genio solitario que resolvió el mayor problema científico de su tiempo*, España, Debate, 1997].

de libros anteriores a la imprenta.[8] La realidad es mucho más mundana: hubo una convergencia de hechos que hicieron posible la invención del tipo móvil en la década de 1440. Uno de ellos fue la creciente demanda de conocimiento secular y humanista que se registró entre las elites sociales, junto con el auge de las universidades, que ya habían dado lugar a un aumento en la producción del libro manuscrito en las décadas anteriores a la invención de la imprenta.[9] El incremento de la urbanización contribuyó a la aparición de un verdadero mercado del libro. Los avances en materia de producción de papel y el desarrollo de la metalurgia también fueron condiciones tecnológicas necesarias para la invención del tipo móvil. Gutenberg dedicó años a la experimentación hasta encontrar la mezcla de metales correcta para crear los moldes en los que habrían de formarse, en un acero mucho más resistente, sus caracteres. No fue un héroe solitario, sino parte de un equipo que trabajó en un contexto cultural y tecnológico que le permitió alcanzar el éxito y sacar provecho de su esfuerzo.

Académicos modernos han revisado algunos otros mitos y han sostenido, por ejemplo, que Gutenberg no fue, bajo ningún concepto, una víctima de sus financistas, sino un emprendedor enérgico por derecho propio.[10] Además, hoy día parece difícil vincular a Gutenberg con el desarrollo de la cultura humanista del Renacimiento. Tal como sucedió con muchos impresores de su época, su principal cliente fue la Iglesia católica, que le proveía el pan de cada día. Los mitos creados en el siglo XIX en torno a Gutenberg a veces le han asignado un papel clave en el protestantismo o bien lo han representado como un liberal progresista surgido

8. Anónimo, *Gutenberg Erfinder der Buch*, Estrasburgo, 1840, Bibliothèque Nationale Ln27.9448.

9. Henri-Jean Martin, *The History and Power of Writing*, Chicago, Chicago UP, 1994, cap. 5 [trad. esp.: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Ediciones Trea, 1999].

10. Bechtel, *Gutenberg*, pp. 39-40.

por entre la bruma sofocante de la intolerancia clerical. Sin embargo, Gutenberg era quien imprimía todas las circulares de las autoridades eclesiásticas. No solo produjo la Biblia de 42 líneas, sino que imprimió las indulgencias papales, uno de los blancos más importantes contra los que apuntó la polémica luterana.

Esta breve incursión en la mitología sobre la invención de Gutenberg tiene por objeto mostrar cómo la noción de la revolución de la imprenta ha sido fabricada y alimentada a lo largo de los siglos. La moderna ideología de la revolución de la imprenta es, por sobre todo, una construcción de la Revolución francesa y del siglo XIX. Para los revolucionarios franceses, la producción impresa trazaba una línea divisoria entre el pensamiento moderno y los años bárbaros, góticos e irracionales de la Edad Media. Para ellos, la modernidad comenzó con la imprenta, que había posibilitado la difusión de aquellos filósofos del siglo XVIII que la Revolución francesa eligió como padres intelectuales. En septiembre de 1792, el barón Jean-Baptiste Cloots, el revolucionario jacobino nacido en Prusia, le pidió a la Asamblea Nacional de Francia que trasladara las cenizas de Gutenberg al Panteón, donde se honraba la memoria de los grandes héroes republicanos. Cloots consideraba a Gutenberg el primer gran revolucionario, sin el cual no se hubiera podido difundir el pensamiento de Voltaire ni el de Rousseau.[11] Tiempo después, los analistas del siglo XIX se hicieron eco del discurso utópico de la Revolución francesa, con el énfasis puesto en el avance de la razón y la libertad, marco en el que le atribuyeron a Gutenberg el rol de abanderado de la emancipación

11. Anacharsis Cloots [seud. de Jean-Baptiste Cloots], *Oeuvres, tome 3, Ecrits et discours de la période révolutionnaire,* Múnich, reimpresión de Klaus y París, EDHIS, 1980, "Discours prononcé à la barre de l'Assemblée Nationale au nom des imprimeurs, 9 septembre 1792"; E. Eisenstein, *Grub Street Abroad: Aspects of the French Cosmopolitan Press from the Age of Louis XIV to the French Revolution (Lyell Lectures 1989-90)*, Oxford, Clarendon, 1992, p. 158.

de toda la humanidad. La paradoja es que se exaltó su figura precisamente cuando la mecanización comenzaba a volver obsoletas las técnicas de Gutenberg.

El tipo móvil ya se había usado en el Este asiático, mucho antes de la invención de Gutenberg. Los primeros caracteres móviles hechos en metal nacieron en Corea, tal vez dos siglos antes del año 1440. Kai-Wing Chow señala que los chinos y los coreanos prefirieron deliberadamente la tecnología de los bloques de madera porque se adaptaba mejor a su papel, que no requería una prensa firme para transferir la tinta.[12] Como la madera abundaba por aquel entonces, se trataba de una opción sensata. Por lo tanto, fue en Europa, y no en Asia, donde la imprenta habría de tener amplias consecuencias sociales y culturales, y desde cuyo epicentro salió a colonizar al resto del mundo. Está comúnmente aceptado que fue Gutenberg –y no los coreanos– quien fabricó la primera imprenta, mientras que la hipótesis de que Gutenberg tomó la idea de los coreanos es pura ficción. En la mitología del siglo XIX, Europa se valió de la producción impresa para llevar su influencia civilizadora al mundo primitivo (es decir, no europeo), evangelizar al nativo y educar al ignorante.

Podrían proponerse varias interpretaciones atractivas para explicar por qué la imprenta tuvo éxito en Europa y no en Asia. La interpretación tecnológica apunta a que en China era fácil y económico acceder a la técnica del grabado en madera, a la vez que existía la dificultad práctica de dominar los miles de caracteres que conforman el "alfabeto" chino. Desde una perspectiva más sociopolítica, podría compararse el manejo exclusivo de la cultura escrita que ejercía la elite imperial de China con el creciente

12. Kai-Wing Chow, "Reinventing Gutenberg: Woodblock and Movable-type Printing in Europe and China". En: Sabrina Alcorn Baron, Eric N. Lindquist y Eleanor F. Shevlin (eds.), *Agent of Change: Print Culture Studies after Elizabeth L. Eisenstein*, Amherst (MA), Massachussets UP, 2007, pp. 186-189.

deseo de Europa de ver los beneficios sociopolíticos de una expansión de la alfabetización. Por último –y tal vez este sea el factor más decisivo–, un historiador económico podría asociar el desarrollo de la alfabetización producto de la imprenta en Europa con el crecimiento gradual de una economía de mercado capitalista, y compararlo con la trayectoria bien diferente que siguieron las economías que emergían lentamente en Asia.

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA IMPRENTA

Los socios y colegas de Gutenberg propagaron la flamante tecnología de la impresión al aceptar encargos de grandes aristócratas y burgueses adinerados, iglesias, tribunales de justicia y universidades. Las grandes ferias internacionales de Leipzig y Fráncfort, sin olvidar la feria española de Medina del Campo, contribuyeron a promocionar el potencial de la imprenta. Todos los años, en esas ferias, los libreros e impresores se reunían a exhibir sus mercancías, a saldar cuentas entre sí y a cancelar deudas. Solían pagar en especie, y no en efectivo, intercambiando elementos de su inventario. A la vez, vendían gran cantidad de almanaques y folletos al público general. En su primera ola, esta tecnología fue adoptada en los pujantes centros urbanos de Alemania, el norte de Italia y los Países Bajos, y en muchas ciudades comerciales prósperas como Leipzig, Amberes y Venecia, que dominaba la producción de libros en Italia. Hacia 1480, había talleres de imprenta en 110 ciudades de Europa occidental.[13]

Londres y Oxford también integraban el conjunto, aunque Gran Bretaña solía ir a la zaga del continente. El primer libro en inglés lo imprimió William Caxton en 1474, cuando todavía

13. Febvre y Martin, *L'apparition du livre*, pp. 262 y ss.

trabajaba en Brujas y aún no había establecido su propio negocio, con patrocinio real, en la abadía de Westminster. Hasta la década de 1530, la mayoría de los impresores de Gran Bretaña provenían de Europa continental, de modo que, desde la perspectiva británica, la imprenta era una excentricidad de raíz extranjera. Las primeras imprentas que se establecieron en Oxford no subsistieron por mucho tiempo; en cambio, en Londres, surgió una red de libreros y artesanos que se instalaron en la calle Paternoster Row, en las proximidades de la catedral de St. Paul, donde existía una importante demanda de material impreso por la presencia de escuelas, conventos y tribunales de justicia.

La generación posterior al año 1480 llevó la impresión a Suiza, España y Francia, donde Basilea y Ginebra, Toledo y Valladolid, París y Lyon se transformaron en centros de producción de libros impresos. En el siglo XVI, la tecnología de la impresión se extendió a lugares más distantes hasta llegar a Escandinavia, Europa oriental y más allá. Moscú tuvo su primera imprenta en la década de 1560; y Constantinopla, hacia el año 1727. Los misioneros españoles y portugueses fueron los responsables de establecer imprentas en México en la década de 1540; en Perú, en el año 1584; y en Japón (Nagasaki), en 1590. La primera imprenta de Nueva Inglaterra se instaló en el año 1638.

La impresión se diseminó dondequiera que hubiese demanda de parte de comerciantes, de la Iglesia o de las autoridades políticas. Las ciudades con gran concentración de actividad comercial se convertían en importantes centros de impresión, razón por la cual Amberes, Venecia y Lyon eran las que encabezaban la lista. En Francia, la centralización de las instituciones políticas y judiciales en París, sumada a la presencia de la Sorbona, produjo peculiares concentraciones de talleres de imprenta y negocios de venta de libros de la capital, que se arremolinaron en los alrededores del Palais-Royal y en el barrio latino. Hacia 1530, París y Lyon producían el noventa por ciento de las publicaciones

de Francia.[14] Los impresores parisinos se especializaban en obras litúrgicas y libros de horas, mientras que Lyon, que abastecía a los mercados de España e Italia, concentraba el mercado de libros de referencia médica y jurídica. En España, los primeros centros de impresión fueron Toledo, gran centro eclesiástico; Valladolid, sede de la Corte; Alcalá, por su universidad; y Sevilla, la puerta de acceso a América.

No hay que sobredimensionar la velocidad con la que se propagó el uso de la imprenta, ya que la demanda seguía siendo limitada. París tenía 183 imprentas en 1644, y la ciudad universitaria de Leiden, en los Países Bajos, solo tenía 29 en 1651.[15] Sin embargo, la mayoría de las imprentas contaba solo con una o dos prensas. Medio siglo después de la invención de la imprenta, la tirada habitual no superaba los 500 ejemplares. La Biblia de 42 líneas de Gutenberg, a dos columnas y con un formato en folio grande (Fig. 2), tuvo una tirada de apenas entre 160 y 180 ejemplares (Figura 3.1).[16] En el siglo XVI, la norma era imprimir entre 1.000 y 1.500 ejemplares, y la situación siguió siendo así hasta el siglo XIX. En Inglaterra, la Stationers' Company (el poderoso gremio de los libreros) acordó formalmente, en 1587, que la máxima tirada para libros comunes sería de 1.500 ejemplares.[17] Pocos géneros lograban superar siempre esta circulación relativamente limitada, como los catecismos, los libros de piedad y oración y los almanaques anuales, que se producían en tiradas de decenas de miles y que los vendedores ambulantes (*colporteurs*) vendían a bajo precio. Los clientes eran responsables de la encuadernación: era más económico transportar y vender los libros sin encuadernar.

14. Henri-Jean Martin y Jeanne-Marie Dureau, "Années de transition 1500-1530", *HEF* 1, p. 217.
15. Martin, *The History and Power of Writing*, pp. 244 y 249.
16. Bruno Blasselle, *A Pleines Pages: Histoire du Livre*, vol. 1, París, Gallimard, 1997, p. 50.
17. Martin, *The History and Power of Writing*, p. 238.

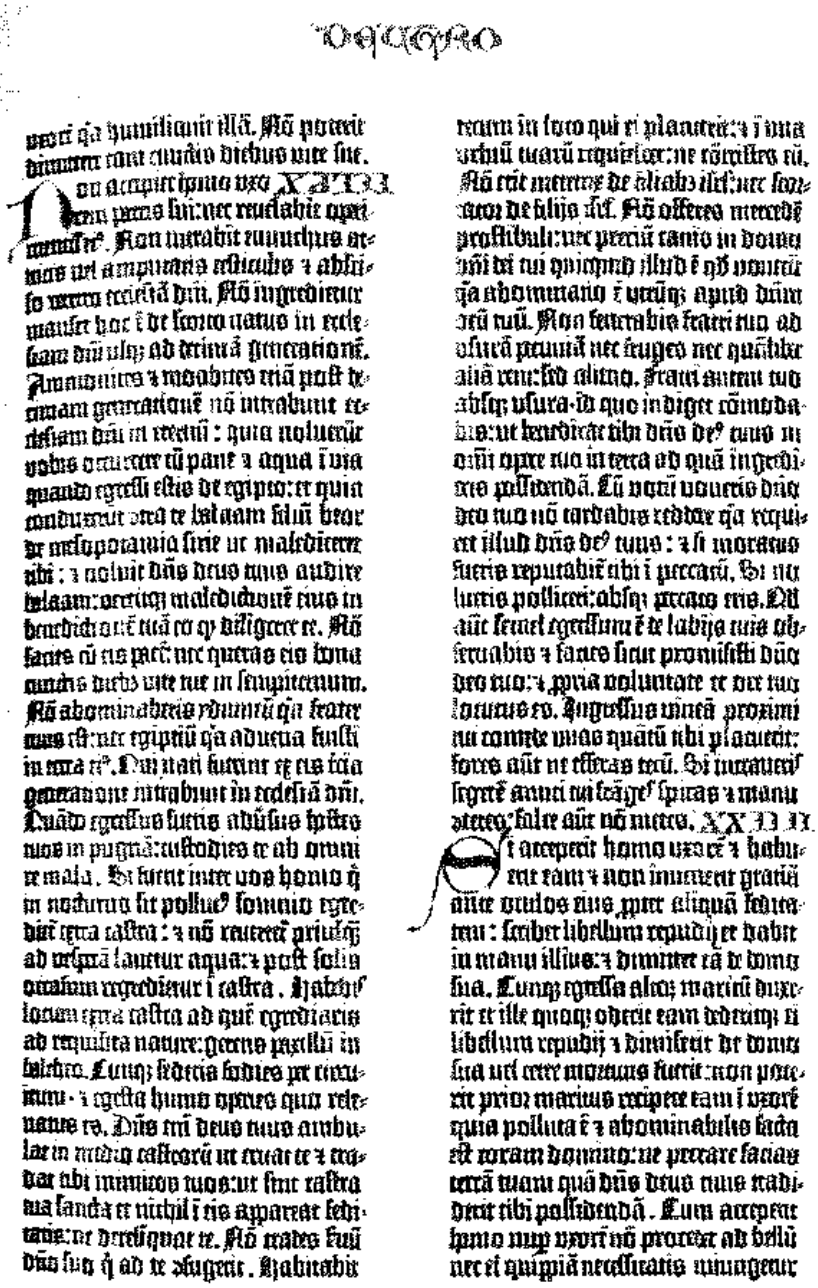


Fig. 2: La Biblia de Gutenberg (T. Becu, *Catálogo de la Exposición del Libro*, Buenos Aires, Kraft, 1940, p. 1). Gutenberg experimentó durante años con tintas y metales, antes de poder perfeccionar su Biblia de 42 líneas, una obra de arte del primer período de la imprenta que data de 1455.

El papel aún se hacía a partir de trapos que se machacaban hasta convertirlos en pulpa, de acuerdo con una técnica que provenía originalmente de los árabes. Se necesitaba un ejército de trituradores de trapos para juntar una cantidad suficiente de género (*chiffon*), y era fundamental contar con un buen suministro de agua limpia. El papel era, por lejos, el principal costo. En el taller de Christopher Plantin, en Amberes, el papel insumía normalmente entre el sesenta y el setenta por ciento de los costos de producción, y este porcentaje se elevaba en el caso de grandes tiradas.[18] En otras palabras, aumentar la tirada no permitía ahorrar costos, como sucede hoy; simplemente complicaba la posibilidad de obtener ganancias. En cambio, la prensa de madera no requería mucha inversión de capital. Era tan vital como costoso tener una buena reserva de caracteres, sobre todo para una imprenta que trabajaba en varios idiomas como la de Plantin, el impresor/editor de la Biblia políglota, que incluía textos en latín, griego, hebreo, sirio y arameo. Mientras que los estudiosos clásicos y los humanistas del Renacimiento preferían los caracteres "romanos", la Iglesia y el pueblo usaban la escritura gótica, que sobrevivió durante mucho tiempo en Alemania y Austria. La tinta, fabricada a partir de aceite, hollín y goma, se esparcía por medio de almohadillas de cuero denominadas "balas", rellenas de crin de caballo, que remataban en un mango de madera. Cada prensa empleaba a cuatro o cinco operarios (componedores) para que prepararan los tipos, entintaran y operaran la prensa. En el París del siglo XVII, podían producir 2.500 hojas impresas en una jornada.[19] Trabajaban como equipo, durante 12 o 14 horas por día, pero llevaban una vida nómada, puesto que a menudo se trasladaban a otras ciudades en busca de trabajo. Por lo general, los impresores y sus aprendices sabían leer y escribir, y tenían un

18. Andrew G. Johnston, "Printing and the Reformation in the Low Countries, 1520-c.1555". En: Jean-François Gilmont (ed.), *The Reformation and the Book*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate, 1998, p. 164.
19. Febvre y Martin, *L'apparition du livre*, p. 196.

excepcional conocimiento del latín; también tenían fama de ser indisciplinados y muy dados a la bebida. En la Fig. 3, se muestra un mapa que ilustra la expansión de la producción impresa.

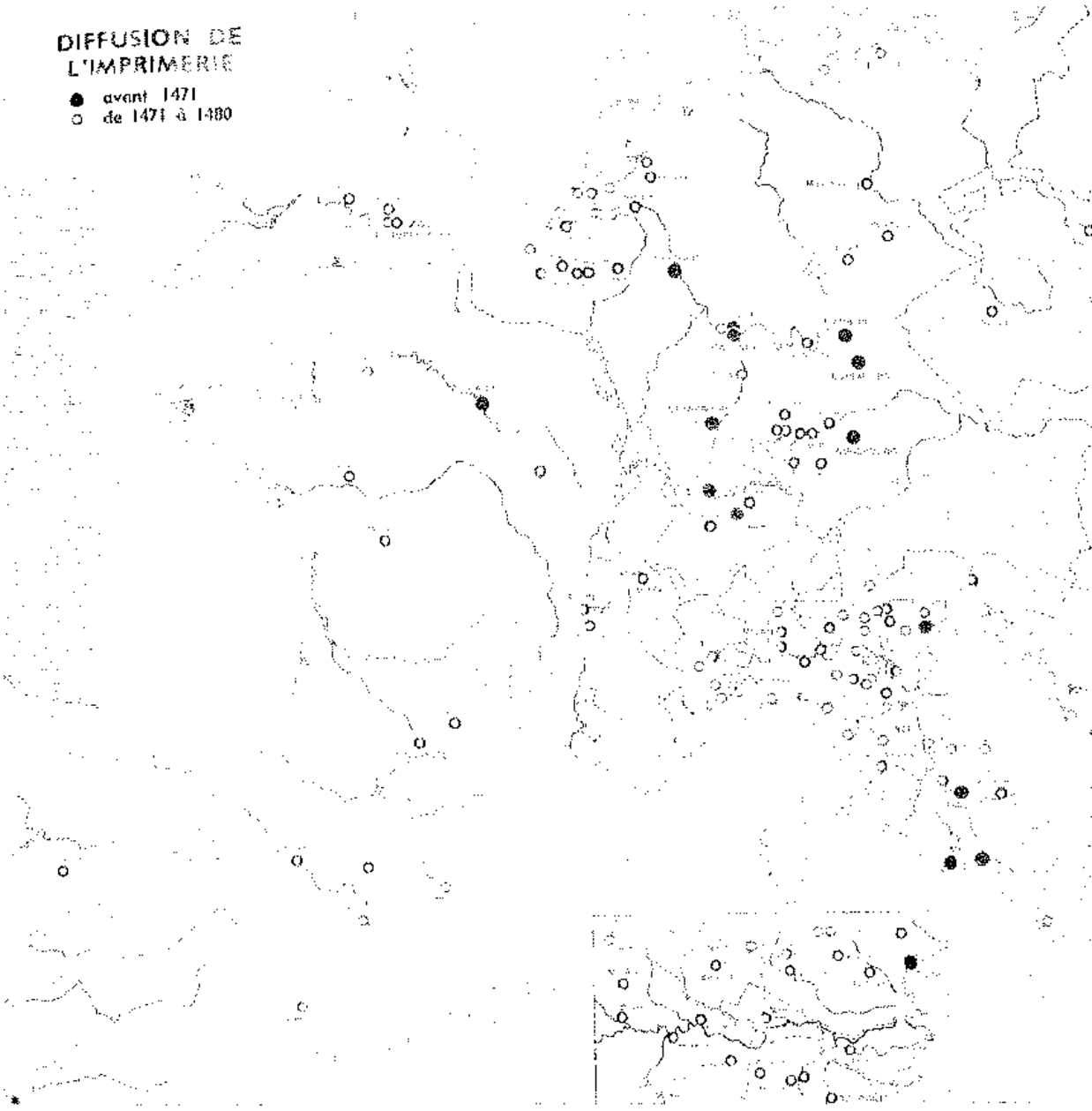


Fig. 3: Expansión de la producción impresa (L. Febvre y H.-J. Martin, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958, p. 273). En medio siglo, la invención de Gutenberg se había expandido a los principales centros comerciales y universitarios de Europa.

LA "REVOLUCIÓN DE LA IMPRENTA" Y SU DEFENSA

La impresión aseguraba un aumento, como nunca antes, de la difusión de la literatura entre la elite cultivada, y por esta razón, se la catalogó de "revolución de las comunicaciones". La prensa le imprimió mucha velocidad a la producción de libros. Un escribiente solía copiar entre tres y cuatro páginas por día, mientras que una prensa podía imprimir a una velocidad mucho mayor y, por ende, difundir mucho más los textos. Mientras que, en el mundo de la cultura manuscrita, los intelectuales debían ir a la caza de ejemplares poco comunes de manuscritos en las bibliotecas de los monasterios y luego hacerlos copiar laboriosamente para su posterior consulta, ahora podía haber varios cientos de copias en circulación.

La "revolución de la imprenta" no fue simplemente un salto cuantitativo en cuanto al ritmo de producción y a la cantidad de copias de un texto en circulación. Hubo también cambios cualitativos. De acuerdo con lo postulado por los defensores de la tesis de la revolución de la imprenta, como Elizabeth Eisenstein, la imprenta hizo que los textos fueran más permanentes y contribuyó a la normalización de la lengua y a la aparición de ediciones fijas y uniformes. Según esta tesis, en el pasado, se habían dado momentos de renacimiento del saber griego, pero los textos fundamentales de los autores de la Antigüedad a menudo habían quedado olvidados. Sin embargo, el período que conocemos como Renacimiento europeo redescubrió el saber de la Antigüedad de una vez y para siempre. Lo volcó a la imprenta, le dio vida eterna y, por consiguiente, ya no fue necesario someterlo a ciclos repetidos de pérdida y redescubrimiento.

La imprenta produjo ediciones uniformes, con una ortografía estandarizada, en vez de la corrupción textual que había caracterizado a las ediciones copiadas a mano por escribientes exhaustos.

Hasta el mejor escribiente era pasible de error humano, y era de esperar que cometiera, como mínimo, un error por página. En lugar de tener copias que variaban unas de otras, en el mundo de la imprenta, todos los ejemplares eran idénticos (al menos, en teoría). Por supuesto que todavía podían cometerse errores serios. Una Biblia impresa en 1631 omitió, en el séptimo mandamiento, la palabra vital "no", con lo que a sus lectores les decía: "Cometerás adulterio". Se la conoce como la "Biblia adulterada", y sus impresores debieron pagar por ello una multa.[20] Sin embargo, la uniformidad era un cambio fundamental para obras de referencia como mapas y diccionarios. Un mapa o diagrama anatómico gozaba de poca credibilidad si el lector sabía que cada copia era única. Por otra parte, el orden alfabético pasó a ser una convención aceptada, si bien algunos puristas lo consideraban contrario a la naturaleza (¿acaso Dios había creado a sus criaturas en orden alfabético?). Por primera vez, las autoridades eclesiásticas podían soñar con un mismo libro de oración en manos de todos los fieles, lo que aseguraba formas estandarizadas de culto en todos lados.

Así, la vida de los estudiosos se transformó. Podían consultar textos con más libertad y, lo que es aún más importante, podían comparar más fácilmente diferentes textos y sacar más provecho de las obras del pasado. Los libros ahora eran más accesibles que nunca, y así el conocimiento podía avanzar en un proceso acumulativo. Los estudiosos podían considerar y revisar el saber del pasado: no siempre debían reinventarlo. De este modo, el monje polaco Copérnico reformuló el cálculo del astrónomo griego Ptolomeo invirtiendo las posiciones de la Tierra y del Sol para postular el universo heliocéntrico.[21]

20. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change*, pp. 567-568.
21. Ibíd., pp. 516-517.

El vocabulario estandarizado del libro impreso ayudó a formalizar las lenguas vernáculas. El libro tenía la capacidad de dar existencia literaria a las lenguas orales. Ayudó a difundir el uso de lenguas como el francés, el inglés, el italiano y el alemán, al tiempo que fue erosionando los dialectos populares. Más adelante, analizaremos en detalle esta supuesta conexión entre la conciencia nacional y el advenimiento de la imprenta.

La tesis de la "revolución de la imprenta" interpreta la llegada de esta invención como un progreso para el conocimiento, la ciencia, la racionalidad y la modernidad. No obstante, esta perspectiva liberal-progresista se desmoronó de la mano de McLuhan. Si bien McLuhan apoyó con firmeza las argumentaciones en favor de la influencia de la imprenta, adoptó una postura muy pesimista en relación con sus consecuencias. Planteó que la imprenta había cambiado el equilibrio de las percepciones sensoriales del ser humano. Para McLuhan, el *homo typographicus* sufrió un deterioro de sus percepciones auditivas y táctiles para pasar a confiar cada vez más en la vista. Como resultado, se fue alienando de su propia naturaleza perceptiva a medida que el aprendizaje a través de los sentidos se fue compartimentando cada vez más.

McLuhan fue mucho más sensible que los historiadores que han respaldado la tesis de la "revolución de la imprenta" a la pérdida cultural que se produjo como consecuencia. Hay que reconocer que la mayor circulación de textos impresos erosionó aún más el monopolio clerical del conocimiento. Al mismo tiempo, un nuevo mundo hecho de más lecturas individuales comenzó a socavar los valores comunitarios, a hacer de los individuos personas más críticas de las normas aceptadas y a soltar las ataduras del consenso social. Así, para McLuhan, la imprenta era un signo de una doble alienación: el lector no solo se alienaba de sus sentidos del tacto y de la audición, sino que se alejaba cada vez más del grupo social. La cultura escrita significaba, pues, pérdida cultural. Pero todo esto se recuperó en el contexto de los medios electróni-

cos, que restauraron la importancia del tacto y de la audición y nos reunieron con la más amplia de todas las comunidades: la "aldea global" de McLuhan. En el "paraíso acústico" de McLuhan, el pensamiento lineal de la cultura impresa ya no es el dominante, las percepciones sensoriales están en mejor equilibrio, y hemos vuelto a reunirnos en tribu. Para McLuhan, la imprenta destruyó "el África interior", pero los medios electrónicos nos han vuelto a conectar con ella.

El pensamiento extremo y a veces brillante de McLuhan no resiste demasiado análisis. Él nunca consideró en su planteo la política detrás de la imprenta. No se preguntó a quién le daba poder la imprenta ni a quién se lo quitaba. Nunca diferenció entre distintos niveles sociales, de educación o alfabetización a lo largo del tiempo. Más aún, gran parte de lo que escribió sobre el impacto de la lectura en las percepciones sensoriales podría haberse postulado tanto para el libro manuscrito como para el libro en su versión impresa. En la siguiente sección, se presentan algunos otros argumentos sobre la "revolución de la imprenta" desde una postura crítica.

LA "REVOLUCIÓN DE LA IMPRENTA" BAJO LA LUPA

Al considerar el poder de la invención de Gutenberg, no debe soslayarse el impacto social que tuvo en el corto y mediano plazo. Durante mucho tiempo, la "revolución de la imprenta" solo afectó a una elite erudita y muy acotada. Apenas rozó a la gran masa de europeos que seguía siendo, en su mayoría, analfabeta. De acuerdo con los registros de los inventarios post mórtem en los que se catalogaban las posesiones de los ciudadanos fallecidos, muy pocas personas tuvieron libros en los dos siglos posteriores a Gutenberg. En la ciudad española de Valencia, durante la edad de

oro –es decir, de 1474 a 1550–, la proporción de individuos que poseía libros era la siguiente:[22]

9 de cada 10 eclesiásticos
3 de cada 4 representantes de alguna profesión liberal (por ejemplo, abogados y médicos)
1 de cada 2 aristócratas
1 de cada 3 comerciantes
1 de cada 7 artesanos textiles
1 de cada 10 trabajadores manuales

El mundo del libro les resultaba muy familiar a los hombres de la Iglesia y a la flor y nata de los laicos con alto nivel de instrucción, pero entre las clases más bajas, el libro era virtualmente desconocido. Si comparamos este ejemplo con registros similares de Canterbury (Inglaterra) de 1620-1640, nuevamente encontramos grandes diferencias sociales en el grado de contacto con la cultura del libro. En este otro caso, 9 de cada 10 representantes de profesiones liberales poseían libros, al igual que el setenta y cinco por ciento de los nobles; en cambio, menos de la mitad (cuarenta y cinco por ciento) de los trabajadores textiles y solo un tercio (treinta y seis por ciento) de los obreros de la construcción registraban libros entre sus posesiones.[23]

La imprenta no fue necesariamente revolucionaria para el campesinado europeo, excepto en el sentido de que la palabra impresa ofreció nuevos modos de dominación a los gobiernos, aristócratas, clérigos, abogados y recaudadores de impuestos que los mantenían oprimidos. Por lo tanto, es importante medir cuidadosamente el impacto de la imprenta en relación con los diferentes niveles de

22. Martin, *The History and Power of Writing*, p. 347.
23. Roger Chartier, "Reading Matter and Popular Reading: From the Renaissance to the 17th Century". En: *HORW*, p. 270 [trad. esp.: "Lecturas y lectores populares desde el Renacimiento hasta la época clásica". En: *HLMO*, pp. 413-434].

alfabetización y estatus socioprofesional, así como en relación con las diferencias de género. Porque, tal como será analizado en el capítulo 7, en los primeros años de la Europa moderna, la tasa de alfabetización de los hombres era mucho más alta que la de las mujeres.

Naturalmente, había grupos de las elites que desafiaban y resistían la difusión de la cultura impresa. La elite clerical ya no ejercía el monopolio del conocimiento, dado que la producción de libros se trasladaba cada vez más de los monasterios a las cortes principescas, a las universidades y a los centros comerciales. La imprenta, tal como lo subrayaron Eisenstein y McLuhan, ofrecía a los lectores nuevos modos de reflexionar sobre el mundo y sus ortodoxias. Los tradicionalistas, obviamente, habrían de reaccionar contra las críticas y contra cualquier proceso que socavara la autoridad. Para estos conservadores, la imprenta tenía una influencia perniciosa porque difundía la ignorancia y el prejuicio, y podía envenenar la mente de los incautos. La novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco ilustra en forma ficcionalizada los intentos medievales por preservar oculto el conocimiento y evitar que lectores curiosos accedieran a obras consideradas peligrosas. En esta novela de misterio ambientada en la Edad Media, el mero contacto con los libros prohibidos envenenaba literalmente al lector, que moría al tocar las páginas contaminadas. También la imprenta podía verse como corrupta e inmoral. Circulaba un lema en latín que rezaba: "Est virgo haec penna, meretrix est stampificata": la pluma es virgen; la imprenta, una prostituta.[24] La imprenta era promiscua al poner mentiras en manos de cualquier lector, sin discriminación alguna.

La cultura del manuscrito sobrevivió entre las elites sociales y culturales. La evidencia de Inglaterra y España indica que el

24. Carlo Ginzburg, "High and Low: The Theme of Forbidden Knowledge in the 16th and 17th Centuries", *P&P* 73, 1976, pp. 28-41.

advenimiento de la imprenta no interrumpió la vibrante circulación de libros manuscritos, sobre todo de poesía y romances de caballería. Poetas como John Donne, Andrew Marvell y el Conde de Rochester escribían específicamente para la transmisión manuscrita. Como lo ha mostrado Harold Love, el libro manuscrito a veces podía ser más rentable que la producción impresa, no estaba sujeto a ninguna censura y tenía garantizada su circulación entre comunidades lectoras bien definidas.[25] Recurrir a la imprenta era considerado humillante para un caballero y acarreaba un estigma. Desde Londres, seguían enviándose gacetillas manuscritas al interior de Gran Bretaña, a veces en varios centenares de copias. En Francia, el número de libros manuscritos en circulación no comenzó a declinar hasta la década de 1490.[26] Salvo raras excepciones, las bibliotecas monásticas siguieron siendo bastiones del conservadurismo. Según un estudio inglés hecho sobre 4.900 libros existentes en monasterios entre los años 1400 y 1557, solo el seis y medio por ciento eran ejemplares impresos.[27] No necesariamente hay que mirar hacia las clases más altas e instruidas para convalidar la tesis de la modernidad de la imprenta; en la práctica, estos grupos suelen aferrarse a las formas de comunicación más tradicionales.[28]

En muchos sentidos, el libro impreso no era muy diferente del libro manuscrito. Había continuidad desde el punto de vista tecnológico y de contenido; de hecho, el papel seguía fabricándose a partir de trapos y tintas de tinturas vegetales; la forma del códice

25. Harold Love, *Scribal Publication in Seventeenth-Century England*, Oxford, Clarendon Press, 1993, pp. 4, 59 y 180-190.
26. Dominique Coq, "Les incunables: textes anciens, textes nouveaux", *HEF* 1, p. 177.
27. David N. Bell, "Monastic Libraries, 1400-1557", *CHBB* 3, p. 245.
28. Love, *Scribal Publication*; Manuel Sánchez Mariana, "El manuscrito y su producción en la época del libro impreso". En: *HELE*, pp. 23-28.

tampoco cambió. La tecnología fundamental del libro seguía siendo la misma. Durante algún tiempo, los escribientes habrían de seguir copiando libros impresos a mano. A su vez, el contenido cambió muy poco... y lentamente. Los mismos tipos de libros que habían circulado en su forma manuscrita ahora eran llevados a la imprenta. De todos los libros impresos antes de 1501 (los *incunabula*), el setenta y siete por ciento estaban escritos en latín y el cuarenta y cincopor ciento eran textos religiosos.[29] *Los cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer es un buen ejemplo de libro manuscrito que experimentó una transición ininterrumpida a la imprenta: lograron sobrevivir más de 80 manuscritos, y fue uno de los primeros títulos impresos por William Caxton después de haberse instalado en Westminster.[30] Otra consecuencia de la imprenta fue la proliferación de libros devocionales. Aquí tampoco se registraron cambios inmediatos. París era el bastión de las publicaciones de la Contrarreforma: producía en serie libros de horas, libros de oración y misales. Por lo tanto, la difusión de la imprenta sirvió tanto para fortalecer los prejuicios existentes como para dar a conocer nuevas ideas.

El libro impreso heredó muchas de las convenciones del libro manuscrito, pero gradualmente impuso y desarrolló sus propios métodos para organizar el espacio tipográfico. Era necesario generar, por ejemplo, nuevas formas de puntuación. Los primeros libros impresos a menudo invitaban a los lectores a que introdujeran sus propias ayudas de lectura, para lo cual se les pedía que numeraran las páginas, acentuaran las mayúsculas en color rojo y

29. Rudolph Hirsch, "Stampa e lettura fra il 1450 e il 1550". En: Armando Petrucci (ed.), *Libri, editori e pubblico nell' Europa moderna*, Bari, Laterza, 1977, pp. 3-50 [trad. esp.: *Libros, editores y público en la Europa moderna*, Valencia, Edicions Alfons el Magnánim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1990, pp. 27-70].

30. Julia Boffey y A. S. G. Edwards, "Literary Texts", *CHBB* 3, p. 561.

agregaran su propia puntuación. Los textos electrónicos restauran algunas de estas oportunidades perdidas de compromiso del lector. Al principio, los textos impresos se parecían a los manuscritos, pero los impresores asumieron cada vez más y más control sobre las ediciones. En 1502, cuando el gran impresor veneciano Aldo Manucio publicó su nueva edición de la obra de Ovidio, invitó a los lectores a paginarlo y a agregar los números de página en el índice. A partir de 1502, estas tareas casi siempre las hizo el propio impresor.[31]

La imprenta redujo así la participación de los lectores en las funciones editoriales, que perdieron la libertad de manipular y "hacer marcas" en el texto, y pronto ya no tuvieron nada más que hacer excepto agregar notas para uso personal. Al respecto, se registró un cambio significativo en la relación texto-notas. Las glosas marginales eran muy comunes en los libros manuscritos, pero Manucio adoptó la técnica de imprimir las notas al final del texto. Esto constituyó un marcado contraste con algunos libros medievales en los que el texto estaba rodeado de notas marginales en tres de sus lados y quedaba así empequeñecido ante los extensos comentarios que efectivamente pasaban a ser lo más importante de la página. Impresores del Renacimiento, como Manucio, eliminaron esas notas y recuperaron la primacía del texto. Este procedimiento también satisfizo a los escritores de la Reforma protestante, que querían restarle importancia al comentario escolástico y volver a los fundamentos de las Escrituras.

Los signos de interrogación (¿?) ya habían surgido en la cultura manuscrita, pero los paréntesis (()); []) y los signos de exclamación (¡!) tuvieron su origen en el siglo XV. La portada fue una

31. Martin Lowry, *The World of Aldus Manutius: Business and Scholarship in Renaissance Venice*, Ithaca (NY), Cornell UP, 1979.

POLIPHILO QVIVI NARRA, CHE GLI PARVE ANCORA DI DORMIRE, ET ALTRONDE IN SOMNO RITROVARSE IN VNA CONVALLE, LAQVALE NEL FINE ERA SERATA DE VNA MIRABILE CLAVSVRA CVM VNA PORTENTOSA PYRAMIDE, DE ADMIRATIONE DIGNA, ET VNO EXCELSO OBELISCO DE SOPRA. LAQVALE CVM DILIGENTIA ET PIACERE SVBTILMENTE LA CONSIDEROE.

LA SPAVENTEVOLE SILVA, ET CONSTIpato Nemore euaso, & li primi altri lochi per el dolce somno che se hauea per le pelle & prosternate mébre diffuso relicti, me ritrouai di nouo in uno piu delectabile sito assai piu che el precedente. Elquale non era de monti horridi, & crepidinose rupe intorniato, ne falcato di strumosi iugi. Ma compositamente de grate montagniole di non troppo altecia, Siluose di giouani quercioli, di roburi, fraxini & Carpini, & di frondosi Esculi, & Ilice, & di teneri Coryli, & di Alni, & di Tilie, & di Opio, & de infructuosi Oleastri, dispositi secondo laspecto de gli arboriferi Colli. Et giu al piano erano grate filunle di altri siluatici

Fig. 4: *Hypnerotomachia Poliphili*, edición de Aldo Manucio, 1499 (V. Nep, *Historia gráfica del libro y de la imprenta*, Buenos Aires, Leru, 1977, p. 126).

innovación del libro impreso, como también la justificación del margen derecho y los titulillos (encabezados) en la parte superior de la página. Los saltos de párrafo apenas se habían usado antes del siglo XVI, de modo que los primeros libros impresos presentaban al lector una masa densa de texto sin interrupciones, dividida a lo sumo en dos columnas, perspectiva por demás abrumadora para cualquier lector moderno. Una de las primeras obras en adoptar saltos de párrafo a lo largo de todo el libro fue el *Discurso del método* de René Descartes, porque el filósofo quería llegar a un público más amplio con diferentes competencias lectoras, en lugar de limitar su alcance a un círculo estrecho de intelectuales. Sin embargo, en sus otras obras, Descartes se mostró reacio a usar saltos de párrafo, en parte, porque le complacía escribir para un público académico y, en parte, porque sencillamente quería economizar papel, que en aquellos tiempos representaba alrededor de la mitad de los costos de producción de un libro.[32] La división moderna de la Biblia en capítulos y versículos también data de los tiempos del libro impreso. Si bien la Biblia se había dividido en capítulos en el siglo XIII, no había una manera uniforme y aceptada de hacerlo hasta que se publicó la versión del impresor francés Robert Estienne, en 1649.

Tal como ya se señaló, la fijación y la uniformidad fueron dos consecuencias de la imprenta reivindicadas por los exponentes de la tesis de la "revolución industrial". Para Eisenstein, la aparición de textos estándares, permanentes y autoritativos diferenció el mundo de la imprenta de la cultura manuscrita. Los bibliotecarios, ciertamente, habrían de desafiar el argumento de que la imprenta trajo consigo permanencia. Desde su punto de vista, la preservación de cualquier texto les debe bastante al conocimiento

32. Henri-Jean Martin, "Lectures et mises en texte". En: Roger Chartier (ed.), *Histoires de la lecture: un bilan des recherches*, París, IMEC, 1995, pp. 249-259.

profesional y a los recursos de los bibliotecarios. Otros aspectos de las reivindicaciones de Eisenstein también parecen poco sólidos. Hoy día, cuando abrimos un libro como este, lo hacemos con algunos supuestos tácitos. En primer lugar, suponemos que el autor nombrado en la portada es quien ha escrito el libro. También partimos de la premisa de que se ha publicado con permiso del autor. Por último, suponemos que todos los ejemplares de esta edición del texto serán idénticos. Sin embargo, en la Inglaterra del siglo XVII, no podía garantizarse ninguna de estas premisas. Como postula Adrian Johns, la confiabilidad y autoridad no eran inherentes a la forma impresa,[33] sino el fruto del esfuerzo de laboriosos autores, editores y sociedades científicas que defendían criterios de integridad frente a plagiadores y ediciones ilegales (piratas).

El mundo de la imprenta en sus inicios era un mundo encarnizado de especuladores inescrupulosos. Era frecuente que se piratearan libros a través de ediciones no autorizadas, imitaciones ilegales o versiones abreviadas. No necesariamente un libro había sido escrito por el autor consignado ni había sido autorizado por el autor, como tampoco los ejemplares eran necesariamente idénticos entre sí. Los hallazgos científicos no obtenían fácilmente valor ni reconocimiento universal. Las imágenes de Galileo de la superficie lunar, publicadas por primera vez en Venecia en 1610, fueron reeditadas sin permiso en las ediciones de Fráncfort y Londres en matrices de madera que fueron recicladas y que, por ende, no reproducían las mismas imágenes cada vez que se usaban.[34] El primer folio de Shakespeare es otro buen ejemplo de ello: tenía 600 tipos, ortografía y puntuación

33. Adrian Johns, *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making*, Chicago, Chicago UP, 1998.
34. Ibíd., pp. 22-23.

no uniformes, arreglos erráticos de diseño, errores de paginación y una corrección de pruebas deficiente. No se han encontrado dos ejemplares exactamente iguales.[35]

En el siglo XVII, en Gran Bretaña, los autores tenían poco control de la producción de sus obras, a menos que específicamente hicieran el esfuerzo de involucrarse. Era de esperar que los componedores corrigieran el texto. Los correctores de prueba existían, pero a menudo se controlaban las primeras páginas cuando el texto ya se estaba imprimiendo. En tales circunstancias, era inevitable que los textos tuvieran muchas variaciones. Por ejemplo, la Biblia del rey Jacobo presentó 24.000 variantes textuales hasta el año 1830.[36] Los autores a veces viajaban a Londres y se instalaban a vivir en la imprenta hasta supervisar las pruebas. La Fig. 5 reproduce la imagen de una imprenta del siglo XVII. Johns ha demostrado que la piratería era un riesgo normal en el mundo editorial londinense. La Stationers' Company sola litigó contra supuestos piratas más de cuarenta veces entre 1600 y 1720, mientras que en las oficinas privadas de la Stationers' se atendieron cientos de otros reclamos.[37] Los títulos en inglés podían volver a imprimirse con absoluta impunidad en el continente, para luego ser importados por Inglaterra con pies de imprenta falsos. La incertidumbre, entonces, más que la estabilidad, era la característica de la cultura impresa británica, sobre todo en el período entre la flexibilización de los controles gubernamentales de 1695 y la primera ley sobre derechos de autor de 1710. Johns sostiene que la fijación no fue una consecuencia de la tecnología, sino una cuestión cultural, producto de las múltiples interacciones entre impresores y vendedores de libros, correctores de pruebas y grabadores, sociedades científicas y charlatanes de café.

35. Ibíd., p. 31.
36. Ibíd., p. 91.
37. Ibíd., p. 162.

Fig. 5: Taller tipográfico del siglo XVII (V. Nep, *Historia gráfica del libro y de la imprenta*, Buenos Aires, Leru, 1977, p. 114).

Plagiadores e impostores abundaban por doquier. Un librero llamado John Dunton inventó las actuaciones de una supuesta sociedad científica, la *Athenian Society*, que llegó a estafar incluso a Jonathan Swift.[38] La autenticidad era el resultado de la lucha de autores y editores por asegurarse el reconocimiento de sus patrones nobles, de las sociedades académicas confiables y, en última instancia, de los lectores. Existen obvios paralelismos aquí con la World Wide Web. Los internautas contemporáneos enfrentan problemas similares en materia de autenticidad, derechos de autor y apropiación no autorizada de material escrito, que reflejan aquellos que enfrentaron, en una era anterior, los usuarios de la nueva cultura de la impresión.

38. Ibíd., p. 457.

Por último, también podría ponerse en duda la afirmación de que la imprenta dio impulso a las lenguas nacionales y despertó la conciencia nacional, aunque algunos analistas del nacionalismo moderno ya se han dejado convencer fácilmente por esta hipotética conexión. Por ejemplo, se ha dado demasiado por sentado –y, de hecho, se ha citado extensamente– el énfasis puesto por Benedict Anderson en el nacionalismo de la imprenta.[39] La cultura de la imprenta no produjo el nacionalismo moderno: tal relación causal es imposible de sostener dada la diferencia de 400 años entre la invención de la imprenta y la aparición de los movimientos nacionalistas... ¡en el siglo XIX! Más aún, en la supuesta cadena entre la imprenta y el nacionalismo falta un eslabón: el lector. Cualquier especulación sobre el impacto que ha tenido la literatura impresa debe necesariamente incluir un estudio sobre la alfabetización, recepción y respuesta de los lectores. Hasta ahora, prácticamente no se ha hecho. Además, el nacionalismo a menudo se difundió por canales orales y no escritos, a través de versos recitados y canciones. Los ejemplos escandinavos son ilustrativos. El nacionalismo romántico sueco se transmitió a través de canciones, que luego se imprimieron y publicaron, pero con la intención de que se cantaran. En Noruega, los estudiosos coleccionaron canciones folclóricas. En Dinamarca, el sacerdote y poeta Nikolaj Grundtvig tradujo las primeras sagas y los poemas épicos medievales, a los que consideraba tesoros perdidos del "ser danés". Pero su obra se difundió, principalmente, a través de medios orales: sermones, salmos y las 1.500 canciones que compuso y fueron entonadas por sus seguidores luteranos.[40]

39. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983, pp. 47-49 [trad. esp.: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993].
40. Uffe Østergård, "Language and National Identity in the Danish Nation-State in the 19th Century", *History of European Ideas* 16:1-3, 1993, pp. 213-218.

Mucho se ha dicho sobre la naturaleza revolucionaria de la invención de la imprenta; algunos postulados son claras exageraciones. En los siglos XVI, XVII y XVIII, el libro impreso llegaba a un público muy limitado. No fue hasta, por lo menos, cuatro siglos después de Gutenberg que surgió una cultura de masas en Europa occidental. Es más, había mucha continuidad en términos tecnológicos y de contenido entre el libro manuscrito y el libro impreso. Era difícil decidir cuál era la versión estable y autoritativa de, por ejemplo, *Enrique VI* de Shakespeare o *Principia* de Newton. De acuerdo con Adrian Johns, la aceptación y la legitimidad llegaron de la mano de los círculos intelectuales, y no de la tecnología de la imprenta per se. La crítica de Johns a la tesis de la "revolución de la imprenta" está geográficamente circunscripta al mundo editorial londinense. Pero a pesar de esta restricción, refleja un cambio importante en la mirada de los historiadores, que pasaron de analizar la tecnología puesta en la producción del libro a estudiar los procesos de lectura y la respuesta de los lectores.[41] Los historiadores nunca deben fiarse de la falacia tecnológica; es decir, del postulado de que la innovación tecnológica es, en sí misma, un factor determinante de cambio histórico. El contexto y, en este caso, los lectores también pesan.

CONTROL DEL DAÑO

Las reacciones ante la imprenta fueron tan variadas y extremas como las primeras respuestas ante el surgimiento de Internet. Por una parte, la invención de la imprenta parecía abrir las puertas a un nuevo mundo en el que la verdad y el conocimiento serían

41. "AHR Forum: How Revolutionary Was the Print Revolution?", *AmHistRev* forum, 107:1, 2002, pp. 84-128 (debate entre Elizabeth Eisenstein y Adrian Johns).

accesibles a un público cada vez más amplio. Por otra parte, fue objeto de muchas críticas porque diseminaba mentiras, prejuicios y afirmaciones infundadas. Para algunos, lideraba la utopía comunicacional de una democratización ilimitada del conocimiento. Para otros, había un claro peligro de que este medio, si acaso quedaba exento de todo control efectivo, pudiera provocar graves daños.

En el período posterior al advenimiento de la imprenta, hubo intentos por ejercer un control sobre el material impreso. La censura era una preocupación especial de la Iglesia católica, ya que siempre había asumido el rol de definir la doctrina ortodoxa y defenderla de toda interpretación hereje. El papa León X condenó la imprenta en 1513 por tratarse de un invento que llevaba a errores de fe y moralidad, y muy probablemente habría de generar "múltiples problemas".[42] El índice de libros prohibidos identificaba aquellas publicaciones incluidas en la lista negra de la Iglesia, lista que creció aún más en el período de la Contrarreforma. En Francia, los poderes de censura eran ejercidos por la Facultad de Teología de la Sorbona (la Universidad de París), así como por los tribunales de justicia (los *parlements*). Después de 1563, la monarquía también pasó a ejercer ese control y, a partir de ese momento, ya no pudo publicarse nada legalmente sin permiso de la realeza, el que era otorgado en forma de *privilège* a un impresor. Un privilegio real no era solo una medida represiva, también protegía a los editores contra la competencia ilícita. Los editores que tenían un *privilège* de la realeza sabían que gozaban de un monopolio legal para producir sus textos. Pero nada de todo esto logró sofocar el disenso religioso ni evitar la lluvia de panfletos en tiempos de crisis política, como el de las sublevaciones de la Fronda, en el

42. Stephan Füssel, *Gutenberg and the Impact of Printing*, trad. D. Martin, Aldershot (Reino Unido), Scolar Press, 2003, p. 111.

siglo XVII. Si a la poderosa monarquía francesa le costaba hacer cumplir las disposiciones, cuánto más difícil habría de ser para otros regímenes en lugares menos regulados de Europa, como los Países Bajos, partes de Suiza y algunas ciudades estado de Alemania e Italia. Cuando la obra subversiva de Galileo Galilei fue sacada de contrabando de la prisión en la que él se encontraba, se envió a un ámbito más abierto como eran los Países Bajos, donde fue publicada en Leiden por el editor holandés Elzevir.

La creación y protección de los derechos de autores y editores fue otra consecuencia del caos competitivo que provocó el mundo de la imprenta. En Gran Bretaña, la Stationers' Company, fundada en 1557, regulaba el comercio en beneficio de impresores y libreros, demandaba a los piratas y garantizaba cierta forma de derecho de autor en nombre del comercio del libro en su conjunto. Pero tiempo después, al igual que en Francia, todos los marcos normativos colapsaron durante la Guerra Civil inglesa (1642-1651). En 1662, una ley de licencias instituyó la censura gubernamental para acabar con la anarquía de la imprenta: los editores necesitaban contar con la aprobación previa del gobierno, que, si les era otorgada, les proporcionaba la licencia necesaria para publicar. Este régimen, que instaló una suerte de control dual sobre el mercado del libro ejercido por el Estado y la Stationers' Company, se mantuvo hasta que la ley fue revocada en 1695. En 1710, la ley inglesa de derechos de autor abolió la censura previa sobre la literatura, otorgó derechos de autor durante veintiún años en el caso de obras publicadas antes de 1709, y durante catorce años, cuando se trataba de obras publicadas con posterioridad a esa fecha. Asimismo, este plazo podía extenderse si el autor estaba vivo. Esta ley marcó un punto de inflexión importante en la evolución de los derechos de propiedad intelectual.

El hecho de que se hubiese dirigido tanto esfuerzo a la vigilancia y regulación del mercado del libro ya es prueba suficiente del poder de la imprenta. La imprenta representó un cambio significativo,

pero no debe sobreestimarse su naturaleza revolucionaria. Resulta más adecuado considerarla uno de los hitos en la historia de la lectura, junto con la invención del códice, el surgimiento de la lectura silenciosa y la industrialización del libro en el siglo XIX. La historia de la tecnología de la imprenta debe combinarse siempre con la historia de las circunstancias y procesos sociales en los cuales los lectores atribuyen significado a los textos. En los capítulos que se presentan a continuación, consideraremos a los lectores de dos contextos específicos: la Reforma protestante y el Renacimiento.

Capítulo 4
La imprenta y la Reforma protestante

El protestantismo era la religión del libro. Sus fieles abogaban por una vuelta a las verdades fundamentales de las Sagradas Escrituras, en vez de confiar en la interpretación y los comentarios eruditos de estudiosos y teólogos. Los líderes protestantes creían que todos los cristianos debían tener fácil acceso al mensaje de la Biblia. Estas sencillas ideas inspiraron el uso que el protestantismo hizo de la propaganda impresa en la era de la Reforma. La Reforma contribuyó a difundir las lenguas vernáculas, que todos los cristianos podían potencialmente entender, a expensas del latín, cuyo uso perpetuaba la dominación por parte de un clero católico supuestamente corrupto. Los protestantes quisieron acercar la Biblia a los creyentes, y al hacerlo, líderes como Martín Lutero desafiaron la autoridad papal. Como consecuencia, la posteridad protestante lo ha reivindicado, muchas veces, como un héroe revolucionario que puso al descubierto el materialismo, la hipocresía y la magia supersticiosa del catolicismo tradicional.

El principal interés de este capítulo es explorar la relación entre el protestantismo y la imprenta, así como el papel que desempeñó la palabra impresa en general en los conflictos religiosos de la Europa del siglo XVI. Tanto para los protestantes como para los católicos, los libros impresos cumplían el propósito de convencer a los curiosos y mantener a los fieles en el verdadero camino de la salvación. Para los protagonistas de los conflictos religiosos del siglo XVI, los textos religiosos y los libros litúrgicos definían su lealtad y los unían en una comunidad de fe. Por ejemplo, las *Actes and Monuments* de John Foxe, una enciclopedia del martirio

protestante maravillosamente ilustrada y con varias reimpresiones, era un libro en el que los protestantes ingleses leían su propia identidad.[1] El análisis que sigue se centra en cómo el protestantismo de la Reforma difundió sus ideas y cómo la Iglesia católica reaccionó ante la lluvia de impresos que brotaban de las prensas protestantes. Asimismo, se propone presentar a Lutero tal como se lo presentaba entonces ante sus lectores coetáneos. Del mismo modo en que el capítulo anterior se ocupó de revisar el saber convencional sobre la invención de la imprenta, este se propone cuestionar algunas de las ideas aceptadas sobre la lectura de la Biblia protestante. Un eminente historiador ya embistió contra un cliché harto trillado cuando tildó la lectura popular y extendida de la Biblia alemana de "mito y fábula".[2]

ALFABETIZACIÓN PROTESTANTE

El protestantismo eligió comunicarse en las lenguas nacionales, pero su público estaba limitado por el analfabetismo generalizado de las masas rurales y de la mayoría de las clases trabajadoras urbanas en la Europa de la Reforma. Rolf Engelsing calculó que solo entre el tres y el cuatro por ciento de la población de los estados alemanes sabía leer en la época de la Reforma, mientras que David Cressy planteó que, en Inglaterra, tal vez el diez por ciento de los hombres y solo el uno por ciento de las mujeres sabían leer.[3] Hasta el siglo XVII, momento en que los registros parroquiales de

1. Patrick Collinson, Arnold Hunt y Alexandra Walsham, "Religious Publishing in England, *1557-1640*", *CHBB* 4, pp. 36-37.
2. Rolf Engelsing, *Der Bürger als Leser, Lesergeschichte in Deutschland, 1500-1800*, Stuttgart, Metzler, 1974, p. 37.
3. Jean-François Gilmont, "Protestant Reformations and Readings". En: *HORW*, p. 224 [trad. esp.: "Reformas protestantes y lectura". En: *HLMO*, pp. 329-366].

Inglaterra y Francia comenzaron a producir información más fidedigna, solo era posible hacer conjeturas sobre las tasas de alfabetización. En el capítulo 7, se analiza más detalladamente el significado de "alfabetización" y la manera en que los historiadores calculan esta tasa. La alfabetización dependía, en gran medida, del estatus social y del género; en otras palabras, había más hombres que mujeres alfabetizadas, y tanto los hombres como las mujeres de la nobleza o de las profesiones tenían más probabilidades de saber leer y escribir que los miembros de las clases sociales inferiores. Por consiguiente, las ideas de la Reforma tuvieron una acogida muy diferente según el contexto social. El calvinismo atraía a los artesanos urbanos calificados, como los trabajadores de las imprentas de Lyon analizados por Natalie Davis.[4] Los impresores que viajaban cantando salmos en la década de 1550 eran personas con instrucción, que ganaban bien, y alrededor del setenta y cinco por ciento de ellos sabían leer y escribir. En cambio, en Alemania, el luteranismo tenía más adhesión entre los campesinos pobres cuya tasa de alfabetización era inferior.

La difusión del protestantismo a veces capitalizó antiguas herejías medievales que habían gozado del respaldo de muchas personas letradas. Por ejemplo, las Escrituras en lengua vernácula habían sido usadas por distintos movimientos religiosos disidentes o reformistas, como los valdenses en el siglo XV, el movimiento lolardo de Inglaterra y los husitas de Bohemia. Al igual que sus sucesores protestantes, estas sectas herejes creían que los verdaderos cristianos no necesitaban de la mediación del clero ni del Papa, ya que podían encontrar su propia salvación a través de una búsqueda individual

4. Natalie Zemon Davis, "Strikes and Salvation at Lyon". En: N.Z. Davis, *Society and Culture in Early Modern France*, Londres, Duckworth, 1975, pp. 1-16 [trad. esp.: "Huelgas y salvación en Lyon". En: N. Z. Davis, *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 17-32].

de la verdad bíblica. Por ello, en ciertos contextos sociales y regionales, el mensaje del protestantismo cayó en terreno fértil y fue escuchado por comunidades alfabetizadas con una larga tradición de disenso religioso. Sin embargo, esas herejías anteriores habían tenido un alcance limitado desde el punto de vista geográfico y temporal. La imprenta ofreció a los movimientos luterano y calvinista una oportunidad sin precedentes de asegurarse una adhesión más amplia y un futuro a largo plazo.

LA BIBLIA Y LA LECTURA EN LENGUA VERNÁCULA

El Nuevo Testamento en alemán de Lutero apareció en 1522. Le llevó apenas once semanas traducirlo, y los impresores dedicaron menos de seis meses a imprimirlo. Usaron la fuente gótica, y no la letra humanista con la que estamos más familiarizados, para así apuntar a una base amplia de público popular. Luego le siguió el Antiguo Testamento, pero a un ritmo más calmo. De hecho, a Lutero le llevó doce años. Necesitó ayuda con el hebreo, y los libros de los profetas presentaban un alto grado de dificultad.[5] Habían circulado dieciocho versiones de la Biblia en alemán antes de Lutero, pero esta fue, sin duda, la más exitosa y efectiva.[6]

No fue la única, porque, en las décadas de 1520 y 1530, los intelectuales de toda Europa se dedicaron a producir la Biblia en sus propios idiomas. En 1526, se publicó en danés y, en 1532, en italiano. En 1526, se importó de Alemania el Nuevo Testamento

5. John L. Flood, "The Book in Reformation Germany". En: Jean-François Gilmont (ed.), *The Reformation and the Book*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate, 1998, pp. 69-71.
6. Stephan Füssel, *Gutenberg and the Impact of Printing*, Aldershot (Reino Unido), Scolar Press, 2003, p. 163.

en inglés de William Tyndale, que fue quemado de inmediato, pero del que igualmente se imprimieron 40 ediciones antes de 1566.[7] La primera versión completa de la Biblia en inglés, impresa por Miles Coverdale probablemente en la ciudad alemana de Colonia, llegó a Inglaterra en el año 1535. En 1541, un edicto real ordenó que hubiera una Biblia en inglés en cada parroquia. La versión autorizada del rey Jacobo arrasó con todas las demás ediciones posteriores a esta publicación de 1611, pero en la década de 1630, comprar un ejemplar económico y encuadernado le habría costado a un trabajador no calificado –si hubiera estado en condiciones de leer– el jornal de toda una semana de trabajo.[8] Después de 1588, se contó también con una Biblia en galés.

Sin embargo, en España y Portugal, donde la influencia protestante lograba ser acallada, la Biblia en versión vernácula no apareció hasta mucho después de la década de 1790. Jacques Lefèvre d'Etaples tradujo el Nuevo Testamento al francés en 1523, y la Biblia completa, entre 1530 y 1534, aunque la mayoría de las versiones en francés de la Biblia fueron importadas de Amberes, Estrasburgo y Suiza. Una de las tantas paradojas de la Reforma protestante es que la Biblia de Lutero en alemán fue traducida primero al latín para que los lectores franceses pudieran entenderla (tiempo después, claro, se volcó al francés). Juan Calvino escribió sus obras en latín y en un francés de estilo muy personal, elogiado tanto por seguidores como por detractores debido a su límpida precisión.

Traducir las Escrituras no era tarea fácil, y los estudiosos sentían que se perdía mucho cuando se traducía la Biblia a lenguas consideradas menos nobles que las de sus antiguos autores. Pierre Olivétan se quejó porque "hacer que el francés suene con la

7. Ian Green, *Print and Protestantism in Early Modern England*, Oxford, OUP, 2000, p. 51.
8. Ibíd., p. 95.

elocuencia del hebreo y del griego" era como "enseñarle al dulce ruiseñor a cantar las ásperas canciones del cuervo".[9] Sin embargo, se dedicaban con ahínco a la heroica tarea de poner la Biblia a disposición del consumo general. Era una actividad peligrosa. Tyndale fue quemado en la hoguera en 1535, y el impresor francés Etienne Dolet sufrió el mismo destino en 1546.

¿Qué popularidad tuvo la Biblia luterana? Antes de la muerte de Lutero en 1546, su Biblia en alemán tuvo más de 400 reimpresiones totales o parciales, y llegó a 200.000 ejemplares, aproximadamente.[10] Estos datos hablan de una inmensa circulación para la época, pero aun así, la Biblia en alemán estaba fuera del alcance de la mayoría de los luteranos. Primero, muchos eran analfabetos y, luego, era demasiado cara. Un ejemplar sin encuadernar de la Biblia completa de 1534 en alemán costaba el equivalente al sueldo de un mes de un trabajador promedio.[11] Recién en el siglo XVIII su costo real se redujo hasta ponerse al alcance de un trabajador alemán común y corriente. En cambio, la Biblia de Lutero era adquirida por iglesias, pastores y escuelas luteranas. A veces, era comprada por los gobiernos que imponían su uso obligatorio. En 1533, por ejemplo, todas las parroquias de Meissen recibieron la orden de tener una Biblia en alemán, que debía ser costeada con fondos de la Iglesia; en Brandeburgo, cada pastor debía tener su propio ejemplar. En la práctica, los luteranos confiaban en sus pastores para interpretar la Biblia.

En los Países Bajos, la situación era bien diferente. Allí había más gente que sabía leer y escribir que en Alemania, y había más proporción de familias que compraban la Biblia. Es significativo que los impresores calvinistas produjesen muchas ediciones en el

9. Gilmont, "Protestant Reformations and Readings", p. 219.
10. Ibíd., p. 216; Richard Gawthrop y Gerald Strauss, "Protestantism and Literacy in Early Modern Germany", *P&P* 104, 1984, p. 40.
11. Gawthrop y Strauss, "Protestantism and Literacy", p. 40.

pequeño formato en octavo para uso personal y para facilitar su acarreo, mientras que las más grandes, de formato en folio, eran las preferidas por los impresores de la Biblia luterana. El formato más grande era más adecuado para su uso en la Iglesia, mientras que las más pequeñas eran más cómodas para usarlas en el hogar.[12] Tener una Biblia era quizá también más común en la Nueva Inglaterra del siglo XVII que en los primeros años de la Alemania moderna.

Para apreciar el verdadero impacto del protestantismo en Alemania y en otros lugares, debemos mirar más allá de la producción de la Biblia, por muy sensacional que esta haya sido, y considerar su relación con otros textos impresos. No hay dudas de que la Reforma trajo aparejado un gran incremento de las publicaciones en lengua vernácula. Se ha estimado que, entre 1517 y 1523, la cantidad de libros impresos en alemán se multiplicó por diez.[13] La proporción de libros en latín declinó gradualmente, aunque el setenta por ciento de las publicaciones en Alemania durante la década de 1570 seguía siendo en latín. En Francia, la ordenanza real de Villers-Cotterêts de 1539 obligó a usar el francés en todos los documentos oficiales. En la ciudad luterana de Estrasburgo, Miriam Chrisman identificó dos culturas diferentes a mitad del siglo XVI: una cultura docta, erudita y basada en el latín; y la otra, secular y basada en la lengua germana. La cultura secular alemana dominó la producción del libro en esta ciudad, aproximadamente después del año 1550.[14] Sin embargo, en Estrasburgo, tener una Biblia seguía siendo poco frecuente. Muy pocas personas comunes tenían la Biblia completa, aunque tal vez tenían el Nuevo Testamento o parte de él, libros de oración y panfletos antipapales.[15]

12. Gilmont, "Protestant Reformations and Readings", pp. 227-228.
13. Flood, "The Book in Reformation Germany", p. 43.
14. Miriam Usher Chrisman, *Lay Culture, Learned Culture: Books and Social Change in Strasbourg, 1480-1599*, New Haven (CT), YUP, 1982, cap. 10.
15. Ibid., cap. 7.

En Inglaterra, había habido una proporción relativamente alta de producción de libros en lengua vernácula, incluso en el período de los incunables. En la década de 1530, la Reforma de Enrique VIII y la disolución de los monasterios infligieron un duro e irreparable golpe a la cultura latina católica. No se produjo ningún trabajo significativo en latín durante el siglo XV ni a principios del siglo XVI. Esta larga sequía del latín se vio interrumpida cuando se publicó *Utopía* de Thomas More, pero Erasmo lo llevó a Lovaina para imprimirlo y no fue publicado en inglés hasta el año 1551.[16] En Gran Bretaña, la lucha que se libró no fue por la Biblia en inglés, sino por el libro de oración. Había mucho en juego, porque la imprenta ahora abría la posibilidad de que el Estado prescribiera una forma estandarizada de culto en todo el reino. En la guerra por controlar el libro de oración, la fortuna le sonrió primero a uno y luego a otro. Durante el reinado de Eduardo VI (1547-1553), cuando triunfó el protestantismo, se promovió el uso del Libro de Oración Común de Thomas Cranmer, impreso en 1549, que habría de pasar por más de 500 ediciones en el transcurso de los siguientes 180 años.[17] Pero, en el año 1553, sobrevino un período de reacción durante el reinado de la reina católica María I, y el libro de oración de Cranmer fue repudiado y quemado. La imprenta protestante inglesa se trasladó al continente, donde John Knox y otros exiliados marianos produjeron la Biblia de Ginebra. Fue necesario que llegara al trono Isabel I para que se sancionara la Ley de la Uniformidad y, con ello, se restableciera el uso del libro de oración protestante.

La difusión del luteranismo dependió mucho menos de la Biblia que de una amplia gama de panfletos, folletos y hojas volanderas. Periódicos de una sola página, que incluían sencillas

16. Lotte Hellinga y J. B. Trapp, "Introduction", *CHBB* 3, pp. 17-19.
17. Green, *Print and Protestantism*, p. 248.

ilustraciones en grabado, eran producidos de a miles a muy bajo costo, y estos *flugschriften* llegaban a un público muy numeroso. La Biblia de Lutero tenía muy pocas ilustraciones, aunque en el Libro de la Revelación la figura de la cortesana de Babilonia estaba representada de cuerpo entero y con la tiara papal. De cualquier modo, debido a su costo, no todas las ediciones las reproducían. Los periódicos ilustrados tenían más probabilidades de atraer a los lectores semialfabetizados. Eran un híbrido de imágenes y textos que, por su naturaleza visual, podían ser "leídos" por personas alfabetizadas y analfabetos. Se publicaban imágenes de la falsa Iglesia, de Lutero y del Papa, del buen pastor y del monje libertino acompañadas de textos complementarios que podían ser leídos en voz alta para fijar el mensaje visual.[18]

Los panfletos breves y polémicos tenían una circulación masiva. El escrito de Lutero *A la nobleza cristiana y a la nación alemana* (1520) vendió cuatro mil ejemplares en pocos días y llegó a las trece ediciones en dos años.[19] Entre 1518 y 1525, los panfletos se reproducían hasta en tres millones de copias que circulaban por toda Alemania y hacían la fortuna de los impresores de Wittenberg, el pequeño pueblo donde Lutero enseñaba teología. Como había tanta piratería y falta de escrúpulos, Lutero perdió el control de su propia producción. La calidad de las ediciones piratеadas en Augsburgo, Basilea o Leipzig era muy mala. Los editores corrían a alimentar las prensas con el material antes de que algún competidor les ganara de mano, por lo que hacer una prolija corrección de pruebas era un lujo para el que no había tiempo. Lutero se enojó mucho con algunas ediciones no autorizadas. "Ni siquiera reconozco mis propios libros", se lamentaba.

18. Robert W. Scribner, *For the Sake of Simple Folk: Popular Propaganda for the German Reformation*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1981, pp. 243-244.
19. Flood, "The Book in Reformation Germany", p. 26.

> Incurren en omisiones cambian el orden, falsean el texto o no lo corrigen. Incluso usan el truco de imprimir el nombre de la ciudad de Wittenberg al principio de algunos libros que nunca pasaron por Wittenberg... la codicia y la envidia los llevan a engañar a la gente apropiándose de nuestro nombre.[20]

Tal era el precio de la fama. Las intenciones del autor podían distorsionarse o tergiversarse y los textos quedaban abiertos a interpretaciones insospechadas. Lutero inventó "sellos de calidad" especiales –pequeños logos que representaban un cordero y una bandera, o una rosa con una cruz en el centro– con la esperanza de distinguir las versiones autorizadas de las no autorizadas.

Tanto Lutero como su amigo y socio, el profesor alemán de teología Philip Melanchthon (1497-1560), abogaron por que se publicara en lengua vernácula. También usaron el catecismo, que era un medio más práctico que la Biblia para enseñar a los jóvenes. El catecismo resumía unos pocos dogmas de manera clara y sencilla en un formato de preguntas y respuestas, y podía memorizarse fácilmente. Tal como la Iglesia católica lo había sabido durante siglos, constituía una buena herramienta pedagógica en una cultura esencialmente oral. Así, paradójicamente, el catecismo luterano tomó prestada de su enemigo católico esta técnica de enseñanza suficientemente probada. El problema para estos dos protagonistas era que los niños que aprendían una fórmula de memoria tal vez no entendían cabalmente el texto que recitaban. A su vez, el calvinismo se valió más del salterio y promovió el canto comunitario de salmos, lo que se convirtió en uno de sus rasgos distintivos. En una sociedad caracterizada por la cultura escrita restringida, tanto el luteranismo como el calvinismo hicieron uso de los medios de comunicación orales y visuales, así como del

20. *Ibíd.*, pp. 52-55.

texto impreso. La Biblia y otros textos se leían en voz alta en los mercados, bares, grupos de lectura privados. En Kitzbühel, un grupo de mineros tiroleses se reunía en casas privadas o, cuando las condiciones climáticas lo permitían, al aire libre para escuchar la lectura de sermones o del Evangelio.[21] En los Países Bajos españoles, había grupos que leían y hacían circular libros evangélicos porque, como sabemos, en 1543 se descubrió el conventículo –reunión clandestina– de Lovaina y todos sus miembros fueron ejecutados.[22]

VARIACIONES EN LA LECTURA DEL MENSAJE PROTESTANTE

El mensaje de Lutero se transmitía de boca en boca y a través de ilustraciones baratas de grabados en madera y de textos impresos. Sin embargo, los protestantes se oponían al exceso de imágenes. Se disgustaban frente a la ostentación clerical, y sus tendencias iconoclastas los acercaban más a la cultura impresa que a una cultura de imágenes. No obstante, sorprendentemente, las personas comunes y corrientes conocían a Lutero sobre todo a través de las representaciones pictóricas de su figura.

Ante los lectores comunes y corrientes, Lutero era representado literalmente como una figura carismática; en otras palabras, dotado de poderes mágicos. Esto no se condecía en absoluto con la concepción de espiritualidad de Lutero. En algunas imágenes, aparecía como una autoridad teológica respetada, capaz de dictar cátedra sobre las Escrituras. Esta representación de Lutero como

21. Ibíd., p. 86.
22. Andrew G. Johnston, "Printing and the Reformation in the Low Countries, 1520-c.1555". En: Gilmont, *The Reformation and the Book*, p. 181.

un eximio doctor de la Iglesia también contradecía las ideas protestantes sobre el escolasticismo y el "sacerdocio de todos los creyentes". Sin embargo, estas imágenes fueron clave en la atracción que ejerció a nivel popular; la gente lo veía desde una perspectiva tradicional.[23] Al igual que a los santos católicos, a Lutero se le atribuían poderes curativos. En la fantasía popular, hasta obraba milagros, porque se creía que, a veces, quienes atacaban su retrato eran castigados con alguna herida grave. Los periódicos a menudo lo representaban con una aureola, el atributo de los santos católicos, o lo comparaban con un profeta bíblico, incluso con Juan el Bautista. En algunos grabados, se lo mostraba acompañado de una paloma, símbolo de la inspiración divina, o de la presencia del Espíritu Santo. En un vuelco absoluto respecto de la doctrina luterana, hasta las partes del abrigo de Lutero pasaron a ser reverenciadas como reliquias sagradas. En Eisleben, el pueblo natal de Lutero, los retazos de tela de su capa y gorra escolar eran objetos de culto. La Inquisición solía quemar los libros herejes y, según los jesuitas, la buena literatura se elevaba en el aire y sobrevivía intacta a las llamas.[24] Así nació el mito de que las obras de Lutero también eran a prueba de fuego. Se trataba de un "Lutero incombustible", según la frase irónica de Bob Scribner, cuyos importantes aportes permitieron desentrañar la extensa historia de la mitología sobre Lutero.

Esta iconografía refleja algunas características muy tradicionales de una cultura popular sumida en la mitología católica. En vez de reflejar una rebelión contra las imágenes católicas, las construcciones de Lutero a veces las reproducían. Hasta cierto punto, hubo claramente una Reforma popular, propagada a través de las

23. Scribner, *For the Sake of Simple Folk*, p. 22.
24. Robert W. Scribner, "Incombustible Luther: The Image of the Reformer in Early Modern Germany", *P&P* 110, 1986, pp 38-68, para esta sección.

imágenes de los grabados y que no siempre concordaba con el tipo de protestantismo debatido por teólogos y eruditos. A nivel popular, el discurso protestante estaba imbuido del vocabulario de santos, milagros y reliquias. La tecnología de la imprenta no había erradicado las diferencias que existían entre los grupos sociales con distinto bagaje cultural y educativo. Tal vez la producción impresa había apenas rozado la superficie del gran océano de la mentalidad popular.

El protestantismo de la Reforma tuvo varios centros y muchos líderes. Entre ellos, no solo Lutero y Calvino, sino también Philipp Melanchthon en Alemania, Ulrich Zwingli en Suiza y muchas otras figuras más radicales. La Reforma protestante distaba mucho de ser monolítica, y un historiador de la lectura está obligado a considerar las relaciones entre los propios protestantes.

Ni siquiera el luteranismo mantuvo su propia coherencia, ya que la posición de Lutero fue cambiando con el tiempo. En un primer momento, alentó fuertemente la lectura popular de la Biblia y concibió a la imprenta como una bendición. En 1520, escribió que los niños debían recibir lecciones del Nuevo Testamento todos los días. Recomendó que cada cristiano leyera diariamente el Evangelio según san Juan y la Epístola a los romanos de san Pablo.[25] Zwingli y Melanchthon promovieron ideas similares sobre el sacerdocio de todos los creyentes. Pero algunos acontecimientos ominosos obligaron a un cambio de pensamiento. En 1525, se desataron violentos disturbios entre los campesinos, hecho que se conoce como la "guerra de los campesinos". Los manifestantes blandían eslóganes luteranos, mientras exigían la abolición del diezmo y otras cargas fiscales. Algunos, como Thomas Müntzer, acusaron a Lutero de consentir la opresión de los pobres ejercida por los príncipes que gobernaban Alemania.

25. Gawthrop y Strauss, "Protestantism and Literacy", p.34.

un eximio doctor de la Iglesia también contradecía las ideas protestantes sobre el escolasticismo y el "sacerdocio de todos los creyentes". Sin embargo, estas imágenes fueron clave en la atracción que ejerció a nivel popular; la gente lo veía desde una perspectiva tradicional.[23] Al igual que a los santos católicos, a Lutero se le atribuían poderes curativos. En la fantasía popular, hasta obraba milagros, porque se creía que, a veces, quienes atacaban su retrato eran castigados con alguna herida grave. Los periódicos a menudo lo representaban con una aureola, el atributo de los santos católicos, o lo comparaban con un profeta bíblico, incluso con Juan el Bautista. En algunos grabados, se lo mostraba acompañado de una paloma, símbolo de la inspiración divina, o de la presencia del Espíritu Santo. En un vuelco absoluto respecto de la doctrina luterana, hasta las partes del abrigo de Lutero pasaron a ser reverenciadas como reliquias sagradas. En Eisleben, el pueblo natal de Lutero, los retazos de tela de su capa y gorra escolar eran objetos de culto. La Inquisición solía quemar los libros herejes y, según los jesuitas, la buena literatura se elevaba en el aire y sobrevivía intacta a las llamas.[24] Así nació el mito de que las obras de Lutero también eran a prueba de fuego. Se trataba de un "Lutero incombustible", según la frase irónica de Bob Scribner, cuyos importantes aportes permitieron desentrañar la extensa historia de la mitología sobre Lutero.

Esta iconografía refleja algunas características muy tradicionales de una cultura popular sumida en la mitología católica. En vez de reflejar una rebelión contra las imágenes católicas, las construcciones de Lutero a veces las reproducían. Hasta cierto punto, hubo claramente una Reforma popular, propagada a través de las

23. Scribner, *For the Sake of Simple Folk*, p. 22.
24. Robert W. Scribner, "Incombustible Luther: The Image of the Reformer in Early Modern Germany", *P&P* 110, 1986, pp 38-68, para esta sección.

imágenes de los grabados y que no siempre concordaba con el tipo de protestantismo debatido por teólogos y eruditos. A nivel popular, el discurso protestante estaba imbuido del vocabulario de santos, milagros y reliquias. La tecnología de la imprenta no había erradicado las diferencias que existían entre los grupos sociales con distinto bagaje cultural y educativo. Tal vez la producción impresa había apenas rozado la superficie del gran océano de la mentalidad popular.

El protestantismo de la Reforma tuvo varios centros y muchos líderes. Entre ellos, no solo Lutero y Calvino, sino también Philipp Melanchthon en Alemania, Ulrich Zwingli en Suiza y muchas otras figuras más radicales. La Reforma protestante distaba mucho de ser monolítica, y un historiador de la lectura está obligado a considerar las relaciones entre los propios protestantes.

Ni siquiera el luteranismo mantuvo su propia coherencia, ya que la posición de Lutero fue cambiando con el tiempo. En un primer momento, alentó fuertemente la lectura popular de la Biblia y concibió a la imprenta como una bendición. En 1520, escribió que los niños debían recibir lecciones del Nuevo Testamento todos los días. Recomendó que cada cristiano leyera diariamente el Evangelio según san Juan y la Epístola a los romanos de san Pablo.[25] Zwingli y Melanchthon promovieron ideas similares sobre el sacerdocio de todos los creyentes. Pero algunos acontecimientos ominosos obligaron a un cambio de pensamiento. En 1525, se desataron violentos disturbios entre los campesinos, hecho que se conoce como la "guerra de los campesinos". Los manifestantes blandían eslóganes luteranos, mientras exigían la abolición del diezmo y otras cargas fiscales. Algunos, como Thomas Müntzer, acusaron a Lutero de consentir la opresión de los pobres ejercida por los príncipes que gobernaban Alemania.

25. Gawthrop y Strauss, "Protestantism and Literacy", p.34.

En 1535, un grupo de anabaptistas intentaron llevar a la práctica algunos principios protestantes extremos cuando asaltaron temporalmente el poder en la ciudad de Münster. Los anabaptistas creían en el bautismo de los adultos para todos, y en Münster trataron de expurgar a la sociedad de todo mal, en anticipación a la Segunda Llegada. Se preparaban para el día del Juicio Final, en el que triunfaría la virtud y los poderosos serían depuestos. Los anabaptistas de Münster parecían rechazar todo el legado intelectual de la cristiandad. Introdujeron la poligamia, proclamaron la titularidad común de los bienes y, lo más importante para nuestro objetivo, prohibieron todos los libros a excepción de la Biblia. Estos episodios eran potencialmente muy peligrosos para la credibilidad del protestantismo. Lutero necesitaba el respaldo y la protección de gobernantes como Federico de Sajonia, pero ese respaldo podía ser retirado si el luteranismo se convertía en una fórmula para la revolución social, el derramamiento de sangre y los disturbios. Después del año 1525 aproximadamente, el protestantismo tuvo que forjar una alianza más estrecha con las fuerzas de la ley y el orden.

Así, la guerra de los campesinos de 1525 puso al descubierto el conservadurismo de los líderes protestantes, quienes con el tiempo se volvieron más recelosos. Comenzaron a hablar más sobre los peligros de leer incorrectamente la Biblia. Calvino no abogaba por el uso ilimitado de la Biblia, sino que comparaba las Sagradas Escrituras con una lonja de pan con corteza gruesa. Para alimentar a su grey, expresaba, Dios quiere que "el pan nos sea cortado, que los pedazos nos sean puestos en la boca y que nos los mastiquen".[26] De acuerdo con la visión revisada de Lutero, "hoy en día, cualquiera cree que entiende la Biblia y que la conoce al dedillo", y esto ahora planteaba problemas.[27] Las directivas de los líderes

26. Gilmont, "Protestant Reformations and Readings", p. 221.
27. Gawthrop y Strauss, "Protestantism and Literacy", p 35.

tanto protestantes como católicos parecían converger: todos advertían que los lectores necesitaban de un guía, si acaso se pretendía evitar la aparición de ideas subversivas, aunque por supuesto continuaban teniendo diferencias en cuanto a quién le correspondía cumplir ese papel de guía. Los lectores radicalizados eran un anatema para el catolicismo y una molestia política para el protestantismo.

LAS REACCIONES CATÓLICAS

La Iglesia católica no tardó en percibir los peligros de la amplia difusión de las Escrituras y los libros religiosos en lengua vernácula. Si todos los fieles tenían fácil acceso a la Biblia, la sabiduría de los sacerdotes pasaría a considerarse superflua. Los individuos interpretarían las Escrituras en forma independiente, y la autoridad de la Iglesia se vería socavada. La Iglesia perdería su monopolio sobre la interpretación de la doctrina cristiana. Para el predicador tradicionalista Geiler von Kayserberg, darle a la gente común y corriente una Biblia en alemán era tan peligroso como darle un cuchillo a un niño para cortar el pan. En 1485, el arzobispo de Mainz prohibió la traducción de las obras teológicas al alemán porque equivalía a falsear la verdad. La jerarquía de la Iglesia tenía una visión profundamente paternalista de sus seguidores; los fieles necesitaban de guía y protección contra las ideas erróneas. Por lo tanto, los creyentes solo tenían que saber que el clero decidía lo que era bueno para ellos, y eso significaba el padrenuestro, el avemaría, los Diez Mandamientos y el Credo.

En 1546, el Concilio de Trento subrayó la importancia del aprendizaje a través de la apropiación oral y reafirmó que el derecho a interpretar la doctrina le pertenecía exclusivamente a la Iglesia. Dar a los fieles acceso a las Escrituras no solo era innecesario sino que erosionaba la diferencia fundamental entre el clero y la población laica (brecha que muchos protestantes buscaban

reducir o disolver por completo). La actitud de la Iglesia católica fue permitir la lectura de la Biblia en lengua vernácula, previa autorización y bajo supervisión clerical. Pero, en 1593, el papa Clemente VIII directamente lo prohibió.

Al mismo tiempo, la Iglesia católica multiplicó su propia propaganda. Produjo los breviarios, misales y catecismos en latín para alentar la adhesión entre los sacerdotes, destinatarios principales de esta literatura. Producir y vender nuevas ediciones a España y a los Países Bajos contribuyó a que la imprenta de Amberes de Christopher Plantin amasara su fortuna entre 1590 y 1640.[28] En el siglo XVII, París se convirtió en otra usina de publicaciones católicas, que sacaba en serie libros de horas, obras devocionales, vidas de santos y las *Imitations de Jésus-Christ*. La imprenta fue el instrumento de la Contrarreforma tanto como lo fue de la Reforma.

La Reforma protestante provocó una ola de medidas destinadas a censurar y regular el mercado del libro. El Papado fue el primero en imponer controles represivos. En 1487, el papa Inocencio VIII prohibió a los impresores imprimir cualquier escrito impío, escandaloso o contrario a la fe de la Iglesia católica apostólica romana sin permiso clerical, bajo pena de excomunión. La Inquisición papal, establecida originalmente en el siglo XII, se extendió a España, Italia y Francia durante la Contrarreforma. Era un tribunal itinerante, que respondía directamente a las órdenes de Roma, con el mandato de suprimir todas las opiniones heterodoxas. En España, al principio, su principal objetivo fue apuntar contra judíos y musulmanes, pero luego se convirtió en un órgano importante para identificar y castigar a toda clase de hereje.

Las autoridades políticas y papales montaron aparatos de censura para controlar y canalizar la producción de la imprenta. En

28. Dominique Julia, "Reading and the Counter-Reformation". En: *HORW*, p. 242 [trad. esp.: "Lecturas y Contrarreforma". En: *HLMO*, pp. 367-412].

Francia, las obras de Lutero y de Melanchthon fueron condenadas por la Facultad de Teología de la Sorbona, que se arrogaba poderes de censura, pero que no podía ejercerlos, a menos que los supremos tribunales de justicia (*parlements*) respaldaran sus decisiones. En la práctica, la censura francesa se ejerció solo en los momentos excepcionales, en que la Sorbona, el *Parlement* de París y el propio rey actuaron de común acuerdo. En general, actuaban en forma independiente. En 1523, por ejemplo, la Sorbona condenó el Nuevo Testamento en francés de Lefèvre, pero como el rey Francisco I había patrocinado su traducción, la prohibición quedó anulada. En 1525, en cambio, la Facultad de Teología de la Sorbona y el *Parlement* unieron fuerzas para prohibir la producción de la Biblia en lengua vernácula.

La política oficial cambió después del Asunto de los Pasquines –*l'affaire des placards*–, cuando, de la noche a la mañana, París se vio inundada de polémicos carteles anónimos que atacaban la misa católica. El rey tomó enérgicas medidas represivas. Y en ese acto, atacó encarnizadamente tanto a los impresores desviados como a sus subversivos autores. Como los autores no siempre aparecían identificados, los regímenes represivos encontraban en los impresores blancos fáciles. Hubo nueve ejecuciones a raíz del Asunto de los Pasquines, y siguieron otras luego de que, al año siguiente, se produjeran nuevamente provocaciones mediante la colocación de carteles.

Sin embargo, nadie pudo detener el flujo de literatura protestante que llegaba a Francia importada de Ginebra. En 1542, se prohibió en Francia la *Institutio christianae religionis* de Calvino en todos los idiomas. Poco a poco, comenzó una escalada en los niveles de censura. En 1545, la Sorbona y el *Parlement* aprobaron juntos una lista de libros prohibidos en la que figuraban, en forma destacada, los editores de Ginebra. En 1551, el edicto real de Châteaubriant prohibió toda literatura importada de la Ginebra calvinista y exigió a los editores de todas las traducciones de la

Biblia que obtuvieran un permiso previo de la Facultad de Teología de la Sorbona. Se prohibió la publicación de cualquier obra anónima. Los libreros también fueron blanco de la censura; se creó un sistema de inspecciones para salir a la caza de libros y panfletos prohibidos. Los vendedores ambulantes, en cambio, solían escapar de la vigilancia policial.

Las opiniones disidentes no pudieron sofocarse por completo. Redes secretas unían a Ginebra con otros centros solidarios, como Amberes, Leiden y Edimburgo. Lyon seguía siendo la ciudad que proveía de Biblias, salterios y de la *Institutio* de Calvino a los calvinistas franceses. Los pastores y vendedores ambulantes seguían difundiendo la literatura calvinista en todas las provincias francesas. En 1562, una barcaza colmada de literatura calvinista fue incautada en el río Sena, y fueron necesarios ocho expertos durante varios días para confeccionar el inventario de aquel arsenal de contenido subversivo.[29] El hecho de que la barcaza hubiese llegado hasta allí demuestra las dificultades que se encontraban a la hora de poner en cuarentena a todo un país. A veces, los impresores urdían conspiraciones y deslizaban un texto o sermón protestante en una antología que, por fuera, parecía perfectamente respetable y de pura inspiración católica, ardid que se dio en llamar "impresión camuflada". Cada vez que podían, los impresores burlaban las regulaciones impuestas y no consignaban el nombre del autor verdadero ni su lugar de origen. Algunos panfletos protestantes declaraban, con total descaro, que habían sido impresos en la propia Roma. Mientras tanto, en la Inglaterra isabelina se daba la situación exactamente inversa: aquí eran los disidentes y lectores católicos quienes debían recurrir al contrabando y a distintos ardides para publicar lo que querían.

29. Francis Higman, "Le levain de l'Evangile", *HEFI*, pp. 320-321.

En 1562, la declaración de las guerras de religión en Francia alteró la producción de libros y destruyeron las redes hugonotas (calvinistas franceses). Al mismo tiempo, y en parte como consecuencia, la industria editorial de Ginebra sufrió una drástica caída de la que nunca logró recuperarse. Muchos impresores fueron víctimas del pogromo perpetrado contra los protestantes en las matanzas de San Bartolomé de 1572 (aunque también hubo impresores entre los perpetradores de la masacre).[30] Después de la devastación que produjeron las guerras de religión, el centro de gravitación del protestantismo francés habría de trasladarse de Lyon y Ginebra a La Rochelle.

En España, después de la excomunión de Lutero en 1521, la monarquía se unió a la Inquisición para desalojar todas sus obras de la Península Ibérica. En 1558, estas medidas se intensificaron con la presencia de Felipe II y el inquisidor general Fernando de Valdés. Los impresores ahora necesitaban permiso oficial para imprimir determinadas obras; tampoco podían importarse libros al país sin licencia real. El castigo por violar estas disposiciones era la muerte y la confiscación de los bienes del infractor. Como consecuencia de tales medidas, la difusión de las ideas de la Reforma se estancó, y lo mismo ocurrió con el comercio del libro español. Otra consecuencia de la prohibición de la Biblia en idioma nacional fue la exclusión de las mujeres del acceso directo a las Escrituras, porque eran pocas las mujeres alfabetizadas que sabían latín. En cambio, se volcaban a la lectura de las *Vidas de los santos* en busca de edificación espiritual.[31] Bajo este régimen, la ideología religiosa predominante impregnó la cultura y los estudios académicos. Sin duda, los autores y editores ejercían una dosis de autocensura sobre la cual no podemos más que hacer conjeturas. Prevalecía un clima de sospecha y denuncia.

30. Dennis Pallier, "Les réponses catholiques", *HHEF1*, pp. 328-329.
31. Nieves Baranda, "Las lecturas femeninas". En: *HELE*, p. 164.

Las quemas de libros fueron casi una rutina en muchas partes de Europa. Tenían valor simbólico y pedagógico, y eran una advertencia para lectores e impresores por igual. En la década de 1520, hubo quemas públicas en Lovaina y Amberes. Otras habrían de sucederse más tarde en Lyon. A veces, como ocurrió en París, en 1562, la fogata rugía durante días mientras seguían llegando carretillas con más pilas de combustible literario para alimentar las llamas.[32] La justificación bíblica de la quema de libros consta en *Hechos*, capítulo 19, versículo 19:

> Asimismo, muchos de los que habían practicado vanas artes trajeron los libros, y los quemaron delante de todos.

Este texto solía adornar la portada del índice de libros prohibidos. Los libros tenían que pasar la ordalía del fuego: los pocos que contenían la verdad quedarían intactos, mientras que la literatura perniciosa sería consumida por las llamas.

Francisco Gimeno Blay sugiere que el impulso de quemar libros es eterno y que proporciona un extraño placer fanático a quienes se permiten gozar de él.[33] Es un fenómeno que en absoluto está circunscrito a las luchas religiosas de los primeros años de la modernidad europea, tal como nos lo recuerda la destrucción de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, en 1992, y la quema de *Los versos satánicos* de Salman Rushdie en Bradford (Inglaterra) en 1989. La quema de libros puede ser un ataque a un autor específico y puede significar una premonición de su propia destrucción. Por sobre todo, la quema de libros era un procedimiento de higiene social, diseñado para acabar con las infecciones intelectuales.

32. Dennis Pallier, "Les réponses catholiques", p. 328.
33. Francisco M. Gimeno Blay, *Quemar libros... ¡qué extraño placer!*, Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, Universitat de València, 2001, pp. 1-32.

Así, cuando el ama de Don Quijote participó en la destrucción de los libros que generaron sus peligrosas fantasías, también trajo agua bendita y un hisopo para purificar y proteger su habitación.[34] Mientras la escritura sea un arma en la lucha por cambiar la sociedad, la destrucción periódica de literatura tal vez sea inevitable.

En 1546, el Concilio de Trento declaró a la Biblia Vulgata como la única auténtica. En 1558, se publicó en Roma el primer índice de libros prohibidos, que se actualizó periódicamente y se fue refinando en cuanto a la clasificación de autores según su grado de supuesta toxicidad y en cuanto a los pasajes específicos que debían expurgarse de la literatura sospechosa. Sara Nalle examinó 836 juicios de la Inquisición celebrados entre 1570 y 1610 en una única diócesis española (Cuenca) –más de 20 por año–, en los cuales los inquisidores trataron de prohibir la lectura de libros religiosos en lengua vernácula, e incluso se opusieron a la lectura de novelas. Según su análisis, los ideólogos de la Contrarreforma tenían una actitud hostil hacia la lectura popular en sí.[35] La Inquisición demonizó el libro a tal punto que poseer uno bastaba para convertirse en blanco de sospecha. En Venecia, el Santo Oficio acusó a un artesano de herejía en 1572 simplemente porque "fue descubierto" leyendo libros en la casa de un vecino.[36]

En Inglaterra, el advenimiento de la imprenta le había dado a la monarquía inglesa una oportunidad sin precedentes para aplicar la ortodoxia de Enrique VIII. Pero el resultado fue muy turbulento. Tras la muerte del monarca, su sucesor, Eduardo VI, no era

34. Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, Madrid, Gabriel de Sancha, 1797, vol. 1, cap. VI.
35. Sara T. Nalle, "Literacy and Culture in Early Modern Castile", *P&P* 125, 1989, pp. 65-96.
36. Silvana Seidel Menchi, *Erasmo in Italia, 1520-1580*, Turín, Bollati Boringhieri, 1987, p. 289.

más que un niño, por lo que Edward Seymour, duque de Somerset, fue proclamado Lord Protector (1547-1549). En esos años, no se impusieron restricciones a la lectura de la Biblia y se registró una breve explosión de publicaciones protestantes. En 1549, se restauró el sistema de censura previa, que continuó vigente durante todo el reinado de María I. El propio duque de Somerset fue acusado y ejecutado en 1552. Mientras que durante el reinado de Eduardo VI (1547-1553) se publicaron 54 ediciones de la Biblia en inglés, no hubo ninguna durante el reinado de María I.[37] En Amberes, la situación fue más sosegada, dado que el emperador Carlos V le asignaba valor a contar con buenas traducciones. Las medidas represivas se centraron en el libro impreso. Mientras tanto, las copias manuscritas quedaron fuera de los controles y siguieron circulando, sobre todo dentro de círculos cerrados entre los cuales se contaban las comunidades religiosas.

LOS LECTORES DE LA REFORMA

Es difícil juzgar cuán efectivo fue el aparato de represión. Es claro que no pudo impedir la propagación del protestantismo ni que este echara raíces en Escandinavia, Inglaterra y Escocia, y en partes importantes de Alemania, las provincias holandesas, Hungría y Bohemia. Hasta al más estricto de los regímenes de censura le costó hacer cumplir su propia legislación. En París, en la primera década del siglo XVII, los nuncios papales se quejaban ante Roma por el espíritu de libertad que parecía reinar en la capital francesa y por la facilidad con la que la literatura hereje y subversiva se vendía secretamente al público.[38] Los acusados que comparecían

37. John M. King, "The Book-trade under Edward VI and Mary I", *CHBB* 3, p. 170.
38. Bernard Barbiche, "Le régime de l'édition", *HEF1*, p. 369.

ante la Inquisición en Venecia declaraban, una y otra vez, que los libros prohibidos se vendían abiertamente en las librerías de la ciudad. Incluso corría el rumor de que un inquisidor de Piacenza confiscaba los libros de los herejes para venderlos a los libreros venecianos.[39] Si redituaba algún beneficio, entonces siempre podía encontrarse algún resquicio en el sistema. Por otra parte, el grado de autocensura que se imponían autores e impresores para evitarse problemas es insondable. Por lógica, entonces, algunos impresores como Plantin decidieron que, en este clima, era prudente buscar el patrocinio de la monarquía española antes que caer bajo sospecha.

Lo que es aún más importante para la historia de la lectura, ni los escritores protestantes ni la jerarquía católica podían predecir las respuestas de los lectores. Luteranos, calvinistas e inquisidores por igual se enfrentaron con la independencia de lectores que no se dejaban influenciar ni llevar fácilmente en la dirección deseada. Lutero enfrentó y rechazó a los lectores radicalizados que, a pesar de las intenciones profesadas por el autor, habían extraído un mensaje revolucionario de sus obras. Tal como ya hemos visto, muchos lectores recibieron su mensaje a través del filtro de las imágenes familiares que provenían de la enseñanza católica tradicional. Los lectores traían su propio bagaje al acto de lectura.

La Biblia fue un texto central de la Reforma, pero fue objeto de muchas interpretaciones. Kevin Sharpe nos señala la existencia de diversas perspectivas surgidas a partir de la lectura del Libro de la Revelación.[40] Para algunos, su visión apocalíptica era ya una realidad, expresada en el incendio y la carnicería de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Para muchos protestantes ingleses, se

39. Menchi, *Erasmo in Italia*, p. 350.
40. Kevin Sharpe, "Reading Revelations: Prophecy, Hermeneutics and Politics in Early Modern Britain". En: Kevin Sharpe y Steven N. Zwicker (eds.), *Reading, Society and Politics in Early Modern England*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 2003, pp. 122-163.

refería a la caída de Roma, mientras que la derrota de la Armada española, en 1588, había sido anticipada en la profecía de la derrota del Anticristo. Por otra parte, los presbiterianos podían ver los hechos desde otra óptica: para ellos, la criada de Satán podía ser la propia Iglesia de Inglaterra. La interpretación de las Escrituras no podía gobernarse, y diferentes comunidades religiosas y nacionales encontraban en ellas distintas fuentes de inspiración y certeza.

La Inquisición se enfrentó con lectores igualmente autónomos. Por ejemplo, muchos lectores de Erasmo, incluido en el índice papal de libros prohibidos, se defendieron con firmeza, sin que les importara el riesgo de caer en prisión o en peores padecimientos. Odo Quarto, un soldado de sesenta años de Apulia, un pueblo del sudeste de Italia, sostenía que uno no podía fiarse del índice para decidir qué era peligroso y qué no lo era. Señalaba, además, que el Papado ni siquiera podía ponerse de acuerdo: un Papa podía incluir un libro en el índice y su sucesor podía excluirlo. Tenía razón en cuanto a estas incoherencias: en 1518, León X había aprobado el Nuevo Testamento de Erasmo, mientras que, años después, Pablo IV lo condenó. Odo representaba la perspectiva del lector independiente:

> No es porque las personas lean, les dijo a sus acusadores, que necesariamente creerán en lo que leen... La mayoría de las veces uno lee por curiosidad y por el deseo de saber algo, no para creer en falsas ideas.[41]

Odo expresaba una forma de resistencia lectora que debe tenerse en cuenta toda vez que los historiadores medimos el éxito o fracaso de los movimientos intelectuales. Esta idea resonó en muchos

41. Menchi, *Erasmo in Italia*, p. 350.

juicios de la Inquisición celebrados en Italia en los que se puso en duda la validez del índice papal; la negativa de muchos lectores a cooperar en la quema de libros así lo demuestra.

Los historiadores cuentan la cantidad de versiones de la Biblia en lengua vernácula que había en circulación, pero la importancia de este dato estadístico solo se pone de manifiesto cuando se considera cuánto se asimilaba verdaderamente el texto bíblico. La división de la Biblia en libros, capítulos y versículos quizá facilitaba su digestión. Sin embargo, esta práctica fue deplorada por John Locke –y otros–, que pedía que el texto se publicara en formato continuo e ininterrumpido, puesto que, tal como alegaba, así se había escrito originalmente. De lo contrario, la Biblia corría el peligro de que se le sacaran de contexto los aforismos.[42] Los puritanos de Gran Bretaña y Nueva Inglaterra probablemente tuvieron motivos similares cuando recomendaron leer la Biblia de principio a fin, preferentemente a lo largo de un año, y no como proponía Richard Rogers, tomando "una hoja de uno y un capítulo de otro, como solían hacer los lectores curiosos en busca de alguna novedad".[43] Este modo de leer la Biblia presuponía una relación muy intensa con el texto, y expresaba la reverencia del lector hacia la palabra de Dios. Debía evitarse el palabrerío superficial; el texto debía ser objeto de una profunda meditación. Los lectores acostumbraban memorizar largos pasajes de la Biblia, sobre todo los salmos y el Nuevo Testamento. El domingo se convirtió en el principal día de lectura religiosa, en el que en todos los hogares protestantes se leían pasajes bíblicos en voz alta.

42. Roger Chartier, *The Order of Books: Readers, Authors and Libraries in Europe Between the Fourteenth and Eighteenth Centuries,* Cambridge (Reino Unido), Polity, 1994, cap. 1 [trad. esp.: *El orden de los libros: lectores, autores y bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XV,* Barcelona, Gedisa, 1994].
43. Collinson, Hunt y Walsham, "Religious Publishing in England", p. 59.

Era tal el temor reverencial a la Biblia que algunos lectores le atribuían poderes mágicos. Se pensaba que podía curar a quienes padecían enfermedades inexplicables o que, si se abría al azar, revelaría el futuro, cual oráculo. La madre de Rembrandt fue retratada por su propio hijo y por otros pintores mientras leía atentamente una Biblia en latín o hebreo como si fuera una hechicera en busca de un sortilegio. La práctica de jurar sobre la Biblia –ritual que aún rige para los testigos que declaran ante un tribunal– es reflejo de esa creencia en la excepcional magia y autoridad de las Sagradas Escrituras. En otras palabras, la Biblia se prestaba a múltiples lecturas, lo que muchas veces puso en jaque los proyectos de los teólogos protestantes y de los censores papales.

La Reforma protestante coincidió con la aparición de la nueva tecnología de las comunicaciones y se valió de la imprenta como poderosa herramienta de propaganda. Philipp Melanchthon pensaba que la imprenta era un don divino. El historiador inglés antipapal John Foxe vio la estrecha conexión entre la imprenta y el triunfo del protestantismo, cuando escribió:

> El Señor comenzó a trabajar para su Iglesia no con la espada y el escudo... sino con la imprenta, la escritura y la lectura... Cuantas imprentas hay en el mundo, tantos fortines hay contra el alto castillo de Sant'Angelo, para que el Papa prohíba el conocimiento y la imprenta o la imprenta finalmente lo desarraigue a él.[44]

Estas generalizaciones sobre las conexiones entre la imprenta y el protestantismo son tan exageradas como frecuentes. La difusión del protestantismo siempre se vio limitada por el analfabetismo de las clases sociales más bajas y, tal como ya hemos visto, la Biblia luterana no fue masivamente accesible como a veces se dio por

44. Pamela Neville-Sington, "Press, Politics and Religion", CHBB 3, citado en p. 605.

supuesto. Pero los luteranos no siempre quisieron que así fuese. Frente a la revuelta popular, los líderes protestantes se volvieron cada vez más reacios a recomendar la lectura de las Sagradas Escrituras sin un guía. Más aún, la propaganda protestante le atribuyó a Lutero características que distaban de la imagen de revolucionario progresista hallada en muchas biografías y películas populares sobre su vida. Los lectores incorporaron a Lutero a su acervo de imágenes familiares de teólogos santos y con poderes mágicos.

Al mismo tiempo, el protestantismo por cierto alentó y aceleró la difusión de la literatura vernácula. La propagación de ideas no ortodoxas no se basó solamente en la lectura de la Biblia. Una andanada de literatura panfletaria, boletines populares e imágenes en grabados llegaba a más gente de la que podía aspirar a alcanzar alguna vez la Biblia en razón de su costo. Los catecismos luteranos y los salterios calvinistas tenían una circulación más amplia que la Biblia vernácula, sobre todo cuando se publicaban en el pequeño y económico formato en octavo.

En las guerras religiosas de la temprana modernidad, la lectura y la publicación fueron formas de lucha. A través de la imprenta, comunidades lectoras antagónicas lucharon por afirmar su identidad. La Contrarreforma respondió al protestantismo no solo con sus actos de represión, sino multiplicando su propia propaganda escrita, y en ese sentido, la Iglesia católica contó con extraordinarios recursos. Esto pone en duda el supuesto antes citado de Foxe: el Papa no buscó abolir la imprenta sino usarla para beneficio de la Iglesia. Los protestantes no fueron los únicos en explotar el nuevo medio y, lo que es más, las lenguas vernáculas no desplazaron por completo al latín. De hecho, la supervivencia de la cultura latina y los propósitos a los que sirvió para los lectores del Renacimiento son materia de análisis del siguiente capítulo.

Capítulo 5
Los libros del Renacimiento y los lectores humanistas

Los lectores del Renacimiento tenían una relación especial con la literatura clásica de las antiguas Grecia y Roma. Petrarca besaba su edición de Virgilio a modo de rito antes de abrirla, y Erasmo hacía lo mismo con su Cicerón.[1] Nicolás Maquiavelo le contó a un amigo que, cuando entraba a su estudio para proseguir con sus "conversaciones" con la literatura antigua, se sacaba la ropa de todos los días y se vestía con algo más digno.[2] Es preciso equilibrar el énfasis puesto a lo largo del capítulo 4 en la difusión de la lengua vernácula con el reconocimiento de que, para los intelectuales del siglo XVI, los clásicos y, sobre todo el latín, siguieron teniendo una importancia ininterrumpida. El redescubrimiento y el uso renovado del conocimiento de la Antigüedad inspiraban su lectura y la formación de bibliotecas personales. Hoy vivimos en una sociedad que le asigna un extraordinario valor a lo novedoso y en donde la innovación a menudo se confunde con lo trascendente. En cambio, en este capítulo, descubriremos a lectores que valoraban la tradición y que miraban hacia el pasado para que este los guiara en su camino hacia el futuro. El latín, por consiguiente, estaba bien a salvo.

En este capítulo, analizaremos a los lectores y editores humanistas en la era que los historiadores han dado convenientemente

1. Henri-Jean Martin, *The History and Power of Writing*, Chicago, Chicago UP, 1994, p. 363 [trad. esp.: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Trea, 1999].
2. Anthony Grafton, "The Humanist as Reader". En: *HORW*, pp. 179-180 [trad. esp.: "El lector humanista". En: *HLMO*, pp. 281-328].

en llamar el "Renacimiento", que literalmente significa el "renacer" del conocimiento de la Antigüedad. Anteriormente, ya se habían producido otros renacimientos del saber clásico, de acuerdo con Elizabeth Eisenstein, pero la imprenta permitió que por fin perdurara y que su contribución a la cultura occidental fuera permanente. Además de indagar sobre cuál fue la importancia que los clásicos tuvieron para los lectores del Renacimiento, también examinaremos por qué el latín siguió desempeñando un papel tan significativo en la vida cultural europea. Mientras que, en los capítulos anteriores, el debate sobre la invención de la imprenta y sus conexiones con el protestantismo se centró, principalmente, en la Europa de habla germana, en este capítulo nuestra brújula se orientará hacia la península italiana, en donde Venecia funcionaba como el centro más importante de producción de libros. Examinaremos la importancia del latín para las elites intelectuales, la transición hacia una tipografía más especializada y el surgimiento de un nuevo público lector. Este público, conformado por hombres y mujeres laicos e instruidos, aristócratas, funcionarios de gobierno, comerciantes y algunos artesanos, fue el motor del auge de la lectura y la producción de libros durante el Renacimiento.

LA PRODUCCIÓN DEL LIBRO EN EL RENACIMIENTO

Los editores e impresores del Renacimiento (en esta época, los dos roles estaban fusionados) fueron, sin duda, innovadores. Encontraron nuevos modos de presentar las ediciones de Virgilio, Cicerón, Séneca y Ovidio al público lector instruido. Se crearon nuevas fuentes que se denominaron "romanas" e "itálicas" en clara alusión a la antigua Roma, pero representaban formas novedosas y prácticas de ingresar a su literatura superviviente. El tipo de letra de este libro desciende de los elegantes tipos inventados en

el Renacimiento. Al principio, tal como vimos en el capítulo 3, el libro impreso imitó al libro manuscrito, pero en los siglos XVI y XVII, se introdujeron nuevas convenciones. El espacio tipográfico comenzó a distribuirse de maneras novedosas que, poco a poco, convirtieron el libro impreso en un objeto diferente de su predecesor, el libro manuscrito.

Durante el Renacimiento, Venecia lideraba la producción del libro. Si consideramos la producción de todas las ediciones de Cicerón, de las cuales hubo 126 entre 1465 y 1479, la hegemonía de los editores italianos es notable. Venecia fue responsable del veintiséis por ciento de las ediciones de Cicerón, mientras que el treinta y tres por ciento les correspondió a Roma y a Milán. París produjo solo el diez por ciento de todas las ediciones de Cicerón publicadas en esta época.[3] Cien años después, Italia había perdido su preeminencia, en parte, porque su floreciente producción se desaceleró por influencia de la Contrarreforma. La Iglesia prohibió todas las obras de Nicolás Maquiavelo, por ejemplo, y promovió la lectura de versiones expurgadas del *Decamerón* de Giovanni Boccaccio. La producción veneciana de libros registró una relativa caída, si se la compara incluso con otras ciudades italianas. París emergía como un importante centro de producción; y Leiden, donde se establecieron los Elzevir, se convirtió, en el siglo XVII, en un lugar importante para el mercado editorial de los Países Bajos.

Los editores satisfacían las necesidades de un número creciente de lectores que demandaban ediciones rigurosas en latín y ediciones comprensibles en lengua vernácula. Pero identificar la lengua nacional no era un proceso sencillo. Las lenguas vernáculas primero debían ser aceptadas por el público masivo antes de poder estandarizarlas a través de la palabra impresa. Por ejemplo,

3. Rudolph Hirsch, *Printing, Selling and Reading, 1450-1550,* Wiesbaden, Harrasowitz, 1974, p. 144.

no había una versión estándar de la lengua italiana. Debido al prestigio literario de Giovanni Boccaccio, Dante Alighieri y Francesco Petrarca, la lengua toscana del siglo XIV usada por estos autores fue ganando cada vez más influencia, incluso entre los editores de Venecia. A pesar de ello, el italiano vernáculo estaba en plena evolución. La ortografía correcta era materia de discusión, y los editores a veces invitaban a los lectores a que introdujeran manualmente sus propias correcciones en la página si no estaban satisfechos con la ortografía adoptada. Como la lengua toscana se fue convirtiendo gradualmente en la norma literaria, los latinismos fueron eliminándose hasta desaparecer. Así, el italiano abandonó la "h" y *homo* (en latín, 'hombre') se convirtió en el moderno *uomo*. De manera similar, la palabra *nocte* ('noche') se transformó en *notte*, *perfecto* en *perfetto*, y así muchas otras.[4] El público lector necesitaba aprender las nuevas lenguas vernáculas. Los editores tuvieron entonces que ofrecer a los nuevos lectores seculares, gramáticas y diccionarios para auxiliarlos en su lectura, a modo de complementos esenciales.

Tal como se expuso en el capítulo 4, en la mitad del siglo XVI comenzó a imponerse la literatura vernácula. Así lo demostró el estudio de Miriam Chrisman sobre Estrasburgo, que indica que se usaba el alemán más que el latín para una vasta literatura secular, incluidas historias, obras de teatro, periódicos y textos científicos.[5] En Francia, se fue gestando una cultura lectora secular independiente de las tradiciones latinas. Si tomamos el catálogo de la Biblioteca Británica a modo de guía para analizar los libros franceses del siglo XVI, observaremos que, a mediados de la década de

4. Brian Richardson, *Print Culture in Renaissance Italy: The Editor and the Vernacular Text, 1470-1600,* Cambridge (Reino Unido), CUP, 1994, para ejemplos pp. 33 y 74.
5. Miriam Usher Chrisman, *Lay Culture, Learned Culture: Books and Social Change in Strasbourg, 1480-1559,* New Haven (CT), YUP, 1982, cap. 10.

1560, la proporción publicada en francés superaba la cantidad publicada en latín.[6] La principal víctima de esta tendencia fue la literatura medieval, que en las décadas de 1530 y 1540, cedió paso al avance de los clásicos griegos y latinos, mientras que los autores franceses contemporáneos, a partir de entonces, se hicieron cada vez más populares.

EL LATÍN COMO LENGUA EUROPEA

El uso del latín en toda Europa se había extendido con el Imperio romano y con su adopción por parte de los enemigos del Imperio, los mal llamados "bárbaros". Luego, la cristiandad expandió aún más el uso del latín, que se convirtió en la lengua del derecho, el gobierno y la religión. Era una *lingua franca*, es decir, la lengua común en la que podían comunicarse las personas instruidas de todos los rincones de Europa. Tal como ocurre actualmente con el inglés, no todos lo dominaban con igual competencia ni lo hablaban en todas partes con el mismo acento. Los europeos continentales solían quejarse de los esfuerzos de los ingleses, escoceses e irlandeses por pronunciar el latín, y la falta de comprensión solía ser recíproca.[7] El uso fluido y correcto del latín demandaba un capital intelectual considerable, y era una suerte de insignia que identificaba al orador como miembro de una elite instruida y cultivada. Con los siglos, se desarrollaron diferencias entre el latín escrito formal y el latín oral de todos los días, que evolucionó hasta dar a luz a distintas lenguas de origen latino en España, Francia, Italia y demás lugares.

6. Henri-Jean Martin, "Classements et conjonctures", *HEF* 1, pp. 445-446.
7. Françoise Waquet, *Latin or the Empire of a Sign: from the Sixteenth to the Twentieth Centuries*, Verso, 2001, pp. 160-161.

En los primeros años de la imprenta, el dominio del latín era abrumador. Consideremos los *incunabula*, es decir, los libros impresos publicados antes de 1501 (*incunabulum* significa, literalmente, 'cuna'). Hay más de 24.000 títulos de *incunabula* que han sobrevivido, y el 77,4 por ciento eran en latín. Menos del uno por ciento de esos libros se publicaron en inglés.[8] El estudio sobre la lengua de aquellos primeros libros impresos también indica qué zonas de Europa se valieron más del latín como la lengua de publicación. Naturalmente, Italia estaba más familiarizada con el latín porque solo el 17,5 por ciento de los incunables publicados en ese país lo fueron en lengua italiana. En el cuadro 1, se muestran las estadísticas aproximadas correspondientes a toda Europa:

Cuadro 1: *Lengua preferida en los incunables de acuerdo con el país de origen*[9]
El 17,5% de los incunables impresos en Italia eran en italiano.
El 20% de los incunables impresos en Alemania eran en alemán.
El 24% de los incunables impresos en los Países Bajos eran en holandés o flamenco.
El 29% de los incunables impresos en Francia eran en francés.
El 55% de los incunables impresos en Gran Bretaña eran en inglés.
El 52% de los incunables impresos en España eran en castellano o catalán.

España y Gran Bretaña se destacaron por ser los países de Europa en los que las lenguas autóctonas y regionales desplazaron la producción de libros en latín hasta colocarla en una posición de minoría.

El latín estaba, sin duda, en franca declinación relativa. En Francia, la monarquía adoptaba medidas tendientes a promover el

.....

8. Rudolph Hirsch, "Stampa e Lettura fra il 1450 e il 1550". En: Armando Petrucci (ed.), *Libri, editori e pubblico nell'Europa moderna: guida storica e critica*, Bari, Laterza, 1977, p. 17 [trad. esp.: "Imprenta y lectura entre 1450 y 1550". En: A. Petrucci (ed.), *Libros, editores y público en la Europa moderna*, Valencia, Edicions Alfons el Magnánim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1990, pp. 27-70].
9. Ibíd., p. 18.

uso del francés. La ordenanza de Villers-Coterêts, en 1539, obligó a sustituir el latín por el francés en todos los documentos oficiales. En Alemania y España, las publicaciones en latín eran, gradualmente, superadas por las publicaciones en lengua vernácula. Cuando en 1568 los editores expusieron sus mercancías en la feria del libro de Fráncfort, el catálogo exhibía 331 títulos en latín, más del doble de los nuevos títulos (156) ofrecidos en alemán. Dos siglos después, en 1778, la cantidad de títulos en latín seguía siendo la misma, pero la cantidad de títulos que se ofrecían en alemán se disparó a 1.821. En Valencia, entre 1545 y 1572, los libros en latín todavía representaban más de la mitad de las publicaciones totales, pero en Barcelona, la producción cayó del sesenta por ciento, a principios del siglo XVI, al veinticinco a treinta y cinco por ciento, a fines del mismo siglo.[10]

No obstante, este declive fue un fenómeno prolongado y debe analizarse en un contexto de continuidad en el uso del latín y de sana supervivencia de una cultura lectora de esa lengua. El latín desempeñó un papel protagónico como lengua internacional, y posiblemente, su momento cumbre se registró en el período de doscientos años comprendidos entre 1450 y 1650. Escritores humanistas, como Erasmo de Rotterdam y Thomas More de Inglaterra, eran bilingües y debían serlo si aspiraban a llegar a un amplio número de lectores. Erasmo quería llegar a las personas instruidas de todas partes; se concebía como un humanista paneuropeo, pero no podía alcanzar su objetivo si escribía en holandés, por lo que necesitaba acercarse al público internacional en latín. Muchos autores conocidos fueron traducidos de la lengua vernácula al latín, incluidos John Milton y Teresa de Ávila, para poder alcanzar una masa más amplia de lectores. Las traducciones al latín alcanzaron su pico máximo, posiblemente, en la primera mitad del siglo XVII. El latín también era la lengua europea de las

10. Roger Chartier, "El concepto de lector moderno". En: *HELE*, p. 146.

ciencias. Newton escribía en latín y Galileo enseñaba en esa lengua. Había un latín médico, un latín farmacéutico e, incluso (también en la actualidad), un latín botánico. Los tratados de navegación en esta era de exploración se traducían al latín. Víctor Navarro Brotóns contabilizó 1.080 títulos de obras científicas y técnicas publicadas en España o de autores españoles en el siglo XVI: el cuarenta y uno por ciento se publicó en latín; el cuarenta por ciento, en castellano; y el resto, principalmente en francés e italiano.[11] Era la producción de una edad de oro antes de que la represión católica lograra sacar a España de la red europea de intercambio científico.

El latín era la lengua de la educación, puesto que su uso como medio de enseñanza era generalizado. En Francia, las escuelas del Antiguo Régimen eran refugios de cultura latina. A los niños del siglo XVII, se les enseñaba a leer y escribir en latín; sus libros de texto eran en latín y sus maestros dictaban sus clases en latín. Recién en la década de 1880, un estudiante francés, en su último año de la escuela secundaria, tuvo diez horas de clases semanales en latín de un total de veinticuatro horas.[12] En la Europa protestante, la situación era prácticamente la misma. En Alemania, el reformador protestante Philipp Melanchthon produjo una gramática latina que tuvo 248 ediciones entre 1526 y el siglo XVIII. En Inglaterra, John Colet fundó la escuela St. Paul en 1509, donde los estudiantes recibían una sólida formación de base en latín oral y escrito.[13] Los estudiantes de latín de todo el mundo eran iniciados en un aprendizaje a fuerza de repeticiones, recitados aprendidos de memoria y duros castigos ante los errores.

11. Víctor Navarro Brotóns, "La lectura científica, técnica y humanística". En: *HELE*, p. 214.
12. Waquet, *Latin*, pp. 8-9.
13. Ibíd., pp. 20-21 y 35.

Las universidades estaban profundamente imbuidas de la cultura latina. En Oxford, un estudio sobre bienes testamentarios inventariados en el siglo XVI indica que los libros en inglés solo constituían el diez por ciento de los libros de una biblioteca particular.[14] En la antigua ciudad universitaria de Pavia, alrededor del setenta y cinco por ciento de la producción editorial era en latín cuando se trataba de material para la enseñanza de disciplinas universitarias, sobre todo derecho, medicina y teología.[15] El nivel de competencia en latín variaba, de modo que no todos los estudiantes lo dominaban a la perfección. En el siglo XVII, en la ciudad de Pisa, los profesores universitarios dictaban sus cátedras en latín, y luego recorrían el patio para explicar de manera más informal, en lengua toscana, lo que habían estado enseñando.[16] Sin embargo, el latín universitario gozó de una vida saludable y longeva: a principios del siglo XIX, todavía se lo usaba como lengua de enseñanza en las universidades holandesas, y en 1863, el gran historiador Leopold von Ranke pronunció en latín su conferencia inaugural como profesor.

El latín fue el idioma de la diplomacia internacional hasta que, hacia el siglo XVIII, se vio eclipsado por el francés. En la políglota Europa oriental, el latín conservó su valor como lengua de uso cotidiano. Las sesiones de la Dieta (Parlamento) de Hungría se desarrollaron en latín hasta el año 1848. Más aún, el latín siguió siendo la lengua de la liturgia católica, tal como había insistido el Concilio de Trento, hasta el Segundo Concilio Vaticano, en 1962. Se prefería el latín por sus cualidades de majestuosidad y permanencia, porque inspiraba reverencia, y porque supuestamente se

14. Elisabeth Leedham-Green y David McKitterick, "Ownership and Public Libraries", *CHBB* 4, p. 324.
15. Anna Giulia Cavagna, trabajo sobre la cultura del libro en la Lombardía del siglo XVII, presentado en la conferencia SHARP (Society for the History of Authorship, Reading and Publishing), Cambridge (Reino Unido), julio de 1997.
16. Waquet, *Latin*, p. 159.

inspiraba en Dios. El latín sellaba la unidad de la Iglesia universal, y sus defensores argumentaban que abandonar el latín entrañaba el riesgo de la fragmentación y el cisma. Para los fieles, era una lengua que no necesariamente comprendían con precisión, pero que oían como un sonido familiar que formaba parte de su entorno. Quizá sabían recitar el padrenuestro y el Credo en latín, y esta lengua desacostumbrada transmitía el misterio y la magia de la misa. El latín clerical ha cumplido también propósitos extraordinarios. Poco después de que Primo Levi fue liberado de Auschwitz, se encontraba muerto de hambre y desorientado en la ciudad polaca de Cracovia, y debió recurrir al latín para preguntarle a un sacerdote el camino a un comedor popular: "Pater optime, ubi est mensa pauperorum?" (Venerable Padre, ¿dónde está el comedor de caridad?).[17] Para una lengua muchas veces considerada inútil, el latín ha demostrado ser un valioso recurso. Pero en la Europa de la Edad Media y de la temprana Modernidad, era la lengua enraizada en las estructuras de poder de una sociedad jerárquica. El latín excluía a las mujeres, a menos que fueran monjas, y definía los grupos sociales dominantes que ejercían la autoridad política, jurídica y cultural.

EL LECTOR HUMANISTA

Un humanista, en este contexto, significa un lector con amplios intereses intelectuales, no limitados a un campo especializado del conocimiento, como el derecho o la teología. Era un hombre o una mujer que se interesaba en, y tal vez enseñaba, las "humanidades", que incluían la gramática y la retórica, la historia, la filosofía y la

17. Primo Levi, *The Truce*, trad. S. Woolf, Londres, Abacus, 1998, pp. 222-223 [trad. esp.: *La tregua*, Barcelona, El Aleph, 1988].

poesía. Sus fuentes de inspiración eran los escritores de la Antigüedad, y escribían con una caligrafía modelada a partir de los manuscritos romanos. ¿Qué tipo de libros conformaba la biblioteca privada del lector humanista de fines del siglo XVI y principios del XVII? Algunas de estas respuestas deben hallarse en los archivos notariales, en los que se inventariaban los bienes de las personas fallecidas. A veces, el procedimiento notarial se realizaba como parte de los preparativos para una subasta, otras simplemente para asignarles un valor a los bienes. Para los investigadores amantes de las estadísticas, estos archivos son verdaderas minas de oro, de modo tal que a veces ha dado la impresión de que, para los historiadores de la lectura, el mejor lector es el que ha muerto. Claro que es un problema fiarse demasiado de los inventarios post mórtem como pruebas de la actividad lectora. Analizar las bibliotecas privadas de este modo solo es válido en el caso de los estratos más adinerados de la sociedad, porque sus miembros eran los únicos que tenían posesiones que valiera la pena tasar o vender. Incluso, es probable que en las bibliotecas de los ricos se descartaran los panfletos y folletos considerados de poco valor monetario, y en ese caso escaparían al ojo del historiador. Asimismo, las fuentes están sesgadas por razones de género: con excepción de algunas viudas ricas, a menudo es muy difícil distinguir la biblioteca de un hombre de los libros que usaban su mujer o sus hijas. Un problema más básico aún es que los registros de propiedad no nos informan si un libro fue efectivamente leído, y si así fuese, cuál fue su opinión sobre él. Los libros, después de todo, llegan a una biblioteca personal por diversas vías: algunos se heredan, otros se reciben de regalo (nos gusten o no), otros se buscan afanosamente. Enfrentamos importantes limitaciones a la hora de conocer a los lectores de este período, si bien los inventarios post mórtem nos ofrecen pistas muy valiosas sobre la cultura lectora de las clases más altas.

En París, los dueños de libros en la primera mitad del siglo XVII eran, seguramente, abogados, funcionarios, nobles e intelectuales. Sus colecciones privadas solían contener más de cien volúmenes, pero apenas unos pocos tenían más de mil cuando morían.[18] Solo la mitad tenía una Biblia, mientras que alrededor del treinta por ciento tenía obras devocionales, como misales, breviarios, libros de horas o vidas de santos. Más del cuarenta por ciento de las bibliotecas de París tenían obras de Plutarco o ediciones de autores clásicos romanos como Tito Livio, Tácito, Séneca, Virgilio y Horacio. Los abogados tenían obras de Cicerón y comentarios jurídicos, mientras que las bibliotecas de los médicos contenían textos de Galeno e Hipócrates. La biblioteca privada de estos hombres era de trabajo, con las obras de referencia propias de cada profesión, tanto como un símbolo de éxito social.

La biblioteca del lector humanista puede clasificarse, grosso modo, en cuatro. En primer lugar, había libros religiosos. Como en los ejemplos parisinos recién citados, no necesariamente incluían la Biblia, pero sí obras devocionales. Además, podían contener libros sobre historia eclesiástica, como la *Historia de los judíos* de Flavio Josefo, y probablemente *La ciudad de Dios* de san Agustín. En París, al menos, no se encontrarían obras de Lutero ni de Calvino, pero sí muy posiblemente, algunos libros católicos que combatieran sus ideas. Si examináramos con más detenimiento los libros personales de un hipotético lector del Renacimiento, encontraríamos una segunda categoría de libros de enseñanza clásica. Este grupo, casi con certeza, incluiría las obras de Cicerón, modelo de retórica y elocuencia, Plutarco, Séneca y, tal vez, de los historiadores Livio y Tácito. Podríamos encontrar a Aristóteles y a Platón y, por cierto, a algunos de los más leídos poetas latinos, como Virgilio, Horacio y Ovidio. Un lector con inclinaciones más

18. Henri-Jean Martin, *Print, Power and the People in the 17th Century France*, Metuchen (NJ), Scarecrow Press, 1993, pp. 334-344 y 609.

científicas podría interesarse en la *Historia Natural* de Plinio. La tercera categoría estaba compuesta por libros profesionales, sobre todo tratados médicos y de anatomía para los médicos y comentarios jurídicos en el caso de los abogados. La biblioteca personal siempre funcionaba como instrumento de trabajo. En nuestro cuarto grupo de libros encontraríamos otro variado abanico de literatura, más reciente y, en su mayoría, en lengua vernácula. Específicamente, los autores humanistas representados en esta categoría podrían ser Erasmo, Maquiavelo, Petrarca, Boccaccio, Thomas More con su *Utopía* y Baltasar de Castiglione con *El cortesano*, que describía los modales y atributos ideales del hombre renacentista educado. Esta sección podría abarcar también libros de historia: en Francia, las *Crónicas* de Jean Froissart, mientras que en Inglaterra, los caballeros del siglo XVI leían libros de heráldica y topografía, historia reciente y etiqueta.[19] En España, encontraríamos ejemplares del *Don Quijote* de Cervantes y, en todos lados, romances de caballería, que eran parte de una cultura compartida y que todavía no apuntaba específicamente a los lectores de clases más bajas. Si en medio de todo esto intentáramos identificar las lecturas de las mujeres, podríamos encontrar manuales prácticos sobre, por ejemplo, quehaceres domésticos, parto, cocina, costura, medicina práctica y uso de hierbas. Podemos conjeturar que los libros de una mujer también incluirían algunos romances, poesías y obras devocionales, pero sin indicios más evidentes es imposible saber si había diferencias sustanciales entre los hábitos de lectura de los hombres y las preferencias de las mujeres.[20]

En la casa de todo caballero, crecía la tendencia de disponer de un estudio separado para la exhibición de libros finos. El duque

19. Leedham-Green y McKitterich, "Ownership and Public Libraries", p.327.
20. Maureen Bell, "Women Writing and Women Written", *CHBB* 4, cap. 20; Carol M. Meale y Julia Boffey, "Gentlewomen's Reading", *CHBB* 3, pp. 538-540.

de Urbino, que se hizo millonario con las ganancias derivadas de alquilar su ejército privado, personalizaba sus libros con finas encuadernaciones. En un período posterior y en una escala social inferior, Samuel Pepys –quien mantuvo un detallado diario privado entre 1660 y 1669– acumuló una colección de 3.000 volúmenes. En esta época se formaron algunas colecciones de libros personales asombrosas. Un ejemplo destacado en Inglaterra fue el de Matthew Parker, arzobispo de Canterbury durante el reinado de Isabel I, que murió en 1575. La colección de libros y manuscritos que Parker acumuló en el Corpus Christi College, de Cambridge, creada tras la disolución de los monasterios dictaminada por Enrique VIII, contenía muchos ejemplares por demás curiosos. La colección de Parker no era simplemente una colección de tesoros: su objetivo específico era justificar las doctrinas del anglicanismo y, en tal empeño, no pensó que tuviera nada de malo desmembrar un libro antiguo para luego reencuadernarlo y reconstituirlo.

Los lectores humanistas trataban de llegar a los autores antiguos sin aditamentos. Querían limpiar los gruesos sedimentos de comentarios medievales sobre los clásicos que se habían acumulado a lo largo de los años y que, en su opinión, oscurecían su significado en vez de iluminarlo. Buscaban el acceso simple y directo a aquellos textos. Decían, por ejemplo, que buscaban al Virgilio desnudo. Se acercaban a los textos en latín con un propósito deliberado. En los libros de historia, política y filosofía, buscaban lecciones que pudieran aplicar a las situaciones y los problemas cotidianos. Querían obtener una guía moral y práctica para conducirse en la vida pública. En la Inglaterra isabelina, los miembros de la elite política empleaban a los estudiosos a modo de secretarios para que les leyeran con esta finalidad. Uno de tales lectores fue Gabriel Harvey, empleado en la década de 1580 por el conde de Leicester, cuya actividad lectora fue estudiada por Lisa Jardine

y Anthony Grafton.[21] Durante veinte años, Harvey fue contratado para leer y tomar notas sobre una serie de textos en los que las historias de Tito Livio jugaban un papel clave. Se trataba de una lectura con un propósito político claramente definido. Las obras clásicas eran estudiadas, en parte, para desarrollar una buena retórica política, en la que Cicerón, en particular, era considerado un maestro de la argumentación elocuente. Estas obras también se leían en busca de precedentes, ideas y ejemplos que se relacionaran con los problemas que enfrentaba el lector. Los lectores sabían que podían ser mejores diplomáticos o estrategas militares si estudiaban las campañas de Julio César o de Aníbal, por ejemplo, y si evitaban sus errores e indecisiones. Era una lectura activa con pertinencia contemporánea.

Los lectores del Renacimiento tenían muchas estrategias de lectura. La rueda les permitía consultar varios libros al mismo tiempo y les facilitaba hacer referencias cruzadas y comparaciones entre los textos. La memoria era un don muy valorado como medio de apropiación literaria. Anthony Grafton cuenta la historia de Justo Lipsio, quien se jactaba de poder recitar la obra completa de Tácito con una daga en la garganta, mientras desafiaba a que se la clavaran si cometía un error.[22] Pero seleccionar y ponderar los pasajes clave era un método más perfeccionado de asegurarse la comprensión del texto. El cuaderno de notas era usado por los lectores para anotar argumentos, giros de frases o información que el lector quería recordar o sobre los cuales quería reflexionar más tarde. William Shakespeare tenía uno de estos cuadernos, al igual que Michel de Montaigne y el filósofo Jean Bodin.[23] William Drake, dueño del condado de Buckinghamshire,

21. Lisa Jardine y Anthony Grafton, "Studied for Action: How Gabriel Harvey Read his Livy", *P&P* 129, 1990, pp. 30-78.
22. Grafton, "The Humanist as Reader", p. 197.
23. Ann Blair, "Humanist Methods in Natural Philosophy: The Commonplace Book", *Journal of the History of Ideas* 53:4, 1992, pp. 541-551.

tuvo decenas de cuadernos entre las décadas de 1620 y 1660.[24] Registraba notas de sus lecturas de Tácito y Maquiavelo así como de los filósofos antiguos, historiadores y poetas. En ellos, se daba consejos a sí mismo sobre la conveniencia de hacer resúmenes de sus lecturas diarias y de leer preferentemente con el estómago vacío para mejorar su concentración. Transcribía los fallos jurídicos y discursos parlamentarios pronunciados durante el dramático período que condujo a la Guerra Civil inglesa y reflexionaba sobre las insondables profundidades de la traición y la astucia humanas. Extraía gemas de sabiduría que podía aplicar para avanzar en su carrera. El cuaderno de notas se convirtió en una colección de pequeños retazos de conocimiento extraídos de sus contextos originales y compilados en un objeto nuevo por un lector individual que creaba, así, su propio libro personal.

El *florilegium*, que literalmente significa "ramillete de flores", era del mismo estilo. Se trataba de una colección publicada de citas selectas con el fin de valerse de ellas en un sermón conciso y ameno. Los lectores del Renacimiento hicieron de la toma de notas un arte sumamente refinado. Copiaban pasajes enteros, parafraseaban, o cortaban y pegaban pasajes escogidos. Al igual que los estudiantes de hoy, se arriesgaban a cometer plagio y a reproducir citas incorrectamente. Su estrategia era una combinación de servilismo ante las citas y reflexión crítica. Así, Leon Battista Alberti, autor de un notable tratado sobre arquitectura, se lanzó sobre Cicerón en busca de citas "con la glotonería de una urraca por los objetos muy vistosos", según palabras de Grafton.[25] Sin embargo, Alberti era mucho más que un ventrílocuo inteligente;

24. Kevin Sharpe, *Reading Revolutions. The Politics of Reading in Early Modern England*, New Haven (CT), YUP, 2000, caps. 2 y 4.
25. Anthony Grafton, *Commerce with the Classics: Ancient Books and Renaissance Readers*, Ann Arbor, Michigan UP, 1997, pp. 67 y 88-89.

entabló un diálogo con las grandes figuras de la Antigüedad, capitalizó sus conocimientos y construyó algo original y moderno. Las enseñanzas de los clásicos eran cimientos sólidos, pero el objetivo era superarlas.

El respeto por los libros en general, y por los antiguos en particular, no era tan puro. Si bien querían ir en busca de un Virgilio desnudo, muchas veces escribían sus propios comentarios en los márgenes, y no siempre eran elogiosos. Joseph Scaliger tachó el texto de un libro y escribió "caca" en todas las páginas.[26] El lector ideal era crítico y activo, y no reverente y sumiso. Erasmo ridiculizó el respeto obsesivo hacia Cicerón en su *Ciceronianus*, en 1528. Imaginó a un adicto a Cicerón llamado Nosoponus que confeccionaba un diccionario con todas las palabras usadas alguna vez por Cicerón y que, incluso, se negaba a casarse o a formar una familia para poder permanecer todo el tiempo recluido estudiando a Cicerón. Nosoponus vivía a grosellas y semillas de cilantro, mientras estudiaba y trataba de memorizar las frases ciceronianas a las que esperaba poder echar mano en el momento preciso a fin de causar una buena impresión. Tal como lo señala esta sátira, Erasmo tenía su propia versión crítica de Cicerón. Como muchos otros, admiraba el estilo y la retórica ciceronianos, pero lo consideraba un intelectual encerrado en un mundo pequeño de conocimiento pagano. El Cicerón de Erasmo tenía que ser incorporado a la cultura cristiana. Es más, Erasmo admiraba a Cicerón y lo consideraba el exponente del intelectual plenamente comprometido con la vida pública al servicio del bienestar general. Este "humanismo cívico" era el ideal del lector renacentista. El gran error de Nosoponus, este ejemplar *nerd* de Erasmo, fue aislarse y negarse a aceptar sus responsabilidades sociales y cívicas.

26. Grafton, "The Humanist as Reader", p. 208.

LOS USOS DEL LIBRO EN EL RENACIMIENTO

El tamaño y la forma física de un libro determinan su público destinatario y los usos a los que se lo someterá. Los formatos más comunes se establecieron en la época del libro manuscrito y el advenimiento de la imprenta no los modificó. Armando Petrucci propone una útil clasificación de los tres principales formatos y usos del libro durante el Renacimiento.[27] El primero es el *libro da banco*, que se leía en un banco o una mesa. Se trataba de un libro de tamaño grande, de estudio y posiblemente destinado al uso universitario. Ya fuese manuscrito o impreso, el libro de banco contaba con amplios márgenes para agregar comentarios; por lo general, era un texto a dos columnas, escrito con caracteres góticos. El segundo tipo de libro es el libro humanista, que tenía un formato grande, en folio, o un formato en cuarto, más pequeño. A diferencia del primero, el libro humanista no estaba diseñado para ser usado en iglesias o universidades ni tenía finalidad de estudio, sino que estaba dirigido a hombres laicos y adinerados y a sus esposas. Los textos ocupaban toda la página, no estaban divididos en columnas, tenían márgenes pequeños, y un tipo de letra "romana" y no gótica. La tercera categoría dentro de la clasificación de Petrucci, y la más popular, corresponde al *libro da bisaccia* o libro de alforja, que tenía un formato pequeño y era fácil de transportar, tal como su nombre lo indica, en la alforja de un mercader, un fraile predicador, un peregrino o un artesano. En este tipo de libro, el texto se presentaba en dos columnas, en un tipo gótico grande para consumo popular y, por lo general, incluía ilustraciones de grabados en madera. Todas estas formas tradicionales eran

27. Armando Petrucci, "Alle origini del libro moderno. Libri da banco, libri da bisaccia, libretti da mano". En: Armando Petrucci (ed.) *Libri, scrittura e pubblico nel Renascimento. Guida storica e critica*, Roma, Laterza, 1979, pp. 137-156.

imitaciones de libros manuscritos. Petrucci señala que los libros impresos y manuscritos tenían un sistema de producción similar. Su clasificación no se funda en la diferencia entre el libro manuscrito y el libro impreso, sino en el uso que se les daba a los libros.

Podríamos agregar otra categoría a esta tipología: el *libretto da mano* o librillo de mano; en otras palabras, una versión del libro humanista en formato pequeño y muy portátil, producido en octavo para lectores legos cultivados. Esta innovación fue promovida, sobre todo, por el editor e impresor veneciano Aldo Manucio a fines del siglo XV. Los editores renacentistas habían diseñado nuevos tipos de letras para reemplazar la escritura gótica por una más clara, liviana y elegante. En Francia, Claude Garamond diseñó un tipo romano, la "gros romain" en 1543; hoy en día, muchas computadoras tienen un tipo de letra que lleva ese nombre. De manera similar, en 1546, Robert Estienne ideó el tipo "cícero" para publicar su edición de Eusebio. Aldo Manucio dijo que también estaba imitando las inscripciones latinas cuando diseñó el tipo de letra "itálica". De hecho, estos nuevos tipos de letra no tenían equivalente exacto en la época romana. Se parecían a los clásicos y así se llamaban, pero era un clasicismo inventado, diseñado para satisfacer los propósitos de los lectores del siglo XVI. Lo que Garamond y Manucio hicieron fue adaptar su interpretación de los antecesores clásicos al público contemporáneo, así como las pinturas de ese período retrataban a Virgilio paseando en medio de un paisaje toscano del siglo XVI. Para Grafton, esto no debería describirse como un renacer del clasicismo sino como la imaginativa reconstrucción de una sociedad perdida.[28]

El tipo de letra humanista o clásica fue toda una revolución estética en la historia del libro. Manucio intentó patentar su tipo itálico, pero nada podía impedir que sus competidores, fuera de su Venecia natal, lo adoptaran. La letra gótica todavía se usaba

28. Grafton, "The Humanist as Reader", pp. 187-188.

en las obras jurídicas o teológicas, y su uso perduró en los libros populares de los Países Bajos y la Europa de habla alemana. Lutero usaba el tipo de letra gótico cuando necesitaba llegar a un público de clases más bajas, y el tipo humanista, cuando se dirigía a un público lector más instruido.

Manucio revolucionó el mundo editorial cuando, en 1501-1502, editó una serie de libros en latín y en lengua vernácula en octavo, es decir en tamaño de bolsillo (los *libretti da mano* ya mencionados). Estas fueron las primeras ediciones con los nuevos caracteres itálicos. Su pequeño formato no debe inducirnos a pensar que fue el antecedente remoto de la revolución de las ediciones en rústica, más económicas. Por el contrario, la colección aldina era costosa y estaba destinada, casi seguramente, a un público muy cultivado. Pero, sorprendentemente, esta colección yuxtaponía autores antiguos y vernáculos, de manera que Petrarca y Dante recibían, implícitamente, el mismo trato que Virgilio y Horacio.[29] Las ediciones aldinas eran modelos de simplicidad: publicaban el texto básico sin notas, ornamentos ni comentarios. Los lectores humanistas habían encontrado, por fin, al Virgilio desnudo que tanto buscaban y apreciaban.

En las primeras décadas de la imprenta, el libro impreso imitó al libro manuscrito. El tipo de libro que se llevaba a las prensas pertenecía a los mismos géneros que el libro manuscrito. Por ejemplo, alrededor del cuarenta y cinco por ciento de los *incunabula* eran obras de teología, en consonancia con los patrones establecidos de la producción del libro manuscrito.[30]

29. Richardson, *Print Culture in Renaissance Italy*, p. 48; Martin Lowry, *The World of Aldus Manutius: Business and Scholarship in Renaissance Venice*, Ithaca (NY), Cornell UP, 1979.
30. Hirsch, "Stampa e lettura", p. 9

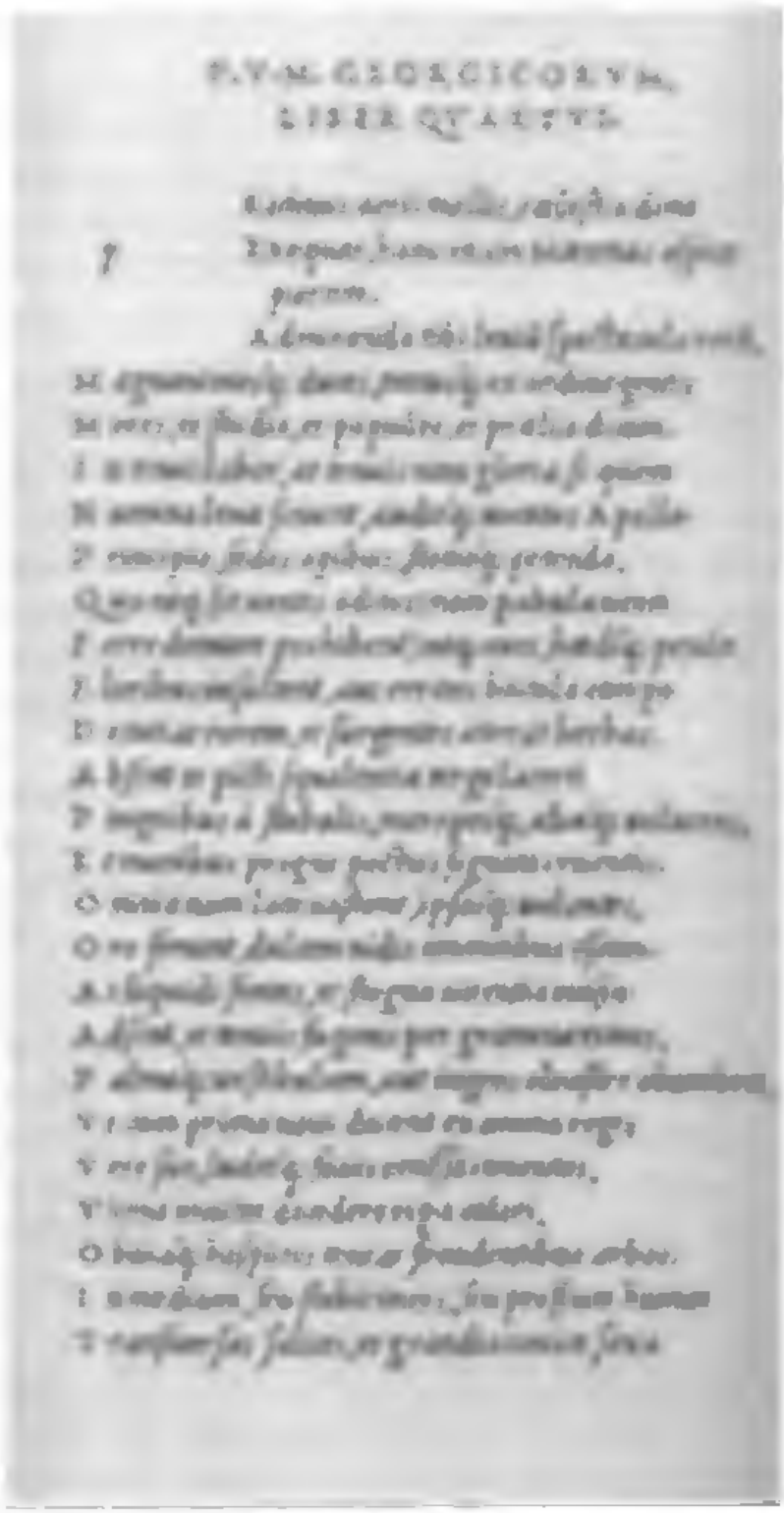


Fig. 6: *Las Geórgicas* de Virgilio, edición de Aldo Manucio, 1501. (V. Nep, *Historia gráfica del libro y de la imprenta*, Buenos Aires, Leru, 1977, p. 150).

Pero, en el siglo XVI, se introdujeron diversos elementos de ayuda para la lectura y prácticas editoriales que fueron propias del libro impreso y que lo convirtieron en una especie distinta. Algunas de estas prácticas ya han sido mencionadas, como la invención de los nuevos tipos de letra "romanos" e itálicos. Los editores ahora podían usar diferentes tipos para propósitos diversos, combinarlos en el mismo libro o incluso en la misma página. Jamás había existido tal versatilidad en un libro manuscrito.

El libro impreso claramente se diferenció de sus antecesores manuscritos en su manera de resolver la relación entre el texto y la ilustración. En cierta medida, esto obedeció a un cambio tecnológico: el grabado en cobre permitía lograr imágenes más sofisticadas que las que permitían los burdos bloques de madera. Pero, a diferencia del grabado en madera, el grabado en cobre exigía una prensa aparte, lo que de inmediato produjo un divorcio entre texto e imagen.

Los primeros libros impresos desarrollaron un importante engranaje paratextual: las páginas preliminares, las notas al pie y todo lo que en un libro hace referencia al cuerpo principal del texto, lo adorna o comenta, sin verdaderamente formar parte de él. El título podía estar acompañado de una cita en latín, el nombre del impresor y el lugar de la publicación. Solía incluir una larga dedicatoria al mecenas del escritor. La portada, a veces, llevaba grabado un frontispicio decorativo con el título impreso en una entrada o arco, por el cual se invitaba al lector a ingresar a la construcción.

El frontispicio podía representar un exquisito arreglo de figuras simbólicas, que constituían un discurso complejo. Por ejemplo, la guadaña era la representación de la muerte; la escuadra, el atributo simbólico del arquitecto; la espada y la balanza aludían a la justicia, y el sextante, a la ciencia de la astronomía. Similares ilustraciones simbólicas constituían el contenido de los libros de emblemas, que incluían representaciones de figuras alegóricas, elementos heráldicos, animales monstruosos y míticos, dragones, grifos, entre otros.

Otros temas favoritos eran las musas y los dioses, cada uno de los cuales simbolizaba un talento o cualidad diferente, las personificaciones de los siete pecados capitales, las virtudes cardinales y las imágenes simbólicas de las estaciones del año. Los libros generaban nuevas oportunidades para la ilustración artística, que apelaba a una amplia variedad de imágenes alegóricas y simbólicas que debían ser descifradas. Es difícil afirmar si los lectores del siglo XVI estaban familiarizados con todos los códigos visuales usados en los frontispicios y en los libros de emblemas. Es poco probable que pudiesen entender todas las sutilezas de este lenguaje visual, a menos que las mismas imágenes se repitieran periódicamente en diferentes libros y que los lectores tuvieran suficiente memoria para recordarlas a través del tiempo. Como todos los libros, las ilustraciones visuales abrían las puertas a múltiples lecturas y diferentes niveles de comprensión.[31]

LAS BIBLIOTECAS: UNA NUEVA MANERA DE CLASIFICAR EL CONOCIMIENTO

Con una mayor oferta de libros en circulación y la aparición de nuevos títulos en los siglos XVI y XVII, surgió la necesidad de imponer orden en el caos, organizar, catalogar y clasificar la producción de libros. La creación y el crecimiento de las bibliotecas, tanto privadas como institucionales, presentó problemas especiales en materia de planificación y diseño. La función de la biblioteca variaba. Algunas eran simplemente colecciones de rarezas y curiosidades. Otras estaban diseñadas para ostentar lujos y riquezas. La biblioteca de Leonello d'Este, en la ciudad de Ferrara, en el siglo XV, se

31. Michel Pastoureau, "L'illustration du livre: comprendre ou rêver?", *HEF1*, pp. 501-529; Roger Laufer, "L'espace visuel du livre ancien", *HEF1*, pp. 479-497.

diseñó a partir del modelo romano, con el cielo raso pintado y los pisos de baldosas decoradas con imágenes de la antigua Roma.[32] Las bibliotecas de algunas órdenes religiosas, como las de los jesuitas, eran cristianas en su concepción y completamente despojadas de elementos impuros. En cambio, la biblioteca humanista se proponía ser universal y práctica, un lugar de consulta y saber abierto a estudiosos y funcionarios.

Era necesario catalogar todas las colecciones. La proliferación de catálogos y bibliografías durante este período es un ejemplo de lo que Roger Chartier ha llamado "el nuevo orden de los libros".[33] Algunos catálogos describían el verdadero contenido de las bibliotecas, mientras que otros bibliófilos imaginaban el ideal de una biblioteca de bibliotecas. Pero ¿cómo debía organizarse y catalogarse una biblioteca, fuese real o imaginaria? Había muchas posibilidades. Los títulos podían clasificarse según el idioma, para poner de relieve su condición de vernácula. Cada vez más se ordenaban alfabéticamente, por nombre de autor, aunque en las primeras bibliotecas, los catálogos se regían por el nombre de pila del autor y no por el apellido. A veces, los libros se ordenaban por tamaño y también por tema, y otras veces por una combinación de todos esos criterios, como fue el caso del primer catálogo impreso de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, en 1605, que se basaba primero en el tema, luego en el tamaño y por último en los nombres de los autores.[34]

Catalogar los libros por tema era ir hasta el meollo mismo de la clasificación del conocimiento durante el Renacimiento. El catá-

32. Grafton, *Commerce with the Classics*, pp. 19-35.
33. Roger Chartier, *The Order of Books: Readers, Authors and Libraries in Europe Between the Fourteenth and Eighteenth Centuries*, Cambridge (Reino Unido), Polity, 1994 [trad. esp.: *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994].
34. Leedham-Green y McKitterick, "Ownership and Public Libraries", pp. 334-335.

logo de una biblioteca planteaba muchos interrogantes epistemológicos fundamentales: ¿cuáles eran las disciplinas reconocidas y dónde se posicionaba cada una en relación con Dios y en la jerarquía del conocimiento humano? El Renacimiento desarrolló un esquema universal de definiciones que sobrevivió hasta el siglo XIX. Las bibliografías gradualmente adoptaron una división en cinco categorías principales, ordenadas de la siguiente manera: teología, jurisprudencia, historia, artes y ciencias, y por último, las *belles-lettres*. Era una teoría muy conservadora del conocimiento. Colocaba, en primer lugar, a la teología, y en ella entraban las polémicas, las obras espirituales y devocionales, la historia eclesiástica, la filosofía y la gramática. El siguiente peldaño, que abarcaba el derecho y la historia (incluía biografías y geografía), parecía reflejar las prioridades de las monarquías absolutas. Las humanidades y las artes liberales, tan importantes para el Renacimiento, fueron desplazadas de la jerarquía intelectual a un tercer lugar. Dentro de las artes y las ciencias, estaban las ciencias naturales, la física, la química y la medicina, así como artes prácticas: higiene, horticultura y cría de animales. En la última posición, se ubicaban las *belles-lettres*, que incluían la poesía, la crítica literaria, los ensayos y el teatro.

Es interesante ver qué ocurrió después con esta tradicional categorización del conocimiento y qué falta, a los ojos del lector moderno. Tiempo después se produjeron tres acontecimientos que hicieron que este sistema cayera en desuso. El primero fue la caída que sufrió la teología en el mercado editorial, lo que tuvo lugar en el siglo XVIII y puede asociarse a la influencia secularizadora de la Ilustración. Ya no podía darse por sentado que la religión formaba parte del marco de referencia general para todas las ramas de la ciencia y el conocimiento, y las publicaciones religiosas se convirtieron en una categoría cada vez más marginal. El segundo acontecimiento fue el auge de la ficción, cuyo origen puede remontarse al surgimiento de la literatura recreativa en la segunda mitad del siglo XVIII. Las novelas, por cierto, llegaron al público masivo en

el siglo XIX. Rebasaron la antigua categoría de *belles-lettres*, y ese volumen desequilibró el antiguo esquema de clasificación y lo volvió completamente obsoleto. En tercer lugar, la clasificación tradicional no satisfacía en absoluto las nuevas necesidades de la educación. Las publicaciones educativas, que experimentaron una inmensa expansión durante los siglos XIX y XX, habrían de constituir una nueva categoría diferenciada de las demás.

Los lectores humanistas tuvieron diferentes hábitos de lectura y un abanico de estrategias para apropiarse del conocimiento de la Antigüedad. A veces, colocaban a los escritores antiguos claramente dentro de su propio contexto histórico, y sin embargo, trataban de extraer modelos de conducta y encontrar pequeños tesoros de frases elocuentes aplicables a sus propias circunstancias. Sabían que estaban estudiando a los paganos y se esforzaban por hacerlos encajar en un molde cristiano. A veces, plagiaban los textos clásicos sin piedad, y otras veces los usaban como base para sus nuevas interpretaciones.

El Renacimiento y la Contrarreforma dejaron su impronta. El conocimiento se había reorganizado y, en manos de algunos emprendedores del mercado editorial, el libro impreso adquirió algunas de las características modernas que lo distinguieron del libro manuscrito. Los coleccionistas de libros costosos comenzaron a reunir colecciones importantes. Existía ahora un público lector instruido y con capacidad de discernimiento fuera de los claustros de la Iglesia. De distinta manera y con diferentes prioridades, los humanistas y la Iglesia católica habían llevado su respeto por la cultura latina a su máxima expresión en toda la historia europea. No obstante, estos acontecimientos significativos importaban principalmente a una elite social e institucional. En los siguientes capítulos, pondremos nuestro foco de atención en los niveles más bajos de la sociedad, a fin de evaluar lo que la imprenta y la cultura escrita significaron para la población común de Europa.

Capítulo 6
La imprenta y la cultura popular

Para la gente común de la Europa de los primeros años de la Edad Moderna, el libro era un objeto muy poco común, y poseer un impreso que no fuese el más económico era una meta inalcanzable. No obstante, la cultura de las clases subalternas era rica, aunque, en la actualidad, no es fácil tener acceso a ella porque, desafortunadamente, muy pocos campesinos o trabajadores urbanos han dejado testimonio personal de sus lecturas. En este capítulo, analizaremos las valiosas autobiografías de artesanos que se han encontrado, así como los testimonios sonsacados por la Inquisición sobre el material de lectura de personas bajo sospecha de herejía; pero estas fuentes son muy escasas, y los historiadores nos vemos obligados a abordar el estudio de la cultura popular por vías indirectas. Nos vemos obligados a buscar información sobre los lectores populares en fuentes, tales como editores, gobiernos, jueces e Iglesia. Paradójicamente, se puede saber más sobre la cultura de las clases populares a partir de quienes se proponían reformarla, purificarla o sofocarla.

El abate Henri Grégoire nos proporcionó un buen ejemplo de este abordaje indirecto a la cultura popular con el cuestionario sobre los hábitos rurales de lectura que diseñó en 1790-1792, los primeros años de la Revolución francesa. Grégoire quería saber qué leían los campesinos franceses, si acaso lo hacían, y si los sacerdotes locales tenían libros suficientes para prestar a sus feligreses. Para obtener más información sobre este tema, no se dirigió a los propios lectores rurales, sino a sus cultivados pares de la Iglesia, la función pública y las profesiones. Pero para estos prósperos intermediarios, los campesinos pertenecían casi a otra raza:

en el mejor de los casos, inspiraban cierta curiosidad etnográfica; en el peor, los veían sumergidos en la más absoluta ignorancia y en un mundo de prejuicios y supersticiones. En realidad, los campesinos leían almanaques, libros de horas y, ocasionalmente, vidas de santos, pero para los informantes de Grégoire, bien podrían haber venido de otro planeta.[1] El abate tenía su propio objetivo, que no era solo "mejorar" a los campesinos sino erradicar los *patois* locales –variantes lingüísticas regionales– y promover la propagación del francés. Al estudiar la cultura popular a través de esta mirada hostil o paternalista, es preciso leer "a contrapelo" a fin de separar los preconceptos culturales de estos intermediarios del objeto real de nuestra investigación: la vida de las clases populares.

En este capítulo, se investiga el papel de la lectura y la escritura en la cultura popular de los primeros años de la Edad Moderna. La cultura popular es como una presa escurridiza, y debemos plantearnos si acaso había tal cosa como una cultura genuinamente "popular" (es decir, que perteneciera a las clases más bajas). Al mismo tiempo, debemos examinar los vínculos entre la cultura popular y la cultura de la elite. Uso la palabra "cultura" para incluir no solo los productos culturales que han sobrevivido, como los efímeros "pliegos de cordel" y *chapbooks*, que eran artículos de lectura popular, sino también las prácticas y creencias culturales que determinaban el modo en que esos textos eran asimilados. La lectura popular no se diferenciaba por los textos sino por los métodos de apropiación de esos textos. Era una cultura "anfibia", en la que las comunicaciones oral y escrita desempeñaban

1. Roger Chartier, "Lectures paysannes: la bibliothèque de l'enquête Grégoire", *Dix-huitème Siècle* 18, 1986, p. 54; Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel, *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois, l'enquête de Grégoire*, París, Gallimard, 1975 [trad. esp.: *Una política de la lengua. La Revolución francesa y los* patois: *la encuesta de Gregorio*, México: Universidad Iberoamericana, 2008].

papeles significativos. La cultura escrita campesina se enmarcaba en un contexto religioso, y lo que más se leía por las noches en voz alta, en el ambiente familiar, era algún pasaje de la Biblia o, en los países católicos, la vida de un santo. Los lugares de trabajo ofrecían, también, oportunidades de lectura: los sastres, que trabajaban alrededor de una misma mesa, delegaban en uno de ellos la tarea de leer en voz alta mientras cosían. Los trabajadores agrícolas podían llegar a usar la hora de la siesta para hacer lecturas colectivas. Como le dijo un ventero a Sancho Panza en el *Don Quijote*:

> [...] quando es tiempo de la siega, se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y *rodeámonos* de él más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas.[2]

La lectura en cuestión era la novela de caballería, que tanto había obsesionado a Don Quijote, al extremo de la locura.

LA ESQUIVA BÚSQUEDA DE LA CULTURA POPULAR

En este mundo de cultura escrita tradicional, el libro era objeto de admiración y reverencia, y la escritura tenía usos milagrosos y simbólicos para quienes no dominaban los secretos ocultos de la cultura manuscrita. La Biblia tenía poderes mágicos: protegía de los malos espíritus y curaba a los enfermos. Muchos recurrían a ella como si fuera un oráculo que guiaba al lector en la toma de

2. Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, edición del IV Centenario a cargo de Francisco Rico, Madrid, Real Academia Española-Asociación de Academias de la Lengua Española-Alfaguara, 2004, Primera parte, cap. XXXII, p. 321.

importantes decisiones de su vida. Todavía sobrevive la costumbre de abrir la Biblia al azar y tomar el primer versículo como un acertijo cargado de significación sobre el futuro. Al final del siglo XIX, una mujer de Hampshire (Inglaterra) que sufría de ataques de epilepsia puso las páginas del Nuevo Testamento en sus sándwiches hasta comérselo entero. En la tradición del folclore estadounidense, la Biblia también cura verrugas y sangrados de nariz.[3] La cultura popular le asignaba al libro muchas funciones específicas.

La palabra "popular" no se ha empleado aquí con el significado contemporáneo de 'aquello que gusta mucho', sino en el sentido de 'perteneciente al pueblo', es decir, a los campesinos y trabajadores urbanos pobres que conformaban los sectores más bajos de la sociedad. Cuando hoy hablamos de "cultura popular", pensamos, por lo general, en novelas de televisión o literatura barata. Sería más conveniente llamarlo "cultura de masas", ya que se trata de aquello que está al alcance de todos en la sociedad contemporánea y que no tiene nada distintivo de las clases bajas. Por lo tanto, al analizar la cultura popular en el período preindustrial, debemos distinguir las prácticas "del pueblo" de los bienes culturales producidos por otros "para el pueblo".

En la práctica, no es fácil separar ni diferenciar las formas culturales populares, ya que rara vez son completamente homogéneas o autónomas. La cultura popular siempre contiene y absorbe elementos "foráneos". El marxista italiano Antonio Gramsci caracterizó la clase subalterna como asistemática y desarticulada, un mosaico de elementos fragmentarios descartados tiempo atrás por la elite.[4] Al mismo tiempo, la cultura popular no es un legado

3. David Cressy, "Books as totems in 17th-Century England and New England", *Journal of Library History* 21:1, 1986, p. 99.
4. Antonio Gramsci, "Osservazioni sul folclore". En: A. Gramsci, *Opere*, Turín, Einaudi, 1947-1950, vol. 6, p. 215-218 [trad. esp.: "Observaciones sobre el folklore". En: A. Gramsci: *Cultura y literatura*, Madrid, Península, pp. 329-336].

inmóvil ni cerrado; aun cuando muchas veces la tildemos de "tradicional", evoluciona orgánicamente. No había una rígida dicotomía entre la "alta" cultura y la "baja" cultura. El modelo de dos culturas enfrentadas, en el que una domina a la otra, es, en última instancia, estéril y estático. En cambio, este análisis propone explorar los modos en que la cultura de la elite y la cultura popular se influenciaron y se infiltraron recíprocamente. Sobre la base de este punto de partida, descubrimos un amplio abanico de relaciones e intercambios posibles entre la cultura de la elite y la cultura de las clases populares. A veces, por cierto, entran en conflicto; otras veces, una toma prestado algo de la otra y ambas "se contaminan".

Desde la perspectiva de Peter Burke, la elite instruida alguna vez compartió una vida cultural con quienes estaban más abajo en la escala social. Había un entrecruzamiento natural entre los cultivados y los desheredados. En el siglo XVI, las clases más altas se unían al pueblo en las festividades de carnaval, las corridas de toros o las ejecuciones públicas. Hasta el zar conocido como Iván el Terrible amaba las buenas baladas tanto como cualquier otro ruso, por no mencionar los espectáculos de acróbatas, payasos y enanos de circo. Sin embargo, Burke identifica el momento en que las clases más altas comienzan a apartarse de las prácticas populares.[5] Este autor sostiene que, en los siglos XVII y XVIII, las elites tomaron distancia de las festividades y de ciertos géneros literarios que alguna vez habían disfrutado. Afirmaron su propia identidad social al repudiar la cultura de las clases subalternas por tosca, supersticiosa y obscena. Rechazaron las creencias en brujerías y otros aspectos de la religión popular. El sondeo hecho por el abate Grégoire en la década de 1790 dio indicios de esta actitud

5. Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Temple Smith, 1978, pp. 24-28 [trad. esp.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza Editorial, 1996].

de "iluminado" desprecio hacia las clases inferiores. En realidad, es difícil encontrar *algún* período de la historia en el que las elites no hayan intentado imponer su disciplina moral a la cultura popular: después de la época de los estados absolutistas y la Contrarreforma, vino el impulso racionalista de la Ilustración del siglo XVIII, que no demostró ser más benevolente hacia la cultura popular ni hacia las lecturas de los grupos subalternos. Sin embargo, pese a los intentos por sofocarla, la cultura popular mantuvo la sana costumbre de negarse a obedecer y de resurgir, desafiante, de sus cenizas como el ave fénix.

Las posibles conexiones entre la cultura popular y la cultura de las clases instruidas pueden explorarse a través de diversos géneros que prevalecieron entre los lectores de clases más bajas de toda Europa, principalmente los pliegos de cordel, los *chapbooks*, los almanaques y los cuentos populares. Además, analizaremos la capacidad de leer y escribir de algunos notables individuos de las clases más bajas.

LOS PLIEGOS DE CORDEL Y LA *BIBLIOTHÈQUE BLEUE*

Los folletos de la *bibliothèque bleue* eran baratos y anónimos. Se hacían en papel basto, a veces se encuadernaban con el papel azul que se usaba para envolver el azúcar, y se vendían de a millones. Tenían sus equivalentes en todos los países europeos; se los conocía con el nombre de *chapbooks*, en Inglaterra, y de "pliegos de cordel", en España. El "pliego suelto" era una hoja doblada una o dos veces para formar un folleto en cuarto, que podía tener cuatro u ocho páginas. Un impresor podía producir 1.500 copias en un día. Aunque originalmente destinado al público urbano, hacia el siglo XVIII había ganado las simpatías de un amplio público rural. Eran vendidos en el campo por vendedores ambulantes, que

ofrecían una gran variedad de otros artículos, además de libros, tales como cubiertos de mesa y artículos de mercería. En *El cuento de invierno* de Shakespeare, el vendedor ambulante Autolycus vende no solo libros y folletos sino espejos, guantes, cintas, brazaletes, telas, agujas e hilos. En España, los pliegos sueltos eran celosamente comercializados por vendedores ambulantes ciegos que tuvieron el monopolio de este oficio hasta el año 1836 y que estaba organizado en torno a la Hermandad de Nuestra Señora de la Visitación de Madrid. Memorizaban los textos para luego pregonarlos, cantando y recitando algunos pasajes. Iban acompañados de guías jóvenes o de mujeres que los ayudaban a identificar los textos. El vendedor ciego español fue un precursor de los medios masivos de comunicación, puesto que se ocupaba de transmitir los textos oralmente para los analfabetos.[6] Hasta la segunda mitad del siglo XIX, el *colporteur* fue un visitante asiduo y familiar que recorría casi toda la Francia rural. Los pliegos de cordel de la *bibliothèque bleue* que vendía satisfacían las necesidades de un mundo que quedaba por fuera de los dominios del libro. Hacia 1848, había en Francia 3.500 *colporteurs* autorizados, que vendían cerca de 40 millones de ejemplares por año.[7] Estos pliegos de cordel hicieron la fortuna de algunos editores, radicados en Troyes, que se especializaban en este material prolífico y barato. También en Inglaterra, el comercio se concentró en manos de unos pocos especialistas de la Stationers' Company, que defendieron enérgicamente su monopolio.

El repertorio era muy duradero: incluía almanaques e historias que se reimprimieron una y otra vez a lo largo de los siglos. La muestra de 450 títulos analizada por Robert Mandrou nos

6. Jean-François Botrel, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, pp. 123-133.
7. Geneviève Bollème (ed.), *La Bible bleue: anthologie d'une littérature populaire*, París, Flammarion, 1975, pp. 64-65.

brinda un panorama de la amplia variedad de este género, resumido en el cuadro 2:

Cuadro 2: *Clasificación del contenido de la* bibliothèque bleue, *según Mandrou*[8]
Más del 25 % de los títulos eran obras piadosas, como catecismos, libros de oraciones, vidas de santos, homilías sobre el arte de morir y versiones de la *danse macabre*.
Alrededor de 18 % de los títulos eran ficciones, farsas, burlescos, canciones de taberna.
Alrededor del 18 % de los títulos eran relativos a la vida cotidiana, como calendarios, horóscopos, recetas, consejos médicos y mágicos.
Alrededor del 15 % de los títulos eran cuentos de hadas y mitos.
Alrededor del 10 % de los títulos eran instrucciones sobre juegos de cartas y dados, libros de etiqueta, alfabetos para niños, consejos para aprendices.
Menos del 10 % de los títulos eran sobre la historia de Francia, por ejemplo, Carlomagno y el *Cantar de Roldán* (*La chanson de Roland*).

La interpretación de Mandrou requiere un análisis más detenido. Por ejemplo, se equivocó al pensar que la lectura de historias en voz alta era una costumbre de las reuniones de campesinos en las noches (*veillée*, 'veladas') de invierno.[9] Sin embargo, se encontraron equivalentes de los géneros que Mandrou identificó en toda Europa.[10] En Inglaterra, estaban los cuentos populares, como *Jack*

8. Robert Mandrou, *De la culture populaire aux 17e et 18e siècles: la bibliothèque bleue de Troyes*, París, Stock, 1964 y 1975.
9. Martyn Lyons, *Reading Culture and Writing Practices in Nineteenth-Century France*, Toronto, Toronto UP, 2008, cap. 7.
10. Margaret Spufford, *Small Books and Pleasant Histories: Popular Fiction and Its Readership in Seventeenth-Century England*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1985, pp. 136-167; R. C. Simmons, "ABCs, almanacs, ballads, chapbooks, popular piety and textbooks", *CHBB* 4, pp. 504-513; Lynette Hunter, "Books for Daily Life, Household, Husbandry, Behaviour", *CHBB* 4, pp. 514-532; Jeffrey Brooks, *When Russia Learned to Read: Literacy and Popular Literature 1861-1917*, Princeton (NJ), PUP, 1985; Niall Ó Ciosáin, *Print and Popular*

and the Giant o *Dick Whittington and His Cat*. Había historias de caballería, como *El Cid* en España o como *Les quatre filles Aymon* en Francia, que montaban todos al mismo tiempo sobre Bayard el valiente corcel. Estaban las aventuras de embusteros, como Till Eulenspiegel en Alemania. En todas partes, eran populares las historias de villanos y bandidos, entre los cuales cabe mencionar al legendario Robin Hood, al forajido francés Cartouche y a una serie de pícaros irlandeses salteadores de caminos. Estos héroes populares encajaban en el patrón de "bandido social", en el sentido de que eran solidarios con los pobres, trataban a las mujeres de manera intachable y, aunque eran enemigos de los explotadores, eran absolutamente leales a la monarquía. Abundaba la farsa bufonesca, junto con los "libros de bromas" y los cuentos obscenos sobre maridos cornudos, esposas de mal genio, viudas lascivas y extraordinarios falos. Gran parte de este humor era literalmente misógino.

Mandrou plantea que la *bibliothèque bleue* incorporó un irresistible elemento de escapismo. El énfasis puesto en los mitos y fábulas, en la farsa y la comedia, en la magia y el romance apuntaba a un corpus literario que en absoluto desafiaba las jerarquías sociales, sino que, por el contrario, las consolidaba. Las novelas de caballería estaban dominadas por generosos y valientes aristócratas, mientras que la popular *danse macabre* reforzaba el tema de que todos somos iguales ante la muerte que, retratada como un esqueleto con una guadaña, llega para bailar su danza con los ricos y poderosos. De acuerdo con esta interpretación, la literatura predicaba a las clases subordinadas paciencia y sumisión; actuaba como un tranquilizador social de los pobres. Además, muchos textos transmitían una fuerte contracorriente de religiosidad cultural

---

Culture in Ireland, 1750-1850, Basingstoke (Reino Unido) y Nueva York, Palgrave Macmillan y St. Martin's Press, 1997.

considerarlas expresión directa de la cultura popular. Eran anónimas y habían sido compiladas por editores que buscaban maximizar sus ventas. Era una literatura escrita *para* el pueblo y no *por* el pueblo. Muchas historias y mitos incluidos en este corpus tenían su origen en la literatura erudita. Los editores saqueaban fuentes, como a Boccaccio, y reformulaban sus obras para consumo popular. Por ejemplo, *L'Aventurier Buscon* era una farragosa historia burlesca subida de tono tomada de *El Buscón* de Francisco de Quevedo, el novelista español, y transformada, en el siglo XVII, para la *bibliothèque bleue*. Los editores franceses tomaron una serie de decisiones que dieron nueva forma al texto original. Lo abreviaron y separaron en párrafos cortos para facilitar la lectura; le agregaron un final feliz con mensaje moralizador; eliminaron las blasfemias y obscenidades para hacerlo aceptable ante la Iglesia. Así, palabras como *merde* (mierda), *pisser* (orinar) y *putain* (puta) fueron expurgadas.[13] El espíritu de censura de la Contrarreforma era contrario a las reiteradas referencias a la orina y la defecación –la comedia escatológica– y a la obsesión por las funciones más bajas del cuerpo, lo que Mijaíl Bajtín identificó como un rasgo característico del sentido del humor medieval.[14] No había nada muy original sobre la literatura de los pliegos de cordel; de hecho, se nutría del plagio. Las obras que alguna vez se habían escrito para lectores cortesanos o aristocráticos sufrían muchas modificaciones hasta encontrar el camino que las llevaba a la canasta del *colporteur*. Por tener su origen en fuentes eruditas, estas historias no fueron un espejo de la cultura popular. Fueron, en cambio, un puente entre la "alta cultura" y el lector campesino.

13. Ibíd., pp. 292-309.
14. Mijaíl Bajtín, *Rabelais and His World*, trad. H. Iswolsky, Cambridge (MA), MIT Press, 1968 [trad. esp.: *Rabelais y su mundo*, Barcelona, Barral, 1974].

La literatura de los pliegos de cordel tuvo su momento de apogeo en los siglos XVII y XVIII, épocas en las que conquistó al público rural. Ya en el siglo XVIII fue rechazada por los racionalistas y, en Gran Bretaña, por los evangélicos reformadores. Hacia mediados del siglo XIX, el *colportage* ya era un oficio en decadencia. Dado que la influencia de los libros se extendió social y geográficamente a través de las novelas por entregas y de las revistas ilustradas, el mundo del *colportage* se redujo en consecuencia. En la segunda mitad del siglo XIX, ya no pudo competir con la prensa escrita, y terminó por desaparecer. El ferrocarril, la aparición de la librería minorista y la censura del gobierno se conjugaron para volverlo obsoleto.

LOS ALMANAQUES

Los almanaques gozaron de una circulación masiva. Los almanaques franceses solo costaban unos pocos *sous* –céntimos– y algunos tuvieron tiradas de hasta 200.000 ejemplares.[15] En Londres, en la década de 1660, se producían anualmente entre 300.000 y 400.000 copias de almanaques para la Stationers' Company.[16] Aunque los campesinos rara vez podían adquirir un libro, estaban familiarizados con el almanaque, que solían colgar de un clavo en el cielo raso de sus casas, como cualquier otro objeto.[17]

El almanaque tenía múltiples funciones. El modelo tradicional era un calendario anual en el que se consignaban los principales feriados, los días de los santos, el movimiento de los planetas y las fases lunares, tal como publican hoy las agendas. Incluía horóscopos

15. Geneviève Bollème, *Les almanachs populaires aux 17e et 18e siècles: essai d'histoire sociale*, París-La Haya, École pratique des Hautes Études, 1969, p. 14.
16. Spufford, *Small Books*, p. 100.
17. Suzanne Tardieu, *La vie domestique dans le Mâconnais rural pré-industriel*, París, Institut d'Ethnologie, 1964, pp. 232, 358 y anexos.

y profecías sobre el año venidero. Algunos almanaques italianos traían los horóscopos de personas eminentes, por ejemplo, el del Papa.[18] Por esta razón, el almanaque no cumplía únicamente la función de servir de referencia, sino que tenía un contenido mágico. Sus pronósticos astrológicos incluían consejos agrícolas y médicos. En el siglo XVIII, también podía incluir fábulas, cuentos breves y anécdotas sobre hechos extraordinarios, como terremotos o plagas. El almanaque evolucionó hasta convertirse en mucho más que un calendario: un poco de ficción, un poco de periodismo, un poco de sermón. El mensaje general de estas homilías era aceptar lo que a cada uno le había tocado en la vida y prepararse para una buena muerte. A fines del siglo XVIII, *Le Messager Boiteux* (*El mensajero cojo*) recomendaba sinceridad, compasión y sumisión a los grandes y poderosos.[19] En Inglaterra, los almanaques a menudo tenían un sesgo más político. Sus profecías y predicciones del Apocalipsis reflejaban un milenario hilo conductor que recorría la tradición progresista. Mientras que los almanaques conservadores predecían el feliz nacimiento de un heredero al trono, los almanaques progresistas profetizaban la muerte de los reyes. "Todos los monarcas tienen mal aspecto, como si tuvieran escorbuto", anunciaba el *Levellers' Almanack* de 1652.[20] Los almanaques ingleses eran profundamente nacionalistas, e incluían un cúmulo de burlas y prejuicios contra los irlandeses, escoceses, galeses, franceses y contra todos los papistas.

En cierto sentido, los almanaques estaban dirigidos a lectores rurales semialfabetizados, que eran claramente los consumidores de los consejos que traían los almanaques sobre la cosecha, los cambios

18. Lodovica Braida, *Le Guide del Tempo: produzione, contenuti e forme degli almanacchi piemontesi nel Settecento*, Turín, Deputazione Subalpina di Storia Patria, 1989, p. 150.
19. Bollème, *Les almanachs populaires*, pp. 73-76.
20. Bernard Capp, *Astrology and the Popular Press: English Almanacs, 1500-1800*. Londres, Faber & Faber, 1979, p. 79.

de las condiciones climáticas o el momento más oportuno para sembrar. Uno de los más populares estaba específicamente dirigido a los pastores de rebaños --*Le grand calendrier et compost des bergers*--, muy conocido en Inglaterra tanto como en Francia. El exitoso almanaque inglés *Poor Robin* (1662-1828) estaba, según sus propias palabras, "adaptado para las personas de capacidades inferiores"; es decir, apuntaba a los lectores de condición muy humilde, razón por la cual, en 1828, el *Athenaeum* lo llamó, despreciativamente, "el oráculo de la taberna del pueblo".[21] En la práctica, la clientela del almanaque era probablemente más amplia. Tal como ocurría con los *chapbooks* y pliegos de cordel, los almanaques eran leídos por artesanos urbanos y otros lectores ubicados más arriba en la escala social. Lord Burghley, el ministro más destacado de la reina Isabel, tenía una colección de estos almanaques. El filósofo John Locke tenía varios ejemplares del *Merlinus Anglicus*, de William Lilly, el muy exitoso "Merlín inglés". Lilly había empezado su carrera laboral en la década de 1640 con almanaques que defendían la causa parlamentaria, pero pronto se adaptó a la restauración de Carlos II, acontecimiento que no había logrado predecir en absoluto. Sus ventas cayeron en consecuencia.[22] Es claro, entonces, que los almanaques eran adquiridos por todos los grupos sociales.

El almanaque fue un género en constante evolución. En el siglo XVIII, asimiló parte del espíritu racional de la Ilustración en su afán por lograr mayor objetividad y precisión. Pasó a incluir más información histórica y científica. Por ejemplo, más adelante, las profecías astrológicas fueron tomadas del popular *Vox Stellarum*, escrito por Old Moore. El almanaque incluía descripciones de países

21. Maureen Perkins, *Visions of the Future: Almanacs, Time and Cultural Change*, Oxford, Clarendon Press, 1996, p. 126.
22. Capp, *Astrology and the Popular Press*, pp. 60 y 89.

Combien que viure et mourir soit au plesir nrē seigneur Disons entre nous bergiers que naturellement lōme doit viure iusques a soixāte douze ans, et se il ne vit autāt cest par la folēte nrē seigneur ou par mauuais gouuernement et faulte de lomme La raison Autāt comme lomme met a venir a force vigueur et beaulte autāt doit mectre a enuieillir et aler a neant Le terme de croistre en force vigueur et beaulte est xxx vi ans doncques cōuient autant de temps pour enuieillir et tourner a neant Ceulx qui meurēt deuant leur terme

Fig. 7: *Kalendrier des Bergers* ('Almanaque de los pastores'), París, Biblioteca de Amiens, 1491 (V. Nep, *Historia gráfica del libro y de la imprenta*, Buenos Aires, Leru, 1977, p. 125).

extranjeros, de sus costumbres, de su flora y su fauna y de las principales características geográficas. El género se multiplicó y engendró almanaques especiales: para lectores de obras literarias, para peregrinos, para mujeres que querían estar a la moda, para jóvenes y para jugadores de lotería. Quizá los jugadores de lotería todavía necesitaban información astrológica para saber cuál era el momento más auspicioso para comprar sus boletos, pero los otros géneros mencionados no seguían el molde tradicional y no apuntaban a campesinos analfabetos. El almanaque de mayor venta del siglo XVIII en Turín fue el *Palmaverde*, que ofrecía no solo las predicciones astrológicas tradicionales, sino una guía de la ciudad destinada a los cortesanos y hombres de negocios. Incluía el listado de los miembros de la jerarquía de la Iglesia, las fechas de cumpleaños de los reyes de Europa y el tipo de cambio vigente de las diversas monedas. Incluso traía insertadas varias páginas en blanco, al igual que las agendas de hoy, para que los lectores pudieran tomar notas.[23] Por consiguiente, el almanaque era una forma de literatura variada y mutable. Al igual que el pliego de cordel de la *bibliothèque bleue*, no era un claro reflejo de la cultura popular, como tampoco un mero instrumento para el control y la mistificación de las clases más bajas. El almanaque ocupó, en verdad, una zona intermedia entre la cultura de la gente común y la cultura de las clases instruidas.

MENOCCHIO Y LA INQUISICIÓN: UNA MICROHISTORIA DE LA LECTURA

Cuando Domenico Scandella, más conocido como Menocchio, fue investigado por primera vez por la Inquisición como sospechoso de herejía, proporcionó a sus inquisidores todos los detalles de

23. Braida, *Le Guide del Tempo*, pp. 97-98 y 220-221.

sus lecturas. Los inquisidores tenían curiosidad por descubrir los orígenes de estas extrañas ideas tan poco ortodoxas. Menocchio era un molinero de la región del Friuli, en el noreste de Italia; y como rara vez se dispone de información directa sobre las prácticas de lectura de un hombre de tan humilde condición, se ha convertido en uno de los lectores más famosos de su tiempo.

Lo que más sorprendió a la Inquisición fue su versión sobre la creación del mundo. Según Menocchio, el mundo no había sido creado por Dios ni por ninguna otra divinidad. Estaba convencido de que la Tierra había existido en estado de caos, pero se había solidificado cuajándose como un queso, del que crecieron inmensos gusanos que luego se transformaron en ángeles. En el año 1584, esta singular herejía sobre "el queso y los gusanos" le valió una sentencia de prisión perpetua. Al cabo de dos años fue liberado, pero, desafiante, persistió en sus convicciones. Cuando fue sometido a una segunda investigación, la Inquisición fue menos piadosa, y Menocchio fue ejecutado por hereje en el año 1600.[24]

¿Cuál de las lecturas de este infortunado molinero italiano lo había inducido a hacer esta bizarra y, en última instancia, fatal interpretación del origen del universo? La lectura de Menocchio se basaba en textos eruditos, que azarosamente llegaron a sus manos en la pequeña comunidad en la que vivía, y que había tomado en préstamo. En otras palabras, no había elegido específicamente leer las obras que leyó, entre las cuales se contaban la Biblia en lengua vernácula, el fantástico relato de Sir John Mandeville, *Los viajes*, vidas de santos, una edición no expurgada del *Decamerón* de Boccaccio, *Il Fioretto della Bibbia* –*El florilegio de la Biblia*– y el

24. Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a 16th-Century Miller*, trad. J. y A. Tedeschi, Londres, RKP, 1981, para toda la sección [trad. esp.: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981].

Corán. Nada en esta selección ecléctica y erudita podría explicar esta sorprendente versión sobre la creación.

De acuerdo con la brillante interpretación de Carlo Ginzburg, las lecturas de Menocchio le dieron las herramientas conceptuales que necesitaba para expresar su propia visión del mundo. Era un lector activo y selectivo; tomaba palabras o frases en particular, les asignaba significados nuevos y posiblemente distorsionados, y hacía analogías y yuxtaposiciones creativas. Pero este contacto imaginativo con los textos eruditos no era suficiente per se para dar cuenta de la herejía de Menocchio. Su herejía surgió a partir de confrontar e intercambiar la palabra escrita, por un lado, y la cultura campesina arcaica, por el otro.

Las creencias de Menocchio eran muy abarcadoras y a veces reflejaban antiguas herejías y un legado precristiano. Profesaba la tolerancia y creía en la igualdad de todas las religiones. Negaba la condición divina de Cristo, condenaba el sacramento del bautismo y pensaba que todos los clérigos eran parásitos nocivos y que la Iglesia era explotadora y codiciosa. Ginzburg plantea que ninguna de estas ideas provenía de las formas radicalizadas del luteranismo ni del protestantismo, de los que Menocchio no tenía noticia alguna. Tenía su origen, en cambio, en lo más profundo de su antigua cultura campesina, que naturalmente era igualitaria e impaciente con la doctrina institucional. Menocchio volcó en su lectura "una capa oscura, casi insondable, de remotas tradiciones campesinas".[25]

El sugerente estudio de Ginzburg sobre la lectura de un único individuo es un ejemplo de una microhistoria italiana. La *microstoria* buscó un camino para salir del efecto embotador de los estudios cuantitativos y lo encontró en el pequeñísimo análisis de individuos esotéricos y marginales. A través de casos como el de Menocchio, la microhistoria personaliza la narrativa histórica.

25. Ibíd., p. xxiii.

Menocchio fue una "excepción normal": una "excepción" casi por definición, porque solo los que pensaban diferente y los inconformistas atraían la atención de la Inquisición, y solo sus historias sobreviven en los archivos; "normal", porque, a pesar de su singularidad, Menocchio también representa algo común a todos los campesinos medievales: sus arcaísmos, su odio hacia los ricos y su radicalismo social, que tenía raíces precristianas.

Es cierto que Menocchio no era exactamente un "campesino". Era molinero, es decir, un artesano del corazón mismo de la vida del pueblo, a quien todos y cada uno daban a moler sus granos para tener su harina. Sin embargo, esta posición social intermedia le dio a Menocchio la condición híbrida de la que gozaba entre lo oral y lo escrito, entre la alta cultura y la cultura popular. Menocchio muestra el amplio e impredecible abanico de respuestas que podían emerger de la fructífera mezcla de lo popular y lo erudito. Encarna una respuesta a la lectura de corte profundamente personal, en la que se interpreta lo que se lee de manera imaginativa, entusiasta y a la luz del instintivo bagaje cultural propio.

CUENTOS POPULARES: EL LOBO, LA ABUELA Y EL CORTESANO

Los cuentos populares, que en el siglo XIX comenzaron a llamarse "cuentos de hadas", también representan una tradición oral popular con profundas raíces en el pasado. La mayoría de las historias nos resultan familiares, aunque no tengan una versión textual definitiva. Los cuentos de hadas son tan mutables que son textos sin textos y, también, textos sin autores. Todos conocemos la historia de Caperucita, el lobo y la abuela, pero cada versión es sutilmente distinta a las demás. En la Edad Media y la temprana Edad Moderna, los cuentos populares eran narrados por adultos y estaban destinados a adultos. Es solo en la modernidad cuando los

cuentos se convierten en literatura dirigida exclusivamente a los niños. Los niños, entonces, son los campesinos de nuestro tiempo. Pero los cuentos populares adoptaron versiones textuales; si se analiza qué ocurrió con esas historias cuando pasaron de su versión oral a su versión impresa y, luego, nuevamente a la oralidad, podemos detenernos a indagar sobre las relaciones entre la cultura literaria y la cultura popular. Las transformaciones de estas historias, elaboradas por Charles Perrault en el siglo XVII (el cortesano de nuestro subtítulo) y por los hermanos Grimm, en el siglo XIX, nos brindan más ejemplos del vínculo de reciprocidad que había entre la cultura impresa y la cultura popular.

Robert Darnton sostiene que los cuentos de hadas reflejaban las duras realidades materiales de la vida campesina.[26] Los cuentos hablaban obsesivamente del hambre porque los campesinos vivían desnutridos; sus personajes fantaseaban con grandes festines, gigantescas salchichas y la inmensa captura de peces, y hacían referencia a la miseria y a la superpoblación de los campesinos. Los niños no queridos de *La vieja que vivía en un zapato* eran víctimas de la vertiginosa expansión demográfica. Lo que Darnton quiso decir es que la gente amaba los cuentos porque eran reales. En total contraposición con la visión de los psicólogos, para quienes los elementos centrales de estas historias infantiles son la fantasía y la imaginación, Darnton postuló la hipótesis del realismo social en los cuentos populares. También planteó que trataban sobre temas nacionales, al sostener que los cuentos sobre los campesinos ingeniosos que lograban revertir la crueldad y la arbitrariedad del mundo eran propios de la cultura francesa. Historias como las de *El gato con botas* encajan en este modelo de venganza

26. Robert Darnton, "Peasants Tell Tales: The Meaning of Mother Goose". En: R. Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Londres, Allen Lane, 1984 [trad. esp.: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987, pp. 15-80].

de los oprimidos, que usaban su argucia contra los ricos y poderosos. Sin embargo, Darnton no debe distraernos por demás. Tan pronto como comenzamos a atribuir a estos cuentos significados subyacentes, perdemos de vista lo móviles y contingentes que son en sus diferentes versiones y sus diversos modos de transmisión.

Charles Perrault nos legó muchas de las historias con las que estamos familiarizados. Perrault era un funcionario instruido de la corte de Luis XIV. Era un burgués cultivado, miembro de la Academia Francesa, que trabajaba en la oficina de Jean-Baptiste Colbert, el controlador general de las finanzas. Se movía en los más altos círculos cortesanos, y quizá las hermanas feas de *Cendrillon* (*Cenicienta*) eran una sátira basada en su experiencia personal con las crueles mujeres de la corte de Versalles. En 1678, quedó viudo y al cuidado de cuatro niños de menos de cinco años. Se dedicó a escribir cuentos, en parte, para educar a sus propios hijos, razón por la cual todos tienen un propósito moral y pedagógico. Cada cuento terminaba con un pensamiento breve o moraleja; en el cuento de *Le Petit Chaperon Rouge* (*Caperucita roja*), la moraleja era "no escuches a posibles pícaros y seductores". Fue la única historia sin final feliz; en otras palabras, el lobo triunfaba. En la edición de 1695, aparecía la siguiente nota marginal acerca del final: "Lea estas palabras en voz más alta para asustar al niño, como si el lobo fuese a comérselo". Esta feroz lección nada tiene que ver con los azucarados finales de Disneylandia.

Perrault tomaba cuentos de la tradición oral y los reformulaba para que se ajustaran a la estética clásica de la racionalidad y la decencia moral. Eliminó gran parte de la irracionalidad, del absurdo y de la crudeza, puesto que los cuentos ahora estaban destinados a un público instruido. Algunos de ellos tenían su origen en la literatura erudita, como el *Decamerón* o el *Pentamerón*; pero otros, como *Le Petit Chaperon Rouge*, no tuvieron una versión escrita hasta el año 1697. En manos de Perrault, la literatura oral —o el etnotexto— fue elevada al estatus de literatura y se hizo apta para consumo

cortesano. Por ejemplo, en *La Belle au Bois Dormant* (*La bella durmiente*), se eliminaron algunas vulgaridades del siglo XIV. El Príncipe Azul ya no le hacía el amor a la Bella Durmiente mientras dormía, como tampoco ella daba a luz, aún dormida, como resultado de una inmaculada o al menos inconsciente concepción (su capacidad de dar a luz tal vez remite a un antiguo símbolo de la fertilidad).[27] En la versión de Perrault, la bella durmiente tampoco se despertaba y encontraba a su futura suegra transformada en un ogro malvado. Perrault produjo una versión escrita mucho más saneada.

Perrault agregaba algunos toques de genio dramático: inventó el zapatito de cristal de Cenicienta, pero decidió que tres bailes era demasiado para la pobre jovencita. También fue el responsable de la botas de *El gato con botas* (¿símbolo de señorío?) y de la caperucita roja en la historia de la niña, el lobo y la abuela. En versiones anteriores de *Le Petit Chaperon Rouge*, la niña hacía una burda pregunta sobre el cuerpo peludo del lobo/abuela con indeseables connotaciones subidas de tono. La historia original también incluía un innecesario canibalismo cuando el lobo le ofrecía a la inocente niñita comer un pedazo de la carne fresca de la abuela. Perrault eliminó todas esas grotescas extravagancias. Sus versiones literarias de estos cuentos orales tuvieron menos desnudos, menos sexo y menos humor negro. Perrault también despojó a la pequeña campesina de su independencia e ingenio. En algunas versiones, la niña escapaba del lobo fingiendo que tenía la imperiosa necesidad de hacer pis en el jardín, pero Perrault eliminó esa vía de escape.

27. Marc Soriano, *Les Contes de Perrault: culture savante et traditions populaires*, París, Gallimard, 1968, pp. 127, 142-145 y 156 [trad. esp.: *Los cuentos de Perrault. Erudición y tradiciones populares*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975]. No he seguido las interpretaciones freudianas más extravagantes presentadas por Soriano y promovidas por Bruno Bettelheim, *The Uses of Enchantment: The Meaning and Importance of Fairy Tales*, Hammondsworth (Reino Unido), Penguin, 1978 [trad. esp.: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Crítica, 1977].

Las adaptaciones de Perrault cruzaban la borrosa frontera entre la cultura popular y la cultura de la elite. Puso la tradición oral por escrito, y luego devolvió a esas versiones escritas su tradición oral para que volvieran a ser narradas. Fue a partir de Perrault que las versiones orales y escritas han coexistido y atravesado numerosas transformaciones. Sus historias han sobrevivido, pero no siempre en la forma en que él quiso. Sus versiones sufrieron más cambios en las ediciones subsiguientes. Algunos editores consideraron que el final de *Le Petit Chaperon Rouge* era intolerable y lo cambiaron para que el lobo recibiera el castigo que merecía. Sin embargo, en las versiones orales recogidas en el interior de Francia por folcloristas del siglo XIX y XX, solo en 7 de las 35 versiones francesas se encontró ese final feliz.[28] Muchas otras versiones todavía conservaban aspectos de la era anterior a Perrault, lo que demuestra que todavía sobrevivían versiones orales independientes de él.

Los cuentos populares se caracterizaron por ser fluidos e inestables. Su transición de la narrativa oral a la forma literaria en manos de Perrault fue un hito, pero que implicó modificaciones textuales. En el siglo XIX, Jacob y Wilhelm Grimm también se valieron de la tradición oral cuando introdujeron nuevas modificaciones al corpus escrito de los cuentos populares europeos. Los hermanos Grimm no solo adaptaron esa antigua tradición, sino que continuaron adaptando sus propias adaptaciones. Entre la primera edición de su compilación, publicada en 1812, y la quinta edición, en 1843, introdujeron un gran número de cambios en los textos.

La colección de 1812 fue producto de los primeros años de la era romántica. Los autores querían encontrar para Alemania una

28. Catherine Velay-Vallantin, "Le Miroir de Contes: Perrault dans les bibliothèques bleues". En: Roger Chartier (ed.), *Les usages de l'imprimé*, París, Fayard, 1987, p. 168.

cultura popular única en la que pudiera basarse la literatura nacional. Se dispusieron a transcribir cuentos orales recogidos de narradores campesinos. Esa, al menos, era la teoría y la intención. En la práctica, seguramente encontraron sus fuentes en el estrecho círculo de amigos y parientes que vivían en Hesse, ninguno de los cuales era de origen campesino. Algunos eran descendientes de colonos hugonotes franceses, a través de quienes muy posiblemente se filtraron las historias de Perrault.[29]

Debemos muchos de los clichés de los cuentos de hadas a los hermanos Grimm. Proliferaban los cazadores y leñadores amigables, al igual que los príncipes y princesas que vivían por siempre felices. Con los hermanos Grimm, la incidencia de madrastras malvadas aumentó sustancialmente. Esto tuvo el efecto de atenuar los conflictos entre padres e hijos, como cuando, en *Hansel y Gretel*, apareció la figura del padre biológico, débil pero compasivo. En la cuarta edición de 1840, la madre pasó a ser una madrastra, de modo que ya ninguno de los padres naturales aparecía como cruel.[30] Los Grimm también dotaron por primera vez a *Blancanieves* de una madrastra, e hicieron que la heroína fuera rescatada no por un príncipe sino por su padre. Esta nueva preocupación por imponer la figura de un padre bondadoso hizo que los personajes infantiles se tornaran más dependientes de la benevolencia adulta y de la intervención divina. Aunque Hansel y Gretel habían confiado en su propia y considerable cuota de ingenio para hacerle frente a su situación, ahora, en la quinta edición de los hermanos Grimm, invocaban a Dios en busca de ayuda. Para realzar esta dimensión religiosa completamente nueva, a la malvada bruja se la retrata como "impía".[31] Los Grimm aumentaron

29. John M. Ellis, *One Fairy Story Too Many: The Brothers Grimm and Their Tales*, Chicago, Chicago UP, 1985, cap. 3.
30. Ibíd., pp. 72-75.
31. Ibíd., pp. 176 y ss. y 193.

el grado de violencia contra los villanos, como *Rumpelstiltskin*, que se enfrentó a un final cruel en vez de alejarse volando en una cuchara, y fueron reacios a aceptar el éxito de cualquier acto criminal, de modo que *El gato con botas* no encontró un lugar en su antología.

El logro de los hermanos Grimm fue acogido como un monumento literario nacional. Mientras tanto, habían demostrado que la cultura literaria popular tenía muchos puntos de contacto con el mundo de la literatura de la elite. La cultura popular no era estática, ni residual, ni pasiva, sino creativa, dinámica y siempre abierta a la asimilación y la contaminación.

ESCRITORES COMUNES

Una de las manifestaciones más sorprendentes de la cultura literaria popular es la aparición de escritores consumados entre las filas de las clases populares. El auge de las autobiografías de las clases trabajadoras se produjo en el siglo XIX, cuando muchos *self-made men* dejaron huella de su ascenso social en escritos, pero ya en los primeros años de la Edad Moderna encontramos ejemplos de este tipo de "egodocumento" escrito por trabajadores calificados. Muchos campesinos y artesanos estaban familiarizados con la escritura de otros géneros; llevaban libros contables o *livres de famille* o, en Italia, usaban los *zibaldoni*, cuadernos en los que coleccionaban oraciones, recetas, llevaban el registro de la vendimia, preparaban los testamentos o contratos. A veces escribían bajo coerción. Los confesores o inquisidores podían exigir ver un documento autobiográfico para instar al examen de conciencia y carácter del sujeto. A veces, dictaban el texto a un escribiente, como en el caso de Beatriz Ana Ruiz, la lavandera analfabeta de Alicante nacida en 1666 que le relataba sus visiones místicas a una amiga que, a su vez, las escribía para su confesor.

Los textos producidos por autores humildes no siempre respondían a lo que hoy podría entenderse por una autobiografía literaria. A menudo, tenían una base oral o estaban ilustrados con dibujos o eran redactados con la ayuda de otros miembros de la familia. En su estudio sobre artesanos que escribieron autobiografías en los primeros años de la Europa moderna, James Amelang comparó a estos escritores humildes con el mítico Ícaro, que voló tan cerca del sol que se le quemaron las alas y cayó a la Tierra.[32] Los trabajadores que escribían usurpaban un territorio cultural que no les pertenecía naturalmente. Tenían aspiraciones literarias consideradas inapropiadas para la posición que habían heredado en la vida. Eran intrusos que, sin contar con el beneficio de una escolaridad extendida, improvisaban su propia cultura literaria.

Miquel Parets nació en el año 1610 en una familia de curtidores de Barcelona. Trabajaba en la industria del cuero local, y escribió una crónica en catalán. No debemos esperar mucha introspección de tales crónicas, porque abordan cuestiones públicas más que intimidades personales. Parets escribió en su condición de testigo cuando describió la plaga de 1651. Copió documentos públicos, como el Tratado de los Pirineos entre Francia y España de 1659, para otorgar autenticidad histórica a su relato.[33] Los artesanos escritores no necesariamente daban detalles de su propio trabajo, aunque puede recabarse mucha información sobre las condiciones laborales imperantes en el siglo XVIII a partir de la autobiografía de Jacques-Louis Ménétra, el vidriero parisino.[34] También describían

32. James S. Amelang, *The Flight of Icarus: Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford (CA), Stanford UP, 1998, véase p. 76 para Ruiz. [trad. esp.: *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003].

33. Ibíd., cap. 4 y pp. 145-148.

34. Jacques-Louis Ménétra, *Journal de ma vie*, ed. Daniel Roche, París, Montalba, 1982.

sus viajes, pero escribían de manera muy escueta sobre sus mujeres y familias porque sus escritos eran esencialmente sobre el papel público que ocupaban, más que una oportunidad para el autoexamen. Pedían disculpas por su estilo no cultivado y su tosca gramática, pero en el caso de Ménétra, esto era pura retórica, ya que mostraba una deferencia casi nula hacia quienes estaban por encima de él.

La autobiografía de Ménétra estaba plagada de referencias clásicas y citas de las obras de Jean-Jacques Rousseau, a quien este escritor conocía personalmente. Sin embargo, su historia es inconexa, repetitiva y episódica, como las de muchos escritores de clases sociales más bajas que no dominaban las artes narrativas. Conocía la cultura del pasquín y de la *bibliothèque bleue*, conocía el teatro y tenía un buen sentido del humor. Su cultura, según las palabras de Daniel Roche, era una "cultura *patchwork*", que absorbía y capitalizaba numerosas influencias para confeccionar la propia versión de su vida.[35]

Los autores de las clases trabajadoras escribieron sobre su lucha personal por saber leer y escribir, como Thomas Tryon, nacido en 1634, hijo de un colocador de tejas del condado de Oxfordshire, Inglaterra. Abandonó la escuela a los seis años sin haber aprendido a leer, y quienes le enseñaron, tiempo después, fueron los pastores de Gloucestershire con quienes trabajó.[36] Pero aprender a escribir era harina de otro costal, y Tyron tuvo que buscar un tutor y pagarle el esfuerzo con una oveja. Un siglo más tarde, Valentin Jamerey-Duval escribió en su autobiografía que aprendió a leer a partir de un volumen ilustrado de las *Fábulas* de Esopo también con los pas-

35. Daniel Roche, "Jacques-Louis Ménétra: Une manière de vivre au XVIIIe siècle". En: Jacques-Louis Ménétra, *Journal de ma vie*, París, Albin Michel, 1998, pp. 300-302.

36. Margaret Spufford, "First Steps in Literacy: The Reading and Writing Experiences of the Humblest 17th-Century Spiritual Autobiographers", *Social History* 4:3, 1979, p. 416.

tores locales de Lorraine, a quienes luego les recitaba romances de caballería de la *bibliothèque bleue*.[37]

Los autores de las clases trabajadoras tenían varias razones para escribir sus historias de vida: satisfacer una necesidad espiritual, hacer una contribución a la historia local, advertir a otros sobre un peligro o una tentación, o bien una combinación de motivos sagrados y profanos. Escribir era una forma de expresar su independencia y mostrar su orgullo por la cultura del artesano en general. Al igual que los otros ejemplos presentados en este capítulo, son una muestra de las fructíferas contracorrientes que fluían entre la cultura popular y la cultura literaria más erudita en los primeros años de la Edad Moderna de Occidente.

37. Jean Hébrard, "Comment Valentin Jamerey-Duval apprit-il à lire? L'autodidaxie exemplaire". En: Roger Chartier (ed.), *Pratiques de la lecture*, Marsella, Rivages, 1985, pp. 23-60 [trad. esp.: "La autodidaxia ejemplar: ¿Cómo aprendió a leer Valentin Jamerey-Duval?". En: Roger Chartier (dir.), *Prácticas de la lectura*, La Paz, Plural, 2002, pp. 23-58].

Capítulo 7
El ascenso de la alfabetización en la Edad Moderna, siglos XVII y XVIII

En las sociedades tradicionales, saber leer y escribir era monopolio de una elite exclusiva. Solo las clases burocrática y clerical tenían acceso a fuentes de conocimiento escritas, y así querían que siguiera siendo, ya que este atributo especial determinaba su poder y su estatus. Sin embargo, en Europa, este estado de "oligoalfabetización", en el cual estas competencias eran manejadas por unos pocos, fue gradualmente cediendo paso a una alfabetización universal en la que casi toda la población aprendió a leer y escribir. En el período comprendido entre la Edad Media y el final del siglo XIX –momento en que Occidente alcanzó la alfabetización masiva–, un número creciente de personas tuvo acceso a este saber. En este capítulo, se analiza minuciosamente lo que significó este ascenso de la alfabetización, así como el contexto en el que se produjo, hasta llegar al inicio del siglo XIX.

La gradual democratización de la lectura y la escritura es un aspecto fundamental del ingreso en la modernidad, pero el camino hacia una mayor alfabetización fue siempre irregular. Sufrió numerosos altibajos y constantes interrupciones. El proceso de abrir el acceso a la escritura tomó diversos caminos y avanzó a diferentes ritmos en distintos contextos nacionales, de modo que no puede decirse que el camino de la alfabetización haya sido homogéneo. ¿Cuáles fueron, entonces, los factores que alentaron o desalentaron la expansión de la enseñanza de la lectura y la escritura en los primeros tiempos de la modernidad en Occidente? Dado que el proceso de alfabetización adoptó diferentes formas y

abarcó muchos niveles de competencia, ¿qué significaba, en verdad, ser una persona "alfabetizada" en un contexto histórico dado?

En los países católicos, Francia incluida, la alfabetización básica fue promovida por las fuerzas de la Contrarreforma durante los siglos XVI y XVII. Pero, en otros momentos, la alfabetización se estancó o descendió, sobre todo en épocas de crisis económicas profundas y generalizadas, como la que tuvo lugar en Europa desde el año 1690 hasta la década de 1730. En la segunda mitad del siglo XVIII, la tasa de alfabetización mejoró rápidamente en el mundo occidental, y esta tendencia se aceleró en el siglo XIX, a medida que se redujo la brecha entre hombres y mujeres. En los Estados Unidos, por ejemplo, Jennifer Monaghan identificó el final del siglo XVIII como un período de grandes transformaciones: la alfabetización mejoró y la educación primaria adoptó nuevas modalidades que respondían mejor que antes a las necesidades de los niños.[1]

Diferentes grupos socioeconómicos tenían distintos niveles de competencia en lectura y escritura. Una de las desigualdades más marcadas y duraderas en la evolución de la alfabetización fue la brecha entre hombres y mujeres. El acceso a la lectura y la escritura debe entenderse, entonces, desde una perspectiva multidimensional. Lo que denominamos "cultura escrita" tiene diferentes significados en distintas circunstancias sociales e históricas. La alfabetización y el nivel de competencia de escritura dependen de situaciones y necesidades específicas. Por citar un ejemplo contemporáneo, leer o escribir una carta a un padre ausente es una tarea técnica y culturalmente bien distinta de leer y comprender la póliza de un seguro de vida. La alfabetización no puede entenderse fuera de su contexto social; adquiere significado solo en relación con tareas y necesidades concretas. Cuando hablamos de la habilidad

1. E. Jennifer Monaghan, *Learning to Read and Write in Colonial America*. Amherst (MA), Massachusetts UP, 2005, pp. 303-304.

de leer en el siglo XVII, podemos estar refiriéndonos a la lectura de la Biblia, de un periódico o de una obra de filosofía; es decir, situaciones todas ellas muy diferentes que exigen diferentes tipos de competencias. Este concepto abarca muchos niveles de competencia cultural. Al mismo tiempo, no hay una división tajante entre alfabetización y analfabetismo. Los "iletrados o analfabetos" siempre participan de la cultura escrita, aun cuando su universo de comunicación sea primordialmente oral. El título de este capítulo alude a la tendencia general a un mayor acceso a la lectura y a la escritura, pero a la vez esconde una serie de factores complejos, y en las siguientes secciones tal vez quede demostrado que arribar a una definición absolutamente precisa de "alfabetización" sea una meta inalcanzable.

QUÉ SIGNIFICA LA TASA DE ALFABETIZACIÓN: DECONSTRUYENDO EL VALOR DOCUMENTAL DE LA FIRMA

La expansión geográfica de la alfabetización fue muy desigual. Mientras que, a principios de la Edad Moderna, se registraban altas tasas de alfabetización en la región del norte de Europa, Gran Bretaña y América del Norte, el avance hacia una alfabetización universal resultaba más lenta en el sur de Europa. Muchas zonas de Europa central y oriental casi no experimentaron ningún aumento de la alfabetización hasta entrado el siglo XX. En el condado de Vas, en la región occidental de Hungría, solo el cincuenta y tres por ciento de la población estaba alfabetizada, de acuerdo con el censo de 1870.[2] En Rusia, apenas el veintinueve por ciento de los hombres

2. István György Tóth, *Literacy and Written Culture in Early Modern Central Europe*, Budapest, Central European UP, 2000, pp. 193-196.

y el trece por ciento de las mujeres sabía leer a fines del siglo XIX,[3] mientras que la población de los Balcanes fue, en su mayoría, analfabeta hasta las primeras décadas del siglo XX.

Algunas estadísticas comparativas a nivel mundial muestran (cuadro 3), en datos crudos, un aumento de la alfabetización en Europa y América del Norte en el período comprendido entre mediados del siglo XVII y fines del siglo XVIII:[4]

Cuadro 3: *Tasas de alfabetización en distintos países, 1600-1800*

País/Región	Período	Género	% alfabetización	Período	Género	% alfabetización
Suecia	1680	ambos	inferior al 50%	c. 1800	ambos	más del 80%
Nueva Inglaterra	1650-1670	hombres	más del 60%	1790	hombres	90%
Nueva Inglaterra	c. 1650	mujeres	aprox. 30%?	c. 1800	mujeres	desconocido
Virginia	1690	hombres	65%	1790	hombres	91%
Virginia	1675	mujeres	18%	1790	mujeres	80%
Escocia	1650-1670	hombres	44%	1760	hombres	78%
Escocia	1670-1680	mujeres	13%	1760	mujeres	23%
Inglaterra	1640	hombres	aprox. 33%	1760-1800	hombres	60%
Inglaterra	1640	mujeres	10%	1760-1800	mujeres	40%
Francia	1686-1690	hombres	29%	1786-1790	hombres	47%
Francia	1686-1690	mujeres	14%	1786-1790	mujeres	27%
Región de Turín	1710	hombres	19%	1790	hombres	65%
Región de Turín	1710	mujeres	6%	1790	mujeres	30%
Hungría occ. (campesinos)	siglo XVIII	hombres	2,6%	c. 1800	hombres	5,5%

3. Jeffrey Brooks, *When Russia Learned to Read: Literacy and Popular Literature, 1861-1917*, Princeton (NJ), PUP, 1985, pp. 3-30.

4. Las estadísticas se deducen a partir de Egil Johanson, "The History of Literacy in Sweden". En: Harvey Graff (ed.), *Literacy and Social Development in the West: A Reader*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1981, p. 180; Kenneth A. Lockridge, *Literacy in Colonial New England: An Enquiry into the Social Context of Literacy in the Early Modern West*, Nueva York, Norton, 1974; Monaghan, *Learning to Read and Write*, pp. 384-385; Rab Houston, "The Literacy Myth?: Illiteracy in Scotland, 1630-1760", *P&P*, 96, 1982, pp. 86-90; Roger S. Schofield, "Dimensions of Illiteracy in England, 1750-1850". En: Graff, *Literacy and Social Development*, pp. 201-213; David Cressy, *Literacy and the Social Order: Reading and Writing in Tudor and Stuart England*, Cambridge

Estas escuetas cifras no son confiables si lo que se busca es exactitud y precisión. No hacen referencia alguna a la calidad de las competencias que miden. Algunas personas sabían leer las "letras negras", es decir, la tipografía gótica, que a la mayoría de la gente común le resultaba más fácil que la escritura romana de los humanistas. Otros podían leer las letras impresas, pero tenían dificultades con la letra manuscrita. Estas cifras tampoco dicen nada acerca de la lengua en la que las personas supuestamente estaban alfabetizadas. En los siglos XVII y XVIII, solo una minoría de los franceses dominaba la lengua nacional. Se hablaban muchas otras lenguas en Francia, como el provenzal, el bretón y el flamenco, a la vez que se usaban muchos *patois* regionales –variantes lingüísticas del francés– en el habla cotidiana. Hasta las personas completamente analfabetas podían recurrir a un escribiente público si era necesario. En el siglo XVII, los escritores de profesión se reunían en los sitios visibles de las principales ciudades a la espera de encargos, listos para ser contratados para escribir una carta formal a las autoridades o tal vez algo más personal. Armaban sus puestos en el Cementerio de los Inocentes, en París, o en la Plaza del Viejo Peregrino (Praça do Pelhourinho Velho), en Lisboa. En el siglo XVI, en Ávila, una ciudad con una población inferior a los 16.000 habitantes, había diez escritores públicos.[5] Pero el silencio más significativo de estas estadísticas reside en que no explican si miden la habilidad de leer o la habilidad de escribir, o ambas.

(Reino Unido), CUP, 1980; Michel Fleury y Pierre Valmary, "Les progrès de l'instruction élémentaire de Louis XIV à Napoléon III, d'après l'enquête de Louis Maggiolo, 1877-1879", *Population* 12, 1957, pp. 71-92; R. Duglio, "Alfabetismo e società a Torino nel secolo XVIII", *Quaderni storici* 17, 1971, pp. 485-509; Tóth, *Literacy and Written Culture*, pp. 48-52.

5. Jean-Paul Le Flem, "Instruction, lecture et écriture en vielle Castille et Extremadure aux XVIe-XVIIe siècles". En: Joseph Perez et ál. (eds.), *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne, XVIE-XIXE siécles*, París, CNRS, 1987, pp. 30 y 36.

Los porcentajes del cuadro 3 son mucho más elocuentes si comprendemos cómo se recogieron. Por lo general, se obtienen a partir de documentación con firmas, y se evalúa la capacidad del individuo para firmar un documento oficial, como un testamento, un contrato matrimonial o una declaración ante un tribunal eclesiástico. Quienes no podían firmar hacían una cruz o una marca. Pero las tasas de alfabetización se miden de manera diferente en cada país. En Suecia, la alfabetización de la población era monitoreada por la Iglesia luterana, cuyos examinadores evaluaban el conocimiento de la Biblia en cada hogar. Por ende, los porcentajes suecos remiten a una alfabetización limitada a la lectura de la Biblia. Comparar esos datos con los de otros países sería tan útil como comparar peras con manzanas. Las cifras consignadas para Nueva Inglaterra corresponden a firmas de testamentos, mientras que, en Inglaterra y Francia, la alfabetización se mide, por lo general, a partir de las firmas de contrayentes o testigos de boda tomadas de los registros parroquiales, los que se conservan desde el siglo XVII. En Inglaterra, una ley de 1754 dispuso que el registro matrimonial debía ser firmado por ambos novios, de modo que, a partir de ese año, la información a disposición de los historiadores ha sido más abundante y confiable.

El valor de la firma como instrumento para medir la competencia lectoescritora ha sido siempre cuestionado, pero sigue siendo la mejor fuente disponible y, por cierto, una herramienta muy útil siempre que no le atribuyamos más significados de los que puede transmitir. Para evaluar su importancia, debe ponérsela dentro del siguiente contexto: cómo accedían los europeos a la cultura escrita en los primeros años de la Edad Moderna y cómo se enseñaban los rudimentos de la lectura y la escritura en la escuela. En Inglaterra y en Francia, la lectura y la escritura eran abordadas como dos actividades separadas; no se enseñaban simultáneamente como se hace hoy en día. En muchas partes de Europa y de los Estados Unidos, esta fue la norma hasta bien entrado el siglo XIX.

De acuerdo con los programas de estudio, primero se enseñaba a leer; la escritura venía después, y siempre que los estudiantes "se graduaran" y pasaran a un nivel superior o permanecieran en la escuela el tiempo suficiente para aprender más que los rudimentos. Solo en un nivel más alto se enseñaba aritmética. Así, estas tres competencias formaban una pirámide pedagógica, en cuya base estaba la lectura; en el medio, la escritura; y la competencia en cálculo, en la cima.

Cabe suponer que una de las primeras cosas que un estudiante aprendía era a dibujar su propia firma. Dados los diversos estadios en la enseñanza de la lectura y la escritura, la firma se ubica en un lugar de transición entre una y otra. Era una destreza que se aprendía solo después de que un alumno hubiese adquirido los rudimentos de la lectura, pero posiblemente antes de que hubiese dominado el arte de la escritura. Se deduce, entonces, que una firma revela mucho más sobre la capacidad de leer que sobre la capacidad de escribir. Ya en el período moderno, François Furet y Wladimir Sachs encontraron que existe una correlación entre saber firmar y saber leer, cuando compararon la incidencia de firmas en los contratos matrimoniales con el censo francés de 1866, el primero en producir datos sobre niveles de alfabetización. Este hallazgo le otorga credibilidad a la firma como indicador de que se cuenta con las competencias básicas de lectura.[6]

Sin embargo, muchos pudieron haber aprendido a leer sin haber jamás aprendido a escribir su nombre. De acuerdo con esta teoría, la firma representa solo la "punta del iceberg", porque no permite ver a una multitud de individuos que sabían leer pero no firmar. Dado el lugar de transición que ocupa la firma, el conteo de firmas obtenidas tiende, entonces, a *sub*estimar la cantidad de

6. François Furet y Wladimir Sachs, "La croissance de l'alphabétisation en France, XVIIIe-XIXe siècles, *AESC* 29, 1974, pp. 714-737.

personas que saben leer y a *sobre*estimar la cantidad que sabe escribir.[7] En el período que estamos analizando, había muchos individuos que sabían leer pero no escribir, o que al menos no supieron hacerlo hasta más adelante en sus vidas. Por ejemplo, el autodidacta Jamerey Duval, un pastor de animales que llegó a ser el bibliotecario del duque de Lorraine en el siglo XVIII, aprendió a leer a los 14 años, pero recién a los 18 aprendió a escribir.[8] Ni el padre ni la hija de Shakespeare sabían firmar, pero eso no significa que no supieran leer.[9]

La firma como elemento documental ofrece la importante ventaja de que permite hacer comparaciones. Es una referencia con la que se puede contar a lo largo de varios siglos y nos muestra las tendencias generales a través del tiempo. Dada la calidad y continuidad de los registros parroquiales de Inglaterra y Francia, se pueden hacer comparaciones entre países, géneros y grupos sociales. La universalidad y el alcance comparativo de la firma la convierten en un recurso muy valioso.

Sin embargo, hay muchos problemas asociados a este elemento documental. Claramente, se trata de un crudo indicador que, tal como ya se ha subrayado, no distingue entre diferentes niveles de competencia lectora, y dice muy poco acerca de la competencia

7. Roger Schofield, "The Measurement of Literacy in Pre-industrial England". En: Jack Goody (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, (Reino Unido), CUP, 1968, pp. 311-325 [trad. esp.: "Los niveles de alfabetización en la Inglaterra preindustrial". En: Jack Goody (ed.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 341-356].

8. Jean Hébrard, "Comment Valentin Jamerey-Duval, apprit-il à lire? L'autodidaxie exemplaire". En: Roger Chartier (ed.), *Pratiques de la lecture*, Marsella, Rivages, 1985, pp. 23-60. [trad. esp.: "La autodidaxia ejemplar: ¿Cómo aprendió a leer Valentin Jamerey-Duval?". En: Roger Chartier (dir.), *Prácticas de la lectura*, La Paz, Plural, 2002, pp. 23-58].

9. Barry Reay, *Popular Cultures in England, 1550-1750*, Londres, Longman, 1998, p. 44.

escritora. Simplemente, muestra un mínimo requerido para satisfacer las necesidades de la Iglesia y del Estado en documentos oficiales. Representa el "grado cero" de la capacidad de escritura. En ocasiones, encontramos una persona funcionalmente analfabeta que, sin embargo, puede firmar con su nombre, como es el caso de William Herbert, conde de Pembroke en el siglo XVI.[10] También está el caso contrario: cuando una persona perfectamente alfabetizada elegía hacer una marca en vez de firmar. Por ejemplo, el padre de Isaac Newton dibujó un pájaro como marca personal a la hora de firmar su testamento.[11] Estas excepciones funcionan como advertencias para que no tomemos tan en serio la firma como dato estadístico de gran precisión.

La firma tampoco nos proporciona información en materia de lectura y escritura y, tal como ya se ha señalado, no contempla a muchas personas que sabían leer pero no escribir. Muchas mujeres eran lectoras que nunca llegaron a atravesar el umbral de la escritura. A las mujeres se les enseñaba en las iglesias a leer la Biblia y el catecismo, pero no se las alentaba a aprender a escribir. La escritura confería a las personas una independencia que era considerada una prerrogativa masculina. Muchas mujeres lectoras bien pudieron haber firmado con una marca. Los registros de mujeres pobres irlandesas que emigraron a Australia a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX revelan precisamente esa brecha entre la lectura y la escritura en las mujeres.[12] Por ello, la firma como prueba documental probablemente subestima la cantidad de mujeres que sabían leer.

10. Cressy, *Literacy and the Social Order*, pp. 55-56.
11. Keith Thomas, "The Meaning of Literacy in Early Modern England". En: Gerd Baumann (ed.), *The Written Word: Literacy in Transition*, Oxford, Clarendon Press, 1986, p. 103.
12. Deborah Oxley, *Convict Maids: The Forced Migration of Women to Australia*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1996, p. 142.

La firma, en tanto elemento documental, indica la competencia lectoescritora de un individuo en un momento dado de su vida. Nos brinda una idea general de la capacidad que tenía a cierta edad, al momento de su casamiento, tal vez a los veintitantos años, o cuando estaba próximo a la muerte, en el caso de la firma de un testamento. En otras palabras, no da cuenta del proceso de alfabetización a lo largo de la vida. Las habilidades de lectura y escritura normalmente alcanzaban su mejor momento entre los 20 y los 40 años de una persona, y luego declinaban. Algunos incluso experimentaban una vuelta a la condición de analfabetos. Hannah Matson fue una joven de Kent que, en 1826, tenía diecinueve años cuando se casó y escribió su nombre en el registro de la parroquia. Volvió a casarse en 1843, a los 36 años, y esta vez solo pudo dejar una marca.[13] Puede deducirse, por ende, que personas que firmaban sin dificultad al momento de casarse podían llegar a perder esa habilidad años más tarde. A la vez, la firma temblorosa de una persona mayor puede ocultar el hecho de que supiera escribir muy bien en sus años de juventud. Muchos aspectos vinculados a la edad en relación con las capacidades de lectoescritura quedan silenciados en las tasas de alfabetización.

Más aún, quienes firmaban un testamento tenían propiedades, por lo que no eran representativos de la sociedad en su conjunto. Los testamentos excluyen a los pobres que no tenían ninguna propiedad para legar. También excluyen a las mujeres que, a excepción de unas pocas viudas, muy rara vez eran propietarias de bienes heredables. Por lo tanto, las firmas de los testamentos constituyen una fuente socialmente selectiva y sesgada por edad y género. Por otra parte, ya en su lecho de muerte, muchas personas

13. Barry Reay, "The Context and Meaning of Popular Literacy: Some Evidence from Nineteenth-Century Rural England", *P&P* 131, 1991, p. 111.

se encontraban demasiado débiles para firmar; por esta razón, David Cressy estima que las firmas tomadas de los testamentos tal vez exageren la tasa de analfabetismo hasta en un veinticinco por ciento.[14]

Al deconstruir la firma como elemento documental, el historiador debe estar atento a las circunstancias en las que se inscriben esas firmas o marcas. En las sociedades primordialmente orales, la firma no era un elemento significativo. En el siglo XVIII, la norma eran los juramentos y contratos orales. Una firma personal significaba muy poco, por ejemplo, en Europa central y para los campesinos. Los habitantes de Moldavia a menudo ni siquiera podían escribir una cruz en un documento y, en cambio, dejaban su huella digital con el pulgar entintado.[15] Es importante tener en cuenta la edad, el género y el estatus social del firmante. También podría haber una brecha importante entre las competencias de lectura y escritura. Si se tienen en cuenta las limitaciones inherentes a la firma y se la toma como un indicador de tendencias generales, y no como un dato preciso, entonces puede cumplir un propósito útil. En particular, nos permitirá comparar diferentes niveles de competencia de lectura entre las sociedades y las clases sociales.

EL CONTEXTO SOCIAL DE LA ALFABETIZACIÓN

La capacidad de leer y/o escribir dependía de la fortuna, de la educación y de las necesidades laborales específicas. Por consiguiente, la estructura social de los alfabetizados era un factor decisivo.

14. Cressy, *Literacy and the Social Order*, p. 108.
15. Tóth, *Literacy and Written Culture*, pp. 47-48, 59 y 68.

Emmanuel LeRoy Ladurie utilizó un censo municipal para obtener datos sobre la capacidad de firmar de personas con diferentes profesiones que vivían en la ciudad normanda de Caen, en 1666,[16] resumidos en el cuadro 4.

Caen era una ciudad textil, y los comerciantes del sector personificaban la elite urbana. Esto también explica la destacada presencia de tejedores y sastres en la muestra. LeRoy Ladurie solo clasificó como alfabetizados a quienes firmaron con trazo fluido, uniendo las letras de su nombre y, en cambio, excluyó de esa categoría, presentada en el cuadro 4, a quienes hicieron una marca, a quienes dejaron rastros de temblor o torpeza y a quienes escribieron cada una de las letras por separado, una a una. En este censo, solo se tuvieron en cuenta las firmas masculinas.

Cuadro 4: *Capacidad de firma por oficio en Caen (Normandía, Francia), 1666*

Comerciantes textiles	más del 90%
Sastres y zapateros	alrededor del 60%
Panaderos	alrededor del 55%
Albañiles y carpinteros	40%
Tejedores	alrededor del 25%
Jornaleros y changadores	alrededor del 12%

La muestra revela hasta qué punto la alfabetización dependía del estatus social. Un burgués del sector del comercio tenía dos veces más probabilidades de saber leer y escribir que un artesano urbano, mientras que apenas una pequeña minoría de trabajadores manuales tenía cierto dominio de esas habilidades. Dentro del

16. Emmanuel Leroy Ladurie (ed.), *Histoire de la France urbaine. Vol. 3. La ville classique de la Renaissance aux Révolutions*, París, Seuil, 1981, pp. 268-269. La muestra tenía 5.257 firmas.

mismo oficio, también había una gran disparidad de competencias. Los comerciantes minoristas que tenían trato diario con el público, como panaderos y tenderos, eran más propensos a saber leer y escribir que otros. Necesitaban tomar pedidos, llevar cuentas y tratar con proveedores, todas tareas que exigían contar con las habilidades de lectoescritura. Los herreros y carpinteros tal vez no tenían una necesidad tan imperiosa de saber leer y escribir. Y algunos otros oficios no lo requerían en absoluto: en el Londres del siglo XVII, el ochenta por ciento de quienes se ocupaban de arreglar las pajas de los techos eran analfabetos.[17] En el campo, saber leer y escribir no era una habilidad de uso práctico y la tasa de analfabetismo era más alta que en las áreas urbanas. El trabajo de los primeros operarios de fábrica tampoco exigía saber leer y escribir. La necesidad económica podría ser un factor crucial a la hora de determinar el nivel de alfabetización.

LA EDUCACIÓN BÁSICA: FORMAS DE APRENDER A LEER Y ESCRIBIR

El ascenso de la alfabetización dependió más de funciones económicas que de las prestaciones educativas. La educación primaria, que hoy en día damos por sentada, no estaba universalmente al alcance de los europeos a principios de la Edad Moderna; de cualquier modo, la educación formal no era necesaria para adquirir estas habilidades. Durante siglos, las personas comunes habían aprendido a leer y escribir sin haber jamás asistido a la escuela. Aprendían a través de redes informales, en la familia o en el lugar de trabajo, con la guía de un colega artesano, un patrón benévolo o un sacerdote solidario. En Gran Bretaña y Francia, la alfabetización

17. Cressy, *Literacy and the Social Order*, cap. 6.

masiva se alcanzó alrededor del año 1880, antes de que estos países hubiesen establecido un sistema de educación primaria libre y obligatoria. Para el momento en que Europa occidental contó con una educación primaria universal, ya se había ganado la batalla de la alfabetización. Así, la educación formal respondió a la demanda, en lugar de crearla. La escuela fue simplemente un catalizador de la alfabetización universal en un contexto local que ya había alcanzado cierto umbral cultural y literario.

Aun en el siglo XVIII, la prestación educativa era muy poco uniforme y dependía de la urbanización, de la prosperidad y, sobre todo, de la demanda local. Si la población local no veía ninguna ventaja en contar con una escuela, entonces no se abría ninguna, porque eran los habitantes locales quienes la financiaban. Los maestros eran contratados por la comunidad local durante períodos fijos a cambio de alojamiento y comida. En los valles alpinos de Francia, se reunían en el mercado y promocionaban sus habilidades colocándose plumas en las gorras: una pluma, si enseñaban solo a leer; dos plumas, si daban lecciones de lectura y escritura; y tres plumas, si también daban clases de aritmética, de allí la expresión inglesa *a feather in one's cap* ('llevar una pluma en la gorra') como símbolo de honor y logro personal. Si sabían enseñar a escribir, además de a leer, sus honorarios podían duplicarse.

A menudo, ser maestro equivalía a ser pobre. Los maestros no tenían calificaciones formales y lo que decían saber, muchas veces, era poco fiable. Para muchos veteranos de guerra y otras personas muy mayores y débiles para trabajar, la enseñanza era el último recurso. Se les pagaba poco y, en el tiempo que les quedaba libre, a veces trabajaban de oficinistas, tabaqueros, fabricantes de toneles o sastres. En Hungría, los maestros luteranos eran cantores y ayudantes de funerales, y la enseñanza era su segundo o tercer empleo.[18] En Francia, las órdenes dedicadas a enseñar, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas (*Frères de l'Ecole chrétien-*

ne), desempeñaron un papel importante en lo que atañe a brindar educación básica a los pobres. En Inglaterra, muchos niños asistían a una *dame school* –escuela elemental privada–, donde una mujer les enseñaba los rudimentos de la lectura y los diez mandamientos. En todos estos casos, los padres pagaban un arancel. En el aula, los niños estaban separados por sexo, y se usaba el denominado "método individual", por el cual el maestro le enseñaba a un estudiante por vez, mientras el resto de los alumnos hacían otras actividades o permanecían sumidos en el aburrimiento.

Aprender a leer consistía, en primer lugar, en reconocer y pronunciar cada una de las letras; luego, las sílabas y, en último término, las palabras enteras. Las clases de lectura se basaban en la Biblia y el catecismo. En Francia, hasta fines del siglo XVIII, a los niños se les enseñaba primero a leer en latín antes que en francés culto. La escritura era una habilidad completamente diferente y exigía considerable pericia tecnológica. Había que saber afilar la pluma de ganso, y el niño necesitaba adquirir cierta destreza para manipularla sin ensuciar con tinta la página. Luego, había que secar el papel rociándolo con un polvo fino de arena o caparazón molida. Era difícil enseñar a niños pequeños a manejar la pluma y a adoptar la mejor postura para escribir de manera cómoda. Dominar la técnica podía insumir cinco años de escolaridad continua, pero la mayoría de los niños de nivel primario no permanecían en la escuela durante más de tres, en el mejor de los casos. Escribir era laborioso y los materiales, caros, de modo que a los pequeños se les enseñaba a escribir primero en bandejas de arena y luego, mediante un punzón, sobre una superficie de cera suave. En el siglo XVIII, comenzó a generalizarse el uso de las pizarras en el aula.

En los países de habla inglesa, cada estudiante tenía un *horn book,* una pequeña tablilla o paleta de madera de asa corta, sobre

18. Tóth, *Literacy and Written Culture*, pp. 5-6.

la que se pegaban las páginas, cubiertas por una hoja transparente de cuerno. Los *horn books* contenían el alfabeto, sílabas básicas de dos letras cada una y, a menudo, también una oración, por ejemplo, el padrenuestro. En la Nueva Inglaterra puritana, se enseñaba a leer con los libros de oración y los salterios hasta que el alumno alcanzaba el nivel suficiente para manejar los pasajes del Nuevo Testamento. Hasta fines del siglo XVIII, el aprendizaje puritano de la lectura era una empresa muy dura de acometer. A los niños se los estimulaba y presionaba con el miedo al Infierno y la necesidad de prepararse espiritualmente para la muerte.

Aun cuando hubiera una escuela en el pueblo, la asistencia de los niños no estaba en absoluto garantizada. A principios del siglo XIX, menos del ocho por ciento de los niños en edad escolar asistían a la escuela en Dordogne o la Gironde, en el sudoeste de Francia.[19] En la década de 1770, la asistencia escolar en Austria y en la región occidental de Hungría era solo del quince al veinte por ciento de los niños en edad de asistir.[20] Las demandas de la economía familiar eran inmensas. Los campesinos no podían darse el lujo de sacrificar el trabajo y las ganancias de los niños para que asistieran a la escuela, salvo en los meses de invierno, cuando había menos demanda de trabajo agrícola. En Prusia, a los maestros peripatéticos que iban de casa en casa se los llamaba "maestros de invierno" (*wintershculmeister*).[21] En la Rusia del siglo XIX, los padres incluso exigían que los maestros les pagaran *a ellos* por privar a sus hijos de la posibilidad de un trabajo rentado.[22] Por lo tanto, el ascenso

19. Paul Butel y Guy Mandon, "Alphabétisation et scolarisation en Aquitaine au XVIIIe et au début du XIXe siècle". En: François Furet y Jacques Ozouf (eds.), *Lire et écrire. II: L'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry*, París, Editions de Minuit, 1977, pp. 14-15.
20. Tóth, *Literacy and Written Culture*, pp. 21 y 36-37.
21. Ibíd. p. 42.
22. Brooks, *When Russia Learned to Read*, p. 3.

de la alfabetización no estaba directamente vinculado a la educación, que seguía siendo improvisada y fragmentada; la escolaridad era por períodos cortos o interrumpidos. Como resultado, más allá de lo que los niños lograran aprender en la escuela, había un alto riesgo de que más tarde volvieran a ser analfabetos.

La educación primaria no perseguía el objetivo de equipar a los alumnos para un mejor empleo, como tampoco de promover la movilidad social. Por el contrario, estaba diseñada para mantener la estabilidad y la piedad. La educación reforzaba la cultura y la religión dominantes, en vez de alentar el cuestionamiento de los valores e instituciones. El Estado también la veía como un medio valioso a través del cual difundir el uso de la lengua nacional a expensas de los dialectos locales y las lenguas regionales, como el bretón, en la Francia occidental, o el gaélico, en las tierras altas escocesas. En los países nórdicos luteranos, se esperaba que el jefe de familia desempeñara un papel importante como educador y líder moral. Esto sucedía, especialmente, en Suecia, país que optó por un sistema educativo basado en la instrucción en el hogar, más que en establecer escuelas. De acuerdo con el ideal de Lutero, los *paterfamilias* leían un libro en voz alta ante todos los miembros de la familia y los sirvientes reunidos. Un buen ejemplo de tal lectura patriarcal aparece en la película de Ingmar Bergman –en parte autobiográfica– *Fanny y Alexander*, en la que todos los integrantes del hogar –incluidos los sirvientes– se reúnen en Navidad para compartir lecturas de este tipo.

LA IMPORTANCIA DEL GÉNERO Y LA RELIGIÓN

Tal como se muestra en el cuadro 3, hasta fines del siglo XIX, la tasa de alfabetización femenina solía ser inferior a la de los hombres. Cuando Sara Nalle estudió el caso de los acusados que

comparecieron ante la Inquisición española en Toledo, entre 1600 y 1650, descubrió que el sesenta y dos por ciento de los hombres acusados podían firmar con su nombre, mientras que solo el siete por ciento de las mujeres podían hacerlo.[23] Hasta cierto punto, tal como se planteó anteriormente, el analfabetismo femenino era una ilusión óptica creada por la propia naturaleza de las fuentes. La firma como elemento documental tiende a ocultar la capacidad lectora de las mujeres, si consideramos que a muy pocas se les enseñaba a escribir. La escritura era una actividad autónoma, potencialmente crítica y riesgosa de alentar, especialmente en una mujer. Circunscribir la cultura literaria de las mujeres dentro de las necesidades de la vida cristiana era una manera de asegurar que permanecieran dependientes y, sobre todo, obedientes a la Iglesia. No significaba que las mujeres no supieran leer.

Ya se ha subrayado las pocas prestaciones educativas que existían, pero cabe señalar que eran aún más escasas cuando se trataba de niñas. Las mujeres asistían a la escuela en menor proporción que los varones, y cuando las niñas recibían educación en las escuelas, el énfasis se ponía en desarrollar sus habilidades en relación con la costura y los quehaceres domésticos más que con la escritura o el aprendizaje aritmético. Las escuelas cuáqueras de Pensilvania eran una excepción, puesto que enseñaban a las niñas a leer y escribir, y las aulas eran mixtas.[24] En cambio, en los círculos sociales más altos, en los que existía la figura del tutor, las mujeres sabían leer y escribir tanto como los varones. La brecha entre hombres y mujeres también era menor en las grandes ciudades, en comparación con el campo. De acuerdo con Cressy, hacia el año 1700, el cuarenta y ocho por ciento de las londinenses estaban alfabetizadas, y Londres fue quizás una de las primeras ciudades

23. Sara T. Nalle, "Literacy and Culture in Early Modern Castile", *P&P* 125, 1989, pp. 65-96.
24. Monaghan, *Learning to Read and Write*, p. 194.

del mundo en la que hubo una mayoría de mujeres que sabía leer.[25] Las mujeres que tenían una pequeña tienda o negocio debían, necesariamente, saber leer. De no ser estos casos, los roles económicos que cumplían rara vez les exigían saber leer o escribir.

Las prioridades culturales del catolicismo de la Contrarreforma crearon, así, una situación en la que las mujeres sabían leer pero no escribir. Las presiones religiosas podían ejercer una fuerte influencia sobre el aumento de la alfabetización, independientemente de la afiliación religiosa. En el cuadro 3, se muestran altas tasas de alfabetización en la Suecia luterana, en la Escocia presbiteriana y en la Nueva Inglaterra puritana, todas sociedades fervientemente protestantes. Esto, a veces, ha despertado la creencia de que los protestantes tenían una ventaja natural por sobre los católicos. Por cierto, hacia la década de 1670, todas las colonias inglesas en América, excepto Rhode Island, habían sancionado leyes que obligaban a enseñar a los niños a leer, pero la sanción de una ley no era garantía de un resultado exitoso.[26] La idea de que el protestantismo radicalizado creó una sociedad más alfabetizada no parece ser muy sólida. Por una parte, las tasas de alfabetización de la población católica variaban, de manera muy marcada, entre un país y otro: la minoría católica de Prusia, por ejemplo, estaba mucho más alfabetizada que los católicos de Irlanda o Italia. Más aún, la excepcionalidad escocesa es casi un mito, como planteó Rab Houston, porque las tasas de alfabetización en las tierras bajas de Escocia eran similares a las de las poblaciones ubicadas al otro lado de la frontera, en los condados del norte de Inglaterra.[27] Había otros factores en juego: las diferencias de estatus social más que la afiliación religiosa podían ser cruciales. Por ejemplo, Nîmes, la ciudad textil de Francia, tenía una importante

25. Cressy, *Literacy and the Social Order*, p. 129.
26. Monaghan, *Learning to Read and Write*, pp. 31-34.
27. Houston, "The Literacy Myth?", pp. 98-99.

población calvinista, que, en líneas generales, estaba más alfabetizada que sus conciudadanos católicos. Sin embargo, los protestantes conformaban la elite social y económica del comercio textil, que empleaba mano de obra integrada, en su mayoría, por obreros católicos. Los protestantes de Nîmes eran más instruidos que los católicos por su mejor estatus social y no por su religión. Sin embargo, donde había una estrecha rivalidad entre religiones, el impulso competitivo colaboraba en la difusión de la escolaridad básica. En Escocia, los presbiterianos se esforzaban por aprender porque, para ellos, extirpar el papismo era un imperativo. En Languedoc, los protestantes y los católicos creaban escuelas en una clara competencia entre sí. Como concluyó Lawrence Stone, quizás un poco exageradamente:

> La rivalidad de las diversas iglesias y sectas cristianas por controlar la mente de los hombres hizo mucho más que cualquier otro factor por estimular la educación en Occidente, entre 1550 y 1850.[28]

Aun donde las influencias religiosas difundieron la cultura escrita, esta tendió a ser una restringida, centrada principalmente en las Escrituras y el catecismo. En Dinamarca, la alfabetización se vio impulsada por la necesidad de recitar el catecismo luterano y los comentarios incluidos. En el siglo XVIII, las escuelas primarias eran inspeccionadas por los obispos locales para comprobar que los alumnos estaban memorizando los textos requeridos. Se exigía saber leer un poco para recibir el sacramento de la confirmación, y sin confirmación nadie en el Reino de Dinamarca y Noruega podía casarse, poseer tierras ni enlistarse en el ejército.[29] La escritura

28. Lawrence Stone, "Literacy and Education in England, 1640-1900", *P&P* 42. 1969, p. 81.
29. Loftur Guttormson, "The Development of Popular Religious Literacy in the 17th and 18th Centuries", *Scandinavian Journal of History* 15:1, 1990, pp. 19-21.

era una disciplina optativa, por la cual los varones debían pagar (nadie parece haber contemplado siquiera que las niñas también podían necesitar o querer aprender a escribir).[30] Si bien en este contexto podía leerse alguna lectura independiente después de haber adquirido las competencias básicas –de hecho, a veces sucedía–, la Iglesia luterana priorizaba una forma de lectura conservadora y limitada. Las influencias religiosas y piadosas no necesariamente proporcionaban competencias de lectoescritura en un sentido moderno o liberador.

ECOLOGÍA DE LA ALFABETIZACIÓN

Las habilidades de la lectura y la escritura se daban más comúnmente en las ciudades que en el campo, y las tasas de alfabetización eran más altas en las grandes ciudades que en las pequeñas. Las grandes ciudades, como Londres y París, tendían a registrar un alto porcentaje de población alfabetizada. En el París revolucionario, el noventa por ciento de los hombres y el ochenta por ciento de las mujeres podían firmar sus testamentos.[31] En las áreas urbanas con gran densidad poblacional, se leía y escribía más que en los caseríos dispersos. Las ciudades tenían más población burguesa, artesanos y miembros de las profesiones liberales que las áreas rurales, y en las aglomeraciones urbanas, no había que caminar varios kilómetros para ir a la escuela. En Finlandia e Islandia, durante el siglo XVIII, había asentamientos dispersos, pero ningún centro urbano digno de mención. En tal contexto, era poco práctico establecer escuelas permanentes (sin embargo, esto, al parecer,

30. Thomas Munck, "Literacy, Educational Reform and the Use of Print in Eighteenth-Century Denmark", *EHQ* 34:3, 2004, pp. 275-303.
31. Daniel Roche, *The People of Paris: An Essay in Popular Culture in the 18th Century*, Leamington Spa (Reino Unido), Berg, 1987, p. 199.

no impidió a los islandeses alcanzar un masivo índice de competencia lectora a principios de la década de 1790).[32] En las zonas más urbanizadas de Europa, algunas ciudades estaban más alfabetizadas que otras. Por ejemplo, una ciudad tradicional cuya economía giraba en torno a los tribunales de justicia o a su condición de centro administrativo o centro de una diócesis tenía más población que sabía leer y escribir que un puerto o un asentamiento industrial más reciente. En el norte de Francia, en el siglo XVIII, la antigua ciudad y arzobispado de Douai registraba una tasa de alfabetización más alta que el nuevo centro algodonero de Roubaix, a tan solo cuarenta kilómetros de distancia. De hecho, las nuevas ciudades dedicadas a la hilandería de algodón atraían mano de obra inmigrante de las zonas rurales aledañas, lo que significa que, literalmente, importaban analfabetos. En los primeros años de la industrialización, la afluencia de los trabajadores campesinos analfabetos siempre hacía descender la tasa de alfabetización en áreas manufactureras dinámicas como Lancashire (Inglaterra) o Roubaix (Francia). La tasa de alfabetización podía tanto subir como bajar, y esto ocurría cuando una zona recibía, en un período breve, una fuerza de trabajo proletaria y numerosa.[33]

Las crudas estadísticas de las tasas de alfabetización, tomadas país por país, esconden variaciones territoriales. Por ejemplo, cuanto más uno se aleja de una metrópolis, menos alfabetizada estará su población. En el condado de Essex, en el sudeste de Inglaterra, las áreas costera y pastoril estaban mucho menos alfabetizadas que el interior de Essex, que quedaba más cerca de Londres y del poderoso magnetismo comercial de la capital. Por otra parte, las tasas de

32. Guttormson, "The Development of Popular Religious Literacy", pp. 22 y 31.
33. François Furet y Jacques Ozouf, "Literacy and Industrialisation: The Case of the Département du Nord in France", *Journal of European Economic History* 5:1, 1976, pp. 5-44; Michael Sanderson, "Literacy and Social Mobility in the Industrial Revolution in England", *P&P* 56, 1972, pp. 75-104.

alfabetización más altas de Inglaterra se encontraron en Cumberland, Westmoreland, Durham y Northumberland.

En 1879-1880, un innovador inspector de escuelas de Francia, Louis Maggiolo, llevó adelante un famoso sondeo sobre la alfabetización a nivel nacional.[34] El trabajo de Maggiolo tenía un objetivo ideológico claro: se proponía probar que la Iglesia había hecho muy poco por mejorar el nivel de alfabetización de la población francesa antes de la Revolución de 1789. En realidad, los resultados fueron poco concluyentes, puesto que el aumento de la alfabetización se había producido antes de la Revolución francesa. No obstante, Maggiolo puso de relieve las contradicciones del mapa de la alfabetización francesa. Francia aparecía dividida en dos regiones muy diferentes: la próspera, educada y alfabetizada del norte y del este, y la región menos alfabetizada del sur y del oeste, separadas por lo que se dio en llamar la "línea de Maggiolo", que seccionaba el país en dos, de Saint Malo a Ginebra. Esta simple línea divisoria puede llevar a confusión, incluso en sus propios términos geográficos, pues tiende a ignorar las zonas alfabetizadas y urbanas del Mediodía francés, es decir, la región que comprende la medialuna meridional que va desde Burdeos, en el este, y Tolouse, en el sur, hasta la costa mediterránea, y la región que va desde Provenza hasta el valle del Ruan, en dirección norte. No obstante, en líneas generales, la tasa de alfabetización de más rápido crecimiento en Francia se encontraba en las regiones ubicadas al sur y al oeste de la línea imaginaria de Maggiolo. Para muchas zonas del Mediodía francés, el siglo XIX habría de ser un período de *rattrapage*, o sea de recuperarse y ponerse a la par del norte. En cambio, a la región occidental de Francia le resultaba más difícil

34. Michel Fleury y Pierre Valmary, "Les progrès de l'instruction élémentaire"; Roger Chartier, Dominique Julia y M. M. Compère, *L'education en France du XVI-e au XVIII-e siècle*, París, SEDES, 1976, pp. 87-88.

"ponerse a la par"; más aún, podría decirse que en 1914 todavía no había logrado hacerlo. Sin embargo, algunos bretones preferían interpretar este fracaso como una exitosa resistencia a los impulsos colonizadores del Estado francófono.

A pesar de sus imperfecciones, los hallazgos de Maggiolo fueron sumamente influyentes. Pero este extraordinario proyecto indicaba que la denominada "línea de Maggiolo" estaba desdibujándose, casi tan pronto como había sido trazada. La expansión de la alfabetización en todas partes estaba borrando las diferencias históricas en las tasas de alfabetización de las numerosas y diversas culturas regionales de Francia.

POLÍTICAS DE LA ALFABETIZACIÓN

Las presiones políticas también fueron determinantes de los niveles de alfabetización. Las elites conservadoras querían restringir el avance de la cultura escrita en las clases populares. Temían que los campesinos educados asimilaran ideas peligrosas y pudieran tener los recursos y el deseo de abandonar la vida de trabajo agotador que llevaban en el campo para encontrar un trabajo alternativo en la ciudad. Las clases terratenientes a veces sentían que enseñar a sus inferiores sociales a leer y a escribir llevaría a la despoblación del campo y a la pérdida de la mano de obra, que les era tan imprescindible.

Mientras tanto, en las colonias inglesas de América, se prohibió enseñar a escribir a los esclavos negros de Carolina del Sur, en 1740, y de Georgia, en 1755. Después de la Revolución en los Estados Unidos, varios estados del sur también prohibieron la enseñanza de la lectura.[35] El permitir el acceso a la lectura y a la escritura podía derivar en cuestionamientos ideológicos, y posiblemente en rebelión.

35. Monaghan, *Learning to Read and Write*, pp. 242-243 y 301.

Tras el estallido de las rebeliones en el Caribe y, luego, con el surgimiento del movimiento abolicionista en Gran Bretaña, los dueños de esclavos de las colonias del sur se volvieron más reacios con respecto a la alfabetización de los negros. En 1831, el esclavo Nat Turner, que sabía leer y escribir, mató junto con otros a 55 blancos en Virginia (la rebelión de Turner), y en 1829, David Walker publicó un panfleto provocador titulado *Appeal to the Colored Citizens of the World* ('Llamamiento a los ciudadanos de color del mundo'). El clima político favorecía el aumento de la represión. Como resultado, entre 1829 y 1834, los estados de Georgia, Luisiana, Virginia, Alabama y Carolina del Sur sancionaron leyes con el propósito de prohibir la enseñanza de la lectoescritura a los negros. Sin embargo, los esclavos lucharon por su alfabetización como una forma de resistencia y un modo de probar que eran intelectualmente tan aptos como los blancos. Aprendían porque estudiaban con negros libres a quienes les pagaban para que les enseñaran; leían la Biblia en secreto o espiaban un manual pequeño e indispensable, el *Elementary Spelling Book* ('Libro de ortografía elemental') de Noah Webster, que vendió 20 millones de ejemplares en el siglo XIX.[36] Según las estimaciones de Janet D. Cornelius, alrededor del diez por ciento de los negros aprendió a leer y escribir durante los años de la esclavitud.[37] A veces, aprendían también de los blancos, ya que algunos sentían que era un deber moral y cristiano enseñar la Biblia a los esclavos. De allí que, para los esclavos negros, la lectura y la escritura tuvieran raíces religiosas. Los negros alfabetizados se convirtieron en predicadores, y quisieron "recuperar la Biblia"; en otras palabras, reinterpretarla con un mensaje de igualdad y no de subordinación y resignación, por

36. Janet Duitsman Cornelius, *"When I Can Read My Title Clear": Literacy, Slavery and Religion in the Antebellum South*, Columbia (SC), South Carolina UP, 1991, p. 69.
37. *Ibíd.*, p. 9.

no mencionar el ejemplo de la liberación de los israelitas de su cautiverio en Egipto. Los negros alfabetizados se arriesgaban a recibir castigos severos. Si los encontraban con algún libro o con el famoso libro de ortografía de Webster, tenían que soportar apaleamientos, azotes con látigos y hasta la amenaza de que les amputarían el pulgar. Después de la abolición de la esclavitud, salió a la superficie una gigantesca demanda, hasta entonces reprimida, en favor de la educación de los negros. London Freebee relató que tuvo tres grandes momentos en su vida: el día en que nació, un día de 1861 en que, a los doce años, escapó del ejército para ganar su libertad, y el día en que aprendió el alfabeto gracias a un ministro de color, en 1863.[38] Booker T. Washington describió a los esclavos liberados como toda una nación con un fuerte anhelo de asistir a la escuela. Pero aún quedaba un largo camino por recorrer antes de que las tasas de alfabetización de los negros se acercaran a la de los estadounidenses blancos.[39]

De manera similar, en Europa, levantamientos como los de la Guerra Civil inglesa y la Revolución francesa de 1789 reforzaron los temores de las clases más altas en relación con la alfabetización. Preferían tener empleados que no hicieran preguntas ni tuvieran ambiciones inapropiadas de promoción social. En la década de 1860, los terratenientes de la región de Cognac, en Francia, se reunieron y acordaron contratar solo a campesinos y empleados analfabetos.[40] No fue hasta entrado el siglo XIX que algunos empleadores comenzaron a comprender que contar con una fuerza laboral alfabetizada era una ventaja en cuanto a orden, estabilidad y buenas costumbres.

38. Heather Andrea Williams, *Self-Taught: African American Education in Slavery and Freedom*, Chapel Hill (NC), North Carolina UP, 2005, p. 138.
39. Carl F. Kaestle et ál., *Literacy in the United States: Readers and Reading Since 1880*, New Haven (CT), YUP, 1991, p. 31.
40. Nöé Richter, *Les bibliothèques populaires*, Le Mans, Plein Chant, 1977, p. 6.

Joseph Arch, un trabajador de Warwickshire (Inglaterra) del siglo XIX, recordó en términos muy ácidos cómo sus empleadores querían perpetuar la docilidad e ignorancia de las clases más bajas: "La alta burguesía", escribió en su autobiografía, "no quería que [el trabajador] supiera; no quería que pensara; solo quería que trabajara".[41] Arch se convirtió en el fundador del Sindicato Agrícola Nacional y, para él, saber leer y escribir era vital para la realización personal y la emancipación de los trabajadores en general. Sin embargo, sus antepasados no habían tenido esa visión positiva de las ventajas de la alfabetización. En la Europa moderna de los primeros años, la gente común consideraba que la escritura era un instrumento de poder, el medio por el cual las monarquías y burocracias imponían gravámenes, reclutaban soldados para el ejército y justificaban su hegemonía en las leyes. En *Enrique VI, Segunda Parte*, Shakespeare representó la rebelión liderada por Jack Cade en Kent, en 1450, como la revuelta de la tradición oral contra la opresión de la palabra escrita. Con humor, el autor inglés hace que los rebeldes populares juren colgar a todos los abogados y los maestros de gramática. Más aún, le prometen a su líder que "las leyes de Inglaterra emanen de vuestra boca"; en otras palabras, expresan su anhelo de lograr una justicia personal, administrada oralmente. "Cierto", dice un seguidor, "que serán también leyes hediondas, pues su aliento hiede del queso asado que ha comido".[42] De igual manera, la quema de los *terriers* (títulos de propiedad feudales) por parte del campesinado francés en la revuelta de 1789 puede ser vista como la venganza de los analfabetos rurales contra el poder de la cultura escrita.

41. Joseph Arch, *Story of His Life Told by Himself*, Londres, Hutchinson, 1898, pp. 25-27.

42. William Shakespeare, *2 Henry VI Enrique VI*, acto 4, escenas 3 y 7. [trad. esp.: *Obras completas. Tragedias*, Madrid, Aguilar, 2003]

Mientras tanto, el Estado exigía de sus súbditos una mayor sujeción lingüística. En Francia, la educación tenía el propósito de promover el uso del francés, pero la meta tambaleaba: todavía en 1867, apenas el sesenta y uno por ciento de los conscriptos franceses hablaba la lengua nacional.[43] En el reino de Dinamarca y Noruega, se pretendió nacionalizar a las minorías lapona y esquimal, como también se hicieron intentos por aculturar a las poblaciones autóctonas de la costa este de los Estados Unidos. Ninguno de estos esfuerzos podía triunfar a menos que se enseñara a los pueblos indígenas en su propia lengua, tal como sucedió, según lo describe Monaghan, con los wampanoags, que habitaban la pequeña isla de Martha's Vineyard, en Massachussets, y con los mohawks, que ocupaban lo que hoy es el estado de Nueva York. En estos casos, la adquisición de las habilidades de lectura y escritura fueron acompañadas de un proceso de evangelización.[44]

El Estado burocrático también exigía el cumplimiento de ciertas normas documentales. Un individuo tenía que saber manejarse con una serie de documentos utilizados en ocasiones especiales, por ejemplo, su certificado de bautismo, el acta de su matrimonio, la constancia de defunción de un padre. Los menesterosos llevaban un certificado de buena conducta, una suerte de currículum vítae sobre su virtuosismo moral, rubricado preferentemente por un sacerdote local. Si uno venía de un lugar infestado de alguna enfermedad o con la peste, contar con un certificado de buena salud era una ventaja. Si uno viajaba, necesitaba un pasaporte escrito, pero este requerimiento se aplicaba no solo para cruzar las fronteras en dirección a otro país, sino también para ir de ciudad en ciudad. Cualquiera que desplegara alguna actividad comercial necesitaba lidiar con una amplia variedad de instrumentos escritos,

43. Furet y Ozouf, *Reading and Writing*, p. 282.
44. Monaghan, *Learning to Read and Write*, cap. 2 y 6.

como notas de envío y letras de cambio. Era necesario contar con una licencia por escrito para numerosas ocupaciones, desde ejercer una profesión hasta enterrar un cadáver o vaciar una letrina pública. La gran expansión de la práctica del litigio que se produjo en la Europa del siglo XVIII fue posible solo por este aumento de la familiaridad con el universo de los documentos. Hasta los humildes campesinos necesitaban manejar documentación para comprar y vender tierras o verificar títulos de propiedad.

A fines del siglo XVIII, el pasaje a una cultura basada en el intercambio y la verificación documentales todavía era lento. Por ejemplo, en las ciudades de la región de Lombardía, los concejales locales no necesitaban ser personas alfabetizadas, aunque el intendente tenía que, por lo menos, saber leer y escribir. No siempre o no en todos los casos, los contratos escritos regían por encima de los contratos orales. En el reino de Lombardía-Venecia, el código civil austríaco de 1811 establecía que los contratos eran tenidos por válidos si el acuerdo se cerraba *in voce o in iscritto*, es decir, oralmente o por escrito. No fue hasta 1865 que el código italiano dejó de aceptar el uso de marcas y cruces como equivalentes de las firmas en documentos legales.[45]

El uso de la escritura como instrumento de gobierno hizo que el Estado se volviera más impersonal y distante. En el pequeño ducado italiano de Parma, era posible solicitar una audiencia personal con el gobernante y presentar una petición pronunciando unas pocas palabras en su presencia. En su carácter de duquesa de Parma, María Luisa, la segunda esposa de Napoleón Bonaparte, solía conceder cuatro audiencias personales por mes, a fines de la década de 1820. Pero después de 1832, esta oportunidad de tener contacto cara a cara con el gobernan-

45. Daniele Marchesini, *Il bisogno di scrivere: Usi della scrittura nell' Italia moderna*, Roma, Laterza, 1992, pp. 29-30, 44-46 y 55.

te desapareció.[46] A partir de entonces, los peticionantes tenían que presentar sus solicitudes en un papel con sello oficial y, si la fortuna los acompañaba, se les notificaba por escrito la fecha y hora de la audiencia concertada con Su Majestad. Parma es un microcosmos de tendencias más abarcadoras: hacia principios del siglo XIX, las relaciones entre Estado y ciudadano estaban cada vez más mediadas por la escritura, y eso fue posible gracias al aumento de la alfabetización registrado durante los siglos anteriores.

La naturaleza y el avance de la cultura escrita, pues, se enraízan en las relaciones políticas entre poderosos y subordinados. La alfabetización extendida permitió que los gobiernos centrales expandieran enormemente el control sobre sus súbditos. Cuando a la expansión de la alfabetización se le sumó el uso generalizado de una lengua nacional única, la integración social y cultural se hizo más fácil aún. Al mismo tiempo, el hecho de que más y más personas supieran leer y escribir provocó ansiedad entre los integrantes de las elites, que temían que se pusiera en jaque su acostumbrada hegemonía. A principios del siglo XVIII, Bernard Mandeville expresó este temor de manera sucinta: "Si un caballo supiera tanto como un hombre, no quisiera ser su jinete".[47] Sus subalternos sociales tenían una visión diferente. Saber leer y escribir, y la educación en general, era fundamental para que se cumpliera la aspiración de emancipación intelectual y política de la clase trabajadora. En el siglo XIX, saber leer y escribir parecía ser condición sine qua non para que el individuo alcanzara la liberación personal y tomara mayor conciencia de su situación social. El pedagogo Paulo Freire recordó las

46. Ibíd., p. 138.
47. Stone, "Literacy and Education", p. 85.

palabras de un hombre analfabeto de Recife, en el nordeste de Brasil, que sentenció: "Quiero aprender a leer y a escribir para dejar de ser la sombra de otros".[48] La alfabetización por sí sola nunca sacó a nadie de la pobreza, pero miles de personas abrigan la convicción de que allí está la llave de la realización intelectual y la plena participación democrática en el mundo moderno.

48. Paulo Freire, "The Adult Literacy Process as Cultural Action for Freedom and Education and *Conscientização*". En: Eugene R. Kintgen, Barry M. Kroll y Mike Rose (eds.), *Perspectives on Literacy*, Carbondale, IL, South Illinois UP, 1988, p. 405.

Capítulo 8
La censura y el público lector de la Francia prerrevolucionaria

Cuando el pueblo parisino tomó la Bastilla el 14 de julio de 1789, la gran Revolución francesa había hallado su símbolo más perdurable. Dentro de la fortaleza, se encontraron solo siete detenidos a quienes liberar, pero cientos de libros confiscados, víctimas del régimen censor de la monarquía. El sistema de censura del Antiguo Régimen era complejo y contradictorio, y nunca se aplicó de manera cabal. De hecho, los mismos funcionarios del Régimen eran cómplices en la violación de sus propias disposiciones. Cualquiera que haya sido el efecto de la censura sobre editores, impresores y autores, a la larga no logró contener el aluvión de obras subversivas que exaltaron y convulsionaron al público lector de París en los años previos a la Revolución.

La influencia que tuvieron las obras de la Ilustración en la Revolución de 1789 ha sido objeto de acalorados debates, reanudados en tiempos recientes por los historiadores de la lectura. Los enemigos de la Revolución francesa no tardaron en reaccionar y achacársela a una conspiración de los intelectuales tendiente a socavar la religión tradicional y el respeto por la monarquía. La misma Revolución eligió deificar a sus propios precursores intelectuales, entre los que se encontraban Voltaire y Jean-Jacques Rousseau. Es necesario poner en perspectiva el poder de los escritores para provocar cambios políticos. Por ejemplo, debemos considerar la influencia de las obras de Voltaire en un contexto en el que solo uno de cada dos adultos franceses sabía, efectivamente, leer. Es por ello por lo que la

historia de la lectura cumple una función esencial en la controversia acerca del papel que desempeñó la intelectualidad. Para desentrañar las posibles conexiones entre la Ilustración y la Revolución, resulta preciso determinar cuáles eran las características del público lector francés de fines del siglo XVIII, describir a grandes rasgos quiénes lo integraban y realizar una estimación para establecer en qué medida puede haber circulado la literatura subversiva. Solo entonces estaremos en condiciones de abordar la pregunta de Roger Chartier sobre si los libros causan revoluciones.

La censura entrañaba, en potencia, una importante limitación para el público lector. Muchos regímenes han intentado –por lo general en vano– reprimir la aparición de textos subversivos y castigar a quienes los escriben, imprimen y leen. En 1790, en el índice papal, figuraban cerca de 7.400 títulos prohibidos, y el catoce por ciento de ellos eran franceses.[1] La quema de libros, una táctica simbólica de la Inquisición, fue también un método adoptado por el Parlamento de París –el máximo tribunal de justicia de Francia– en el siglo XVIII. Se condenaba a los libros a ser destruidos y quemados por el verdugo oficial en el exterior del Palacio de Justicia: ese fue el destino que sufrió *De l'esprit* de Claude Adrien Helvétius en 1759. Este afán por destruir libros rinde un perverso homenaje a su poder. Asimismo, indica que las autoridades tenían una "concepción fóbica" de los lectores del siglo XVIII.[2]

1. Gérard Dufour, "El libro y la Inquisición". En: *HELE*, p. 286.
2. Alexandra Halasz, *The Marketplace of Print: Pamphlets and the Public Sphere in Early Modern England*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1997, p. 12.

LA CENSURA EN LA FRANCIA DEL ANTIGUO RÉGIMEN

No debemos subestimar el poder de coerción de la monarquía. El aparato censor se hallaba en franco desarrollo en el siglo XVIII. Mientras que en 1740 los censores monárquicos eran 41, en vísperas de la Revolución ya sumaban 178.[3] El crecimiento de esta maquinaria represiva era, en parte, una señal de la expansión del propio mercado del libro, pero al mismo tiempo indicaba el deseo de la monarquía de controlar ese mercado. El sistema se basaba en la presentación de los manuscritos a los censores antes de ser publicados, y contaba con el refuerzo de inspecciones policiales posteriores a la publicación para garantizar el cumplimiento de las disposiciones. Los propios censores eran funcionarios no remunerados, si bien solía recompensarse su antigüedad con una pensión real. Eran abogados, intelectuales o bibliotecarios, y mantenían un estrecho contacto con los escritores a los que censuraban. Algunos autores, como Bernard le Bovier de Fontenelle y Étienne Bonnot de Condillac, también se desempeñaban como censores, y era habitual que los escritores debatieran sus obras con su censor.[4] Necesitaban asegurarse de que no infringirían los preceptos de los censores, que eran defender la religión, la monarquía y las buenas costumbres. El gobierno, asimismo, tenía una red de inspectores que hacían visitas periódicas a librerías e imprentas de París y las provincias para secuestrar material sospechoso.

Eran muchos los autores que se sorprendían al encontrarse presos, generalmente durante solo unos meses por vez. Voltaire estuvo recluido en la Bastilla en dos oportunidades, con lo que obtuvo gran

3. Nicole Herrmann-Mascard, *La censure des livres à Paris à la fin de l'Ancien Régime, 1750-1789*, París, PUF, 1968, p. 42.
4. Madeleine Cerf, "La censure royale à la fin du 18e siècle", *Communications* 9, 1967, p. 23.

publicidad, mientras que Diderot también cumplió condena en Vincennes en 1749. Los escritores no fueron los únicos que sufrieron. A partir de los años veinte del siglo XVIII, en cada década hubo más de cien personas apresadas en la Bastilla por infracciones relacionadas con el comercio de libros, y la mayoría de los *infractores* eran libreros e impresores.[5] La represión alcanzó su punto álgido entre 1750 y 1780, período en el cual los delitos vinculados al mercado del libro representaron el cuarenta por ciento de todos los encarcelamientos en la Bastilla. Sin embargo, en la década de 1780, la censura se volvió menos estricta y eficiente en virtud de que la política monárquica oscilaba entre la represión y la tolerancia.

La situación de los impresores y los autores se complicaba por el hecho de que la monarquía no era la única autoridad que tenía competencia en materia de censura. Tanto el Parlamento de París como la Facultad de Teología de la Sorbona también se arrogaban y ejercían facultades de censura literaria. Si bien la monarquía procuró, en la época del despotismo ilustrado, abolir las pretensiones medievales de esos rivales, estas nunca pudieron suprimirse por completo. En 1758, el Parlamento orquestó y llevó a buen puerto la célebre condena de la publicación de *De l'esprit* de Helvétius, que había sido aprobada por el censor Jean-Pierre Tercier. Las fuerzas de la represión pusieron más celo que de costumbre tras el intento de asesinato de Luis XV por parte de Robert F. Damiens, hecho ocurrido en 1757. En esta ocasión, el Parlamento no solo anuló la decisión de la monarquía, sino que también se encargó de que el propio censor Tercier, caído en desgracia, fuera obligado a abandonar su puesto. En 1762, el

5. Daniel Roche, "Censorship and the Publishing Industry". En: R. Darnton y D. Roche (eds.), *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, Berkeley (CA): UCP, 1989, p. 24.

Parlamento ordenó el arresto de Rousseau tras la aparición de *Emilio,* obra que fue quemada con toda solemnidad. No cabe duda de que esto agravó el tristemente célebre complejo de persecución de ese autor. En 1752, nada más y nada menos que la gran *Encyclopédie* había sido el blanco de múltiples presiones por parte de las autoridades rivales.

Todo lo que se publicaba en Francia necesitaba autorización de la monarquía, lo que se concedía mediante un privilegio. Los privilegios otorgaban a los impresores ciertos beneficios importantes: les conferían exención tributaria, garantizaban su monopolio en un mercado protegido, y aseguraban que no habría persecución oficial alguna durante su vigencia, que se concedían por diez o veinte años y podían renovarse. El mercado del libro era, por consiguiente, una industria muy protegida que dependía por completo de la voluntad real. Había una serie de pensiones y prebendas para apoyar a los autores. El propio Voltaire recibió un favor monárquico al ser nombrado historiógrafo real. Otro puesto codiciado –y que ocuparon Jean le Rond D'Alembert y Jean-François Marmontel– era el de secretario permanente de la Academia Francesa, que además de un salario ofrecía beneficios adicionales muy interesantes, como una vivienda en el Louvre. El Antiguo Régimen se valía de diversos recursos para supervisar, aplacar y reprimir el mercado del libro.

En la práctica, se trataba de un sistema muy centralizado en el que los editores parisinos que gozaban de acceso directo a los autores y a los burócratas acaparaban la mayor parte de los privilegios. Los editores de las provincias se quejaban con amargura de que solo podían quedarse con las migajas que dejaban sus competidores de París. A menudo, los editores del interior no tenían más alternativa que esperar la caducidad de algún privilegio parisino y que las obras en cuestión pasaran al dominio público, pero la frecuente renovación de los privilegios los contrariaba aún más. En consecuencia, no pocos centros editoriales, como Lyon y Ruan, se

vieron forzados a recurrir con mayor asiduidad a las obras ilegales o de contrabando. Detrás de los editores parisinos y las ediciones extranjeras, los piratas de las provincias constituían una tercera e importante fuente de libros en el período prerrevolucionario.[6] En 1777, mediante un decreto real, la vigencia de los privilegios se limitó a diez años o hasta el fallecimiento del autor, lo que en cierta medida apaciguó los ánimos de los editores del interior, así como aquellos de los economistas liberales que querían la desregulación del mercado del libro. Por otra parte, los privilegios dejaron de otorgarse al editor para concederse al autor. Esto alteró por completo la relación entre autores y editores y, fundamentalmente, puso en jaque los derechos monopólicos de los últimos. Los editores ya no podían alegar ser los propietarios de un manuscrito y este, tras un lapso de diez años, pasaba a ser de dominio público.

Hasta el estallido de la Revolución francesa, el mercado del libro se regía por una estructura corporativa. Un sinnúmero de disposiciones específicas regulaban el ingreso al mercado del libro, la contratación de trabajadores y el acceso a la codiciada categoría de maestro impresor. Los aprendices debían ser católicos, y se les exigía cierto conocimiento de latín y griego. El número permitido de aprendices tenía un tope para que los maestros y los *compagnons* –oficiales impresores– estuvieran a salvo de demasiada competencia. La mayoría de los impresores procuraba mantener su oficio en el entorno familiar.[7] El gobierno intentó poner un

6. Jean-Dominique Mellot, "Counterfeit Printing as an Agent of Diffusion and Change: The French Book Privilege System and its Contradictions, 1498-1790". En: Sabrina Alcorn Baron et ál. (eds.), *Agent of Change: Print Culture Studies After Elizabeth L. Eisenstein*, Amherst (MA), Massachussetts UP, 2007, pp. 42-66.
7. Robert Darnton, "Reading, Writing and Publishing". En: R. Darnton, *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge (MA), HUP, 1982, pp. 167-210 [trad. esp.: "Leer, escribir, publicar". En: R. Darnton, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid y México, Turner y FCE, 2003, pp. 187-229].

límite al número de impresores en actividad y, por lo general, los maestros impresores cooperaron con ese tipo de restricciones porque no tenían deseo alguno de que se estableciera en el mercado una multitud de competidores. La comunidad de los impresores era un círculo exclusivo que tenía una estructura autónoma y una vida social propia, y elegía a sus representantes en la festividad de san Juan Evangelista, el patrono de los impresores. El gremio contaba con su propia *chambre syndicale* –cámara sindical–, donde los representantes inspeccionaban todos los libros importados para eliminar el contrabando y la competencia ilícita. Los que tenían el privilegio de ser sus miembros justificaban la existencia de la comunidad con la excusa de que era necesario mantener normas tipográficas. El gremio era no solo un impedimento para la libre competencia, sino también un servicial instrumento de las políticas represivas de la monarquía. Su estructura exclusiva se granjeó la antipatía de no pocos aspirantes a autores y editores que, en las postrimerías del Antiguo Régimen, conformaban un creciente proletariado intelectual en la capital. Robert Darnton señaló que esta ambiciosa masa de escritores y publicadores acogió la Revolución y la libertad de expresión que trajo aparejada como una largamente ansiada liberación.[8] Al mismo tiempo, muchos escritores mediocres optaron por el otro bando y se dedicaron a escribir al servicio de la Contrarrevolución.[9]

8. Robert Darnton, "The High Enlightenment and the Low-Life of Literature". En: *Literary Underground*, pp. 1-40 [trad. esp.: "La baja literatura en la Ilustración tardía". En: Darnton, *Edición y subversión*, pp. 15-57].
9. Darrin M. McMahon, "The Counter-Enlightenment and the Low-Life of Literature in Pre-Revolutionary France", *P&P* 159, 1998, pp. 77-112.

HUYENDO DE LA REPRESIÓN

Las fuerzas de la liberalización hallaron simpatizantes en las más altas esferas del poder. Guillaume-Chrétien de Lamoignon de Malesherbes, por ejemplo, encabezó una considerable flexibilización del régimen censor entre 1750 y 1763, período en el que ocupó el cargo de director de la *Librairie* –es decir, del Comercio del Libro, institución con poder de policía que se encargaba de supervisar la censura y administrar el mercado del libro–, y su sucesor inmediato, Antoine de Sartine, siguió el mismo rumbo. Malesherbes se apartaba un poco de las normas sin llegar a derribar el sistema, lo que hizo que publicar fuera más fácil y se constituyó en otro ejemplo de la tolerancia represiva que caracterizaba al Antiguo Régimen.

El primer paso de Malesherbes fue una franca admisión del fracaso. Era cada vez menos posible procesar a autores anónimos con los que nadie podía dar, sobre todo cuando la mismísima policía no era de fiar, y el gobierno tenía que lidiar con la injerencia del Parlamento y de los jesuitas. Malesherbes estaba convencido de que había que censurar ciertas publicaciones, concretamente los escritos difamatorios, las obras que se oponían a la religión y la monarquía, y la literatura obscena. No obstante, era preciso reconocer algunas realidades objetivas. En primer lugar, más allá de lo que decidieran los censores, tarde o temprano la literatura considerada inaceptable llegaba, de una u otra manera, a su público.[10] En segundo lugar, siempre según Malesherbes, la censura perjudicaba a la economía francesa, puesto que prohibir un libro en Francia equivalía a que su publicación, con las consiguientes ganancias, quedara en manos de otro país. La censura le hacía el

10. Lamoignon de Malesherbes, *Mémoires sur la librairie et sur la liberté de la presse*, ed. Roger Chartier, París, Imprimerie Nationale, 1994, pp. 19, 63, 83 y 86.

juego a la competencia que Francia tenía en Gran Bretaña, los Países Bajos y Suiza en particular. Por último, Malesherbes creía sensato aceptar que la cultura política había cambiado. La monarquía debía recurrir más a la palabra impresa para movilizar a la opinión pública en su favor. He aquí que vemos, vaya paradoja, a un ministro designado por la realeza como el responsable de regular el mercado del libro admitiendo argumentos racionales en pro de la libertad de expresión. Malesherbes, asimismo, quería proteger a los escritores del hostigamiento del *Parlement* y de la Iglesia.

Malesherbes consideraba que el sistema de los privilegios monárquicos era ineficaz y halló una manera de eludirlo. Mientras estuvo en funciones, muchas obras recibieron un "permiso tácito" o, simplemente, la tolerancia policial. A diferencia de los privilegios plenos, los permisos tácitos no conferían legitimidad a las publicaciones que los recibían, por lo que no ofrecían protección alguna contra las ediciones piratas, pero sí implicaban que no se tomarían medidas legales contra dichas publicaciones. Malesherbes no fue el inventor del permiso tácito, pero propició la gran difusión de esta estrategia liberal. Estos permisos podían aplicarse a obras publicadas tanto fuera como dentro del país, y constituían una promesa de la monarquía de que no se procesaría a sus autores, impresores ni vendedores. Las obras nuevas, en particular las que versaban sobre historia y política así como las novelas, eran las principales beneficiarias.[11] Con posterioridad a la década de 1760, el número de permisos tácitos otorgados por año igualó y hasta llegó a superar el número de privilegios oficiales. En la década de 1780, los permisos representaban más del setenta por ciento de las autorizaciones.[12] Aun aquellos libros que no lo

11. François Furet, "La 'Librairie' du royaume de France au XVIIIe siècle". En: F. Furet y A. Dupront (eds.), *Livre et Société dans la France du XVIIIe siècle*, París y La Haya, Mouton, 1965, vol. 1, pp. 3-32.
12. Hermann-Mascard, *La censure des livres*, p. 115.

recibían de manera específica, podían circular al amparo de la indulgente tolerancia del teniente de policía. Fue así como la monarquía se vio involucrada en la burla de sus propias disposiciones, en parte para evitar la presión del Parlamento: Malesherbes permitía con discreción que los libros circularan y, si bien la monarquía no había concedido un permiso formal, el alto organismo judicial no podía ir en contra de una decisión real. Se trata de un claro testimonio de la futilidad de la censura y de la ambigüedad de los mecanismos represores del Antiguo Régimen.

Era habitual que se eludiera la "débil represión" que representaba la censura del Antiguo Régimen. Se publicaban libros en forma anónima o con sellos de imprenta falsos. En ocasiones, los lugares de publicación imaginarios eran parte de la ironía y del sarcasmo de los propios libros. Así, había obras anticlericales cuyo presunto origen era "Las imprentas del Vaticano", y literatura erótica supuesta y alegóricamente editada en "Citera" o –para anunciar sus intenciones con mayor crudeza– en "Couillopolis" ("Cojonópolis").[13] Una manera de burlar a la policía era publicar fuera de Francia obras sobre temas delicados y contrabandearlas a través de la frontera. La *Encyclopédie*, por ejemplo, se produjo en Neuchâtel y en Lausana, Suiza. Darnton estudió los archivos editoriales de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel con el propósito de reconstruir las redes clandestinas que posibilitaban que el contrabando, la pornografía y las obras filosóficas llegaran a sus lectores.[14] Los libros cruzaban

13. Jean-Marie Goulemot, *Forbidden Texts: Erotic Literature and Its Readers in Eighteenth-Century France*, Cambridge, Polity, 1994, pp. 84-85 y 104-105.
14. Darnton, "Le livre français à la fin de l'Ancien Régime", *AESC* 28, 1973, pp. 735-744; R. Darnton, "Trade in the Taboo: The Life of a Clandestine Book Dealer in Pre-revolutionary France". En: P. J. Korshin (ed.), *The Widening Circle: Essays on the Circulation of Literature in Eighteenth-Century Europe*, Filadelfia (PA), Pennsylvania UP, 1976; y Darnton, *The Literary Underground*, pp. 122-147.

las montañas por la noche, se sobornaba a los funcionarios aduaneros y se montaban depósitos secretos. Hubo millares de copias de Rousseau producidas en Holanda, desembarcadas en Dunkerque con el rótulo de "pieles" y trasladadas a Ruan, que era un centro de distribución de publicaciones ilícitas.[15] Todas estas actividades suponían una extensa red de corrupción organizada. El transporte ilícito de Suiza a París no podía lograrse sin pagar un costo que se trasladaba al lector: un libro contrabandeado costaba a su lector final por lo menos el doble de su precio original. Aviñón, como enclave de los papas, era otro centro de contrabando y piratería editorial. Se encontraba a poca distancia de Ginebra y Lyon, que eran centros de producción de libros, y disponía de fuentes locales de abastecimiento de papel a poco precio. Desde la ciudad papal, se distribuían libros prohibidos por todo el territorio de Languedoc y de Provenza, o se enviaban río arriba por el Ródano hasta Lyon, con un trasbordo en Vienne para encubrir su puerto de origen. Así, resultaba fácil vender las ediciones piratas procedentes de Aviñón a menor precio que las de los competidores.[16] En 1784, el autor Bernardin de Saint-Pierre fue invitado a una ceremonia de premiación en un colegio y se encontró con la sorpresa de que uno de los premios que debía entregar era una copia pirateada de su obra *Etudes de la nature*.[17]

15. Jean Quéniart, *L'imprimerie et la librairie à Rouen au XVIIIe siècle*, París, Institut Armoricain de Recherches Historiques de Rennes, 1969, pp. 192-204.
16. René Moulinas, *L'imprimerie, la librairie et la presse à Avignon au XVIIIe siècle*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1974, pp. 37-46.
17. John Lough, *Writer and Public in France from the Middle Ages to the Present Day*, Oxford, Clarendon Press, 1978, pp. 193-194.

LA MONARQUÍA Y LA ILUSTRACIÓN

La monarquía y la Ilustración, en virtud de lo expuesto, no eran fuerzas irreconciliables. En cambio, pertenecían a la misma cultura política. El propio Malesherbes personificaba la complicidad de la monarquía con el avance de la Ilustración. La monarquía servía a la vez de blanco de críticas y de agente del cambio. Los filósofos –como se llamaba a los críticos sociales del siglo XVIII– y la monarquía pronunciaban discursos antagónicos aunque coincidían en los principales asuntos en discusión. Retomando un ejemplo ya mencionado, la monarquía aprobó la publicación de obras tales como *De l'esprit* de Helvétius en 1758, lo que fue reprobado por el Parlamento. Por citar otro ejemplo, Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais pasó cinco días bajo arresto por su obra *Las bodas de Fígaro*, que cuestionaba el orden social al retratar a un criado ocurrente, inteligente e ingenioso condenado a una vida subalterna por su origen humilde y su baja condición social. Si bien esta comedia fue prohibida en un principio, Beaumarchais logró triunfar en 1784, cuando por fin se estrenó gracias al apoyo de cortesanos y aristócratas, precisamente la clase de personas que la obra satirizaba. Incluso se encontraron copias en manos de la princesa de Lamballe, muy amiga de la reina, y miembros de la más alta nobleza del reino rogaban conseguir entradas.[18]

La trayectoria de Charles-Joseph Panckoucke constituye también otro ejemplo de los estrechos vínculos que existían entre la dirigencia monárquica y la industria editorial, industria que se supone enemiga de la monarquía con demasiada frecuencia. Panckoucke fue uno de los primeros magnates de la prensa. Era

18. Daniel Mornet, *Les origines intellectuelles de la Révolution française, 1715-1787*, Lyon, La Manufacture, 1989, pp. 293-295. Publicado por primera vez en París, Armand Colin, 1933 [trad. esp.: *Los orígenes intelectuales de la Revolución francesa, 1715-1787*, Buenos Aires, Paidós, 1969].

un destacado empresario que llegó a ser dueño de diecisiete publicaciones periódicas, siete de las cuales fueron creadas por él. Al estilo de Rupert Murdoch, desplegó la técnica de adquirir publicaciones periódicas menores ya sea para controlarlas o simplemente para hacerlas desaparecer del mercado.[19] Sus talleres de imprenta eran los más grandes de Francia antes de la llegada de la era de la industrialización. Era dueño de veintisiete máquinas de imprenta y llegó a emplear a doscientos trabajadores, un número enorme para ese período. Publicó al Abate Prévost, a Voltaire y al conde de Buffon, y, antes de que terminara su participación en la edición en cuarto de la *Encyclopédie*, ya estaba planeando editar su propia enciclopedia, más grande, mejor y más sistemática. Era el "Atlas" del mercado del libro francés.[20]

Su éxito no hubiera sido posible sin una relación de confianza con las autoridades. Panckoucke se aprovechó de la maquinaria reguladora del Antiguo Régimen y la manipuló para acrecentar sus propias ganancias y mantener su estabilidad. Era un experto en mover los resortes del poder entre los ministros y demás funcionarios. En 1777, regaló más de veinte ediciones en cuarto completas de la *Encyclopédie* a ministros e intendentes —servidores civiles del rey— a modo de incentivo para que prohibieran la venta de la edición rival en octavo. Consiguió convencer al ministro de Asuntos Exteriores de que le abriera las fronteras, y logró seguir comercializando títulos que habían sido prohibidos oficialmente.

19. Suzanne Tucoo-Chala, "Capitalisme et lumières au XVIIIe siècle: la double réussite du libraire Ch.-J. Panckoucke, 1736-98", *Revue française d'histoire du livre* 13, 1976, pp. 646-647.

20. George B. Watts, "Charles-Joseph Panckoucke, 'l'Atlas' de la libraire française", *Studies on Voltaire and the 18th Century* 68, 1969, pp. 67-205; Robert Darnton, *The Business of Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800*, Cambridge (MA), Belknap, 1979, pp. 66-75 [trad. esp.: *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la* Encyclopédie, *1775-1800*, México, FCE, 2006].

Merced a su habilidad para captar favores de los poderosos y a lo generosos "obsequios" que les entregaba, Panckoucke hizo avanzar sus emprendimientos especulativos pese a la vigencia del régimen censor. El éxito comercial no era precisamente compatible con una cruzada contra la monarquía. Panckoucke era una fuerza dinámica y productiva de la economía del Antiguo Régimen, pero no se apartó del modelo tradicional, puesto que apoyaba y defendía la idea de una industria controlada por los gremios. Como concluyó Darnton, "seguir a Panckoucke [...] hacia la Revolución es mirar cómo se derrumba un sistema cultural".[21]

EL PÚBLICO LECTOR DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Si bien el público lector de fines del siglo XVIII estaba ampliándose, los destinatarios de la literatura durante el apogeo de la Ilustración aún se limitaban al clero, la aristocracia y la burguesía. En vísperas de la Revolución francesa, el cuarenta y siete por ciento de los hombres adultos y el ventisiete por ciento de las mujeres sabían leer en Francia (ver el capítulo 7). En París, las tasas de alfabetización eran muy superiores al promedio, ya que el noventa por ciento de los parisinos y el ochenta por ciento de las parisinas podían firmar sus testamentos. En el arrabal Saint-Marcel, cuyos habitantes pertenecían a las clases trabajadoras, dos de cada tres personas sabían leer y escribir en 1792.[22] En la capital, entonces, la propaganda revolucionaria impresa tenía un vasto público potencial entre las clases urbanas populares.

La presencia de libros de uno u otro tipo era cada vez más habitual en los hogares del siglo XVIII, tal como lo prueban los

21. Ibídem, p. 541.
22. Daniel Roche, *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIIIe siècle*, París, Aubier, 1981, pp. 206-211.

inventarios post mórtem. Esta clase de inventarios son una fuente de información limitada dado que no todo el mundo tenía la fortuna suficiente de poseer bienes para dejar en herencia al morir, y porque los notarios que los inventariaban tendían a descartar todo aquello que no tenía valor monetario. De todas maneras, el mero hecho de ser dueño de una biblioteca no constituye necesariamente un indicio de que estemos ante un lector empedernido. Algunas bibliotecas son obra de coleccionistas, otras se arman con fines decorativos y otras no son más que un legado al que prácticamente nadie le presta atención. Un noble bretón que pidió a las autoridades revolucionarias francesas que le devolvieran su biblioteca confiscada no sabía siquiera firmar su carta de solicitud.[23] No obstante, si se analizan suficientes bibliotecas, las conclusiones generales no se verán afectadas por personajes excéntricos como este aristócrata analfabeto.

Solo uno de cada diez inventarios realizados en Châlons-sur-Marne a fines del siglo XVIII revelaba la presencia de libros, lo que indica que no hay que sobreestimar la magnitud del público comprador de libros de las provincias francesas. En Lyon, apenas el veinte por ciento de los artesanos poseía libros, pero el setenta y cinco por ciento de quienes se dedicaban a las profesiones liberales los tenían y en un número diez veces mayor que los artesanos.[24] En Grenoble, la jerarquía social se reflejaba de manera similar en la posesión de libros: en el siglo XVIII, solo el ocho por ciento de los artesanos y trabajadores disponían de una biblioteca, proporción que ascendía al

23. Jean Quéniart, *Culture et société urbaines dans la France de l'Ouest au XVIIIe siècle*, París, Klincksieck, 1978, pp. 160-161.
24. Roger Chartier y Daniel Roche, "Le livre: un changement de perspective". En: Pierre Nora y Jacques Le Goff (eds.), *Faire l'Histoire. III. Nouveaux Objets*, París, Gallimard, 1974, p. 127 [trad. esp.: "El libro, un cambio de perspectiva". En Pierre Nora y Jacques Le Goff (dirs.), *Hacer la historia. III. Objetos nuevos*, Barcelona, Laia, 1980, pp. 119-140].

veintiocho por ciento en el caso de los miembros del clero, la aristocracia y la burguesía profesional o comercial.[25] Volviendo a París, el contacto con la cultura literaria estaba más generalizado. En 1780, en el treinta y cinco por ciento de los inventarios post mórtem de las sucesiones de las clases más bajas se encontraban libros, y el tamaño de las bibliotecas, consideradas en forma individual, por lo menos se quintuplicó durante el siglo XVIII.[26]

Como cabe esperar, las bibliotecas privadas de los clérigos contenían breviarios, salterios, sermonarios, catecismos y algunas ediciones de la Biblia, a juzgar por el estudio de los inventarios post mórtem de Francia occidental que realizó Jean Quéniart. En ocasiones, los lectores pertenecientes al clero compraban obras polémicas contra los filósofos pero, al parecer –al menos en esa parte del país–, estaban aislados de la literatura secular moderna.[27] En cambio, la nobleza mostraba un interés cada vez mayor en la historia y la literatura modernas, tanto de Francia como de otros países. Compraban obras de Voltaire y de Rousseau y, en algunos casos, la *Encyclopédie*, además de disfrutar de las novelas modernas. Leían para satisfacer su interés intelectual y para entretenerse. Los libros que versaban sobre profesiones tenían un lugar de honor en las bibliotecas de abogados y médicos, si bien estaban cediendo un espacio cada vez mayor a la literatura general y al género dramático. Los artesanos acostumbraban a leer ciertas obras religiosas tradicionales, como el Nuevo Testamento, los libros de horas y las vidas de los santos. No obstante, también en este nivel social los gustos estaban

25. Jacques Solé, "Lectures et classes populaires à Grenoble au XVIIIe siècle: le témoignage des inventaires après décès". En: *Images du Peuple au XVIIIe siècle. colloque d'Aix-en-Provence, 1969*, París, A. Colin, 1973, p. 97.
26. Roche, *Le Peuple de Paris*, pp. 217-220.
27. Quéniart, *Culture et société urbaines*, pp. 213-224, 253-264, 280-286 y 306-307.

cambiando, e iban sumándose la literatura práctica e informativa así como la ficción destinada al esparcimiento.

La difusión de cualquier género literario se topaba con el obstáculo de la diversidad lingüística de Francia. En las provincias, el desconocimiento generalizado del francés obstruía el avance de la literatura de la Ilustración, como también habría de dificultar la divulgación del mensaje de la Revolución francesa. Según información proporcionada por el abate Grégoire en 1794, al menos seis millones de franceses no sabían francés, y otros seis millones no podían mantener una conversación en esa lengua (por entonces, el total de la población de Francia era de aproximadamente 27 millones de habitantes).[28] A fines del siglo XVIII, apenas una minoría de los hombres y las mujeres de Francia eran exclusivamente francófonos. El francés era la lengua de los círculos oficiales y un idioma escrito, mientras que los *patois* –dialectos regionales– se empleaban en las conversaciones cotidianas. En las fronteras y en grandes zonas del oeste, el centro y el sur del país, la población hablaba lenguas distintas del francés, como el flamenco, el alemán, el italiano, el provenzal, el occitano, el vasco y el bretón. La capacidad de leer o escribir en francés era una cualidad que distinguía al burgués del artesano o del obrero. En Burdeos, tal como se enteró Grégoire, los aspirantes a artesanos usaban el francés como símbolo de estatus para distinguirse de la población gascona.[29] El fenómeno del bilingüismo no debe llevarnos a pasar

28. Abate Grégoire, *Rapport sur la nécessité et les moyens d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française*, presentado ante la Convención Nacional, 16 de pradial del año II.

29. Augustin Gazier (ed.), *Lettres à Grégoire sur les patois de France, 1790-1794*, Ginebra, Slatkine, 1969 (reimpresión de la edición de París de 1880), Bernadau a Grégoire, 14 de diciembre de 1790; Martyn Lyons, "Regionalism and Linguistic Conformity in the French Revolution". En: A. Forrest y P. Jones (eds.), *Reshaping France: Town, Country and Region During the French Revolution*, Manchester, Manchester UP, 1991, pp. 178-192.

por alto el hecho de que la burguesía instruida y los notables de las distintas zonas fueron los principales impulsores de la difusión de la lengua francesa y, por consiguiente, de la literatura de la Ilustración y la ideología nacionalista de la Revolución.

LA *ENCYCLOPÉDIE* COMO *BEST SELLER*

La *Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot fue una de las obras fundamentales de la Ilustración europea. A diferencia de las enciclopedias de hoy, no tenía como propósito brindar una descripción imparcial del estado actual del conocimiento. Desde luego, incluía artículos técnicos sobre los últimos métodos científicos, pero también ofrecía una crítica de las instituciones sociales y políticas del Antiguo Régimen en aras de una reforma guiada por la razón. El proyecto atrajo la participación de los intelectuales más destacados de la época. La *Encyclopédie* era "el sueño de cualquier editor", en palabras de Darnton, el historiador que más ha contribuido a demostrar que este importante vehículo del pensamiento de la Ilustración tuvo un público más amplio de lo que se suponía antes.[30] En 1773, Diderot le informó a la zarina Catalina II que se habían vendido 4.500 copias de la primera edición a un precio que superaba las 900 libras cada una. Esto produjo ingresos brutos por encima de cuatro millones de libras, más de la mitad de los cuales fueron ganancias. Posteriormente, aparecieron ediciones más económicas, lo que llevó a aprovechar al máximo las técnicas de producción tradicionales. El papel aún se fabricaba con la tela que recogían cientos de traperos, y por lo general representaba entre el sesenta y el setenta y cinco por ciento de los costos de producción. La tinta se fabricaba con una

30. Darnton, *The Business of Enlightenment*, p. 177, y para toda esta sección.

mezcla de nueces, resina y trementina, mientras que el principal elemento para borrar era el pan. Las prensas de impresión eran de madera y manuales, aunque relativamente baratas: la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel pagaba más caro el barril de tinta que una prensa usada. Imprimir la *Encyclopédie* excedía la capacidad de cualquier imprenta de la época, de modo que se subcontrató a más de veinte talleres para llevar a cabo la tarea. Se trató de uno de los grandes emprendimientos capitalistas del siglo. Contó con la participación de más de 150 autores y dio empleo a miles de trabajadores durante una generación.

La edición original en folio, publicada en París, costaba 980 libras y constaba de 17 volúmenes de texto y 11 más de ilustraciones. Con posterioridad, fue reimpresa en el mismo formato en Ginebra e Italia. El gran paso adelante llegó de la mano de la producción de ediciones gradualmente más económicas en tamaños más pequeños (Cuadro 5). Aunque las ediciones suizas en cuarto de 1777-1779 comprendían 36 volúmenes, el precio de suscripción había caído a 384 libras. Con la edición en octavo de Lausana y Berna –1778-1782–, la *Encyclopédie* se volvió aún más accesible. Se trataba de una edición sin lujos, producida con papel de segunda categoría y en la que no se habían incluido la mayoría de los costosos grabados de las ediciones anteriores. Se armó de manera precipitada: en sus páginas, podían apreciarse huellas dactilares de los operarios de las prensas, había muchas erratas y los pliegos estaban mal doblados. Si bien tenía todas las características de ser el resultado de una maniobra de reducción de costos, en este formato la obra costaba 225 libras, menos del veinticinco por ciento del precio de la edición original en folio. El costo de una primera edición en folio era superior al salario anual de un artesano calificado, pero el precio de las nuevas ediciones era potencialmente asequible para un público mayor que tan solo una elite acomodada y progresista. Darnton ha demostrado que la verdadera tirada de

la *Encyclopédie* fue de alrededor de 25.000 copias si se tienen en cuenta todas las ediciones, producidas tanto en Francia como en otros lugares de Europa.

La *Encyclopédie* fue la prueba de que la Ilustración del siglo XVIII podía llegar a un vasto público conformado por la burguesía profesional, los funcionarios reales y los notables de las ciudades pequeñas. En París y en las provincias, se vendió a la burguesía de los burócratas, los rentistas y los abogados. El listado de suscripciones de la ciudad de Besanzón indica que fue acogida en las bibliotecas de los parlamentarios, los oficiales del ejército y los administradores, así como en las de algunos miembros del clero y de la nobleza con título. La mitad de los suscriptores de Besanzón provenía de los dos primeros estamentos sociales, precisamente aquellos cuya posición privilegiada sería echada por tierra por la Revolución. En palabras de Darnton, la *Encyclopédie* "no se introdujo en la base de la sociedad: al contrario, circuló entre los sectores medios y saturó los sectores más altos".[31] En Europa, tuvo gran divulgación en los Países Bajos y en Renania, así como en el norte de Italia, donde había muchos suscriptores entre los eclesiásticos. En Livorno, las ventas fueron impulsadas por un sacerdote que recibía una comisión del diez por ciento de cada *Encyclopédie* vendida. En Lucca, el clero prometió publicar una refutación por si acaso el Papa tenía intenciones de prohibirla. En los hechos, no la prohibió, aunque sí lo hizo la Inquisición española.[32] La *Encyclopédie* fue un *best seller* a escala europea.

31. Ibíd., p. 526.
32. Ibíd., pp. 314-315.

LA FILOSOFÍA PELIGROSA Y LA PORNOGRAFÍA SUBVERSIVA

"¿Hicieron los libros la Revolución francesa?", se preguntaba Chartier en su obra *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, a la espera de un "no" como respuesta.[33] Una pregunta similar se formuló acerca del papel que desempeñó la televisión de Alemania Occidental en las revoluciones de Europa oriental de 1989, lo que constituye otro ejemplo del poder político que suele atribuirse a los medios de comunicación. Habitualmente, en el debate sobre los orígenes intelectuales de la Revolución francesa, se hallaba una solución tomando como referencia a cuatro grandes filósofos franceses: Montesquieu, Diderot, Voltaire y Rousseau. Centrar la atención en grandes pensadores fue una característica de la obra precursora sobre el tema escrita por Daniel Mornet que, si bien ha perdido actualidad, sigue siendo un libro de consulta fundamental.[34] Mornet consideraba que las luchas decisivas de la Ilustración se habían dado a mediados de siglo, y que los intelectuales ilustrados habían ido adquiriendo cada vez más influencia a partir de la década de 1760. Esa explicación conlleva muchos problemas. No hubo ningún vínculo directo ni necesario entre dichos pensadores y el estallido de la Revolución. En primer lugar, Montesquieu y Rousseau fueron apropiados y citados con frecuencia por la Contrarrevolución así como por los revolucionarios. Asimismo, gran parte de la obra de Diderot se publicó con posterioridad a la Revolución, de manera que no podía haber sido conocida por el público prerrevolucionario.

33. Roger Chartier, *The Cultural Origins of the French Revolution*, trad. L. G. Cochrane, Durham (NC), Duke UP, 1991, cap. 4 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].
34. Mornet, *Les origines intellectuelles*.

El público lector del siglo XVIII no siempre consideraba subversivos a estos autores; los contemporáneos de Voltaire, por ejemplo, lo apreciaban como dramaturgo clásico más que como autor del *Dictionnaire philosophique*.

Darnton ha propuesto un abordaje de la historia intelectual alternativo al tradicional al concentrarse en otro grupo de autores menores y, en su mayoría, olvidados.[35] Hubo escritores menos conocidos –entre los que se encuentran Guillaume-Thomas Raynal, Simon-Nicholas-Henri Linguet, Louis-Sébastien Mercier y un sinnúmero de otros panfletistas– que, en vísperas de la Revolución, ejercieron una influencia mucho mayor que los cuatro filósofos más insignes. Para Darnton, la respuesta se hallaba en la literatura panfletaria efímera y de bajo costo, en las caricaturas y en los periódicos de una sola página para los que había un mercado muy receptivo en París antes de la Revolución. El propio Voltaire insinuó lo mismo cuando, en 1766, le escribió a D'Alembert:

> Me gustaría saber qué daño podría provocar un libro de cien coronas. Veinte volúmenes en folio nunca van a causar una revolución; a lo que hay que temer es a esos pequeños libros que uno puede llevar fácilmente consigo.[36]

Los panfletos, los libelos y las crónicas escandalosas eran, a menudo, pornográficos, y explotaban sin piedad todo rumor sobre la impotencia sexual del rey o sobre la legendaria lujuria de María Antonieta y su sinfín de amantes de ambos sexos. Tal como nos dice Darnton, fue esta la literatura que socavó al Antiguo Régimen. Las crónicas escandalosas contribuyeron a destrozar el aura sagrada de

35. Darnton, "The High Enlightenment" y "Trade in the Taboo".
36. Citado en Daniel Roche, "Printing, Books and Revolution". En: Carol Armbruster (ed.), *Publishing and Readership in Revolutionary France and America*, Westport (CT), Greenwood, 1993, p. 6.

la monarquía, al presentar a una corte decadente y corrupta en los estadios finales de la degeneración moral. Si queremos saber de qué manera la literatura erosionó la credibilidad de la ideología monárquica, debemos olvidarnos de los autores de renombre y estar dispuestos a adentrarnos en los tugurios literarios de la prensa sensacionalista parisina.

Había una línea muy tenue entre las obras filosóficas y la franca pornografía, y no era infrecuente que se la cruzara. *Les amours de Charlot et Toinette* ('Los amoríos de Carlitos y Antonieta'), que se publicó por primera vez en 1779, comenzaba con la reina masturbándose y continuaba con varias orgías sexuales. *La vie privée de Louis XV* ('La vida privada de Luis XV') era de un tono similar, y sacó todo el partido posible de la fama que adquirió Madame du Barry, una exprostituta, como amante de ese rey. Las proezas de *Dom Bougre* ('Fray Sodomita') fueron otro éxito duradero.[37] Había otro género que retrataba los pormenores de la supuesta vida sexual de las monjas enclaustradas que, además de ser literatura erótica, constituía una arremetida contra los conventos. La pornográfica *Thérèse philosophe* tenía un título deliberadamente ambiguo que ilustraba a la perfección la mezcla de géneros. Estas historias podían leerse de varias maneras: en un plano, apelaban al *voyeur* y al lector que estaba en busca de emociones eróticas; en el plano político, satirizaban a la monarquía y a la Iglesia.

De todas maneras, resulta difícil evaluar la verdadera influencia de ese tipo de literatura. No es posible conjeturar que los lectores creían todo lo que leían. Los consumidores parisinos no eran necesariamente crédulos y, como cualquier otro lector, podían mantener una distancia crítica frente a sus textos. El lector no es pasivo; por el contrario, tiene una capacidad de resistencia e incredulidad. El hecho de que algunos lectores hayan

37. Goulemot, *Forbidden Texts*, p. 92.

creído, efectivamente, en las crónicas escandalosas no es una prueba de que se hayan vuelto revolucionarios por ello. Sobre la base de su propia concepción del lector como un ser activo y autónomo, Chartier manifestó cierto escepticismo respecto de la teoría propuesta por Darnton.[38] Según Chartier, los panfletos pornográficos de la década de 1780 gozaban de éxito solo porque el público estaba dispuesto a leerlos. Los libelos no modificaron la opinión pública, sino que esta *ya* se había desencantado de la religión y la monarquía. La literatura no convirtió a los lectores en revolucionarios; antes bien, la opinión general imperante creó una gran demanda de literatura subversiva que fue satisfecha por una oleada de panfletos injuriosos. Así, Chartier invierte los términos de la familiar y demasiado repetida pregunta sobre las causas intelectuales de la Revolución francesa. La subversión pornográfica de la Ilustración no fue la causa sino el efecto de la desacralización del Antiguo Régimen, cuyo halo carismático ya se había esfumado como consecuencia de diversos acontecimientos, incluidos los propios excesos de Luis XV.

Darnton no tardó en reaccionar ante esas insinuaciones críticas.[39] Elaboró un listado sustancial de *best sellers* prohibidos en el que, en esta oportunidad, incluyó una obra de Voltaire entre las diez primeras, junto a otras de Mercier, de Raynal y del prolífico pero casi ignoto Mathieu-François Pidansat de Mairobert. Siguió sosteniendo que esa literatura prohibida influía en la opinión pública y, a la vez, la reflejaba. Los panfletistas ponían en letras de molde los rumores orales, que así adquirían permanencia y credibilidad. Asimismo, transformaban los mitos urbanos en relatos

38. Chartier, *The Cultural Origins*, especialmente cap. 4.
39. Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York, Norton, 1995 [trad. esp.: *Los* best sellers *prohibidos en Francia antes de la Revolución*, Buenos Aires, FCE, 2008], y *The Corpus of Clandestine Literature in France, 1769-1789*, Nueva York, Norton, 1995.

coherentes. De esa manera, el descontento del público era algo infundido.[40] Darnton colocó a la literatura y a su público en un contexto en que la transmisión oral aún era una fuerza importante. Fomentó una interpretación según la cual los rumores orales, las habladurías y el chismorreo interactuaban con la letra impresa en esa red multimedia que eran las calles de la ciudad.

Darnton estableció un canon alternativo de la Ilustración, de acuerdo con el cual había escritores inescrupulosos que producían cualquier cosa con tal de ganar fácilmente una moneda. Esta opinión para nada convencional no ha sido del agrado de todos: para algunos, se acerca demasiado a una mercantilización de la Ilustración y hace un desmedido hincapié en la existencia de motivos mercenarios en el ámbito del intercambio intelectual, que habitualmente es más digno. Daniel Gordon ha dado en denominar esto como "La gran matanza de la Ilustración", parodiando el título del libro *La gran matanza de gatos* del propio Darnton.[41] Es probable que la cordial discusión de Darnton con Chartier ya se haya agotado y no tenga mucho más para decirnos, pero transformó por completo la concepción tradicional sobre el vínculo entre la Ilustración y la Revolución francesa. Ya no es correcto restringir el estudio a algunos grandes escritores que han sido honrados por la posteridad, como tampoco es posible suponer que la mera lectura de historias sobre María Antonieta haya convertido a quienes eran leales súbditos en revolucionarios violentos.

40. Darnton, *The Forbidden Best-Sellers*, pp. 191 y 245; y "Paris: The Early Internet", *New York Review of Books*, 47:11, 2000, pp. 42-47, también en versión electrónica en www.indiana.edu/~ahr.

41. Daniel Gordon, "The Great Enlightenment Massacre". En: Haydn T. Mason (ed.), *The Darnton Debate: Books and Revolution in the Eighteenth Century*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998, pp. 129-156; ver también el artículo de Jeremy Popkin en esta compilación.

Capítulo 9
La fiebre de la lectura, 1750-1830

Hacia fines del siglo XVIII, muchos observadores europeos expresaron su asombro ante la aparición de un fenómeno absolutamente nuevo: el furor por la lectura se había desatado entre la población. De visita en París, un alemán escribió lo siguiente:

> En París, todo el mundo lee... Todos, pero en especial las mujeres, andan con un libro en el bolsillo. La gente lee mientras viaja en coche o cuando da un paseo a pie; lee en el teatro durante el intervalo, en los cafés, hasta cuando toma un baño. Las mujeres, los niños, los aprendices y los oficiales leen en los talleres. Los domingos, la gente lee sentada a la puerta de su casa; los lacayos leen en el asiento trasero, los cocheros, en el pescante, y los soldados, mientras montan guardia.[1]

Lo que más le llamaba la atención a este escritor era la proliferación de mujeres lectoras y de lectores de las clases subalternas, dos novedades que también otros comentaristas hallaban alarmantes. La lectura veloz y superficial preocupaba, asimismo, a William Wordsworth, que deploraba la "sed de escandalosa estimulación" que tenía la sociedad, en la que clásicos respetados como Shakespeare y Milton eran "relegados al abandono por novelas delirantes, tragedias alemanas sensibleras y estúpidas, y

1. Reinhard Wittmann, "Was there a Reading Revolution at the End of the Eighteenth Century?". En: *HORW*, p. 285 [trad. esp.: "¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?". En: *HLMO*, pp. 435-472].

avalanchas de historias en verso frívolas y extravagantes".[2] El furor por la lectura suscitó críticas airadas así como un gran estupor.

No es difícil encontrar reacciones ante la fiebre de la lectura, pero se trata de impresiones individuales, y los historiadores suelen preferir pruebas más sólidas para arriesgarse a sacar conclusiones. De todas maneras, apoyan la idea de que en el mundo occidental se produjo una "revolución de la lectura" en las postrimerías del siglo XVIII. El término "revolución", por cierto, encierra un concepto demasiado trillado, y es más lógico emplearlo para denotar un cambio repentino y violento antes que para describir tendencias culturales a las que les llevó más de medio siglo aflorar. ¿Hubo una "revolución de la lectura" a fines del siglo XVIII y principios del XIX? No todos los historiadores están dispuestos a dar una respuesta afirmativa a esta pregunta. Pisamos terreno más firme si identificamos las últimas dos décadas del siglo XVIII como el momento fundamental en el que los estilos de lectura tradicionales dieron paso a las prácticas de lectura modernas. El período que analizaremos en este capítulo va desde 1780 hasta el año 1830, para cuando los cambios tecnológicos estaban modificando drásticamente la naturaleza de la impresión y la edición (ver el capítulo 10).

Los partidarios de la "revolución de la lectura" de fines del siglo XVIII no se limitan a afirmar que la gente estaba leyendo más o que el público lector estaba aumentando. Debemos considerar la existencia de cambios cualitativos además de cuantitativos en los hábitos de lectura. En otras palabras, la gente no solo leía más, sino que lo hacía de manera diferente. Esto suele

2. Karin Littau, *Theories of Reading: Books, Bodies and Bibliomania*, Cambridge (Reino Unido), Polity, 2006, p. 46 [trad. esp.: *Teoría de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2008].

describirse como un cambio de la lectura tradicional a la moderna, o de la modalidad de lectura "intensiva" a la "extensiva". La teoría de la revolución de la lectura tiene varias dimensiones. De acuerdo con ella, las prácticas de lectura estaban volviéndose menos religiosas y más seculares; la lectura silenciosa individual estaba suplantando a la lectura oral en comunidad; los lectores estaban consumiendo una infinita variedad de textos y ya no se concentraban en un número limitado de obras literarias canónicas. La novela desempeñó un importante papel en estas nuevas prácticas de lectura. En este capítulo, examinaremos qué cambió a fines del siglo XVIII y dilucidaremos tanto las continuidades como las rupturas. Al mismo tiempo, debemos reconocer la aparición de nuevas formas de lectura apasionada y empática que, para muchos, representaban una adicción peligrosa. A fines del siglo XVIII, no se dudaba en desaprobar a los lectores compulsivos al igual que hoy no vemos con buenos ojos a los fumadores empedernidos.

LA EXPLOSIÓN DE LA PRODUCCIÓN IMPRESA

La Revolución francesa abolió el aparato censor del Antiguo Régimen, que ya era disfuncional (ver el capítulo 8). Se deshizo del sistema corporativo que había regido el mercado del libro y la industria de la imprenta durante siglos. En consecuencia, se produjo una explosión extraordinaria de los textos impresos. El mercado se vio inundado por una plétora de panfletos, publicaciones periódicas y literatura efímera. Tan solo en 1789, aparecieron 196 periódicos nuevos en París, y el número de impresores en actividad se cuadruplicó como resultado de la desregulación. En palabras de Carla Hesse, el centro de gravedad de la industria editorial de París se trasladó de la literatura erudita a una cultura editorial más democrática, encarnada por la polémica política

y la prensa periódica.[3] El desmantelamiento de la maquinaria monárquica de control que se produjo entre 1789 y 1791 dio lugar a un mercado desregulado que se caracterizaba por una gran apertura y una feroz competencia. Muchos impresores y libreros no pudieron sobrevivir a este nuevo clima de rivalidad encarnizada, y no pocos emprendimientos recientes terminaron en la bancarrota.

La Revolución francesa creó una forma primitiva de *copyright*. Hasta su estallido, no existía ningún régimen de propiedad intelectual, y los autores vendían sus manuscritos al editor de una vez y para siempre. En cambio, la Revolución afianzó los derechos del autor a la propiedad intelectual, algo que se había reconocido parcialmente por ley en 1777 (ver el capítulo 8). La ley de 1793 hizo del texto escrito propiedad de su autor durante su vida y por un período de diez años después de su muerte, lo que trajo aparejada una importante consecuencia: las obras de los autores de la Ilustración, como Voltaire y Rousseau, pasaron a ser de dominio público y, por lo tanto, cualquiera podía publicarlas legalmente.

En Gran Bretaña, existía un sistema de derechos de autor desde que la Ley de *Copyright* de 1710 había reconocido la propiedad exclusiva del autor por 21 años cuando se trataba de libros ya impresos y por 14 años para los libros inéditos. Si, pasados los 14 años, el autor aún se encontraba con vida, sus derechos podían prorrogarse por otro período de igual duración. No obstante, en la mayoría de los casos, la ley no se respetaba hasta que, como pone de relieve William St. Clair, una decisión adoptada por la Cámara de los Lores en 1774 confirmó el final del *copyright* a perpetuidad, lo que hizo que muchas obras del siglo XVIII estuvieran disponibles a bajo precio. La técnica de la estereotipia tornó posible

3. Carla Hesse, *Publishing and Cultural Politics in Revolutionary Paris, 1789-1810*, Berkeley (CA), UCP, 1991, pp. 167-177.

que los editores produjeran varias reimpresiones económicas de un texto utilizando las mismas planchas metálicas. En Inglaterra, según estimaciones del propio mercado del libro, la producción impresa se cuadruplicó en el último cuarto del siglo XVIII. En los cinco años posteriores a la desregulación del mercado editorial, se vendieron más copias de *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe que en los setenta años transcurridos desde 1719, cuando se había publicado por primera vez.[4]

En Francia, la Revolución asignó a la palabra impresa una función de militancia consciente. Su mensaje nacionalista e integrador se transmitía a través de material impreso que cuestionaba de manera implícita el tradicional liderazgo del clero y socavaba en forma deliberada el localismo de las lenguas distintas del francés. Esta nueva politización del texto impreso fue harto correspondida por los enemigos de la Revolución. Merced a la Revolución, de un momento a otro, París pasó a ser el centro de la atención del mundo. A principios de 1789, el mejor medio para conocer las noticias políticas de Francia eran las publicaciones periódicas editadas fuera del país: la *Gazette de Leyde* ('La gaceta de Leiden'), que se imprimía en los Países Bajos, era una fuente particularmente confiable. No obstante, París también se convirtió, por derecho propio, en un polo generador de noticias al que acudían en masa los aspirantes a periodistas para desarrollar allí su carrera profesional. La sed de noticias políticas sobre la trascendental revolución de Francia transformó a París en el centro europeo de la industria de la información.[5]

El aumento vertiginoso de la producción impresa también se observó en otros lugares. La feria del libro de Leipzig, en la que

4. William St. Clair, *The Reading Nation in the Romantic Period*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 2004, pp. 118-119.
5. Jeremy D. Popkin, *News and Politics in the Age of Revolution: Jean Luzac's "Gazette de Leyde"*, Ithaca (NY), Cornell UP, 1989, pp. 123-125.

todos los años los libreros intercambiaban sus flamantes mercancías y saldaban cuentas, atraía el interés de toda Europa. En 1765, se ofrecían 1.384 títulos en su catálogo, el cual, para el año 1785, incluía 2.713 títulos –prácticamente el doble–, y hacia 1800, 3.906. Cuando, en 1780, el emperador austríaco José II instauró la libertad de prensa, Viena se vio inundada por un diluvio de panfletos, mientras que en otras partes de la Europa de habla germana se verificó un crecimiento de la circulación de periódicos. En 1801, el *Hamburgischer Correspondent* tuvo una tirada de más de 50.000 ejemplares.[6] En Gran Bretaña, la producción editorial alcanzó niveles astronómicos. Antes de 1700, Inglaterra publicaba alrededor de 1.800 títulos al año, mientras que hacia 1800, el promedio anual superaba los 6.000 títulos. Al igual que en el resto de Europa, este aumento tuvo un ritmo más acelerado en las últimas dos décadas del siglo.[7] A diferencia de Francia –donde la producción se concentraba en París–, Gran Bretaña, Italia y Alemania tenían muchos centros editoriales. En España, la producción de material impreso tardaría más tiempo en tomar vuelo, no obstante lo cual la publicación de libros se triplicó entre el primer cuarto del siglo XVIII y el año 1790.[8] El número de obras nuevas en castellano experimentó un aumento del setenta y cinco por ciento en los quince años comprendidos entre 1775 y 1789.[9] En la década de 1790, España se vio sometida a una severa represión, con la que la Iglesia y la monarquía procuraron aislar al país para evitar el contagio de las doctrinas revolucionarias. De todas maneras, España no permaneció por mucho tiempo al margen de la revolución de la lectura.

6. Wittmann, "Was there a Reading Revolution?", pp. 302-305.
7. James Raven, "The Book Trades". En: Isabel Rivers (ed.), *Books and Their Readers in Eighteenth-Century England: New Essays*, Londres, Leicester UP, 2001, pp. 1-2.
8. François Lopez, "La edición y la lectura". En: *HELE*, p. 269.
9. Jean-Marc Buigues, "Evolución global de la producción". En: *HELE*, p. 309.

Un hecho que no deja de sorprender es que esta expansión no fue de la mano de avances tecnológicos en el campo de la producción ni en el de la distribución. La explosión de la producción impresa tuvo lugar en una industria que aún utilizaba técnicas que le hubiesen resultado familiares a Gutenberg. Los componedores acomodaban uno a uno los caracteres de metal para imprimir con prensas manuales de madera. Empleando a más componedores, imprimiendo en las dos caras del papel y trabajando toda la noche, los periódicos parisinos apenas lograban satisfacer la demanda de una o dos ediciones semanales. Si, además, adoptaban tipos más pequeños, podían producir 300 copias por hora de un periódico de ocho páginas en octavo. Para alcanzar su tirada de unos 15.000 ejemplares, el *Journal de Paris* necesitaba tener más de cinco prensas trabajando en forma simultánea. El papel todavía era muy caro: junto con la impresión y el plegado, representaba cerca del 50 por ciento de los costos de producción de un periódico. La distribución tal vez daba cuenta de otro cuarenta por ciento; y el mantenimiento de la lista de suscriptores, del diez por ciento restante. La suscripción por adelantado seguía siendo el método de venta habitual; la venta callejera de periódicos por ejemplar era apenas incipiente.[10] Como vemos, la industria iba creciendo sin ninguna modernización estructural. Por consiguiente, las tiradas aún eran limitadas. Era común producir libros en tres volúmenes (como la *three-decker novel*, denominación que se daba en Inglaterra a las novelas publicadas en ese formato) para atender las necesidades de las bibliotecas de préstamo o de los gabinetes de lectura (*cabinets de lecture*), lugares donde los lectores podían alquilarlas por hora. Se trataba de un mercado seguro y previsible,

10. Gilles Feyel, "Les frais d'impression et de diffusion de la presse parisienne entre 1789 et 1792". En: Pierre Rétat (ed.), *La Révolution du Journal, 1788-1794*, París, CNRS, 1989, pp. 77-94.

si bien la tirada habitual de una novela a fines del siglo XVIII era de apenas 750 o 1.000 copias. Las publicaciones que monopolizaban las tiradas más numerosas eran los catecismos y los almanaques.

UNA REVOLUCIÓN DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Las pruebas más contundentes de que el número de lectores estaba creciendo son el público cada vez mayor de la prensa periódica y los cambios revolucionarios que afectaron a los medios de comunicación en la década revolucionaria francesa. Entre 1789 y 1799, se crearon más de 2.000 periódicos nuevos tan solo en París. En el arriesgado ambiente de esos años, muchos de ellos apenas sobrevivieron durante algunas ediciones. En las provincias francesas, más de 1.000 publicaciones periódicas vieron la luz entre 1789 y 1799, período en el que se produjeron alrededor de 12.000 panfletos.[11] En Inglaterra, las ventas totales de periódicos llegaron a 16 millones de copias hacia 1790.[12] La frecuencia de aparición de los periódicos aumentó, ya que pasaron de ser semanales a publicarse dos veces por semana e incluso de manera diaria, y su contenido de información política era mayor.

Estas innovaciones fueron de la mano de una revolución periodística. Por primera vez, los periodistas asistían a las asambleas políticas, como los Estados Generales y, posteriormente, la

11. Hugh Gough, "Continuité ou rupture? Les transformations structurelles de la presse provinciale, 1789-1799", *Annales historiques de la Révolution française* 273, 1988, pp. 247-253; Antoine de Baecque, "Pamphlets: Libel and Political Mythology". En: Robert Darnton y Daniel Roche (eds.), *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, Berkeley (CA), UCP, 1989, p. 165.
12. Raven, "The Book Trades", p. 24.

Asamblea Nacional, constituida en Versalles, para informar sobre los discursos políticos. En Inglaterra, los periódicos ya se habían ganado el derecho de publicar los debates parlamentarios durante las revueltas de John Wilkes de 1771. Esta "cobertura" deliberada de un acontecimiento específico fue una novedad absoluta en el campo del periodismo. Se inventó una taquigrafía especial para facilitar la labor de los reporteros. En las principales ciudades del interior de Francia, era posible leer a los pocos días los discursos políticos pronunciados en las asambleas revolucionarias. Mientras que en el Antiguo Régimen las publicaciones periódicas informaban sobre los acontecimientos políticos a la distancia y, a menudo, con una demora considerable, la prensa revolucionaria francesa era partidaria de brindar información en forma rápida y, de ser posible, de inmediato. Los periódicos ya no aspiraban a mantener una objetividad calma y reflexiva. Por el contrario, eran provocadores y polémicos, y contaban con el valor añadido de los reporteros y su papel de testigos presenciales.

La publicación periódica académica aún cumplía una función, sobre todo en una época en que las tiradas seguían siendo reducidas según los parámetros de hoy. A fines del siglo XVIII, las serias publicaciones académicas mensuales satisfacían la demanda de conocimientos útiles de un público instruido, su curiosidad crítica por los sucesos mundiales y su ambición de promover la reforma social. Estas publicaciones eran agentes de la Ilustración, pese a que sus suscriptores conformaban un pequeño grupo de nobles, eclesiásticos y miembros de la burguesía profesional, administrativa y mercantil. Las investigaciones que realizó Jack Censer sobre seis publicaciones periódicas francesas que aparecieron entre 1755 y 1789 arrojaron una lista de 2.355 suscriptores conocidos.[13]

13. Jack R. Censer, *The French Press in the Age of Enlightenment*, Londres, Routledge, pp. 185-188.

Cerca de la mitad eran aristócratas. Había un número considerable de banqueros y comerciantes, pero no figuraban trabajadores ni artesanos. La prensa habría de ser asequible para el lector común y corriente solo cuando se generalizó la venta por ejemplar.

El periódico que se publicaba en forma diaria o dos veces por semana todavía tenía una apariencia conservadora. No contenía publicidad ni titulares llamativos. El periódico inglés optaba por un formato grande, en folio, pero en Francia se privilegiaba el formato en octavo, por lo que no era muy distinto de un libro breve. Por lo general, el periódico revolucionario francés tenía 8 o 16 páginas, e invitaba al suscriptor a leerlo como un librillo de texto continuo, apenas interrumpido.

Aunque el periódico no se parecía en absoluto al tabloide moderno, se encontraba en un proceso de cambio fundamental. El periodismo radicalizado tenía antecedentes prerrevolucionarios, entre los cuales el que más se destaca es el efímero pero provocador *Annales politiques* de Simon-Nicholas-Henri Linguet, que apareció por primera vez en 1777. No obstante, en esta época la prensa se atribuía una nueva suerte de legitimidad: no solo brindaba información fiel y veraz, sino que también hacía las veces de "centinela del pueblo". Esta función de tribuna estaba implícita en los títulos de periódicos exitosos, como el *Patriote français* de Jacques-Pierre Brissot y el *L'ami du peuple* de Jean-Paul Marat y, en 1793-1794, fue llevada a otro plano por el *Père Duchesne* de Jacques-René Hébert, en el que un personaje imaginario que representaba la voz de los *sans-culottes* –denominación que se daba al grupo de trabajadores independientes, artesanos y pequeños comerciantes que no vestían las calzas cortas de los sectores más acomodados– mantenía con los enemigos del pueblo diálogos ficticios, redactados en el lenguaje violento y plagado de palabrotas de las calles parisinas.

Camille Desmoulins fue, al igual que Hébert, un periodista revolucionario cuya trayectoria terminó en la guillotina. Él también expresó la transformación experimentada por la prensa fran-

cesa, desde el acartonado almanaque provinciano hasta la dinámica fuerza política de los años revolucionarios. Escribió lo siguiente en su propio periódico:

> En el Antiguo Régimen, la publicación periódica solía informar banalidades sobre el tiempo, el precio del heno, la profundidad del río y la hora en que se encendían los faroles de la calle. Hoy, los periodistas cumplen un ministerio público. Denuncian, emiten decretos, sientan pautas, condenan o absuelven. Todos los días, pronuncian arengas desde su tribuna improvisada, y algunos de ellos son oradores estentóreos cuya voz se oye en los 83 departamentos. Los asientos cuestan apenas dos *sous*. Cada mañana, hay una lluvia de periódicos.[14]

La "revolución de los medios de comunicación" aún tenía un largo trecho por recorrer. En 1836, Émile de Girardin redujo de manera drástica el precio de su periódico *La Presse* con el propósito de llegar a un grupo masivo de lectores y lograr un aumento sustancial de los ingresos por publicidad. En las postrimerías del siglo XVIII, la prensa moderna era apenas incipiente, pero estaba atravesando cambios que contribuyeron a la "revolución de la lectura" de ese período.

LA ESFERA PÚBLICA Y LA "REPÚBLICA DE LAS LETRAS"

El creciente consumo de material impreso fue un elemento esencial en la creación de una esfera pública, como sostuvo el filósofo e historiador Jürgen Habermas. Habermas consideraba que en el

14. Jean-Claude Bonnet, "Les roles du journaliste selon Camille Desmoulins". En: P. Rétat (ed.), *La Révolution du Journal*, pp. 180, que cita *Les Révolutions de France et de Brabant* 17 (la traducción es mía).

período prerrevolucionario se había inaugurado una palestra metafórica, una "esfera pública" en la que podía entablarse el debate político fuera del alcance de la supervisión del Estado monárquico.[15] Por "esfera pública" nos referimos al desarrollo de una sociedad civil libre del control estatal, y a la posibilidad de que los individuos y las instituciones más o menos autónomas debatieran en forma pública e irrestricta. Durante las monarquías del Antiguo Régimen, por el contrario, la vida política estaba rigurosamente controlada por el soberano, mientras que el Estado y la Iglesia imponían las condiciones que debían observarse en los debates públicos. En el Antiguo Régimen, el gobierno se valía de la confidencialidad; en cambio, el crecimiento de la esfera pública apuntaba a exponer las acciones de las autoridades a la cruel luz del día.

Como bien se dio cuenta Habermas, la "opinión pública" había irrumpido en escena muchas veces antes de fines del siglo XVIII. En tiempos de conflicto y revolución, como las Frondas francesas o la Guerra Civil inglesa de mediados del siglo XVII, se desataban vehementes guerras de panfletos que el régimen agonizante o extinto era totalmente incapaz de acallar. En la década de 1760, a ambos lados del canal de la Mancha había indicios de que la participación popular en la vida política estaba en aumento. En Inglaterra, se organizó una campaña contra el Rey y la corrupción parlamentaria que se valió de artículos de periódicos, panfletos y periódicos de una sola página con el propósito de lograr que el polémico Wilkes fuera reelecto miembro de la Cámara de los Comunes en representación de Middlesex. Wilkes había sido arrestado por difamación y expulsado del Parlamento, pero en 1768 sus votantes de Middlesex –tenderos, pequeños comerciantes y

15. Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge (Reino Unido), Polity, 1989, caps. 8-9 [trad. esp: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981].

fabricantes– desafiaron al gobierno y lo reeligieron. Las revueltas de Wilkes fueron consecuencia de la palabra impresa: lo que originariamente condujo al arresto de Wilkes fue la publicación, en 1762, de una edición de su periódico *The North Briton* que incitaba a la sedición. Para la década de 1770, se había conseguido un logro en aras de la transparencia de las acciones del gobierno: por primera vez, los periódicos de Londres pudieron publicar los debates parlamentarios al pie de la letra sin temer que se les entablaran acciones legales.

En Francia, entretanto, Voltaire arremetió en 1762 con un célebre panfleto en defensa del protestante Jean Calas, a quien el Parlamento –tribunal provincial– de Toulouse había hallado culpable de asesinar a su propio hijo para impedir que se convirtiera a la fe católica. En medio de un escándalo que amenazaba con resucitar la intolerancia religiosa de tiempos pasados, Voltaire defendió la razón y el sentido común en su denuncia de este sonado error judicial. Al mismo tiempo, reivindicó el derecho de los intelectuales de trascendencia pública de escudriñar las decisiones de la justicia y disentir de ellas, y de intervenir en el debate público. Voltaire encarnó el prototipo del intelectual comprometido, que habría de ser un rasgo distintivo de la vida francesa hasta la defensa de Alfred Dreyfus por parte de Émile Zola y la oposición de Jean-Paul Sartre a la guerra de Argelia.

Es evidente que, tanto en Europa occidental como en América del Norte, hubo numerosos antecedentes de la formación de una esfera pública, previos al final del siglo XVIII. Para Habermas, este período no fue el comienzo de la esfera pública sino, antes bien, una fase nueva y muy peculiar de su evolución. Vinculaba su desarrollo al crecimiento del libre mercado y a la expansión del capitalismo comercial. Este contexto era, por cierto, terreno fértil para el temprano desarrollo de los periódicos, dedicados a brindar información sobre el mercado y todo aquello que pudiera afectar la fluctuación del precio de los bienes esenciales. El final del siglo XVIII fue, asimismo, el

período en que comenzó a comercializarse la cultura y nació una sociedad de consumo. Los libros, los periódicos y el teatro eran mercancías en la nueva cultura consumista urbana.

En este período decisivo, por lo tanto, el debate eludía cada vez más la censura estatal, y la gente era libre de criticar públicamente las instituciones sociales y políticas. Esta comunidad crítica se apoyaba en los libros, los periódicos, los clubes y los cafés, y constituía un tribunal independiente, si bien informal, que emitía juicios críticos sobre asuntos públicos. Al mismo tiempo, enarbolaba el principio fundamental de la publicidad y la transparencia de las acciones del gobierno. La opinión pública era una corte autónoma a la que las autoridades se veían obligadas a apelar en busca de aprobación.

Habermas consideraba que la nueva esfera pública era un atributo específico de la sociedad burguesa. El término "opinión pública", por consiguiente, se refería en realidad a la opinión de un círculo intelectual burgués, porque se pensaba que la gente común aún no tenía la instrucción suficiente para participar de lleno en el debate público. El principal modelo era Inglaterra, donde la censura llegó a su fin con la derogación de la *Licensing Act* de 1695 y donde ya había una intensa vida parlamentaria. En Europa continental, Francia y Alemania eran ejemplos algo menos desarrollados. Sería imposible concebir la "esfera pública" sin el desarrollo de la cultura del material impreso ni de los periódicos, puesto que, de hecho, se apoyaba en instituciones culturales para las que el texto impreso era un medio importante. En Alemania, las asociaciones de lectores y los círculos literarios constituían foros. En Londres y en París, la dinámica cultura de los cafés ofrecía un espacio ameno para el trato social masculino, espacio que estaba estrechamente ligado a la lectura y a la discusión pública de las noticias. En Alemania, Francia, Rusia y Gran Bretaña, las florecientes logias masónicas representaban una hermandad exclusiva que se reunía de manera independiente del Estado para debatir asuntos públicos.

De acuerdo con Daniel Roche, es probable que cerca del cinco por ciento de la población masculina adulta de Francia fuera francmasónica en vísperas de la Revolución francesa.[16] Esto no quiere decir que todos ellos eran revolucionarios, como habrían de sostener ciertas teorías conspirativas; por el contrario, lo más probable es que se inclinaran por una actitud conformista.

En el interior de Francia, las academias que estudió Roche cuestionaban la hegemonía cultural de París a fin de instaurar una red social para el público instruido.[17] A lo largo de todo el siglo XVIII, la mayoría de los académicos de las provincias eran miembros del clero y de la nobleza, lo que contradice la concepción de Habermas acerca de que la esfera pública era exclusivamente burguesa. Las academias provinciales, al igual que la propia esfera pública, eran fenómenos urbanos; en ellas, las elites culturales locales de hombres de espíritu cívico tomaban parte en diversas actividades científicas: creaban bibliotecas, patrocinaban jardines botánicos y organizaban competencias en las que se premiaban los trabajos escritos que presentaban la mejor solución técnica para problemas cotidianos. Si bien estaban imbuidas de un orgullo regional, mantenían francos vínculos cosmopolitas con otras sociedades de gente instruida a través de la correspondencia. Representaban lo más destacado del talento local, y se reunían con el propósito de mejorar la sociedad y la economía mediante reformas útiles y basadas en el conocimiento.

Los salones literarios eran otro componente importante de la nueva estructura de la esfera pública. Constituían un foro extraordinario en el que se establecía comunicación entre personas de ambos sexos en torno a la actualidad política y literaria de la

16. Daniel Roche, *La France des Lumières*, París, Fayard, 1993, p. 392.
17. Daniel Roche, *Le Siècle des Lumières en province: académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, 2 vols., París y La Haya, Mouton, 1978, vol. 1, pp. 82-92 y 197.

época. Los profesionales del derecho también hicieron su aporte, como ha señalado Sarah Maza. En una serie de causas célebres que tuvieron lugar en Francia durante el Antiguo Régimen, los abogados apelaron directamente al gran público con la publicación de sus alegatos. Oficialmente, sus *mémoires judiciaires* estaban destinados solo al ámbito de los tribunales, aunque algunos se vendían al público en tiradas de hasta 20.000 ejemplares.[18] En ocasiones, los abogados se veían asediados por pedidos de copias, y en la prensa europea, aparecían extractos de estos escritos procesales. Al publicarlos, los abogados estaban haciendo valer el principio fundamental de la publicidad de las actuaciones judiciales. De manera melodramática, se arrogaban la defensa de los débiles contra los fuertes, y recurrían al tribunal anónimo de la opinión pública, como si en verdad tuviera autoridad para tomar una decisión.

Estas nuevas instituciones de la esfera pública se definían a sí mismas como integrantes de lo que en Francia se conocía como la "república de las letras", lo que denotaba una cultura secular y un espíritu igualitario que imperaban en el seno de una comunidad unida muy consciente de sus dimensiones internacionales. No obstante, el igualitarismo de la esfera pública tenía restricciones. En el caso de los masones, los cafés o las academias provinciales francesas, era manifiesto que se limitaba a los hombres. Aun en los salones literarios, la participación femenina no necesariamente se admitía en pie de igualdad. El verdadero arte de la *salonnière* era relegarse a un segundo plano para facilitar la discusión y permitir que otros (es decir, los intelectuales varones) se destacaran en las conversaciones. En Alemania, se decía que la anfitriona de un salón era apreciada por su "fulgor erótico". Es probable que el

18. Sarah Maza, *Private Lives and Public Affairs: The Causes Célèbres of Prerevolutionary France*, Berkeley (CA), UCP, 1993, p. 190.

salón literario haya contribuido a legitimar la participación de las mujeres en la vida intelectual, pero todavía predominaban las expectativas de género convencionales. Hasta cierto punto, la "república de las letras" era una mezcla de clases sociales, en el sentido de que los aristócratas se codeaban con miembros de la burguesía. Así, encarnaba de manera implícita una sociedad alternativa a la tradicional jerarquía del Antiguo Régimen. Sin embargo, había instituciones, como las logias masónicas, que eran secretas e impedían el acceso del resto de la sociedad. Tales instituciones representaban la igualdad, aunque también demostraban exclusividad.

Es preciso revisar la estructura descripta por Habermas. La comunidad literaria que lideró la formación de un público crítico estaba compuesta tanto por aristócratas como por burgueses. Asimismo, la esfera pública todavía era un espacio que tenía una desigual composición de géneros y en el que intelectuales varones asumían el protagonismo. De todas maneras, y dejando a un lado el argumento de Habermas acerca de que, tiempo después, la esfera pública se desintegró a manos de los medios de comunicación masiva, esta concepción sigue siendo útil a la hora de analizar la historia cultural del período.

El desarrollo de la cultura impresa permitió que la elite intelectual vislumbrara para sí un papel protagónico e influyente en la sociedad. La prensa escrita hizo posible que se cuestionara seriamente el control que ejercían el Estado y la Iglesia sobre la información que se daba a publicidad y cómo debía interpretarse. La formación de la opinión pública en la Francia del Antiguo Régimen fue un proceso que llevó largo tiempo, pero de una u otra manera dependió de la prensa, tal como sucedió en Gran Bretaña. La opinión pública parecía ser una firme salvaguardia contra el despotismo arbitrario, siempre que se basara en la discusión lúcida entre hombres instruidos. El ministro de finanzas Jacques Necker fue quien dio el paso decisivo en pro de la publicidad de las

acciones del gobierno, al hacer público por primera vez el presupuesto de la corona. En 1781, se vendieron 3.000 copias de su publicación el mismo día en que salió a la luz y, en los tiempos inmediatamente posteriores, 10.000 copias semanales.[19] No cabe duda de que Necker falseó los números del presupuesto, pero jamás se le había ocurrido a ninguno de sus antecesores hacer a la opinión pública partícipe del debate de las finanzas reales.

EL PÚBLICO LECTOR, EN TRANSICIÓN

La secularización del gusto literario fue un ingrediente importante de la revolución de la lectura, incluso pese a que su ritmo y geografía no fueron en absoluto uniformes. En la Francia del siglo XVIII, la publicación de obras religiosas disminuyó en forma sensible. A principios de siglo, la literatura devocional y religiosa constituía la mitad de los títulos oficialmente autorizados, pero para 1785, la proporción de libros de teología había descendido a apenas el diez por ciento de la producción total.[20] Estos son datos oficiales que no incluyen la serie completa de publicaciones clandestinas o "toleradas", por lo que no indican necesariamente que aparecían cada vez menos títulos religiosos en términos absolutos: se trata de una disminución relativa en función de la producción de obras pertenecientes a las otras categorías principales, que según el sistema de clasificación del conocimiento de la época, eran las siguientes: derecho, historia y geografía, artes

19. Keith M. Baker, "Politics and Public Opinion Under the Old Regime: Some Reflections". En: Jack R. Censer y Jeremy D. Popkin (eds.), *Press and Politics in Pre-revolutionary France*, Berkeley (CA), UCP, 1987, p. 239.
20. François Furet, "La librairie du royaume de France au 18e siècle". En: François Furet y Alphonse Dupront (eds.), *Livre et société dans la France du 18e siècle*, París y La Haya, Mouton, 1965, vol. 1, pp. 3-32; Robert Darnton, "Reading, Writing and Publishing in Eighteenth Century France: A Case-Study in the Sociology of Literature", *Daedalus* 100, 1971, pp. 214-256.

y ciencias, y *belles-lettres*. La producción de obras en latín registró una caída similar: en 1740, los títulos en latín que figuraban en el catálogo de la feria de Leipzig representaban el veintiocho por ciento del total, mientras que en el año 1800, el porcentaje de obras en latín era inferior al cuatro por ciento.[21] Las categorías tradicionales de la literatura culta estaban cediendo paso a la nueva moda de las novelas de formato más pequeño.

Esta tendencia aún no era universal. En cuanto a las colonias inglesas en América, David Hall puso de relieve la importancia ininterrumpida del mercado tradicional de libros protestantes –sobre todo de versiones de la Biblia, opúsculos religiosos y sermonarios–, y no halló prueba alguna de que se hubiera producido una revolución de la lectura antes de 1790.[22] En las colonias, si bien en el siglo XVIII la gente compraba más libros, aún adquiría libros religiosos. En el distrito de Windsor, del estado de Vermont, que fue estudiado con lupa por William J. Gilmore, leer estaba convirtiéndose en una "necesidad básica", conforme las novelas, los almanaques y, en especial, los periódicos semanales iban haciendo más variado el régimen de lectura, junto con las obras tradicionales como la Biblia, los salmos y los libros de oración. Sin embargo, no debe sobreestimarse el número de libros que poseía la gente. Los inventarios de sucesiones de principios del siglo XIX indican que el sesenta y tres por ciento de las familias del distrito de Windsor tenía bibliotecas pero, entre 1816 y 1830, cada una de estas se hallaba formada por apenas cinco libros en promedio, y el veintidós por ciento de las familias en cuestión poseía un único libro: la Biblia.[23]

21. Wittmann, "Was there a Reading Revolution?", p. 302.
22. David D. Hall, "The History of the Book: New Questions? New Answers?", *Journal of Library History* 21:1, 1986, pp. 32-33.
23. William J. Gilmore, *Reading Becomes a Necessity of Life: Material and Cultural Life in Rural New England, 1780-1835*, Knoxville (TN), Tennessee UP, 1989, pp. 248-275.

Aunque Gilmore sostiene que la zona rural de Nueva Inglaterra estaba a punto de ingresar en la modernidad, muchas de sus constataciones apuntan en sentido contrario: señalan que la Biblia ocupaba un lugar central, al igual que la familia, como un espacio para la lectura en voz alta, y que las pequeñas bibliotecas personales contenían libros que siempre estaban vigentes, como la Biblia, *El progreso del peregrino* y *Robinson Crusoe*. En la zona rural del estado de Virginia, los dueños de libros eran más escasos: el cincuenta por ciento de la gente blanca no poseía ningún libro al morir, y el veinticinco por ciento solo tenía una Biblia.[24] La continuidad de la edición de obras religiosas no era exclusiva del mundo protestante, ya que en Italia, también, los libros religiosos aún representaban entre el veinte y el veinticinco por ciento de la producción editorial a fines del siglo XVIII,[25] proporción análoga a la de Alemania, donde las publicaciones religiosas constituían el veinte por ciento del mercado alrededor del año 1775.[26]

De todas maneras, el número de libros religiosos estaba disminuyendo, pese a que fuera de Francia, en términos relativos, la caída de su producción fue menos repentina. Debemos considerar esta situación en el contexto de la gradual debilitación de la autoridad religiosa en un largo período. La gente obedecía los mandamientos de la Contrarreforma de asistir a misa con regularidad, sobre todo en Pascua, pero hubo otros cambios que dan fe de la progresiva pérdida de influencia de la religión tradicional en Francia. Por ejemplo, el número de candidatos al sacerdocio estaba decreciendo, mientras que, entre los preparativos para

24. David D. Hall y Elizabeth Carroll Reilly, "Practices of Reading". En: *HOBAmerica1*, pp. 387-388.
25. Renato Pasta, "Editoria e pubblico nell'Italia del '700", ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre la Historia del Libro, Prato, 2001.
26. Frédéric Barbier, *Histoire du livre*, París, Armand Colin, 2000, p. 185 [trad. esp.: *Historia del libro*, Madrid, Alianza Editorial, 2005].

las exequias, iba perdiendo fuerza la costumbre de exhibir el cadáver y encargar misas por el alma de los difuntos, algo que había sido común en la Francia mediterránea. Los estudiosos de la demografía histórica destacan la creciente adopción de técnicas de planificación familiar, sobre todo en la década de 1790. El declive de los libros religiosos fue una de muchas señales de un cambio profundo –y en buena parte subterráneo–, merced al cual la cultura francesa fue distanciándose de la doctrina religiosa ortodoxa.[27]

Así como las publicaciones religiosas menguaron, florecieron las obras de otras disciplinas. En Francia, el número de títulos de historia, biografía y geografía permaneció más bien estable a lo largo del siglo XVIII, aunque se produjo un incremento de la historia secular a expensas de la historia religiosa. Al mismo tiempo, la proporción de libros científicos y obras de carácter técnico aumentó considerablemente. La matemática, la medicina y la economía política despertaban mayor interés y atraían cada vez más a los lectores del siglo XVIII. La literatura recreativa creció en forma exponencial, y la novela –por sobre todas las cosas– fue la gran beneficiaria del cambio de perfil que estaba experimentando la lectura secular. El público francés de fines del siglo XVIII mostraba una sana voracidad por los novelistas ingleses en boga, y el género fue descendiendo cada vez más peldaños en la escala social, donde ganaba lectores.

En las colonias inglesas en América, de acuerdo con Cathy Davidson, la novela era el *chapbook* –'libro de cordel'– del

27. Roger Chartier, *The Cultural Origins of the French Revolution*, Durham (NC), Duke UP, 1991, cap. 5 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995]; Michel Vovelle, "Le tournant des mentalités en France 1750-1789: la sensibilité pré-révolutionnaire", *Social History* 5, 1977, pp. 605-629.

siglo XVIII, en el sentido de que su precio era cada vez menor y más asequible para los lectores no instruidos que no leían otra cosa. En 1797, la *New York Magazine* anunciaba: "Estamos en la era de la lectura de novelas".[28] Aunque el estado protestante de Nueva Inglaterra se encontraba rezagado respecto de la "revolución de la lectura" de Europa occidental, en la década final del siglo, las colonias americanas parecían hallarse en condiciones de ponerse a la par. Mientras tanto, el clero veía amenazada su autoridad y condenaba la influencia perniciosa de la ficción.

Este esplendor de la novela ha sido, durante algún tiempo, un comodín de la historia literaria del siglo XVIII. Hace medio siglo, un estudio muy citado de Ian Watt vinculaba ese auge a la creciente autoconfianza de la clase media.[29] Por lo general, los que se dedican a la historia de la cultura coincidían y colocaban la lectura de novelas en el contexto más amplio del desarrollo de una sociedad de consumo en el siglo XVIII. Este fue el momento de la eclosión comercial de la literatura en Inglaterra, país en el que se produjeron 60.000 títulos en la década de 1790.[30] En Londres y en París, las clases medias consumían más de todo, incluidas las novelas, como lo demuestra el creciente mercado de la vajilla, los muebles y la indumentaria elegante.

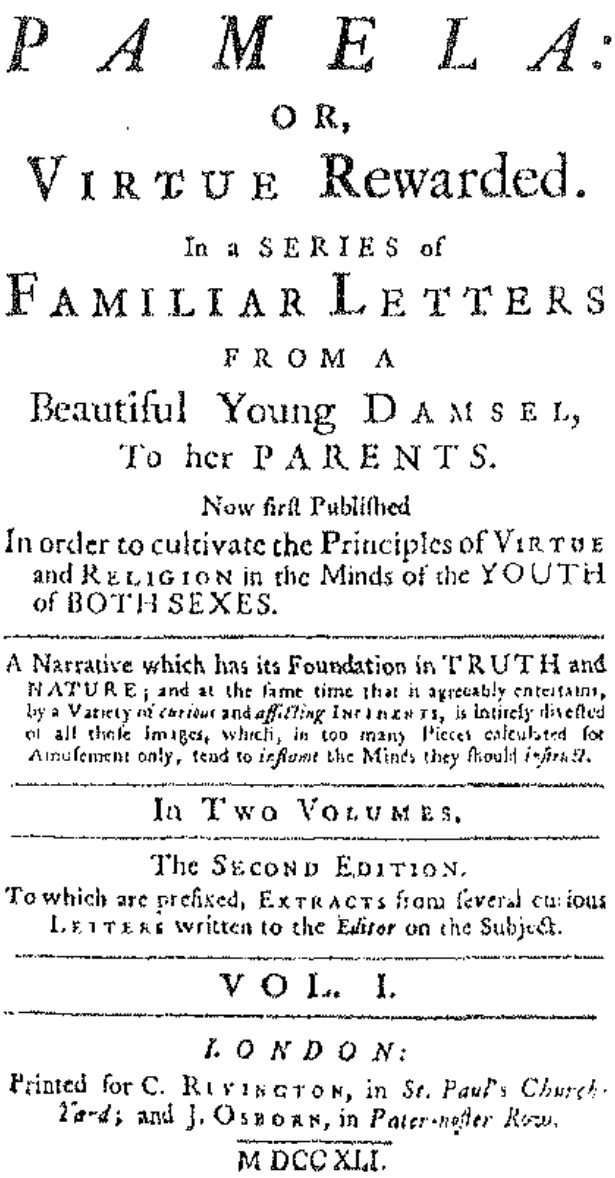
Las más solicitadas eran las novelas inglesas, desde las de Henry Fielding, Laurence Sterne y Samuel Richardson, a mediados de siglo, hasta las novelas góticas de Ann Radcliffe y

28. Cathy N. Davidson, *Revolution and the Word: The Rise of the Novel in America*, Nueva York, OUP, 1986, pp. 10 y 39.
29. Ian Watt, *The Rise of the Novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding*, Berkeley (CA), UCP, 1957.
30. James Raven, "New Reading Histories, Print Culture and the Identification of Change: The Case of Eighteenth-Century England", *Social History* 23:3, 1998, pp. 268-287.

"Monk" Lewis, a fines de la centuria. Se tradujeron al francés más de 470 novelas inglesas durante el siglo XVIII, la mayoría después de 1741, año en que se publicó en francés *Pamela, o la virtud recompensada* de Richardson.[31] Tras examinar el contenido de 500 bibliotecas privadas francesas, Daniel Mornet constató que *Pamela* era la novela inglesa más popular, seguida de cerca por *Clarissa, o la historia de una joven dama* –o *Clara Harlowe*, en su traducción al español– y *Tom Jones*, y que las tres eclipsaban a todos los títulos franceses, con la excepción de *Cartas de una peruana* de Françoise de Graffigny.[32]

El dominio británico del género ingresó en una nueva fase después del año 1818 con la aparición de las novelas de la serie *Waverley* de Walter Scott traducidas al francés. Las obras de Scott, tal como había sucedido previamente con las de Richardson, se convirtieron en genuinos *best sellers* internacionales. En este período, tan solo sus ediciones en lengua inglesa se vendieron más que las obras de todos los demás novelistas contemporáneos ingleses consideradas en conjunto. A modo de ejemplo, podemos mencionar que, hacia 1850, ninguna de las novelas de Jane Austen había logrado ventas de 8.000 ejemplares, número que alcanzaron muchas de las novelas de Scott antes de que se cumpliera una semana de su publicación.[33] También en Alemania existía una gran demanda de novelas, sobre todo de las novelas sentimentales de Richardson, apreciadas en todas partes por su gran contenido moral, algo que, por cierto, las volvía más aceptables a los ojos de las autoridades protestantes. En Alemania, la producción de novelas pasó de menos de 200 títulos por año

31. Harold W. Streeter, *The Eighteenth-Century English Novel in French Translation*, Nueva York, Institute of French Studies, 1936, p. 252.
32. Daniel Mornet, "Les enseignements des bibliothèques privées, 1750-1780", *Revue d'histoire littéraire de la France* 17, 1910, p. 461.
33. St. Clair, *The Reading Nation*, p. 221.



PAMELA:

OR,

VIRTUE Rewarded.

In a SERIES of

FAMILIAR LETTERS

FROM A

Beautiful Young DAMSEL,

To her PARENTS.

Now first Published

In order to cultivate the Principles of VIRTUE and RELIGION in the Minds of the YOUTH of BOTH SEXES.

A Narrative which has its Foundation in TRUTH and NATURE; and at the same time that it agreeably entertains, by a Variety of *curious* and *affecting* INCIDENTS, is entirely divested of all those Images, which, in too many Pieces calculated for Amusement only, tend to *inflame* the Minds they should *inform*.

In TWO VOLUMES.

The SECOND EDITION.

To which are prefixed, EXTRACTS from several curious LETTERS written to the *Editor* on the Subject.

VOL. I.

LONDON:

Printed for C. RIVINGTON, in *St. Paul's Church-Yard*; and J. OSBORN, in *Pater-noster Row*.

MDCCXLI.

Fig. 8: Portada de la edición de 1741 de *Pamela, o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson, publicada por primera vez en 1740.

en 1770 a más de 1.400 títulos anuales a finales de siglo. La publicación de novelas alemanas se multiplicó por nueve entre 1774 y 1796, años en los que aparecieron *Las desventuras del joven Werther* y *El aprendizaje de Wilhelm Meister*, respectivamente, ambas escritas por Goethe.[34]

Al formular su tesis sobre el ascenso de la novela, Ian Watt centró su atención en el corpus de obras de autores varones y blancos: Defoe, Fielding y Richardson. Excluyó de su análisis a muchas mujeres novelistas que gozaban de gran prestigio, como Marie-Jeanne Riccoboni, Fanny Burney y Sophie Cottin. Las mujeres participaban de manera plena en la producción de ficción, pero ¿también se destacaban entre los consumidores de novelas? Existen pruebas contradictorias. En su estudio sobre dos libreros de la región central de Inglaterra, Jan Fergus no halló muchos indicios de que hubiera una prevalencia de mujeres entre el público lector de novelas, ni siquiera de que hombres y mujeres disfrutaran de la lectura de libros distintos, más propios de cada sexo.[35] No obstante, Fergus constató que, con frecuencia, los maridos oficiaban de compradores o suscriptores en nombre de sus esposas, por lo que resulta probable que los registros de los libreros no reflejaran la totalidad del público lector femenino. La feminización del público lector era un fenómeno evidente para muchos comentaristas, la mayoría de ellos hombres, quizás alarmados porque eso entrañaba un potencial cuestionamiento del control patriarcal. De acuerdo con los roles de género convencionales, las mujeres debían leer bajo supervisión masculina. Samuel Taylor Coleridge pensaba que leerles el *Spectator* en voz alta a su esposa

34. Albert Ward, *Book Production, Fiction and the German Reading Public, 1740-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974, p. 168.
35. Jan Fergus, "Women Readers: A Case Study". En: Vivien Jones (ed.), *Women and Literature in Britain, 1700-1800*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 2000, p. 157.

y a sus hijas era una tarea que exigía sumo cuidado para evitar "ofender la delicadeza del oído femenino y herir la susceptibilidad de la mujer".[36] Rousseau advirtió que "las mujeres castas no leen novelas", dado que podían generar falsas expectativas y estimular el deseo erótico en la vulnerable lectora femenina. La novela común, en palabras de la revista *Lady's Magazine* –que solo recomendaba la lectura de novelas morales–, era "el potente motor del que se vale el seductor para atacar el corazón femenino". Las novelas de adulterio, entre las que se enmarcaba *Julia, o la nueva Eloísa*, el *best seller* del propio Rousseau, eran vistas con especial recelo. Leer novelas brindaba a las mujeres muchísimo placer, pero como dijo Jacqueline Pearson, "junto a todo placer que genera la lectura, merodea un fantasma siniestro". Detrás de la inocente y virtuosa novela doméstica se ocultaba la insinuación de las tentaciones sexuales.[37]

Hubo un papel en el que las lectoras mujeres ejercieron la supremacía: el de suscriptoras de las bibliotecas circulantes. En las casas de los ricos, la biblioteca era territorio masculino, y su puerta solía cerrarse con llave para que no entraran las mujeres ni los niños. Austen, por ejemplo, no tenía una biblioteca adonde retirarse, pero en *Orgullo y prejuicio*, el ficticio señor Bennet huía con frecuencia a su biblioteca para refugiarse del alboroto doméstico femenino. Por su parte, Darcy, otro personaje miembro de las clases que poseían bibliotecas, se consagraba a no descuidar la gran colección de libros de Pemberley, la propiedad que había heredado. Además de las bibliotecas privadas de los aristócratas, surgió un número cada vez mayor de bibliotecas de suscripción, formadas por comisiones de notables que aportaban el capital inicial,

36. Jacqueline Pearson, *Women's Reading in Britain, 1750-1835: A Dangerous Recreation*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1999, citado en p. 22.
37. Ibíd., pp. 105 y 197.

fijaban el monto del arancel de suscripción y adquirían los libros. Este fue el modelo de la "biblioteca social" que fundó Benjamin Franklin en Filadelfia en 1731, todo un prototipo. Los clubes de lectura de Alemania, por su parte, proponían un ámbito social y suscripciones compartidas a importantes publicaciones periódicas. De todas maneras, estas instituciones tendían a expresar la solidaridad masculina de las clases medias.

Las bibliotecas circulantes, en cambio, ofrecían libros en préstamo a un público mucho más amplio. Los clientes abonaban un arancel anual, semestral, trimestral o, en ocasiones, semanal para retirar libros. Las novelas constituían una parte sustancial de su acervo y una proporción aún mayor de los libros solicitados. En la década de 1760, comenzaron a aparecer bibliotecas circulantes (en contraposición a las bibliotecas de suscripción dirigidas por sus accionistas) en las colonias inglesas en América, y hacia 1773, podían encontrarse en Annapolis, Charleston, Nueva York, Boston, Filadelfia y Baltimore. Abrían todos los días, y recibían especialmente la visita de usuarias mujeres y de los más jóvenes. Sin embargo, no podían satisfacer la demanda constante de libros nuevos, y su acervo se volvía desactualizado rápidamente. Pocas sobrevivirían a la guerra y a la depresión económica.[38] A fines del siglo XVIII, había bibliotecas circulantes en toda pequeña ciudad del interior de Inglaterra que tuviese amor propio, y tan solo en Londres existían 112. Gozaban del sólido respaldo de las mujeres lectoras. Jane Austen y su familia dependían de ellas. Estas bibliotecas hicieron las veces de puente entre el relativamente escaso público lector instruido de principios del siglo XVIII y el consumo masivo de *pulp*

38. James Green, "Subscription Libraries and Commercial Circulating Libraries in Colonial Philadelphia and New York". En: Thomas Augst y Kenneth E. Carpenter (eds.), *Institutions of Reading: The Social Life of Libraries in the United States*, Amherst (MA), Massachusetts UP, 2007, pp. 57-71.

fiction que tendría lugar más adelante, en el siglo XIX.

El público lector pertenecía a diversos estratos, como subraya St. Clair. Si bien los lectores de menores ingresos podían costear reimpresiones baratas del canon literario del siglo XVIII, los libros de autores noveles seguían siendo caros.[39] Solo después de un tiempo considerable, las obras del denominado "romanticismo" pasaban a ser de dominio público y se tornaban más asequibles. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XIX que los lectores en pleno pudieron descubrir a Austen y a Stendhal, a Wordsworth y a Coleridge. Entre 1780 y 1830, el público lector atravesó una etapa de transición. Si bien eran muchos los que rechazaban el aparato literario de un mundo agonizante, el público no estaba del todo preparado para adaptarse a un nuevo mundo de literatura completamente secular y recreativa. Leer por placer estaba convirtiéndose en la norma cultural, pero las prácticas de lectura tradicionales habrían de persistir.

LOS ESTILOS DE LECTURA INTENSIVA Y EXTENSIVA

Los estudiosos alemanes han sido los defensores más acérrimos de la teoría de la revolución de la lectura, y el principal exponente es Rolf Engelsing. Engelsing estudió la evolución de la lectura de la clase media de la ciudad de Bremen, ubicada en el norte de Alemania, recurriendo a los inventarios post *mórtem*. Detectó un cambio de lo que denominó "lectura intensiva" en favor de la "lectura extensiva".[40] En la cultura de la "lectura intensiva", los

39. St. Clair, *The Reading Nation*, p. 40 y cap. 7.
40. Rolf Engelsing, *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland, 1500-1800*, Stuttgart, Metzlersche Verlag, 1974.

libros eran escasos y caros, y los lectores volvían una y otra vez a un pequeño número de libros siempre vigentes que se legaban de generación en generación. Los principales elementos motores de la lectura eran las inquietudes religiosas o pietistas, y era habitual que los textos se memorizaran y se recitaran. El libro en sí se respetaba tanto en su calidad de objeto físico raro como en su condición de fuente de autoridad. Según el razonamiento de Engelsing, en el siglo XVIII, la burguesía alemana dio un vuelco hacia una cultura de "lectura extensiva", en la que los libros estaban más al alcance de la mano. Se transformaron en objetos familiares y cotidianos que se leían y luego se abandonaban, en lugar de leerse una y otra vez. El material impreso era más secular y la lectura silenciosa individual, más común que la lectura en voz alta en un entorno religioso.

Algunos de estos cambios no eran exclusivos de Alemania, sino que es probable que fueran característicos de un estilo protestante de lectura que se practicaba en otros sitios. Por ejemplo, a principios del siglo XIX, algunos comentaristas de Nueva Inglaterra recordaban con nostalgia las grandes transformaciones culturales que se habían producido. "Cómo ha cambiado el mundo", escribió el editor y escritor para niños Samuel Goodrich al contemplar su infancia en Connecticut desde la atalaya de la década de 1850. Explicó que, en aquellos días, los libros se leían con gran concentración, en vez de hojearse y descartarse como si fueran papel de desecho. Describió los gestos deliberados del lector y la naturaleza solemne del acto de leer:

> Para leer, los ancianos se sentaban, sacaban sus lentes y se los montaban en la nariz en forma deliberada y reverente. Esos instrumentos no eran como ahora, con pequeñas patillas de carey sujetas a una cinta que se sacan y se ponen con un rápido movimiento: eran de plata o acero, de manufactura sólida, y estaban diseñados para que quedaran en su lugar al sostenerlos con el pulso bien firme, lo que

> indicaba la solemnidad de los usos que se les daban. Hasta los jóvenes se acercaban a los libros con veneración; y a los periódicos, con admiración reverencial.[41]

En los tiempos en que vivió Goodrich, los libros eran piezas valiosas. En la Nueva Inglaterra puritana, la escasez de libros y la devoción por la palabra impresa eran dos características del mundo tradicional de la lectura descripto por David D. Hall, en el que resuena la concepción de la lectura intensiva de Engelsing.

Tal como señaló Matthew P. Brown, la lectura en los albores de Nueva Inglaterra se caracterizaba por la escasez y no por la abundancia. Leer se vinculaba estrechamente a los domingos y a los días de ayuno. Se leían principalmente libros piadosos, y el acceso a cualquier tipo de literatura debía contar con autorización. Los lectores de Nueva Inglaterra leían a veces como peregrinos en un viaje espiritual rumbo a la redención de su alma o a veces como abejas para las que los libros eran tesoros de sabios proverbios que podían extraer como si fuera polen para construir su colmena.[42] Típicamente, *The Practise of Pietie* ('La práctica de la piedad') de Lewis Bayly recomendaba una lectura profunda o intensiva de la Biblia:

> Un Capítulo así leído con *comprensión*, y meditado con *aplicación*, alimentará y consolará vuestra alma, mejor que *cinco* leídos a la ligera sin reparar en su *alcance* o *sentido*, o sin sacar provecho alguno para vuestro *propio* ser.[43]

41. Samuel Goodrich, *Recollections of a Lifetime*, Nueva York, 1857, vol. 1, pp. 71-86, citado en David D. Hall, *Cultures of Print: Essays in the History of the Book*, Amherst (MA), Massachusetts UP, 1996, pp. 54-55.
42. Matthew P. Brown, *The Pilgrim and the Bee: Reading Rituals and Book Culture in Early New England*, Filadelfia (PA), Pennsylvania UP, 2007, pp. x-xii.
43. Ibíd., citado en p. 81.

Se esperaba que los lectores se acercaran a las Sagradas Escrituras con humildad. Se los alentaba a abordarlas con la siguiente pregunta: ¿qué debo hacer para merecer la salvación? Y la respuesta se hallaba piadosa y profundamente sepultada en el centro de su corazón.

La lectura en voz alta en el seno del grupo familiar era una costumbre, otro aspecto de la cultura escrita tradicional, ahora prácticamente perdido. La lectura, ya sea silenciosa o en voz alta, tenía lugar en un contexto religioso con el propósito de educar a los jóvenes, o bien en el ámbito de la devoción familiar. Los libros eran tan raros que la Biblia bien puede haber sido el único libro que las familias de Nueva Inglaterra leían en toda su vida. Como resultado, sus páginas eran territorio muy frecuentado y su sabiduría, evocada de manera constante. El padre de Samuel Goodrich leyó la Biblia de la familia de principio a fin al menos trece veces a lo largo de un cuarto de siglo.[44]

El estilo intensivo de lectura que Engelsing descubrió en el norte de Alemania no era exclusivo de ninguna época ni de ningún lugar, sino que puede haber sido característico de las culturas lectoras protestantes en general. Por citar un ejemplo, podemos mencionar que quienes se han dedicado a estudiar la historia de Australia de principios del siglo XX valiéndose de testimonios orales destacan la importancia que tenía la Biblia familiar. Lo que la distinguía de cualquier otro libro era la costumbre de anotar sucesos de la historia de la familia en las páginas en blanco que se encontraban antes de la tapa trasera o, como era más habitual, después de la delantera. En la Biblia familiar, se registraban y conmemoraban todos los hitos y ritos de pasaje de la vida cristiana de las sucesivas generaciones. Se trataba de una reafirmación de la identidad familiar que solo podía concebirse en un contexto cristiano.[45]

44. Hall, *Cultures of Print*, p. 55.
45. Martyn Lyons y Lucy Taksa, *Australian Readers Remember: An Oral History of Reading 1890-1930*, Melbourne, OUP, 1992, cap. 3.

La lectura colectiva en un entorno religioso era otro vestigio de una época de cultura escrita tradicional. Por lo general, se realizaba en las primeras horas de la noche, cuando la familia, encabezada por los padres y con la presencia de todos los hijos, se reunía después del trabajo. Laura P., una entrevistada australiana, recordaba que la lectura grupal de la Biblia era una institución central de la familia. "Leer la Biblia formaba parte de nuestra vida", dijo. Su padre, licenciado en estudios clásicos y maestro de escuela, dirigía las plegarias familiares y, si había algún invitado a cenar, se lo hacía partícipe de la lectura. Después de la cena, recordaba Laura, la familia hacía una "ronda de lectura" de la Biblia; en otras palabras, cada integrante leía un versículo de la Biblia, que pasaba de mano en mano alrededor de la mesa.[46] Como en Nueva Inglaterra, en Nueva Gales del Sur aún persistía un estilo tradicional de lectura.

La perduración de hábitos de lectura intensiva en distintos contextos debilita la fuerza de la teoría de Engelsing de un cambio cultural decisivo en el siglo XVIII, al igual que la aparición de nuevas formas de lectura intensiva que no tenían relación alguna con la devoción protestante. En la segunda mitad del siglo XVIII, los lectores de la novela sentimental se contagiaron de una fiebre que los llevó a entablar una relación íntima con sus libros. Se identificaban con los personajes de ficción e imaginaban que tenían un vínculo profundo y privilegiado con sus autores favoritos. Los motivos de tan extrema intensidad fueron tres novelas que se convirtieron en *best sellers* en el siglo XVIII: *Clarissa, o la historia de una joven dama* (1747) de Richardson, *Julia, o la nueva Eloísa* (1761) de Rousseau, y *Las desventuras del joven Werther* (1774) de Goethe. Estas historias generaron una profunda reacción emocional y despertaron interés por el destino de sus héroes y heroínas. La

46. Ibíd., p. 32.

novela de amor con desenlace trágico de Goethe inspiró muchos suicidios. Los lectores jóvenes se ataviaban con fracs azules y pantalones de montar amarillos para identificarse con el héroe, y las autoridades de Leipzig procuraron prohibir esa vestimenta.[47] Los lectores derramaban copiosas lágrimas y no siempre parecían capaces de distinguir la ficción de la realidad.

La novela epistolar, al reproducir la correspondencia imaginaria de sus protagonistas, invitaba al lector a compartir las emociones de los personajes. A diferencia de otras formas narrativas, la novela epistolar no buscaba que el lector tomara una distancia emocional respecto de la acción. *Julia, o la nueva Eloísa*, de la que se publicaron más de setenta ediciones antes de finalizado el siglo, es un buen ejemplo. Lograba que a los lectores les brotaran lágrimas y la voz se les ahogara de emoción ante la escena de Julia en su lecho de muerte. Esta escena conmovió tanto a un lector que sintió que "en ese momento, podría haber enfrentado la muerte con placer [...] y con Julia sepultada, solo veía un aterrador vacío en la naturaleza".[48] El lector sentía la muerte de Julia como propia, y el vacío al que se refería era su propio vacío. Otros lectores de Rousseau describen esta íntima identificación emocional y nos recuerdan que no era en absoluto propiedad exclusiva de las lectoras mujeres.[49] Lectores varones como Jean Ranson creían que Rousseau les hablaba "con el corazón". Ranson quiso conocer al

47. Wittmann, "Was there a Reading Revolution?", p. 297; Littau, *Theories of Reading*, p. 68.

48. Claude Labrosse, *Lire au XVIIIe siècle: "La Nouvelle Héloïse" et ses lecteurs*, Lyon, Lyon UP, 1985, p. 87.

49. Robert Darnton, "Readers Respond to Rousseau: The Fabrication of Romantic Sensitivity". En: R. Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Londres, Allen Lane, 1984, pp. 215-256 [trad. esp.: "Los lectores le responden a Rousseau: la creación de la sensibilidad romántica". En: R. Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987].

autor para conversar sobre su heroína. De hecho, la tumba de Rousseau, ubicada en Ermenonville, habría de convertirse en un sitio de peregrinación. Ranson bautizó a su segundo hijo con el nombre de Émile en honor a una de las novelas de Rousseau, y adoptó el modelo propuesto por Jean-Jacques para la crianza de los hijos. En 1761, Rousseau recibió una lluvia de cartas de los lectores de esa novela.[50] Al igual que él, Richardson recibía correspondencia de sus lectores como consecuencia de las intensas reacciones que provocaban sus obras de ficción. Lady Bradshaigh, una admiradora suya que a duras penas lograba soportar la tensión emocional de *Clarissa*, escribió lo siguiente:

> ¿Acaso me dejará llorando sin cesar? [...] Anhelo leerlo y, sin embargo, no me atrevo [...] Atormentada, dejaba el Libro, volvía a tomarlo, recorría la Habitación, derramaba un Mar de Lágrimas, me enjugaba los Ojos, volvía a leer [...] arrojaba el libro gritando [...] no puedo seguir.[51]

El llanto no era solo una señal de emoción en el caso de estos lectores. Era la expresión de un juicio estético favorable respecto de la novela sentimental. Se trataba de una nueva manera de reaccionar ante la lectura, tan secular como individual, aunque opuesta a la indolencia asociada al estilo de lectura extensiva.

Como conclusión, resulta posible esgrimir muchas objeciones en torno a la revolución postulada por Engelsing, que reemplazó las modalidades de lectura intensiva por estilos de lectura extensiva: algunas tradiciones sobrevivieron hasta mucho después de finalizado el siglo XVIII, y surgieron nuevas formas de lectura intensiva

50. Labrosse, *Lire au XVIIIe siècle*, pp. 27-29.
51. Pearson, *Women's Reading in Britain*, p. 28.

en respuesta a la novela sentimental. Por otro lado, clasificar la lectura en voz alta en el marco de la cultura escrita tradicional desdibuja las sutiles diferencias entre las diversas clases de lectura oral. Cuando el hombre de la casa le leía la Biblia a su familia, o cuando Coleridge –como ya mencionamos– les leía el *Spectator* a su esposa y a sus hijas, la lectura revestía una característica tradicional y patriarcal. Los que escuchaban no tenían opción alguna respecto de lo que se les leía, que podía estar censurado por su propio "bien". Sin embargo, la lectura en voz alta no era necesariamente tan jerárquica. En ocasiones, las mujeres leían para otras mujeres, y leer en voz alta fortalecía los vínculos entre amigas o familiares. En otros contextos, leer en voz alta podía ser un arma de seducción. La incidencia de la lectura de la Biblia no debe llevar a que nos formemos una idea estereotipada de la lectura oral.

Es posible hallar estilos de lectura diversos en un mismo hogar e incluso en un mismo lector, como indica el caso de Anna Larpent.[52] Larpent, nacida en 1758, era hija de un diplomático y esposa de un censor de obras de teatro. Su lectura no se correspondía con ningún estereotipo. Leía filosofía, historia y relatos de los viajes del capitán Cook. Les leía en voz alta a sus hijos, y también lo hacía en compañía de adultos, ya que leer en voz alta era un signo de distinción muy apreciado por la buena sociedad. Leía torrentes de novelas, a menudo mientras daba un paseo a pie, y prefería las escritas por mujeres, aunque también era una lectora religiosa y todos los días leía la Biblia, los salmos o un texto piadoso. Debido a sus eclécticos hábitos de lectura, sería imposible clasificarla como una lectora intensiva o extensiva: era las dos cosas a la vez.

El jurado aún no ha arribado a una decisión sobre ciertos aspectos de la revolución de la lectura. El avance de la prensa

52. John Brewer, *The Pleasures of the Imagination: English Culture in the 18th Century*, Nueva York, Farrar Straus Giroux, 1997, pp. 194-197.

periódica y de las bibliotecas circulantes es incuestionable, al igual que la evidencia de las dos últimas décadas del siglo XVIII que indica que se produjo una expansión de la lectura recreativa. Sin embargo –tal como hemos visto–, el concepto de "lectura extensiva" es más complejo. Leer novelas no necesariamente convirtió a los lectores en consumidores pasivos, y leer a Richardson, a Rousseau o a Goethe no era ninguna trivialidad.

Capítulo 10
La época de la lectura de masas

Entre 1830 y la Primera Guerra Mundial, la totalidad del proceso de producción literaria se industrializó, y vio la luz un público lector masivo. Hubo una serie de cambios tecnológicos que transformaron la impresión y la fabricación de papel, y el ferrocarril creó nuevas oportunidades para la distribución y la venta en los planos nacional e internacional. Los oficios de impresor, editor y librero, que antes estaban combinados, se convirtieron en profesiones especializadas. Occidente experimentó una transformación cultural que, hacia la década de 1890, trajo consigo el surgimiento de una cultura literaria masiva. Esta transformación tuvo a la prensa como elemento motor, y fue de la mano de la aparición de periódicos de frecuencia diaria y revistas ilustradas de gran tirada, que generaban ingresos por publicidad y ya no dependían exclusivamente de suscripciones costosas. Con anterioridad a este período, los procesos básicos de impresión se habían modificado muy poco desde los tiempos de Gutenberg. En cambio, la industrialización de la producción que tuvo lugar a principios del siglo XIX marcó un hito: en el terreno político, el Antiguo Régimen había llegado a su fin en 1789, pero en el terreno tipográfico, en la década de 1830.

También se democratizaron las prácticas de escritura, de lo que nos ocuparemos en el capítulo 12. En este capítulo, pasaremos revista a los muchos cambios de índole social, económica y tecnológica que contribuyeron al desarrollo de un mercado masivo de material literario. ¿Cómo nació ese mercado? ¿Cómo modificó la manera en que los lectores tomaban contacto con los libros y los periódicos? Fueron varias las transformaciones que hicieron posible la transición a un mercado masivo. El crecimiento demográfico se

aceleró a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, y la concentración de la población en las ciudades fue en aumento. Las poblaciones urbanas de gran densidad siempre habían estimulado la comunicación impresa y, también en estos tiempos, constituyeron un incentivo esencial para la expansión de la prensa periódica. En la década de 1850, Nueva York representaba apenas el dos por ciento de la población de los Estados Unidos, pero daba cuenta del dieciocho por ciento de la tirada de periódicos y del treinta y seis por ciento de los ingresos editoriales del país.[1] Por mencionar otro ejemplo, la población de Alemania pasó de 28,8 millones en 1838 a 64,8 millones en 1910, un incremento colosal que asustaba a los países vecinos y parecía amenazar la estabilidad europea. Para entonces, más de la mitad de la población alemana vivía en localidades cuya población superaba los 5.000 habitantes.[2] En el último cuarto del siglo XVIII, la mayor parte de la población gozaba de un nivel de prosperidad sin precedentes, y disponía de algunos ingresos extras que le permitían comprar carne, cerveza y periódicos. En tanto, en el mundo occidental, se alcanzaron niveles masivos de alfabetización hacia las últimas décadas del siglo. Para la década de 1890, más del noventa y cinco por ciento de los habitantes de los países avanzados sabía leer y escribir. Por consiguiente, no fueron los cambios tecnológicos per se los que impulsaron la industrialización del libro, sino que se trató de una respuesta al número cada vez mayor de oportunidades que ofrecía el mercado. De todas maneras, esos cambios son fundamentales, así como un buen punto de partida para nuestro análisis.

1. David M. Henkin, "City Streets and the Urban World of Print". En: *HOBAmerica*3, p. 331.
2. Frédéric Barbier, *L'empire du livre: le livre imprimé et la construction de l'Allemagne contemporaine, 1815-1914*, París, Ed. du Cerf, 1995, p. 31.

TECNOLOGÍAS NUEVAS, PRODUCCIÓN EN ASCENSO

En los albores del siglo XIX, varias invenciones de origen inglés y alemán transformaron el proceso de impresión, y permitieron imprimir más hojas a un ritmo superior. La prensa Stanhope, inventada alrededor del año 1800, fue la primera máquina de imprenta construida totalmente de metal, cuya platina de gran tamaño hacía posible imprimir un folio entero de una sola vez. Se trataba de una gran ventaja para los periódicos de formato grande, y el *Times* de Londres fue uno de los primeros en adquirirla. Con posterioridad a las Guerras Napoleónicas, Ambroise Firmin-Didot compró una de estas prensas en Londres, y los fabricantes franceses comenzaron a copiarla. Fue en el taller de imprenta de Didot donde David Séchard, personaje de la novela de Honoré de Balzac *Las ilusiones perdidas*, hizo su aprendizaje.[3] Séchard regresó a la tranquila y pequeña ciudad de Angulema, donde su padre, un tradicionalista irascible y avaro, se mostraba extremadamente escéptico respecto de ese invento moderno que eran las prensas Stanhope, pues temía que dañaran los tipos.

Las prensas Stanhope eran, de hecho, muy eficaces, pero los ambiciosos dueños de los periódicos necesitaban algo más veloz. La prensa de cilindro accionada por vapor, inventada por Friedrich Koenig en 1811, prometía poner fin al agotador trabajo físico que suponía imprimir y entintar cada folio. Hacia 1820, permitía producir 1.000 copias por hora.[4] Estas precursoras innovaciones fueron seguidas por máquinas más perfeccionadas. La

3. Honoré de Balzac, *Illusions perdues*, París, Gallimard-Livres de poche, 1962, p. 16 [trad. esp: *Las ilusiones perdidas*, Barcelona, Mondadori, 2006].
4. James Moran, *Printing Presses: History and Development from the 15th Century to Modern Times*, Londres, Faber & Faber, cap. 7.

prensa de Applegath hizo posible que el *Times* imprimiera las dos caras del papel de una sola vez. Podían colocársele pliegos desde cuatro ángulos distintos y, así, producir 4.000 impresiones por hora; hacia 1850, Augustus Applegath diseñó una máquina de imprenta de ocho alimentadores, con la que lograban imprimirse 10.000 copias por hora.[5] En las décadas de 1860 y 1870, los impresores británicos y aquellos de las colonias inglesas en América adoptaron la Wharfdale, una prensa de cilindros aún más veloz. En el transcurso de medio siglo, la mecanización había transformado las prácticas de antaño. La naturaleza artesanal de la industria de la impresión estaba cediendo terreno a la producción en gran escala. En *Las ilusiones perdidas* de Balzac, los tipos aún se entintaban a mano usando pequeñas balas de cobre.[6] A mediados de siglo, esta tarea se realizaba de manera automática mediante rodillos en las prensas de vapor.

Las nuevas máquinas demandaban una considerable inversión de capital. Inicialmente, la prensa de Koenig más sencilla costaba 900 libras esterlinas, un precio diez veces superior al de la Stanhope.[7] Solo los periódicos de gran tirada estaban en condiciones de costear esa inversión, y no por casualidad el *Times* de Londres iba a la vanguardia de la nueva tecnología de la impresión. Más adelante, *Le Petit Journal* de Francia alcanzó una tirada que hizo que tal inversión valiera la pena y, en la década de 1870, Hippolyte-Auguste Marinoni creó una rotativa de seis alimentadores para ese periódico.[8] En Francia, esta mecanización se concentró en gran medida en la capital, pero las nuevas técnicas fueron propagándose gradualmente a Alemania y, más adelante,

5. Ibíd., cap. 9 y p. 185.
6. Balzac, *Illusions perdues*, p. 13.
7. Moran, *Printing Presses*, p. 110.
8. Ibíd., cap. 9 y p. 190.

al resto de Europa. En cuanto a España, donde las restricciones a la alfabetización y las limitaciones impuestas al mercado interno hicieron de la modernización un proceso mucho más lento, la primera prensa Koenig llegó a Barcelona en 1885.[9] Allí, como en el interior de Francia, los métodos de producción más antiguos no desaparecieron sino que coexistieron con la tecnología industrial.

La fabricación de papel se industrializó. Los trapos con los que tradicionalmente se hacía el papel fueron reemplazados por material vegetal: primero, por la paja y, luego, por la pulpa de madera. En consecuencia, el costo del papel se redujo en forma drástica. El papel había sido el principal componente de los costos editoriales, pero hacia 1914 llegó a representar solo el diez o el quince por ciento de los gastos de producción. En Inglaterra, para 1825, más de la mitad del papel ya se fabricaba a máquina.[10] Desafortunadamente, los nuevos procesos solían incluir un tratamiento químico para blanquearlo. Es por ello por lo que muchos libros producidos en las décadas de 1870 y 1880 tenían un gran contenido ácido y, al cabo de un siglo, cientos y miles de volúmenes se pudrían en los estantes de las bibliotecas.

Pronto llegaría la mecanización del corte y del plegado del papel así como de la encuadernación. La ilustración de los libros dio un vuelco con la introducción de la litografía y, posteriormente, de técnicas fotográficas que generaron nuevas posibilidades, sobre todo para la literatura infantil. Solo quedaba un obstáculo que superar: la gran mano de obra que se necesitaba para la composición. Durante siglos, los componedores habían armado el molde a mano, letra por letra. En los Estados Unidos, hacia fines del siglo XVIII, se pusieron en uso nuevas técnicas que aceleraron muchísimo el proceso. En 1884, entró en escena la linotipia de Ottmar Mergenthaler, que sería

9. Pilar Vélez i Vicente, "La industrialización de las técnicas", *HELE*, p. 546.
10. Alexis Weedon, *Victorian Publishing. The Economics of Book Production for a Mass Market, 1836-1916*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate, 2003, p. 64.

seguida por la monotipia de Tolbert Lanston en 1887-1889. Con una linotipia, un solo operador podía componer 8.000 letras por hora, mientras que, con los métodos tradicionales, el mejor de los componedores no podía superar los 1.500 tipos por hora.[11]

La producción de libros experimentó un repentino aumento, cuya magnitud puede medirse en función del creciente número de títulos que aparecían cada año. En Gran Bretaña, la producción ascendió a más de 5.000 títulos en la década de 1850, se estabilizó en la década de 1860, y en la década siguiente volvió a elevarse hasta alcanzar nuevas cimas. Hacia 1909, Gran Bretaña, con sus lucrativos mercados de ultramar, producía más de 10.000 títulos por año.[12] En Francia, se superó ese número, pese a que la guerra y las revoluciones provocaban serias interrupciones en la vida económica. Las principales rachas de crecimiento tuvieron lugar en el período de la Restauración (1815-1830) y durante el Segundo Imperio (1852-1870). Hacia fines de siglo, Francia producía más de 13.000 títulos al año.[13] No obstante, la producción de Francia y Gran Bretaña considerada en forma conjunta se vio eclipsada por la avalancha de títulos publicados en la Alemania imperial. En 1884, la producción de libros en la Alemania unificada fue de más de 15.000 títulos al año. El Segundo Reich fue un período de crecimiento sin precedentes, en el que los editores pudieron recoger todos los frutos de la mecanización, de la constante caída de los costos de producción y de la creación de un único mercado nacional. Hacia 1913, Alemania producía 35.000 títulos, por lo que se convirtió en el mayor productor mundial.[14]

11. Barbier, *L'empire du livre*, p. 327.
12. Simon Eliot, *Some Patterns and Trends in British Publishing, 1800-1919*, Londres, Bibliographical Society, 1994, sección A.
13. Robert Estivals, *La statistique bibliographique de la France sous la monarchie au XVIIIe siècle*, París y La Haya, Mouton, 1965, p. 415.
14. Barbier, *L'empire du livre*, p. 47.

En la primera década del siglo XX, la producción había llegado a su apogeo y el mercado parecía saturado. En Francia, se estancó hacia 1900, y disminuyó en los años previos a la Primera Guerra Mundial, lo que desató una ola de descuentos para reducir el exceso de existencias. Gran Bretaña pudo capear bastante mejor la situación, quizá porque sus importantes mercados de exportación compensaban cualquier paralización de la demanda interna. Para la década de 1850, Australia había dejado atrás a la India como el principal mercado extranjero de libros británicos. También fue el mayor mercado de esos libros entre 1889 y 1953, y más del veinticinco por ciento de las exportaciones de libros de Gran Bretaña tuvieron como destino a Australia entre el año 1900 y la Segunda Guerra Mundial.[15]

Estas estadísticas ponen de manifiesto el ritmo fluctuante de la producción durante todo el siglo, pero nada dicen del cambio de perfil que estaba atravesando el mercado. ¿Qué clase de libros se producían en cantidades cada vez mayores? Hubo dos géneros en particular que se beneficiaron de la producción global en expansión: las novelas y los libros educativos. En Francia, durante la década de 1840, las novelas daban cuenta de –probablemente– más de 330 de los títulos que se publicaban cada año.[16] En los Estados Unidos, se vendían millones de copias de las escabrosas y sensacionalistas *dime novels* (publicaciones de diez centavos), sobre todo a los soldados de la Guerra de Secesión.[17] En todos lados, fue surgiendo un mercado masivo de libros infantiles, en especial

15. Martyn Lyons, "Britain's Largest Export Market". En: *HOBA2*, p. 19.
16. Charles Louandre, "Statistique littéraire de la production intellectuelle en France depuis quinze ans", *Revue des deux mondes* 20, 1847, pp. 681 y ss.; Martyn Lyons, *Le triomphe du livre: une histoire sociologique de la lecture dans la France du XIXe siècle*, París, Promodis y Cercle de la Libraire, 1987, p. 14.
17. Barbara Sicherman, "Ideologies and Practices of Reading". En: *HOBAmerica3*, p. 289.

después de que los gobiernos promulgaron leyes para instaurar sistemas nacionales de educación primaria obligatoria. Por primera vez, era posible amasar una fortuna especializándose en libros de texto, precisamente la estrategia que adoptaron Louis Hachette en Francia y Thomas Nelson en Gran Bretaña. Simon Eliot constató que la ficción y la "literatura juvenil" tomaron tal vuelo que, hacia la Primera Guerra Mundial, llegaron a constituir el 23,3 por ciento de la producción de libros de Gran Bretaña.[18] *Las aventuras de Pinocho* de Carlo Collodi, que se publicó por primera vez en 1886, fue *best seller* en Italia antes de transformarse en un clásico internacional. En el mundo anglohablante, *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* (1865) de Lewis Carroll y *La isla del tesoro* (1883) de Robert Louis Stevenson se convirtieron en *best sellers* sin par. En cuanto a las obras destinadas a las niñas, *Anne, la de Tejados Verdes* (1908) de Lucy Maud Montgomery y *Mujercitas* (1869) de Louisa May Alcott encabezaron las listas de popularidad durante décadas en los Estados Unidos y en todo el Imperio británico.

Los libros religiosos seguían siendo importantes, sobre todo en términos de cantidades absolutas. A fines de siglo, en Gran Bretaña, aún daban cuenta de más del quince por ciento de la producción, a pesar del vuelco hacia la lectura más secular.[19] La publicación de opúsculos religiosos y ediciones de la Biblia mantuvo un ritmo extraordinario en la primera mitad del siglo. Según Leslie Howsam, la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera produjo no menos de 6,4 millones de copias de bajo precio de la Biblia en una sola década (1837-1847).[20] Las opiniones religiosas heterodoxas siempre se

18. Eliot, *Some Patterns*, sección C.
19. Ibíd., sección C.
20. Leslie Howsam, *Cheap Bibles: Nineteenth-Century Publishing and the British and Foreign Bible Society*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1991, p. 118.

vendían muy bien, como ocurrió en Francia con *Paroles d'un Croyant (Palabras de un creyente)* de Hugues-Félicité Robert de Lamennais, que de inmediato se convirtió en un éxito en 1833, y, varios años después, con *Vie de Jésus (Vida de Jesús)* de Ernest Renan. En 1863, Michel Lévy produjo 70.000 copias en octavo de esta última obra, seguidas por 80.000 más en treintaidosavo, un formato en miniatura, y las ganancias que obtuvo le permitieron comprar un inmueble en la elegante *rue* Auber, cerca de la Ópera de París.[21]

Así como, en el siglo XIX, en el mercado del libro apareció un sinnúmero de títulos nuevos, también las tiradas fueron en aumento, aunque no al mismo ritmo. A principios de siglo, la tirada promedio de una novela era de apenas 1.000 o 1.500 copias. La primera edición de *Rojo y negro* de Stendhal, que se publicó en París en 1831, fue de tan solo 750 unidades. Enseguida apareció una segunda edición, aunque también de una tirada de apenas 750 copias. Sin embargo, hacia la década de 1840, algunos libros de autores cuyas obras eran éxitos de venta, como Victor Hugo, se publicaron en ediciones de 5.000 unidades. El nivel de la producción aumentó en forma astronómica hacia la década de 1870, cuando las ediciones más económicas de Julio Verne eran de 30.000 copias. En la década de 1850, *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe batió todos los récords de ventas anteriores del mundo anglohablante, y puso de manifiesto la existencia de un mercado cuyo verdadero potencial aún se desconocía. Pese a que su mensaje abolicionista generó hostilidad en el sur de los Estados Unidos, la obra se vendió bien en ese país, y, de acuerdo con Sampson Low, en Gran Bretaña y sus colonias, las ventas ascendieron a 1,5 millones de copias.[22] En los primeros años del

21. Jean-Yves Mollier, *Michel et Calmann-Lévy ou la naissance de l'édition moderne, 1836-1891*, París, Calmann-Lévy, 1984, pp. 322-323.
22. Claire Parfait, *The Publishing History of Uncle Tom's Cabin, 1852-2002*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate, 2007, pp. 100-108.

siglo XX, se tornó habitual que los títulos de ficción alcanzaran tiradas de 100.000 copias.

A principios del siglo XIX, el público lector aún estaba conformado, en términos generales, por una elite instruida. La mayoría de los lectores de Walter Scott, Jane Austen e incluso Charles Dickens pertenecían a la clase media. En ese período, según Adeline Daumard, los libros eran importantes enseres domésticos para la burguesía parisina. Constató que el sesenta por ciento de los miembros de las clases profesionales dejaba en herencia una biblioteca, tal como ocurría con la mitad de los funcionarios públicos parisinos y el treinta y cinco por ciento de los integrantes de la burguesía comercial.[23] Más entrado el siglo, este público de clase media se amplió y llegó a incluir un número mayor de tenderos, artesanos, oficinistas y hasta trabajadores fabriles. Se trató de un proceso lento, y no se produjo necesariamente como consecuencia de la provisión de mejores instalaciones educativas. En el siglo XIX, las condiciones de las aulas británicas –que Dickens había atacado con tanta vehemencia– distaban mucho de alentar a los niños a leer libros. De todas maneras, a finales del siglo XIX, había más tiempo libre, y la reducción progresiva de la jornada laboral en el último cuarto del siglo hizo posible que los trabajadores comunes se convirtieran en lectores. La lectura de las clases trabajadoras se tratará más a fondo en el próximo capítulo.

23. Adeline Daumard, *Les bourgeois de Paris au XIXe siècle*, París, Flammarion, 1970, p. 75.

FORMATOS MÁS PEQUEÑOS, PRECIOS MÁS BAJOS

En la Francia posrevolucionaria, el cambio tuvo un ritmo irregular aunque ineludible. En la década de 1830, Gervais-Hélène Charpentier fue el precursor de una revolución al producir novelas en dieciochoavo, un formato pequeño (conocido como "grand Jésus"), en lugar del habitual formato en octavo, más grande y de múltiples volúmenes, que se había diseñado para vender a los gabinetes de lectura. Charpentier hizo el texto más compacto, y redujo las novelas a un solo volumen en lugar de tres, con lo que disminuyó su precio y aumentó el número de compradores. Se trató de un gran adelanto en la gestación de un público lector masivo de obras de ficción de bajo precio, al que siguió, en 1855, la colección de novelas contemporáneas de Michel Lévy, que costaban apenas un franco; a mediados de la década de 1890, tanto Flammarion como Fayard fijaron un precio aún más bajo para sus nuevas colecciones de ficción. Hacia 1913, los lectores franceses podían comprar novelas a solo diez céntimos el volumen, mientras que en España la novela de una peseta volvió a la ficción muy asequible a partir de la década de 1870. La caída continua de los costos de producción colocó a la ficción popular al alcance de bolsillo de más y más consumidores.

En Gran Bretaña, la novela de múltiples volúmenes subsistió un poco más que en Francia. La novela de tres volúmenes (*three-decker*) se producía para que las bibliotecas circulantes pudieran prestar volúmenes del mismo libro a distintos usuarios en forma simultánea. Mudie's, la principal biblioteca británica, adquiría de manera periódica un número suficiente de copias de publicaciones nuevas para garantizar un ingreso fijo a los editores, con lo que menguaban sus incentivos para producir libros de menor precio. No obstante, las reimpresiones de bajo costo y la publicación por entregas en la prensa hicieron que se redujera

el mercado de las bibliotecas circulantes, si bien persistió hasta 1894. Los editores, en cambio, adoptaron la estrategia de publicar títulos a intervalos en una escala decreciente de precios. Si la edición de mejor calidad, que costaba cinco chelines, se vendía bien, le seguía una edición más barata, a mitad de precio. Si el mercado seguía mostrándose prometedor, se publicaba una nueva edición de precio aún más bajo –seis peniques– en papel de calidad inferior y con una tirada más numerosa. A los autores no les gustaba necesariamente esta táctica: para muchos de ellos, el libro en octavo de buena calidad seguía siendo el formato prestigioso que respetaban. De todas maneras, la desaparición de la biblioteca Mudie's fomentó la reducción de precios.

El precio de los periódicos también cayó. A comienzos del siglo XIX, el *Times* de Londres costaba siete peniques, con lo que quedaba fuera del alcance de los trabajadores. El impuesto que gravaba a los periódicos se redujo a un penique en 1836, lo que hizo bajar su precio, y se suprimió en 1855. En 1861, también se eliminaron los impuestos sobre el papel. Al concentrarnos en los periódicos de publicación diaria, perdemos de vista el periódico dominical, que se convirtió en una institución inglesa y era lo único que leían miles de familias de las clases trabajadoras. La aparición de una plétora de revistas ilustradas generó un copioso régimen de lectura constituido por melodramas sensacionalistas, novelas sentimentales e historias de suspenso ambientadas en lugares exóticos. Una de las más exitosas de esas revistas fue *Reynolds's Miscellany*, que se producía en octavo con una tirada de 200.000 ejemplares. Hubo otras que intentaban elevar el nivel al ofrecer lecturas más instructivas, como *The Penny Magazine* de Charles Knight, que se publicó entre 1832 y 1845, y tuvo muchos imitadores en el extranjero. Por su parte, *Pearson's Weekly*, creada en 1890, vendía medio millón de copias por semana, y, en los Estados Unidos, la tirada de *Ladies' Home Journal* batió la marca del

millón de ejemplares en 1903.[24] Junto con el periódico de aparición diaria y circulación masiva, en esta época había un sinfín de publicaciones periódicas y revistas destinadas al "lector extensivo".

En los Estados Unidos, la expansión de la prensa aventajó con creces el crecimiento demográfico y, hacia el año 1900, se publicaban veinte periódicos de frecuencia diaria por cada uno que había estado en circulación en 1850.[25] Estos periódicos aún recurrían a la venta por suscripción, fomentada con bonificaciones y descuentos diversos, ya que sus emprendedores dueños ofrecían a los nuevos suscriptores incentivos, tales como paquetes de semillas de tomate, relojes, neceseres de costura, fusiles y cerdos de calidad.[26] Hacia fines de siglo, la venta callejera se volvió la norma: Randolph Hearst contaba con un ejército de chicos que vendían periódicos cuando, el 4 de julio de 1900, lanzó al mercado el *Chicago American*. El periódico diario de circulación masiva –con sus pequeños vendedores callejeros, sus quioscos y su publicidad descarada– pasó a ser un rasgo distintivo de las urbes, y sus páginas hacían las veces de guía sobre los entretenimientos, las oportunidades de empleo, los lugares donde vivir y el sórdido submundo del hampa de la gran ciudad. Aquellos que viajaban a diario de casa al trabajo y del trabajo a casa los devoraban mañana y noche.

En casi todos lados, conforme más y más novelas clásicas y obras del canon literario pasaban a ser de dominio público merced a las leyes de *copyright*, las reimpresiones económicas de los clásicos se volvieron extremadamente rentables. Así, Flammarion publicó –en 1887– una colección de *Auteurs Célèbres* a 60 céntimos

24. Richard D. Altick, *Writers, Readers, and Occasions: Selected Essays on Victorian Literature and Life*, Columbus (OH), Ohio State UP, 1989, pp. 226-227.
25. Thomas C. Leonard, *News for All: America's Coming-of-Age with the Press*, Nueva York, OUP, 1995, p. 91.
26. Ibíd., pp. 53-56.

el volumen, otra colección de *Les Meilleurs Classiques Français et Étrangers* a 95 céntimos, y una *Select-Collection* de la que se vendieron seis millones de novelas a 50 céntimos cada una en el lapso de cuatro años.[27] En Alemania, en 1867, Anton Philipp Reclam lanzó la *Universal-Bibliothek* con una edición de bajo precio del *Fausto* de Goethe. Hacia 1896, ya se habían producido 3.470 unidades y se la consideraba un tesoro nacional.[28] La moda de colocar la literatura clásica al alcance de todos llegó a su apogeo en Inglaterra con la *Everyman's Library* de Joseph M. Dent, una colección reconocible de inmediato que constaba de cientos de títulos, todos a un chelín el volumen, producidos en formato pequeño aunque conservando una alta calidad.

La publicación por entregas, habitualmente mensuales, fue una estrategia adoptada por muchos editores a mediados de siglo para llegar a aquellos lectores que no tenían dinero para comprar un libro. Era posible producir cualquier clase de literatura con esa modalidad, y así se hizo: se vendieron por entregas obras de ficción y religiosas así como enciclopedias a un público cada vez más vasto. Émile Zola, la *Grande Encyclopédie Universelle* de Larousse y hasta Karl Marx se comercializaron por entregas. En España, este tipo de publicación tuvo una vida excepcionalmente larga. Aún gozaba de popularidad en los primeros años del siglo XX, época en que los lectores podían comprar entregas de *El cuento semanal* en cualquier quiosco de la calle por 30 céntimos, un precio inferior al de un kilo de pan.[29] Los editores calculaban cuidadosamente el tiempo que demandaba su producción para que su publicación coincidiera con los viernes, el día de paga.

27. Élisabeth Parinet, *La Librairie Flammarion, 1875-1914*, París, IMEC, 1992, pp. 191-225 y 301.
28. Barbier, *L'empire du livre*, pp. 93-96.
29. Sylvie Baulo, "La producción por entregas y las colecciones semanales". En: *HELE*, pp. 586-587.

El primer título de Dickens que apareció por entregas fue *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, publicado en 1836 por Chapman & Hall; tras un lento arranque, alcanzó ventas de 40.000 copias por entrega. Le siguió, en 1839, *Nicholas Nickleby*, que tuvo igual –si no mayor– éxito. En total, Dickens escribió nueve novelas que se publicaron por entregas mensuales y que, en el caso de las que constaban de treinta y dos páginas, costaban un chelín. Como sostiene John Sutherland, se trató de una fase temporal. No hay duda de que el precio de cada entrega era bajo, pero adquirir todas a lo largo de un año y medio hasta tener el libro completo no resultaba económico en absoluto, ya que podía llegar a costarle una libra al lector. Hacia la década de 1860, eran tantas las revistas que contenían obras de ficción que la publicación por entregas rara vez era rentable. William Makepeace Thackeray había tenido éxito con *La feria de las vanidades*, que apareció según esta modalidad, pero abandonó esta forma de publicación en 1859, después de las pérdidas que acarreó su obra *Los virginianos*.[30] En 1850, Dickens lanzó su revista *Household Words*, que costaba tan solo dos peniques, a la que le siguió otra llamada *All the Year Round*. En ellas, que alcanzaron ventas regulares de 100.000 copias por mes, publicó obras propias, de Wilkie Collins y de Elizabeth Gaskell.

La publicación por entregas en revistas, tal como ocurre con los derechos cinematográficos en la actualidad, era muy rentable para los autores, pero exigía un ritmo de producción agotador. Los novelistas debían escribir 20.000 palabras por mes para que pudiera cumplirse el compromiso del editor con el público. Anthony Trollope llegó a dominar esta disciplina: lograba producir novelas a la vez que mantenía un empleo en el correo, por lo

30. John Sutherland, *Victorian Fiction: Writers, Publishers, Readers*, Basingstoke (Reino Unido), Macmillan, 1995, pp. 90-91.

que puede decirse que fue el Bryce Courtenay –exitoso autor que vive en Australia– del siglo XIX. A los autores les pagaban por línea escrita, lo que explica, en parte, la interminable longitud de las obras de escritores de éxito como Eugène Sue, autor de *Le Juif errant* (*El judío errante*) y *Les mystères de Paris* (*Los misterios de París*), tan pesadas que hoy resultan casi imposibles de leer. Sue inventaba su argumento conforme avanzaba, y recibía cartas de lectores compenetrados con la trama que le aconsejaban cómo desarrollarla. Este vínculo fue precursor de la relación que suele establecerse entre las telenovelas y sus televidentes. Los autores se volvieron expertos en mantener una sensación de suspenso y expectativa. Los lectores de Boston atestaban los muelles cuando se acercaba el barco procedente de Londres que traía la entrega de *La tienda de antigüedades* que les narraría el destino de la pequeña Nell. El lector fiel de una novela publicada por entregas mensuales a lo largo de mucho tiempo contraía un compromiso perdurable y necesitaba ser muy hábil en el arte de diferir el deleite. No podía ojear las páginas finales de la historia para tener un adelanto de cómo se resolvería el misterio. No era raro que se formaran comunidades de lectores para conversar sobre lo que sucedía en la última entrega y cómo ello podría repercutir en la próxima. La publicación por entregas fue aprovechada con buenos resultados por Dickens, Trollope, Thackeray y Alejandro Dumas. Dumas se convirtió en una fábrica de escribir que subcontrataba sus novelas a autores segundones. El crítico francés Charles-Augustin Sainte-Beuve censuraba esos acontecimientos. En *De la littérature industrielle*, un panfleto que publicó en 1839, sostenía que era imposible crear verdadero arte en tales circunstancias. La producción de buena literatura, sin embargo, no siempre era el principal interés de los editores. Algunos, como Pierre Larousse, tenían una misión pedagógica y estaban decididos a acercarle conocimientos a la gente. A otros los movía lo que Balzac diagnosticó como *la rage de gain*, o la fiebre del lucro.

EL EDITOR ENTRA EN ESCENA*

En 1839, cuando Sainte-Beuve lamentaba la creciente importancia del dinero y la ola de mediocridad que estaba invadiendo la vida literaria, su principal preocupación eran los escritores. Sentía que traicionaban su oficio al escribir como en retahíla y por encargo entregas para los *feuilletons*. Pero ¿y los editores, las personas que les pagaban a los autores mercenarios que él deploraba? La figura del editor como profesional especializado surgió por primera vez en el siglo XIX. Para entonces, era un empresario que tenía la responsabilidad de reunir fondos para invertir y formar un elenco de autores con los que trataba de establecer una relación especial. Las obras completas de Victor Hugo, por ejemplo, eran tan extensas que publicarlas todas de una vez suponía, para la mayoría de los editores, una inversión demasiado onerosa. Se necesitaba un gran consorcio de inversores. En 1838, se fundó la sociedad Duriez para la explotación de las obras de Hugo –tanto publicadas como inéditas–, como si se tratara de un yacimiento petrolífero sumamente rentable. Por un tiempo, las acciones de Hugo se cotizaron en la Bolsa.[31]

La edición era una actividad que entrañaba gran riesgo, y muchos de los que la desarrollaban vivían endeudados. Louis Mame estuvo en bancarrota cuatro veces entre 1810 y 1837.[32] Edmond Werdet tuvo problemas ligeramente distintos. Se convirtió en el editor de Balzac, lo que era una interesante manera de

---

* *The publisher arrives*. Ver cap. 1, nota 2, para la distinción en inglés entre *publisher* y *editor*. [N. de la E.]

31. Lyons, *Le triomphe du livre*, p. 61.
32. Nicole Felkay, *Balzac et ses éditeurs, 1822-1837: essai sur la librairie romantique*, París, Promodis y Cercle de la librairie, 1987, pp. 138-159 (Mame) y pp. 219-249 (Werdet).

jugar a la ruleta rusa con la propia trayectoria. El generoso préstamo que le concedió a Balzac fue uno de los motivos que lo llevaron a la quiebra en 1837. En 1845, volvió a quebrar y se convirtió en viajante de comercio, aunque debió adoptar un nombre falso porque, en la década de 1850, aún lo perseguían los acreedores. Murió ciego, sin pena ni gloria, y sumido en la pobreza, a tal punto que no dejó dinero suficiente para pagar su propio funeral. Los nuevos tiempos exigían que los editores tuvieran una buena gestión financiera para mantenerse a flote en un mundo en el que la competencia era feroz. Algunos precursores, como es el caso de Ernest Flammarion, lograron tener éxito con un capital inicial de apenas 2.000 francos y un puesto de libros ubicado junto al teatro del Odéon, pero hubo otros como Charpentier, que en la década de 1830 se había adelantado a su tiempo, que no consiguieron prosperar porque sus conocimientos financieros dejaban mucho que desear.[33] Los editores debían tomar muchas y variadas decisiones, relacionadas con, por ejemplo, el formato y el precio final de un título, las cláusulas del contrato suscripto con un autor, el momento adecuado para publicar una reimpresión, y la organización de las campañas publicitarias y las estrategias de distribución. Muchos de ellos se consideraban líderes intelectuales o bien hombres que tenían la responsabilidad de popularizar el conocimiento y educar a las masas. Si lo lograban, podían alcanzar renombre, como sucedió con Pierre-Athanase Larousse y su diccionario, y con Karl Baedeker y sus guías turísticas. En Gran Bretaña, un grupo de editores se unió bajo el liderazgo de Frederick Macmillan para imponer, en 1899, un acuerdo de "precios netos" o precios fijos, que reguló la venta de libros y procuró poner fin a los descuentos no autorizados. Por su parte, el reconocimiento

33. Jean-Yves Mollier, *L'argent et les lettres: histoire du capitalisme d'édition, 1880-1920*, París, Fayard, 1988, pp. 227 y 233.

mundial del *copyright* otorgó a los editores mayor protección contra la piratería de libros. El convenio internacional sobre los derechos de autor suscripto en Berna en 1886 fue la culminación de una serie de acuerdos bilaterales celebrados entre Estados europeos, así como una condición esencial para la formación de una economía global del libro.

En Inglaterra, se establecieron los Macmillan, los Murray, los Longman y otras familias editoras. Algunos editores británicos eran *self-made men* que habían ascendido en la escala social desde orígenes muy humildes, como John Cassell, que se había desempeñado como obrero en un molino, discursista contra el consumo de alcohol, y comerciante de té y café. Los animaba un celo misionero de educar al gran público, ofreciéndole enciclopedias y revistas a bajo precio. En Francia, la edición cumplió una función importante en el desarrollo de una economía capitalista. El negocio editorial francés estaba aún bajo el dominio de las empresas familiares; de hecho, surgieron poderosas dinastías, como las familias Panckoucke-Dalloz y Didot. Sin embargo, este tipo de empresas no siempre disponía de recursos para seguir autofinanciándose, y se volvió cada vez más común que se constituyeran en sociedades anónimas, como sucedió con Paul Dupont, en 1871, y con Hachette, en 1919. En la Francia del siglo XIX, no existía el impuesto a la renta, lo que contribuyó a prolongar la capacidad de autofinanciamiento. Otros editores desarrollaron la "concentración vertical" en el sector, al adquirir sus propias fábricas de papel en un extremo del proceso de producción, y sus propias librerías en el otro. Establecieron vínculos más estrechos con los capitalistas del comercio y de las finanzas. Invirtieron en tierras y en acciones industriales. Los hermanos Garnier, por ejemplo, amasaron una fortuna con la venta de libros eróticos y obscenos durante la Monarquía de Julio, pero también fueron prestamistas e incursionaron en el negocio de la exportación de libros a América del Sur. Realizaron cuantiosas inversiones en propiedades

inmuebles en el distrito de Montparnasse y, hacia la época de la Tercera República, eran dueños de más de cuarenta edificios de apartamentos parisinos. De hecho, los ingresos que generaban sus propiedades eran cuatro veces superiores a las ganancias que obtenían en el negocio editorial. Por su parte, Calmann-Lévy, después de 1890, reinvirtió su dinero en ferrocarriles, empresas de servicios públicos, el Banque de France y la explotación minera de los yacimientos de Riotinto.[34] La edición ya formaba parte del mundo capitalista. Según Christine Haynes, el editor se instaló en el imaginario social como un "genio maligno", aunque también despertó admiración por sus emprendimientos audaces de magnitud napoleónica.[35]

Era preciso que los editores conocieran bien el mercado en el que se movían y, con frecuencia, comenzaban especializándose en un nicho rentable. Pierre François Ladvocat fue una eminencia en la edición de los románticos franceses en la década de 1820, así como el modelo de Balzac para la creación de Dauriat, un personaje de *Las ilusiones perdidas* (como siempre, una fuente excelente). Didot, por su parte, se especializó en textos clásicos. Hacia 1830, Hachette vislumbró el potencial que implicaba aprovechar la demanda de textos escolares, primero de nivel primario y, posteriormente, también de nivel secundario. Produjo una revista destinada a la docencia (*Le Lycée*), que fue el mejor medio para hacerse publicidad. Contaba con el apoyo del ministro de Educación, François Guizot, y hacia principios de la década de 1840, publicaba un promedio de 110 títulos por año.[36] Durante el Segundo Imperio, obtuvo la concesión de los puestos de venta de libros de las estaciones de ferrocarril, inspirado en el ejemplo inglés de

34. Ibíd., pp. 236-247 (Garnier) y 356-379 (Calmann-Lévy).
35. Christine Haynes, "An 'Evil Genius': The Construction of the Publisher in the Postrevolutionary Social Imaginary", *French Historical Studies* 30:4, 2007, pp. 559-595.
36. Jean-Yves Mollier, *Louis Hachette*, París, Fayard, 1999, p. 225.

William Henry Smith. Con esto, consiguió dar un paso adelante, desde los libros educativos a la literatura general, así como ejercer mayor control de la distribución de libros. En la década de 1860, produjo nada más y nada menos que 4.406 títulos.[37] La *Messageries* Hachette se convirtió en una importantísima empresa distribuidora. Hachette era un jefe inflexible que tenía una ética de trabajo muy exigente, y al fallecer, en 1864, era un ejemplo inmensamente rico del *self-made man*.

Los editores se valían de carteles, anuncios en la prensa y, por encima de todo, de la crítica literaria para dar a conocer y promocionar sus libros. Desarrollaron una estrategia de comercialización en períodos específicos. La Navidad comenzó a dominar la producción británica y, entre 1850 y 1880, el treinta por ciento de todos los títulos se publicaban para la temporada navideña.[38] En Francia y en Italia, se producían colecciones de cuentos, poemas e ilustraciones como regalos (*étrennes*) de Año Nuevo, y en todas partes, el mercado de los premios escolares alcanzó dimensiones considerables. Pierre-Jules Hetzel producía dos veces por año una magnífica edición no abreviada de una obra de Julio Verne para ese mercado.

La aparición del ferrocarril hizo que periódicos como *Le Petit Journal* llegaran al seno de la campiña francesa, y desplazó a los *colporteurs* que quedaban hacia las zonas rurales más remotas. *Le Petit Journal*, fundado en 1863, tenía un formato pequeño y se vendía a solo cinco céntimos. Fue el primer periódico francés de publicación diaria que conquistó a los lectores del interior. Hacia 1887, su tirada era de 950.000 ejemplares, con lo que se convirtió en el diario de mayor circulación del mundo.[39] A diferencia de

37. Ibíd., p. 326.
38. Eliot, *Some Patterns*, sección B.
39. Michael B. Palmer, "Some Aspects of the French Press During the Rise of the Popular Daily, c. 1860 to 1890", tesis doctoral en Filosofía de la Universidad de Oxford, 1972, p. 381.

sus predecesores, *Le Petit Journal* tenía muy pocos suscriptores: los lectores lo adquirían directamente merced a una red nacional de bocas de expendio. Se vendía en los nuevos quioscos instalados por Hachette en las estaciones de ferrocarril, y su distribución estaba a cargo de vendedores ambulantes que los recogían en depósitos ubicados en las estaciones de ciudades pequeñas y los llevaban en bicicleta a la campiña.

Los puestos de venta de libros de las estaciones de trenes constituyeron una importante novedad. En 1848, W. H. Smith inauguró el primero en la estación Euston de Londres. Poco tiempo después, los inconfundibles *yellowbacks* de un solo volumen (novelas populares de bajo precio, en rústica, con cubiertas amarillas) que se vendían a los viajeros comenzaron a disputarle el trono a la novela de tres tomos. Otros editores, como Richard Bentley y George Routledge, crearon sus propias colecciones –denominadas *Railway Libraries*– para este nuevo mercado. A diferencia de lo que ocurría en Gran Bretaña, en Francia el derecho de vender libros en las estaciones de ferrocarril estaba bajo la celosa custodia de una única empresa. Habiendo asegurado su monopolio, Hachette creó siete colecciones especiales para los puestos de las estaciones. Cada una de ellas estaba compuesta por volúmenes de bajo precio, relativamente breves, en formato dieciseisavo –cómodo para llevar–, con material inofensivo y apto para un público muy amplio, y se distinguía por su color, como la "Biblioteca Rosa" para escolares.[40] En los puestos de Hachette, también se vendían libros producidos por otros editores, pero a los precios de esa editorial. Aunque, en 1896, Flammarion logró arrancarle la concesión, Hachette la recuperó después de 1903. La contraoferta por parte de editores rivales hizo que subiera el canon de la concesión, pero

40. Mollier, *Louis Hachette*, cap. XI; Élisabeth Parinet, "Les bibliothèques de gare, un nouveau réseau pour le livre", *Romantisme* 80, 1993, pp. 95-106.

Hachette, sagazmente, fue adquiriendo proveedores de periódicos. Hacia fines de siglo, la principal actividad de los puestos de las estaciones era la venta de periódicos, que daba cuenta del setenta y cinco por ciento de su volumen de negocios.

LAS BIBLIOTECAS, LOS GABINETES DE LECTURA Y LAS LIBRERÍAS

Si bien el crecimiento de las bibliotecas públicas de préstamo fue muy desigual, se convirtieron en un elemento esencial del paisaje en la era de la lectura masiva. En Francia, surgieron de manera muy tardía en el siglo XIX, y en Australia, las bibliotecas de préstamo con fines de lucro dominaron el terreno hasta bien entrado el siglo XX. En cambio, en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, las bibliotecas públicas corrieron mejor suerte. Asimismo, eran muchas las instituciones que ofrecían diferentes oportunidades de lectura: a finales de siglo, había bibliotecas que prestaban libros en las fábricas y en las tiendas por departamentos, y las asociaciones religiosas, los movimientos políticos y los sindicatos también contaban con bibliotecas. Aquí pasaremos revista a solo algunas de ellas.

En los gabinetes de lectura de Francia podían alquilarse libros por volumen o por hora. Algunos eran poco más que quioscos en los que los transeúntes alquilaban periódicos por una o dos horas. Otros eran filiales de los talleres de imprenta. En París, los suscriptores abonaban alrededor de 3 francos por mes, más otros 15 o 20 céntimos cuando alquilaban un libro. La suscripción era equivalente al salario que ganaba un trabajador francés por una jornada laboral completa, y los clientes de los gabinetes de lectura eran principalmente estudiantes que acudían con sus novias, abogados, médicos y burgueses respetables. Se necesitaba poco capital inicial para instalarlos, por lo que eran una propuesta comercial atractiva para las viudas o los soldados retirados. Los gabinetes de lectura

de París tuvieron su época de esplendor en la década de 1830 y a principios de la década siguiente, cuando los oficialmente autorizados sumaban más de 200, y la mayoría se encontraban en el Barrio Latino o dondequiera que hubiese muchos transeúntes: en los grandes bulevares, cerca de los teatros del *Boulevard du Temple*, o en el Palacio Real y sus alrededores.[41] En otras partes de Europa, los gabinetes de lectura tuvieron una vida mucho más prolongada, debido a que el precio de los libros no cayó de manera tan abrupta como ocurrió en Francia. En Alemania, algunos eran establecimientos comerciales de enormes proporciones, como el colosal Borstell & Reimarus, ubicado en el centro de Berlín, que en 1891 ofrecía en alquiler 600.000 volúmenes en sus cuatro pisos. Entre sus prestigiosos clientes, se encontraban Otto von Bismarck y el historiador Theodor Mommsen.[42]

Cualquiera que fuera su tamaño, los gabinetes de lectura prosperaron debido al deficiente servicio de las bibliotecas. La biblioteca tradicional no prestaba libros. Se arrogaba como función principal la preservación de objetos raros más que la atención al público lector. Abría solo algunas horas por semana, y ofrecía sus servicios a un puñado de estudiosos antes que al gran público. De hecho, no era improbable que el bibliotecario considerara la presencia de un lector como una intromisión inoportuna. Un bibliotecario francés, satisfecho de su habilidad para mantener a los lectores lejos del edificio, respondió: "Señor, ¿cree que habría aceptado este puesto si estuviera obligado a ponerme de pie constantemente por cada imbécil al que se le ocurre venir a leer novelas o poesía?".[43]

41. Françoise Parent-Lardeur, *Les cabinets de lecture: la lecture publique a Paris sous la Restauration*, París, Payot, 1982. La figura de los *cabinets de lecture* incluye librerías que prestaban libros.
42. Barbier, *L'empire du livre*, pp. 502-503.
43. Lyons, *Le triomphe du livre*, p. 173.

Desde luego, las bibliotecas del interior disponían de escasos recursos, y no contaban con empleados profesionales. Surgieron movimientos reformistas con el propósito de modificar esa situación y crear bibliotecas de préstamo para satisfacer las necesidades del público. Se pensaba que las bibliotecas públicas contrarrestarían la influencia de la literatura socialista que había amenazado a la sociedad durante la revolución de 1848. Para los liberales franceses, su potencial efecto neutralizador del influjo de los clericales en las masas revestía igual importancia. Las bibliotecas de préstamo fueron concebidas con el fin de mejorar e instruir a las clases trabajadoras y reducir sus excesos con el alcohol. En Francia, la *Franklin Society* y la *Ligue de l'Enseignement* lanzaron, en la década de 1860, movimientos para crear bibliotecas populares y, hacia 1902, había al menos trescientas. En el capítulo 11, analizaremos en qué medida las aprovechaban los lectores de las clases trabajadoras.

En Gran Bretaña, en 1850, se autorizó por ley que los ayuntamientos impusieran un gravamen de medio penique para financiar las instalaciones de las bibliotecas, impuesto que se duplicó en 1855. A ello debe Gran Bretaña su sistema de bibliotecas públicas, que se caracteriza por la descentralización. En 1902, Leeds, cuya población era de 400.000 habitantes, se jactaba de tener una biblioteca central y catorce sucursales abiertas todo el día, además de salas de préstamo y hemerotecas.[44] No existía nada igual en el continente europeo y, de hecho, la imponencia arquitectónica de estas bibliotecas solía hacer que los trabajadores de las clases humildes desistieran de aventurarse a ingresar en sus venerables salas.

44. Jean Hassenforder, *Développement comparé des bibliothèques publiques en France, en Grande-Bretagne et aux Etats-Unis dans la seconde moitié du XIXe siècle, 1850-1914*, París, Cercle de la Librairie, 1967.

En los Estados Unidos, en cambio, fue una combinación de gravámenes locales y la generosa filantropía de Andrew Carnegie y otros lo que aseguró una mayor presencia de bibliotecas públicas, sobre todo en Massachusetts. Entre 1886 y 1917, en ese país se construyeron unas 1.600 bibliotecas públicas con fondos provistos por Carnegie, un inmigrante escocés pobre devenido millonario de la industria siderúrgica y filántropo en gran escala. Carnegie imaginaba la biblioteca pública como un imponente edificio de estilo italiano, con una cúpula y una columnata clásica, preferentemente rodeado por un parque. El propósito de Carnegie era ofrecer libros a los trabajadores que tenían afán de autosuperación, pero los funcionarios de clase media del interior del país preferían que sus bibliotecas estuvieran situadas lejos de los barrios de las clases obreras, y cerca de las iglesias y los tranquilos barrios residenciales.[45] En 1922, la temeraria planificación de la biblioteca de Gainesville, estado de Texas, preveía una "sala de lectura para negros", que se abastecería de libros con fondos que debía reunir la población de color del lugar. La sala iba a estar ubicada en el sótano del edificio, de manera que sus usuarios no molestaran a los lectores blancos. No obstante, el plan era demasiado extremista y nunca se concretó.[46] En ocasiones, el respeto de las elites por las instituciones culturales y su encomiable deseo de que estuvieran a disposición del populacho entraban en conflicto. En teoría, las bibliotecas estaban concebidas para acercar la cultura a todos, sin diferencia de clases, pero en la práctica, parecían espacios sagrados, palacios de mármol en los que nadie se atrevía a elevar la voz, lo que intimidaba a los lectores en lugar de incitarlos a ingresar en ellas.

45. Abigail A. Van Slyck, *Free to All: Carnegie Libraries and American Culture, 1890-1920*, Chicago, Chicago UP, 1995, pp. 138-139.
46. Ibíd., pp. 158-159.

Los que resultaron favorecidos como nunca antes fueron los compradores de libros. Las librerías fomentaron la democratización de la cultura lectora y promovieron la aculturación de las masas rurales. Al igual que los gabinetes de lectura, a veces eran una actividad secundaria de una tienda de comestibles o una ferretería. Al mismo tiempo, podían ser un centro para el activismo político. La instalación de una librería en una ciudad pequeña tendía puentes entre el lector del interior y la cultura literaria metropolitana, y generaba buenas perspectivas para la homogeneización literaria y cultural en todo el país. En Francia, las novelas populares de bajo precio que se imprimían en París se hallaban rápidamente a disposición de todas las clases sociales en las pequeñas ciudades que contaban con una librería. A mediados del siglo XIX, la biblioteca pública aún se encontraba en estado embrionario. Durante un breve período histórico, la librería de venta al público se convirtió en un vital agente propulsor de la homogeneidad cultural, así como en un generador de ganancias para los editores y los directores de periódicos. Por tanto, la creación de la red nacional de librerías fue un paso decisivo en la construcción de una aldea nacional, si bien aún no global. En Alemania, hacia 1895 había, en promedio, una librería cada 10.000 habitantes, relación que no dejó de crecer.[47] En Francia, esa proporción se había alcanzado un tiempo antes en el mismo siglo. El aumento del número de librerías en el plano nacional estaba zanjando las diferencias que persistían en el ámbito de las regiones.[48] Indefectiblemente, las ciudades capitales contaban con numerosos puntos de venta. En Brandeburgo y en Berlín, había una librería cada 3.700 habitantes en 1913, mientras que, en París, la relación ya era de una librería cada 2.000 habitantes a mediados del siglo XIX.[49]

47. Barbier, *L'empire du livre*, p. 161.
48. Lyons, *Le triomphe du livre*, pp. 197-200.
49. Barbier, *L'empire du livre*, p. 236; Marie-Claire Bosq, "L'implantation des libraires à Paris, 1815-1848". En: Jean-Yves Mollier (ed.), *Le commerce de la librairie en*

La venta callejera de libros constituía otro mercado dinámico. En Francia, este mercado tendía a estar muy politizado, y la venta de panfletos y periódicos de una sola página llegó a su punto álgido en épocas de elecciones o durante las controversias que se suscitaron en torno al caso Dreyfus. En España, en cambio, la venta callejera hacía las veces de contrapeso frente al escaso número de librerías, que apuntaban a una clientela de intelectuales y profesionales, y no eran el lugar indicado para las clases obreras faltas de dinero.[50] En Madrid, los lectores podían comprarles libros directamente a los vendedores ambulantes ciegos que se congregaban en los alrededores de la Puerta del Sol, o bien adquirirlos en los pocos quioscos que encontraban por las calles, y hasta los ejemplares de las obras de ficción que se publicaban por entregas se distribuían entre los suscriptores puerta a puerta. En la ciudad, había una estructura móvil de puestos en los que se vendían libros nuevos a bajo precio así como libros usados, sobre todo para niños. Las ferias de libros de Madrid se volvieron muy populares en la década de 1930, época en que los libreros hacían un diez por ciento de descuento. Los republicanos consideraban que esas manifestaciones populares eran un elemento muy positivo de la cultura democrática y, durante la Segunda República, se patrocinó la visita a los pueblos de camiones librería. Habían surgido diferentes tipos de puntos de venta de literatura. Se vendían libros en las tiendas por departamentos, en los andenes de las estaciones de ferrocarriles, y en puestos provisorios que se instalaban en las calles de la ciudad. En 1912, la editorial alemana Reclam llegó a recurrir a máquinas expendedoras que

France au XIXe siècle, 1789-1914, París, IMEC/MSH, 1997, pp. 27-50.

50. Ana Martínez Rus, "El libro en la calle. De la venta ambulante a las ferias del libro". En: Antonio Castillo Gómez (dir.) y Verónica Sierra Blas (ed.), *Senderos de ilusión. Lecturas populares en Europa y América latina. (Del siglo XVI a nuestros días)*, Gijón, Ediciones Trea, 2007, p. 171.

permitían comprar libros a diez *Pfennigs* –céntimos– en las estaciones y en los hospitales.[51] El libro era ya un objeto cotidiano de consumo masivo.

LOS MERCADOS NACIONALES

Tal como planteó Eliot, hubo dos etapas en la industrialización de la lectura.[52] La primera comenzó en la década de 1830 y corresponde a la primera mitad del siglo XIX. Fue la época de las prensas de vapor y los primeros ferrocarriles. Sin embargo, junto con estos íconos de la modernidad, las bibliotecas circulantes aún eran prósperas, y los vendedores ambulantes seguían vendiendo pliegos de cordel. Después de 1870, se produjo una segunda transformación, cuando entraron en escena la litografía, la electricidad, los libros en rústica de bajo precio, las bibliotecas de préstamo, la alfabetización universal y los periódicos de publicación diaria, con sus tiradas masivas. Esta configuración tiene un dejo británico, y el ritmo del desarrollo fue distinto en otras sociedades. El impacto de la aparición del ferrocarril se sintió de lleno en Francia y en Alemania solo en el último tercio del siglo, y en algunos lugares de Europa, los vendedores ambulantes y los gabinetes de lectura subsistieron hasta entrado el siglo XX, cuando ya eran obsoletos en el resto del continente. El resumen de Eliot hace hincapié en los adelantos tecnológicos, pero en este capítulo hemos puesto de relieve cambios de índole más diversa, entre los que se encuentran el surgimiento del editor como precursor del empresario capitalista moderno y la formación de una red de librerías.

51. Barbier, *L'empire du livre*, p. 96.
52. Eliot, *Some Patterns*, pp. 106-107.

En el último cuarto del siglo XIX, la circulación masiva de ficción popular a bajo precio trajo aparejado el establecimiento de nuevos vínculos culturales. La globalización de la cultura masiva nació allí, en el mercado masivo de ficción del siglo XIX. La transformación de la lectura en ese siglo dio lugar al surgimiento de mercados nacionales integrados. Por mencionar un ejemplo, en la Francia del siglo XVIII, los únicos libros que se leían en todo el país eran los catecismos, los libros de oración y las vidas de los santos. En cambio, hacia fines del siglo XIX, los lectores de toda Francia compraban o retiraban de las bibliotecas novelas como *Notre-Dame de Paris* (*Nuestra Señora de París* o *El jorobado de Notre Dame*) de Victor Hugo o *Les trois mousquetaires* (*Los tres mosqueteros*) de Dumas. Se había creado un público lector homogéneo, al fusionarse los típicos lectores de literatura culta, por un lado, y aquellos que eran representativos de los textos populares de la *bibliothèque bleue*, por el otro, para conformar un nuevo público masivo. Parafraseando a Eugen Weber, los lectores habían devenido franceses.[53] Asimismo, la creación de un mercado nacional del libro fue una condición esencial para la unificación de Alemania. Lo mismo puede decirse de Italia después de 1861, si bien en ese país el aumento de la producción de libros, que tuvo su epicentro en Milán, fue irregular desde un punto de vista geográfico. Las tasas de analfabetismo relativamente altas dilataron la formación de un público lector nacional. En todas partes, este proceso se valió necesariamente de la aparición del ferrocarril para distribuir los libros, de un sistema bancario nacional para efectuar transacciones complejas, de un servicio postal nacional para repartir los periódicos, y de sistemas nacionales de educación primaria que prepararan a los lectores jóvenes para vivir en sociedad.

53. Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernisation of Rural France, 1870-1914*, Londres, Chatto & Windus, 1977.

De todas maneras, no debemos sobreestimar el papel que desempeñó la educación en esta transformación. En Gran Bretaña y en Francia, la alfabetización universal se logró antes de la instauración plena de un sistema nacional de educación primaria gratuita. En los países de Occidente, con anterioridad a la década de 1880, la influencia de la educación formal no fue más que periódica. Ante la falta de instrucción formal, los principiantes se valían de múltiples vías extracurriculares para llegar a dominar la lectura y la escritura, e iniciaban su aprendizaje con miembros de la familia, vecinos, compañeros de trabajo, sacerdotes y empleadores, por nombrar solo algunos recursos disponibles. Hubo nuevas categorías de lectores que se sumaron al público lector, que se amplió para dar cabida, en primer lugar, a la clase media baja conformada por tenderos, oficinistas y artesanos, y también, con el tiempo, a los trabajadores no calificados. En Europa, hacia fines de siglo, incluso los campesinos estaban aprendiendo a utilizar los instrumentos de la cultura escrita. Cuando por fin se instauró la educación primaria universal, el aprendizaje de la lectura y la escritura se trasladó del hogar a la escuela. Por consiguiente, el acceso a la cultura escrita se volvió ajeno al ritmo del trabajo y de la vida familiar. La lectura aprendida en la escuela creó una nueva identidad social y nacional que derribó las divisiones basadas en factores como la clase, la religión y el origen étnico y, así, surgió una cultura pública más homogénea.

Capítulo 11
Nuevos lectores y nuevas culturas lectoras

El medio siglo transcurrido entre las décadas de 1880 y 1930 fue la edad de oro del libro en Occidente: la primera generación que tuvo acceso a la alfabetización masiva fue también la última que vio al libro sin nada que le hiciera sombra como medio de comunicación, ni la radio ni los medios electrónicos del siglo XX. El público lector había ganado varios estratos nuevos, y el número de lectores de libros había alcanzado niveles masivos. El libro se había "desacralizado"; era un artículo de consumo cotidiano como el jabón o las papas. En este capítulo, examinaremos dos importantes sectores de las masas lectoras: el público femenino y los trabajadores. Las mujeres, desde luego, siempre habían formado parte del público lector, pero nunca habían ocupado un lugar tan preponderante como lo hicieron en el siglo XIX, ni planteado problemas sociales tan serios como lectoras. Los lectores de las clases trabajadoras eran otro nuevo componente del público y, como en el caso de las mujeres, lo que leían generaba inquietud entre las elites. Nunca antes había sido tanta la gente que sabía leer, pero, de acuerdo con lo que escribió el comentarista francés Arnould Frémy en 1878, el libro estaba hundiéndose en un océano de trivialidad que emanaba de los periódicos. La prensa alentaba la emisión de juicios precipitados y superficiales, al presentar "un gigantesco bazar de hechos, curiosidades e ideas en el que los asuntos contemporáneos más serios alternan a diario con las

1. Arnould Frémy, *Comment lisent les français d'aujourd'hui?*, París, Calmann-Lévy, 1878, pp. 7 y 67-92.

futilidades de la vida cotidiana".[1] Los educadores de hoy suelen lamentar el hecho de que la gente lea demasiado poco; en el siglo XIX, se protestaba porque la gente leía demasiado, en forma harto indiscriminada y subversiva. La lectura masiva era un nuevo problema social.

En el capítulo 10, presentamos algunas de las condiciones esenciales que posibilitaron el surgimiento de una cultura literaria masiva. En este capítulo, centraremos la atención directamente en los propios lectores. Contemplaremos lo que sabemos sobre las preferencias y los hábitos del público femenino y de los lectores de las clases trabajadoras. Es preciso reconocer las reacciones de cada uno ante los intentos de guiar y supervisar su lectura. Como sostuvo Jonathan Rose en términos provocadores, debemos "interrogar al público" y descubrir indicios en sus reacciones.[2] Los trabajadores y las mujeres no eran lectores pasivos, proclives a dejarse influir y disciplinar. Eran lectores activos, absolutamente capaces de aceptar o bien de rechazar los modelos de lectura que se les imponían así como de –pese a todas las dificultades que enfrentaban– improvisar su propia cultura literaria.

Los nuevos lectores del siglo XIX eran una fuente de ganancias, pero también un motivo de inquietud y de tensión para las elites sociales. Las revoluciones de 1848 –iniciadas en Francia y luego extendidas a gran parte de Europa– se achacaron, en parte, a la difusión de la literatura subversiva y socialista, que llegó al trabajador urbano y a un nuevo público de campesinos. En 1858, el novelista británico Wilkie Collins acuñó la expresión "el público desconocido", en alusión a las "tribus literarias perdidas" conformadas por tres millones de lectores de las clases bajas que se encontraban "al margen de la civilización literaria" porque nunca leían libros.[3] Se

2. Jonathan Rose, "Rereading the English Common Reader: A Preface to a History of Audiences", *Journal of the History of Ideas* 53/1, 1992, pp. 47-70.
3. Wilkie Collins, "The Unknown Public". En: Ira B. Nadel (ed.), *Victorian Fiction: A Collection of Essays*, Nueva York, Garland, 1986.

refería a los lectores de *penny magazines* (revistas que costaban alrededor de un penique), llenas de ilustraciones, que ofrecían un banquete semanal de historias sensacionalistas, novelas por entregas, anécdotas, cartas de lectores, secciones destinadas a contestar consultas del público, y recetas de cocina. Entre los lectores de las *penny novels* –novelas sensacionalistas de autores menores que se publicaban por entregas en las *penny magazines*– se encontraban sirvientas y dependientas, "las clases de las jovencitas". Según Collins, "es probable que el futuro de la ficción inglesa esté en manos de este 'público desconocido', que hoy espera que le enseñen a distinguir un libro bueno de uno malo". Los nuevos lectores de Inglaterra, que jamás compraban un libro ni se suscribían a una biblioteca, producían en los observadores de clase media una sensación de revelación matizada de miedo.

LA LECTORA, EN BUSCA DE UN ESPACIO PROPIO

Las desventajas con las que todas las mujeres –salvo las más acaudaladas– habían tenido que lidiar estaban desapareciendo. La histórica disparidad entre las tasas de alfabetización de hombres y mujeres fue atenuándose hasta que, hacia fines del siglo XIX, dejó de existir (ver el capítulo 7). Si bien la instrucción de las niñas se hallaba en expansión, en toda Europa seguía rezagada respecto de la de los niños. A finales del siglo XIX, solo el nueve por ciento del alumnado de las escuelas estatales rusas eran niñas, y en Navarra (España), en 1807, el número de escuelas para varones duplicaba el número de escuelas para niñas. En Francia, las primeras escuelas normales para formar maestras se fundaron recién en 1842, aunque, hacia 1876, eran más de dos millones las niñas francesas que iban a la escuela.[4] Así, la mayor escolarización formal de las niñas se produjo después, y no

antes, de la feminización del público lector. Las cada vez más numerosas oportunidades de empleo para las mujeres (como maestras, dependientas, o empleadas de oficinas postales) así como la transformación de las expectativas que se tenían de ellas contribuyeron a aumentar el nivel de alfabetización femenino. El siglo XIX presenció el surgimiento de escritoras e intelectuales mujeres, descendientes de las damas con pretensiones literarias del siglo XVIII. Las escritoras, ridiculizadas sin piedad en publicaciones satíricas como *Le Charivari*, que las tildaba de amenaza para la estabilidad doméstica, dejaron su impronta. Algunas, como George Sand, adquirieron notoriedad, aunque esto no debe opacar el aporte más general de las escritoras del siglo XIX en distintos lugares. La *femme de lettres* había irrumpido en escena.

El papel tradicional de la lectora era el de custodia de la costumbre, la tradición y los ritos familiares. Pierre-Jakez Hélias, recordando su propia infancia bretona a comienzos del siglo XX, relató que la vida de los santos había formado parte del ajuar de su madre:

> En casa, además de los libros de oración de mi madre y algunos compendios de himnos, había solo dos libros grandes. Uno, que se encontraba siempre en el alféizar de la ventana, era el diccionario francés de Monsieur Larousse [...] el otro estaba guardado en el baúl que mi madre había recibido como regalo de bodas. Se trataba de una versión en bretón de las *Vidas de los santos*.[5]

En este relato, se vincula una serie de dicotomías relacionadas con la religión, la lengua y el género. El baúl del ajuar materno era un

4. Raymond Grew y Patrick J. Harrigan, *School, State and Society: The Growth of Elementary Schooling in Nineteenth-Century France. A Quantitative Analysis*, Ann Arbor, Michigan UP, 1991, p. 47.
5. Pierre-Jakez Hélias, *The Horse of Pride: Life in a Breton Village*, trad. de J. Guicharnaud, New Haven (CT), YUP, 1978, p. 96.

acervo de conocimientos religiosos, a diferencia del Larousse, que era un tesoro de saberes laicos. Las *Vidas de los santos* (o *Buhez ar zent*, en bretón) representaba a la Francia católica, mientras que el Larousse era un emblema del republicanismo secular. El baúl de la madre de Hélias constituía, asimismo, territorio de habla bretona, y el alféizar donde se hallaba el Larousse era una suerte de altar consagrado a la lengua francesa. El de las *Vidas de los santos* era un dominio específicamente femenino, y la imagen tradicional de la mujer lectora tendía a ser la de una lectora religiosa, dedicada a su familia, muy apartada de los asuntos de la vida pública.

Las nuevas lectoras del siglo XIX tenían gustos distintos, más seculares, y se concibieron nuevas formas de literatura para su consumo. Los libros de cocina, como *La cuisinière bourgeoise*, en el caso de Francia, y la guía para amas de casa de Isabella Mary Beeton, en el de Gran Bretaña, hacían las veces de importantes modelos de conducta para la clase media, y su propósito era ayudar a la dueña de casa a dar mejores instrucciones a la servidumbre. Las revistas para mujeres incluían recetas de cocina y consejos sobre etiqueta, además de noticias del mundo de la moda. El *Journal des dames et des modes* ('Periódico de damas y de moda'), una publicación precursora que apareció entre 1797 y 1837, presentaba grabados y descripciones de vestimenta tanto para el hombre como para la mujer. Las revistas de moda fueron conquistando a un público más numeroso, tendencia que se volvió manifiesta en Francia cuando la palabra *femme* ('mujer') reemplazó a *dame* ('dama') en los títulos de las revistas. Hacia 1866, *La mode illustrée* ('La moda ilustrada') –con su mezcla de ficción, consejos para el hogar, y páginas de moda con ilustraciones suntuosas– tenía una tirada de 58.000 ejemplares.[6]

6. Evelyne Sullerot, *La presse féminine*, París, Armand Colin, 1963, pp. 16-30.

En Francia, durante el Segundo Imperio, florecieron las revistas semanales ilustradas, muchas de ellas basadas en antecedentes ingleses como *The Penny Magazine* o *The Illustrated London News*. *Le journal illustré* ('El periódico ilustrado'), por ejemplo, era un semanario, fundado en 1864, que tenía ocho páginas en folio. Traía una ilustración que ocupaba una o dos páginas, y presentaba vistas de París, crucigramas, algunas noticias de Europa, notas sociales y crónicas de teatro. En 1864, un número enteramente escrito por Alejandro Dumas y Gustave Doré alcanzó ventas de 250.000 ejemplares.[7] Estos semanarios, que costaban diez céntimos y se vendían en los quioscos de la calle, estaban pasando a ser parte de la cultura urbana de masas. *Les veillées des chaumiéres* ('Las veladas en las cabañas') tenía como destinatario específico al público femenino y proponía un contenido más elevado y edificante que sus rivales. El texto, distribuido en dos columnas, apenas estaba interrumpido por los títulos de los capítulos. Solo en el siglo XX, las revistas para mujeres descubrieron el valor de interrumpir el texto y de intercalar anuncios ilustrados. Con ello, proponían una suerte de lectura fragmentada, más acorde con las pausas que debía hacer el ama de casa moderna para ocuparse de sus quehaceres.

LAS LECTORAS Y LA NOVELA

Para los editores de la época, las lectoras eran, ante todo, consumidoras de novelas. Se les ofrecían colecciones como la Collection des Meilleurs Romans Français Dédiés aux Dames ("Colección de las Mejores Novelas Francesas Dedicadas a las Damas") de Werdet, u obras de ficción destinadas a *le donne gentili* ('las señoras de buena familia') de Stella, en Milán. El propósito de tales títulos

7. *Le journal illustré* 8, 3-10 de abril de 1864.

era atribuirse respetabilidad en procura de que los compradores, tanto hombres como mujeres, tuvieran la tranquilidad de que los contenidos eran aptos para ojos delicados. Su objetivo era captar un sector específico del mercado, pero, a la vez, impulsaban la expansión de una subcultura propia de la mujer lectora. A la larga, esta práctica redujo las ventas en lugar de incrementarlas, por lo que solo se repitió en casos aislados con posterioridad al período de la Restauración (1815-1830). De todas maneras, crear una colección definida por su público antes que por su contenido fue una innovación en el mundo editorial.

El novelista Stendhal destacaba la importancia de la lectora. Sostenía que leer novelas era la actividad preferida de las mujeres del interior de Francia: "Prácticamente no hay mujeres de provincia que no lean sus cinco o seis volúmenes por mes; muchas leen quince o veinte; y no es posible encontrar ninguna ciudad pequeña que no posea dos o tres *cabinets de lecture*".[8] Si bien las mujeres distaban de ser las únicas personas que leían novelas, se las consideraba el destinatario principal de la ficción popular y romántica. La feminización del público lector de novelas parecía confirmar las ideas preconcebidas imperantes sobre los roles de género y las características de la inteligencia femenina. Se creía que las novelas eran aptas para las mujeres porque se veía a estas como esclavas de la imaginación, de poca capacidad intelectual, tan frívolas como emocionales. La novela era la antítesis de la literatura práctica e instructiva. Exigía poco desde lo intelectual, y su único propósito era entretener a los lectores que disponían de tiempo libre. La novela pertenecía, ante todo, al mundo de la imaginación. Los periódicos, al brindar información sobre los acontecimientos de la vida pública, eran, por lo general, territorio mas-

8. Stendhal, *Correspondence*, eds. A. Paupe y P.-A. Chéramy, 3 vols., París, Bosse, 1908, vol. 3, pp. 89-92.

culino; las novelas, al versar sobre la vida interior, formaban parte de la esfera privada a la que, en teoría, estaban relegadas las mujeres burguesas del siglo XIX.

Esto entrañaba una amenaza para el marido y paterfamilias burgués del siglo XIX: la novela podía enardecer las pasiones y estimular la imaginación femenina. Podía alentar expectativas románticas poco razonables; podía exponer a tentaciones eróticas que hacían peligrar la castidad y la estabilidad de los matrimonios. Por consiguiente, la novela del siglo XIX se asociaba con los atributos (supuestamente) femeninos de la irracionalidad y la vulnerabilidad emocional. No fue casual que el adulterio femenino se convirtiera en una forma novelística representativa de la transgresión social durante ese período –con personajes como Emma Bovary, Ana Karenina y Effi Briest–, porque existía un estrecho vínculo entre la seducción y la novela. La Emma Bovary de Flaubert llegó a ser el arquetipo de la mujer llevada a la ruina por las fantasías que despierta la lectura. Emma, desencantada de su matrimonio con un médico rural bien intencionado pero aburrido, devoraba poesía y novelas eróticas que exacerbaron su imaginación y la condujeron a tener aventuras prohibidas que nunca terminaban siendo más satisfactorias que su matrimonio. Las lecturas románticas de Emma Bovary precipitaron su búsqueda de la realización, su infausto adulterio, su caída en la bancarrota y, finalmente, su suicidio.

La lectura cumplía una importante función en la sociabilidad femenina en todos los estratos. En Indiana, en la década de 1880, las mujeres de la familia Hamilton –objeto de estudio de Barbara Sicherman– conformaban un club de lectoras de múltiples generaciones. Sus sesiones de lectura consistían en leer en voz alta, debatir los libros, coser y chismorrear.[9] En los bares y en los *cabarets*,

9. Barbara Sicherman, "Sense and Sensibility: A Case Study of Women's Reading in Late-Victorian America". En: Cathy N. Davidson (ed.), *Reading in America: Literature and Social History*, Baltimore, Johns Hopkins UP, 1989, pp. 206-207.

los hombres intercambiaban opiniones sobre temas públicos mientras leían el periódico; en cambio, la ficción y las guías prácticas circulaban por redes exclusivamente femeninas. En 1850, un escritor de Burdeos hizo el siguiente comentario: "En estos tiempos, la sociedad está dividida en dos grandes bandos: por un lado, los hombres, que fuman y juegan, y por el otro, las señoras y las señoritas, cuya vida transcurre entre la lectura de novelas y la música".[10] Cuando se reunían lectores de ambos sexos, la mujer solía ocupar un espacio sometido a la tutela del hombre. En algunas familias católicas, las mujeres tenían prohibido leer el periódico. Lo habitual era que un varón lo leyera en voz alta. Se trataba de una tarea que implicaba superioridad moral y el deber de seleccionar o censurar el material.

De los hombres se esperaba que leyeran las noticias políticas y deportivas, mientras que a las mujeres se les asignaban las secciones del periódico dedicadas a los *faits divers* y la ficción por entregas. En consecuencia, el territorio del periódico se dividía en áreas temáticas en función de las expectativas de género. El *roman-feuilleton*, o novela por entregas, era tema de conversación cotidiana de las mujeres lectoras, y muchas de ellas separaban las distintas entregas conforme se publicaban y, luego, las encuadernaban cosiéndolas o pegándolas. Era habitual que las novelas así improvisadas pasaran de mano en mano entre las mujeres. Como explicó la hija de un zapatero de Provenza nacida en el año 1900:

> Solía separar las entregas del periódico y reencuadernarlas, y las mujeres nos las pasábamos. Los sábados por la tarde, los hombres iban al café, y las mujeres solían venir a casa a jugar a las cartas, aunque lo

10. Georges Duby (ed.), *Histoire de la France urbaine, Vol. 4, La ville de l'âge industriel: le cycle haussmannien*, París, Seuil, 1983, p. 366.

> principal era intercambiar nuestras novelas por entregas, cosas como *Rocambole* o *La porteuse de pain*.[11]

De esta manera, mujeres que quizá nunca hubiesen comprado un libro improvisaban su propia biblioteca con textos separados de los periódicos, cosidos entre sí, y compartidos con frecuencia.

LAS LECTORAS CONVENCIONALES Y LAS INCONFORMISTAS

Algunos historiadores que recogen testimonios orales entrevistaron a mujeres acerca de los hábitos de lectura de su familia en el período anterior a 1914, y llegaron a conocer muy bien algunas actitudes comunes. La respuesta más habitual de las mujeres, al rememorar su vida como lectoras, es lamentarse porque jamás tenían tiempo para leer. Sobre ellas y sus madres, dicen cosas como: "estaba demasiado ocupada con mis quehaceres" o "mamá nunca tenía un segundo de descanso". Según los recuerdos de muchas mujeres de las clases trabajadoras, pelar patatas, bordar, y hacer pan y jabón no les dejaba tiempo para el esparcimiento. Rememoraban que, de niñas, temían que las castigaran si las sorprendían leyendo. Las obligaciones domésticas eran primordiales, y admitir que leían equivalía a confesar haber desatendido sus responsabilidades en el ámbito familiar. La imagen idealizada de la buena ama de casa parecía incompatible con la lectura.

No obstante, las mujeres de las clases trabajadoras efectivamente leían –revistas, ficción, recetas de cocina, figurines–, como también descubrieron los historiadores sobre la base de los testimonios

11. Anne-Marie Thiesse, *Le roman du quotidien: lecteurs et lectures populaires à la Belle Époque*, París, Le Chemin Vert, 1984, p. 22 (la traducción es del autor).

orales, aunque insistían en restar valor a su propia cultura literaria. Muchas entrevistadas describían sus lecturas de ficción como "basura" o "tonterías", una pérdida de tiempo que atentaba contra una ética de trabajo muy exigente. Estas mujeres, cuyos testimonios fueron recogidos por los historiadores en Francia y en Australia, negaban su propia competencia cultural.[12] Aceptaban las expectativas convencionales de la mujer como ama de casa, un ser intelectualmente inferior y con una capacidad limitada para la lectura. Las que transgredían estos estereotipos leían en secreto. Los libros les brindaban un placer furtivo e ilícito. Lavinia Swainbank, una criada que trabajaba en una casa solariega inglesa en 1925, leía los libros de sus empleadores, algo habitual pero peligroso. En la década de 1920, Winifred Foley, una empleada doméstica, fue golpeada por su patrona de noventa años por leer *La cabaña del tío Tom*.[13]

Además de los lectores convencionales y las mujeres lectoras que se negaban rotundamente a reconocer que leían, encontramos muchos ejemplos de lectoras rebeldes que criticaban las restricciones intelectuales que se les imponían. Emma Goldmann, por mencionar a una de ellas, estaba enfrentada con su padre, que quería que su hija se casara joven y, ante su negativa, reaccionó arrojándole la gramática de francés al fuego. En su autobiografía, Goldmann escribió:

> ¡Las jóvenes no tienen mucho que aprender! Lo único que necesita saber una hija judía es cómo preparar pescado *gefilte*, cortar bien

12. Ibíd.; y Martyn Lyons y Lucy Taksa, "'If Mother Caught Us Reading!': Impressions of the Australian Woman Reader, 1890-1933", *Australian Cultural History* 11, 1992, pp. 39-50.
13. John Burnett (ed.), *Useful Toil: Autobiographies of Working People from the 1820s to the 1920s*, Harmondsworth (Reino Unido), Penguin, 1977, pp. 224 y 231.

> las pastas y darle muchos hijos al hombre [...] No les prestaba atención a los planes de mi padre. Yo quería estudiar, conocer la vida, viajar.[14]

Merced a la lectura independiente y al estudio, las mujeres descubrían la libertad y un nuevo sentido de identidad, aunque ello podía generar conflictos y tensión en la familia. En Nueva York, en la década de 1890, Rose Cohen alquilaba libros en quioscos de gaseosas para leer por las noches con su familia. La lectura la ayudaba a escapar de su gueto del *Lower East Side*, el barrio de clase baja donde vivía, pero a medida que fue leyendo más libros gentiles y tratando con más personas no judías, su padre se sintió provocado y Rose, confundida acerca de sus propias lealtades. La lectura le suscitaba difíciles cuestionamientos sobre su identidad como judía y como estadounidense.[15]

Una joven que luchó por su independencia como lectora y como mujer fue Margaret Penn, autora de la autobiografía *Manchester Fourteen Miles*. Publicado por primera vez en 1947, el libro describía la vida de la autora en las cercanías de la ciudad inglesa de Manchester, en el norte de Inglaterra, alrededor de 1909.[16] Margaret, o Hilda, como se llamaba a sí misma, era hija de padres analfabetos y metodistas devotos. Leía en voz alta la correspondencia de toda la familia, y les leía la Biblia a sus padres. En su adolescencia, comenzó a leer novelas cortas que retiraba de la biblioteca cooperativa del lugar donde vivía. Pero sus padres se oponían a que leyera otra cosa que no fueran la

14. Emma Goldmann, *Living My Life*, Londres, Pluto, 1987, vol. 1, p. 12 (publicado por primera vez en 1931) [trad. esp. *Viviendo mi vida*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1995].
15. Carl F. Kaestle et ál., *Literacy in the United States: Readers and Reading Since 1880*, New Haven (CT), YUP, 1991, p. 241.
16. Margaret Penn, *Manchester Fourteen Miles*, Sussex (Reino Unido), reimpresión de Caliban, 1979.

Biblia y los libros de la escuela dominical. Además, querían que solo leyera los domingos.

No obstante, Hilda convenció al cura párroco anglicano del lugar de que diera su aprobación para que ella pudiese tomar en préstamo libros de la biblioteca cooperativa. Leyó *Robinson Crusoe* y *Tess, la de los D'Uberville*, lo que habría escandalizado a sus padres, al igual que su elección del melodrama victoriano *East Lynne*, todo un éxito de ventas. Pero los padres se habían visto obligados a aceptar el consejo del párroco, aunque la madre, analfabeta, siguió sospechando de cualquier libro que Hilda no leyera en voz alta. Hilda se negó a obedecer con sumisión la exigencia de sus padres de que trabajara en el servicio doméstico. En cambio, cuando tenía trece años, partió rumbo a Manchester para trabajar como aprendiza de modista. Había tenido que afrontar constantes intentos de evitar que se dejara llevar por la "lectura perniciosa". Fueron muchos los impedimentos que debió sortear debido a que, en un principio, sus padres no toleraban más que lecturas religiosas e insistían en que leyera en voz alta para poder controlarla. Su delito se veía agravado por el hecho de ser una muchacha, lo que no le daba derecho a pensar en instruirse ni en superarse. Su padre achacaba a la lectura el hecho de que Hilda se negara a aceptar su suerte, aunque tal vez la lectura fuera un síntoma y no la causa del afán de independencia de la joven.

Las mujeres de las clases media y media baja rara vez debían superar semejantes obstáculos como lectoras. Aun aquellas que no podían permitirse comprar libros con frecuencia se convertían en usuarias habituales de las bibliotecas públicas de préstamo. Esto se daba principalmente en las grandes ciudades. En las décadas de 1880 y 1890, la concurrencia de lectoras a las bibliotecas de préstamo de los *arrondissements* parisinos era considerable: representaban casi la mitad de todos los usuarios de los *arrondissements* primero y octavo (el Louvre y el *faubourg* Saint-Honoré), y cerca

de un tercio en Batignolles.[17] Las mujeres que no trabajaban, descriptas por los bibliotecarios como *propriétaires* (propictarias) o *rentières* (rentistas), hicieron crecer la demanda de novelas y de lectura recreativa en las bibliotecas de préstamo a fines del siglo XIX.

Como nunca antes, la lectora estaba ganándose el reconocimiento de novelistas y editores, de bibliotecarios y padres obstinados en desalentar la pérdida de tiempo o en proteger a sus hijas de los caprichos de la imaginación o de los estímulos eróticos. El problema no era solo qué leían las mujeres, sino cómo leían. Se las acusaba de leer en forma superficial e "inconexa". A fines del siglo XIX, época en que se vivía una intensa neurosis colectiva relacionada con la decadencia de la raza, la lectura inconexa de las mujeres fue condenada por considerársela un síntoma de degeneración que castraba y orientalizaba la raza.[18] Existía la creencia de que las mujeres leían de manera identificadora, de que se compenetraban de lleno con el deseo y el sufrimiento que experimentaban los personajes de ficción (aunque no existen pruebas contundentes de que las mujeres se identifiquen con los personajes de ficción más que los hombres). El mundo de la medicina corroboraba esos prejuicios comunes al sostener que el bajo peso del cerebro de la mujer evidenciaba su capacidad intelectual inferior, mientras que la forma distintiva del cerebro femenino denotaba, supuestamente, una inteligencia afectiva y una intuición que ningún hombre podía igualar. Asimismo, el exceso de estudio debilitaba a las mujeres, y la sobreexcitación que ocasionaban las novelas podía provocar histeria e infertilidad. Se consideraba que leer era muy

17. Martyn Lyons, *Le triomphe du livre: une histoire sociologique de la lecture dans la France du XIXe siècle*, París, Promodis y Cercle de la Libraire, 1987, p. 186.
18. Kelly J. Mays, "The Disease of Reading and Victorian Periodicals". En: John O. Jordan y Robert L. Patten (eds.), *Literature in the Marketplace: Nineteenth-Century British Publishing and Reading Practices*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1995, cap. 8, pp. 176-178.

perjudicial para la salud femenina. "Me llevaré a la tumba las enfermedades mentales que me contagiaron [las novelas]", escribió la novelista George Eliot en 1839.[19]

Los católicos, los liberales y, más adelante, las feministas coincidieron en proponer modelos de lectura destinados a apartar a las mujeres de la ficción sensacionalista. Cualquiera que fuera el propósito, como lograr que las mujeres regresaran al seno de la Iglesia o infundirles expectativas más realistas respecto del matrimonio, el mensaje era el mismo: leer un poco de historia y literatura cuidadosamente seleccionada, y hacerlo en forma más sistemática. Leer "con la terquedad de una mula", según las palabras no muy elegantes de Lucy Soulsby:

> Les digo que lean con la terquedad de una mula; la trampa que acecha a la vida independiente es la lectura inconexa. Sigan el plan de lectura tenaz que más les guste, y no se aparten de él durante un año, tomen nota de lo que leen, y estarán mejor preparadas para trabajar de verdad en caso de que tengan la oportunidad, y la tendrán.[20]

LA LECTURA DE FICCIÓN ROMÁNTICA Y LA LECTURA FEMINISTA

Nadie pudo contener el aluvión de ficción romántica, cuyos exponentes en el mundo editorial de hoy son Harlequin, Silhouette y Mills & Boon. Mills & Boon, sinónimo de la fórmula del género de la novela romántica del siglo XX, fue fundada en 1908 e inició su trayectoria publicando obras de Jack London y éxitos como *El*

19. Kate Flint, *The Woman Reader, 1837-1914*, Oxford, Clarendon Press, 1993, cap. 4 y p. 219.
20. Ibíd., p. 99.

fantasma de la Ópera. La empresa sobrevivió a la Gran Depresión por un escaso margen, y comenzó a especializarse en ficción romántica a partir de la década de 1930. Fomentó los valores convencionales del matrimonio, la vida hogareña y la maternidad, como una reacción contra la ficción más picante característica de los años previos a 1914. Todos los relatos de Mills & Boon estaban narrados desde el punto de vista de la heroína, lo que invitaba a que la lectora se identificara con ella. Su gran aceptación residía, hasta hace poco tiempo, en mantener una estricta moralidad sexual: las heroínas de Mills & Boon siempre llegaban vírgenes al matrimonio. El negocio dependía mucho de los pedidos de las bibliotecas y de la publicación por entregas en revistas para mujeres, y la editorial se hizo un nombre mucho antes de emprender la publicación de ediciones en rústica. En 1950, la biblioteca de W. H. Smith informó que una novela típica de Mills & Boon se tomaba en préstamo 165 veces.[21] Mills & Boon publicó a cientos de autores desconocidos, ninguno de los cuales se convirtió en producto estrella: era la propia editorial, en cambio, la marca distintiva.

Para las mujeres, ¿era puramente escapista la lectura de novelas románticas? Por un lado, puede sostenerse que la ficción romántica tranquilizaba a las mujeres, que se dejaban orientar dócilmente hacia su papel doméstico. El editor Alan Boon pareció avalar esta interpretación cuando, en la década de 1980, comparó el efecto de leer una novela de Mills & Boon con tomar Valium.[22] Por otro lado, la ficción romántica era una oportunidad de dar poder a las lectoras. Para no caer en las generalizaciones fáciles, debemos interrogar al público. Janice Radway hizo precisamente eso al entrevistar a un grupo de lectoras de novelas románticas en la región del medio oeste de los Estados Unidos.

21. Joseph McAleer, *Popular Reading and Publishing in Britain, 1914-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1992, p. 100.
22. Ibíd., p. 100.

Estas lectoras de ficción romántica se sentían parte de una gran comunidad exclusivamente femenina de lectoras y escritoras. Eran lectoras críticas que querían heroínas independientes e inteligentes y en absoluto pasivas. Las lectoras entrevistadas por Radway consideraban que leer ficción romántica no era un acto de conformismo que propugnaba una ideología patriarcal, sino más bien una reivindicación de la independencia femenina. Para las lectoras de novelas románticas de la localidad de Smithton, la acción de leer era, en sí misma, una manera de hacer valer el derecho a la privacidad, y una renuncia temporal a su perpetuo deber de esposas, madres y amas de casa. Leer literatura romántica, como señaló Radway, era una forma moderada de protesta contra las demandas emocionales de los maridos y los hijos.[23]

La lectura de novelas románticas no basta para caracterizar a las lectoras. A partir de fines del siglo XIX, la prensa feminista promovió un modelo de lectura alternativo, puesto que estaba destinado a una supuesta comunidad lectora de mujeres emancipadas. En el mundo anglohablante, esta comunidad lectora imaginaria de "nuevas mujeres" tenía su propia genealogía, con un linaje literario que se remontaba a Mary Wollstonecraft y del que descendían desde George Eliot hasta Olive Schreiner. Se recomendaban listas de lecturas tendientes a apartar a las lectoras de la ficción melodramática y a transmitirles la importancia de leer obras más serias sobre temas políticos, la extensión del sufragio o la erradicación de la pobreza. La "nueva mujer" era instruida, independiente y no necesariamente casada. Le interesaban la política y la ciencia, así como el arte y la historia. Bien podía ser pacifista y, casi con seguridad, se oponía a los comunes vicios masculinos de la bebida y el juego. Se la alentaba a ser una lectora exigente, y no una lectora

23. Janice Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature*, Londres, Verso, 1987, p. 221.

ocasional o "inconexa". Entre los libros recomendados en 1895 por *The Woman's Voice* para la biblioteca de una partidaria del sufragio femenino, se encontraban obras sobre las viviendas de los barrios bajos, el alcoholismo y los hijos ilegítimos.[24] Esa publicación presentó, con Edward Bibbins Aveling y Ferdinand August Bebel, una breve introducción al socialismo europeo. Promovió a las precursoras británicas del movimiento, como Wollstonecraft y los ejemplos mencionados por Charlotte Stopes en su obra *British Freewomen*, desde Boadicea –reina guerrera del siglo I d. C., en adelante. A la lectora politizada se le ofrecía, así, una lista de temas candentes de magnitud europea.

La lectura de las mujeres, pues, no era meramente escapista, sino que podía llevar a una mayor participación en la vida pública. A modo de ejemplo, analicemos el caso de Adelheid Popp, nacida en 1869 en Viena de padres checos, y privada de una educación formal debido a que, tras la muerte de su padre borracho, se vio obligada a contribuir a los ingresos familiares. De pequeña, Adelheid consumía ficción romántica e histórica.[25] Cuando denunció que estaba siendo objeto del acoso sexual de su jefe en la fábrica donde trabajaba, su madre, analfabeta, se limitó a decirle con desdén que seguramente había estado leyendo demasiadas novelas. Cuando tenía quince años, su madre arrojó todas sus novelas fuera de la casa. Al rememorar esos tiempos, Adelheid los describió como su período presocialista, en el que aceptaba toda clase de falsedades. Había creído en los milagros y participado en peregrinaciones. Había aceptado la propaganda antisemita sin cuestionarla, y se había interesado con cierto

24. "Books that Everybody Should Read", *The Woman's Voice* 2:24, 29 de junio de 1895, p. 282.
25. Adelheid Popp, *La jeunesse d'une ouvrière*, París, Maspéro, 1979, pp. 30-32, publicado por primera vez con prefacio de August Bebel como *Die Jugendgeschichte einer Arbeiterin*, Munich, 1909.

morbo por la vida de la familia imperial. Luego, la lectura de Adelheid experimentó una metamorfosis que la alejó del mundo interior de la literatura romántica y la llevó al debate político público. Una compañera de trabajo la inició en la lectura de la prensa socialdemócrata, y comenzó a retirar libros de la biblioteca local para trabajadores. Cuando leía literatura socialdemócrata en voz alta en el trabajo, el personal administrativo decía que hablaba "como un hombre".[26] En su autobiografía, Adelheid describió su aprensión al tomar conciencia de que era la única mujer presente en su primera reunión política, y cómo llegó a superar ese temor, a expresarse cada vez mejor y a dedicarse al periodismo político. En 1892, se convirtió en la directora del periódico *Arbeiterinnen-Zeitung* y, después de la Primera Guerra Mundial, fue elegida miembro de la Asamblea Nacional de Austria.

Su trayectoria como lectora sirve para ilustrar dos facetas distintas de las lectoras de las clases trabajadoras. Al principio, leía ficción romántica e histórica de manera muy individual. Su lectura era subjetiva y solitaria, y alimentaba fantasías sentimentales que, más tarde, habría de rechazar. En su segunda fase como lectora, Adelheid leía filosofía socialista, historia y periódicos partidistas. Su lectura había sufrido una profunda transformación. Ya no la transportaba al mundo interior de la fantasía romántica, la imaginación o la devoción religiosa. En cambio, le abrió las puertas de la participación en reuniones partidistas, en las que hacía oír su voz para expresar el punto de vista de las mujeres militantes. La llevó al sindicalismo, al periodismo, a la prisión y a ser elegida como parlamentaria. De la mano de su experiencia como lectora, había descubierto una total vocación en la vida pública.

26. Ibíd., p. 75.

LOS LECTORES DE LAS CLASES TRABAJADORAS

En todas partes, los nuevos lectores de las clases medias bajas, los aspirantes a artesanos y los oficinistas engrosaron el número de usuarios de las bibliotecas de préstamo. La reducción gradual de la jornada laboral aumentó las oportunidades de leer entre las clases trabajadoras. A principios del siglo XIX, la jornada de 14 horas era habitual en Inglaterra, pero hacia la década de 1870, los artesanos londinenses trabajaban, por lo general, 54 horas por semana. En Alemania, en cambio, la reducción de la jornada laboral fue lográndose muy lentamente a partir de 1870. Poco antes de la Primera Guerra Mundial, la Oficina de Estadísticas del Reich señaló que el noventa y seis por ciento de los 1,25 millones de trabajadores cuyas condiciones de trabajo estaban reguladas cumplía una jornada laboral de menos de 10 horas.[27] Por otra parte, el alumbrado doméstico mejoró cuando, en la década de 1830, las lámparas de aceite comenzaron a reemplazar a las velas, seguidas por las lámparas de queroseno después de mediados de siglo, y por la luz de gas a fin de siglo. Todos estos adelantos hicieron que la lectura fuera menos penosa.

Esas difíciles condiciones explican por qué el tiempo libre se dedicaba principalmente a la recuperación física, y por qué, al preguntárseles qué hacían en sus momentos de ocio, los trabajadores alemanes pensaban casi invariablemente en los domingos. Si bien les gustaba leer, su pasatiempo favorito –según la *Verein für Sozialpolitik*, importante sociedad alemana de economistas– era pasear al aire libre. De acuerdo con un estudio de hogares obreros

27. Dieter Langewiesche y Klaus Schonhoven, "Arbeiterbibliotheken und Arbeiterlektüre in Wilhelmischen Deutschland", *Archiv für Sozialgeschichte* 16, 1976, p. 136.

de Dresde realizado en el año 1900, 16 de las 87 familias encuestadas no tenían ningún tipo de material impreso en el hogar. No obstante, había otras que poseían literatura socialista, diccionarios, enciclopedias y revistas ilustradas. La mitad de las familias consignadas por el estudio tenía alguna obra de literatura general, y el diez por ciento poseía clásicos de autores como Goethe y Schiller. Muchos manifestaron su preferencia por las novelas de Émile Zola.[28]

Los lectores más convencionales consumían los *penny dreadfuls* británicos o sus equivalentes estadounidenses, las *dime novels*. Los *penny dreadfuls* eran librillos que contenían historias de terror y aventuras, y se especializaban en las hazañas de bandidos célebres como Robin Hood o el bandolero Dick Turpin. Las *dime novels*, cuyos precursores fueron los editores neoyorquinos Erastus e Irwin Beadle, solían ser ediciones en rústica breves (de alrededor de 35.000 palabras), que tenían portadas sensacionalistas. Por definición, costaban solo diez centavos de dólar y se vendían en los puestos de periódicos de todo el país. Entre sus tapas, vaqueros e indios luchaban por atraer la atención del trabajador o del adolescente que buscaba emociones literarias. El género literario ambientado en el Lejano Oeste norteamericano durante su conquista y colonización, cuya especialidad eran las historias de violencia en las fronteras protagonizadas a menudo por Buffalo Bill, gozó de gran aceptación en las décadas de 1870 y 1880, pero no todas las *dime novels* versaban sobre el Lejano Oeste. Estas publicaciones también comprendían novelas románticas y aventuras marinas, así como relatos ambientados en escenarios urbanos en el caso de las historias de detectives como los episodios de Nick Carter. El término *dime novel* pronto habría de aplicarse a toda clase de ficción de bajo precio, publicada entre 1860 y 1915, y

28. Frédéric Barbier, *L'empire du livre: le livre imprimé et la construction de l'Allemagne contemporaine, 1815-1914*, París, Ed. du Cerf, 1995, pp. 487-488.

destinada a entretener a las masas. La *dime novel* entró en decadencia en la década de 1890, y su éxito se desvaneció por completo con posterioridad a la Primera Guerra Mundial. Para entonces, los consumidores se habían volcado a otras formas de entretenimiento, como las películas, la radio y las revistas conocidas como *pulp fiction*.

LAS BIBLIOTECAS DE PRÉSTAMO Y LOS OBREROS

El movimiento para facilitar el acceso a las bibliotecas públicas se inspiró en el deseo de alejar a los trabajadores del material sensacionalista y de encauzar su lectura por senderos más seguros. En el capítulo 10, nos referimos a las bibliotecas financiadas por Carnegie, pero aquí nos concentramos en la relación entre la biblioteca pública y los lectores de extracción trabajadora. Las bibliotecas públicas de préstamo tenían fines filantrópicos y políticos. Al igual que las escuelas de las fábricas, hacían las veces de instrumento de control social, cuya finalidad era incorporar a una elite lúcida de trabajadores al sistema de valores de las clases dominantes. Al inaugurar la Biblioteca de Manchester, en 1852, Charles Dickens señaló que las bibliotecas eran los garantes de la armonía social. Recibió un gran aplauso del público cuando proclamó que los libros infundirían en el trabajador el respeto por sí mismo y le enseñarían que el capital y el trabajo eran mutuamente dependientes.[29] Existía la esperanza de que, bien concebidas, las lecturas de los trabajadores podrían neutralizar el conflicto de clases en la era industrial.

29. K. J. Fielding (ed.), *Speeches of Charles Dickens*, Oxford, Clarendon Press, 1960, pp. 152-154.

No obstante, los lectores oponían una considerable resistencia al empeño de las bibliotecas en ofrecer literatura moralizante y edificante. En Francia y en Gran Bretaña, no les resultó fácil a las bibliotecas de préstamo atraer a un gran número de lectores de las clases trabajadoras. Las pruebas que se tienen de la Francia de fines del siglo XIX indican que había cuatro categorías principales de usuarios, si bien sus proporciones varían en función del ámbito demográfico. El primer lugar lo ocupaban los propietarios y aquellos que vivían de la renta de sus inversiones –entre los que se encontraban muchas mujeres–, que daban cuenta del veinte por ciento de los lectores de París y de Ruan.[30] La segunda categoría estaba conformada por oficinistas, que habitualmente representaban entre una cuarta y una tercera parte de los usuarios. Los alumnos de colegios secundarios conformaban la tercera categoría, que preponderaba en el interior. Por último, estaban los obreros, que apenas constituían entre el diez y el quince por ciento de los usuarios de bibliotecas en París en la década de 1890, aunque el porcentaje llegaba a cerca del veinticinco por ciento en otras ciudades. En Manchester, es probable que los obreros hayan representado, como mucho, una tercera parte del total de usuarios.[31] Los trabajadores siempre eran una minoría entre los lectores que concurrían a las bibliotecas de préstamo.

Las bibliotecas desconfiaban mucho de los lectores de extracción obrera. La imponente arquitectura neoclásica de muchos edificios cívicos del interior de Gran Bretaña provocaba, en palabras de Martin Hewitt, una suerte de "intimidación arquitectónica" en el visitante. En Manchester, todos los usuarios potenciales tenían que presentar una referencia y el nombre de dos garantes que debían hacerse responsables de reparar cualquier daño y de

30. Lyons, *Le triomphe du livre*, pp. 186-187.
31. Martin Hewitt, "Confronting the Modern City: The Manchester Free Public Library, 1850-80", *Urban History* 27:1, 2000, p. 73.

compensar cualquier pérdida en relación con los libros.[32] No solo en Francia y en Gran Bretaña el clima de las bibliotecas públicas distaba de ser hospitalario. En España, en 1864, Domingo Fernández Área comentó: "no sirven de nada al pueblo [...] el pobre pueblo no entra con zapatos y vestidos rotos y mojados a esas hermosas salas".[33] Es probable que los que sí entraban se encontraran con que había presencia policial para desalentar cualquier alteración del orden público y disuadir a los vagabundos y a los borrachos que buscaban un lugar donde dormir. En Inglaterra, las bibliotecas tenían instalados sistemas para desinfectar los libros con el propósito de prevenir el contagio de enfermedades introducidas por lectores contaminados. En muchos casos, la disposición de los distintos ambientes hacía posible que un supervisor vigilara varias salas de lectura a la vez. Desde su puesto, el bibliotecario podía observar el ingreso y los movimientos de cualquier lector, de acuerdo con un modelo de vigilancia común en las prisiones, como destacó Michel Foucault.[34]

El problema era que los lectores solicitaban obras de ficción. En lugar de la literatura edificante e informativa que ofrecían las bibliotecas públicas y los Institutos de Mecánica británicos –con sus bibliotecas para trabajadores–, la inmensa mayoría de los usuarios solicitaba obras de literatura recreativa. Por ejemplo, en las bibliotecas obreras alemanas había una gran discrepancia entre los gustos reales de los lectores y las expectativas del partido socialdemócrata. De los casi 1,1 millones de libros prestados en

32. Ibíd., pp. 80-82.
33. Jean-François Botrel, "Narrativas y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX", *Cuadernos Hispanoamericanos* 516, 1993, p. 83.
34. Lewis C. Roberts, "Disciplining and Disinfecting Working-Class Readers in the Victorian Public Library", *Victorian Literature and Culture* 26:1, 1998, pp. 122-123 y 125-127; Michel Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Harmondsworth (Reino Unido), Penguin, 1979 [trad. esp.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1996].

esas bibliotecas entre 1908 y 1914, el sesenta y tres por ciento pertenecían a la categoría de *Belles-lettres*.[35] En las décadas de 1880 y 1890, más de la mitad de los libros que se retiraban en las bibliotecas municipales parisinas eran novelas.[36] Muchos bibliotecarios se sentían muy defraudados porque los lectores tendían a rechazar el material que les resultaba útil. Al principio, toleraban la situación, pues creían que una vez que un lector se dejara persuadir para usar una biblioteca, con el tiempo se "graduaría" y pasaría a solicitar literatura más elevada e instructiva. Se trata de la teoría de los "rellanos", según la cual el lector ingresaba en la planta baja, pero era posible convencerlo de subir las escaleras para descubrir la historia, la filosofía y los conocimientos útiles a medida que alcanzaba rellanos más altos. De todas maneras, la necesidad de censurar ciertos materiales en las bibliotecas indica que esta teoría era una falacia. Los hábitos de lectura bien podían ir de mal en peor, y resultaba preciso disciplinarlos. En Manchester, la novela *Moll Flanders* fue prohibida en los estantes, y ni el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio ni las *Memorias* de Giacomo Casanova subsistieron mucho tiempo en los catálogos de las bibliotecas de los distintos países. En Francia, la comisión de una biblioteca decidió rechazar *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, las obras de Anatole France y muchas de las de Balzac. En la década de 1880, *Ana Karenina* de León Tolstói y las obras de Henrik Ibsen y Thomas Hardy tampoco se consideraban aptas para las bibliotecas públicas francesas.[37]

El lector popular, a quien en Francia se denominaba con condescendencia *le grand enfant* ('el niño grande'), tenía opiniones propias. Un litógrafo de apellido Girard fundó una "biblioteca popular" en el tercer *arrondissement* de París, donde intentó

35. Langewiesche y Schonhoven, "Arbeiterbibliotheken und Arbeiterlektüre", p. 167.
36. Lyons, *Triomphe du livre*, p. 190.
37. Ibíd., pp. 182-183.

eludir la vigilancia municipal todo el tiempo que pudo. En 1869, Jean-Baptiste Dumay, un obrero de veintiocho años, creó en Le Creusot una "biblioteca democrática", con la que consiguió apoyo para un candidato republicano en 1869, y para el voto negativo en el plebiscito sobre el régimen de Napoleón III celebrado en 1870.[38] En Gran Bretaña, los lectores de las clases trabajadoras descriptos con entusiasmo en las crónicas de Jonathan Rose profesaban una extraordinaria veneración por los autores consagrados.[39] Era común encontrar obreros británicos autodidactas que citaban a Shakespeare y a los poetas románticos. El canon literario del proletariado era conservador, y los lectores estudiados por Rose idolatraban a los clásicos. Los intelectuales de las clases trabajadoras se resistían al modernismo de la época y preferían los libros escritos por varones blancos fallecidos. Gracias a la colección "Everyman's Library" de Joseph M. Dent, podían conseguir a un precio asequible las "grandes obras" que anhelaban. Sin embargo, esto no significa que fueran lectores sumisos. Por el contrario, tomaban de sus "cien grandes obras" precisamente lo que buscaban, y las juzgaban en función de su propio sentido del realismo y de su propia concepción de la justicia social. Detestaban la altanería de T. S. Eliot y de Virginia Woolf, pero los novelistas que sabían distinguir lo justo de lo injusto y que entendían a los pobres, como Charles Dickens y Victor Hugo, contaban con su visto bueno. En un plano, leían *Robinson Crusoe* como un relato de naufragios y aventuras. Pero también lo interpretaban como una fábula del individualismo, del hombre libre de forjar su vida valiéndose de su habilidad manual, sin depender de Dios ni de las jerarquías sociales.[40] El lector autodidacta no se dejaba llevar ciegamente por la ortodoxia.

38. Jean-Baptiste Dumay, *Mémoires d'un militant ouvrier du Creusot, 1841-1905*, ed. Pierre Ponsot, Grenoble, Maspéro, 1976, pp. 116-118.
39. Jonathan Rose, *The Intellectual Life of the British Working Classes*, New Haven (CT), YUP, 2001.
40. Ibíd., pp. 100-101.

LA LECTURA Y LA AUTOSUPERACIÓN

Los trabajadores autodidactas y con afán de superación conformaban una comunidad interpretativa con características propias. En el siglo XIX, lucharon contra la miseria absoluta y los obstáculos materiales para improvisar una cultura literaria. No solo eran pobres, sino que carecían de formación educativa. Al no disponer de un capital cultural heredado o adquirido, el trabajador autodidacta no tuvo más alternativa que armarse de uno con su propio empeño y por medios no convencionales. Excluido de las formas de consumo cultural de las que gozaban las clases acomodadas, el autodidacta se convirtió, forzosamente, en un usurpador de la propiedad cultural. Era un intruso al que se le había negado el acceso a un mundo cultural que envidiaba.

La autosuperación –material, moral e intelectual– era un objetivo muy difícil, que exigía una gran aplicación y mucho sacrificio. Era preciso dedicar tiempo a adquirir conocimientos, ahorrar dinero para comprar libros, renunciar a horas de sueño, resignarse al deterioro de la salud y poner en riesgo las amistades por la ferviente determinación de leer y adquirir conocimientos. Con frecuencia, esta ambición de perfeccionarse estaba impulsada por una fe protestante inconformista, y no pocas veces iba de la mano de la "promesa" de abstenerse de beber alcohol. La templanza y el inconformismo protestantes eran manifestaciones de un *habitus* común. La buena administración del dinero, con el fin de ahorrar para necesidades futuras, y el aprovechamiento del tiempo libre, junto con la selección de los libros y el consumo de comida y bebida, eran hábitos culturales generados por una estética compartida. Esta estética valoraba la ética del trabajo y la postergación de las satisfacciones personales. Podría considerarse como una estrategia destinada a establecer una distinción entre los que tenían afán de perfeccionamiento y los demás trabajadores.

Los hombres jóvenes que trabajaban como empleados en las tiendas y oficinas de Boston y de Nueva York en el siglo XIX llevaban diarios sobre su autosuperación, en los que describían las dificultades que entrañaba forjarse una vida propia lejos de casa, y reafirmaban su determinación de mantener una disciplina moral en un mundo materialista y amoral. Los empleados que estudió Thomas Augst leían obras útiles y provechosas, asistían a charlas y retiraban libros de la Mercantile Library de Nueva York.[41] La disciplina de escribir con regularidad era importante para mantener los lazos con el hogar, y fortalecía la voluntad de resistir al pecado y a las tentaciones de la ciudad. Asimismo, permitía mejorar la caligrafía, que era una habilidad profesional básica y, también, una fuente de orgullo y satisfacción.

Para aquellos autobiógrafos de las clases trabajadoras empeñados en perfeccionarse, leer era una faena seria y difícil. Leían con concentración y con un propósito. Practicaban, en varios aspectos, una modalidad de lectura "intensiva", que se valía mucho de la repetición, la recitación y la oralidad para ayudar a la memorización. Los autodidactas tenían una relación particularmente apasionada y empeñosa con sus textos. Una característica distintiva del intelectual autodidacta (solo una pequeña minoría eran mujeres) era el programa de lectura en extremo exigente que se imponía. En cierto momento, ese lector autodidacta caía en la cuenta de que había leído en forma inconexa, indiscriminada y mal orientada. Era entonces cuando tomaba la determinación de seguir en el futuro un plan de lectura con mayor sentido. Nöé Richter describió con gran acierto ese punto de inflexión como "la conversión del mal lector", el punto en el que el autodidacta se decidía a renunciar a sus "malos" hábitos de lectura.[42]

41. Thomas Augst, *The Clerk's Tale: Young Men and Moral Life in Nineteenth-Century America*, Chicago, Chicago UP, 2003, por ejemplo, cap. 1 y pp. 161-171.
42. Nöé Richter, *La conversion du mauvais lecteur et la naissance de la lecture publique*, Marigné, La Queue du Chat, 1992, pp. 9-22.

Tener "malos" hábitos de lectura significaba leer demasiada ficción banal y literatura recreativa. Se condenaba a las novelas por considerárselas pasatiempos fútiles que debían descartarse en favor de lecturas más serias. El propósito de estos lectores era instruirse por sí mismos, y menospreciaban leer con fines meramente recreativos. Cuando efectivamente se acercaban a la ficción, elegían novelas que narraban sus propias penurias y que entrañaban una seria observación de la sociedad. Comparaban los mundos de ficción con los suyos propios, y los juzgaban en función de sus propios parámetros del realismo. Fue en estas condiciones que los lectores británicos se apropiaron de la obra de escritores como Victor Hugo y Charles Dickens. Lo que Dickens le infundió a George Roberts, que en 1906 era un flamante representante del laborismo en la Cámara de los Comunes, fue "una profunda y perdurable solidaridad hacia los pobres y los que sufren".[43] En el mismo sentido, lo que William Lovett, un partidario del cartismo, más apreciaba de Dickens eran sus desgarradores retratos de la hipocresía y la insensibilidad, en especial su denuncia de la burocracia simbolizada por la "Oficina de circunlocución" en *La pequeña Dorrit*.[44]

Ned Peters, que escribió un relato muy detallado de sus lecturas en los campos auríferos australianos durante la década de 1850, fue un típico miembro de esa comunidad de hombres con afán de autosuperación.[45] Al igual que los trabajadores ya mencionados, en 1833 tomó la decisión consciente de luchar contra las tentaciones y perfeccionar su intelecto. Leía obras no ficcionales

43. G. H. Roberts, "How I Got On", *Pearson's Weekly*, Londres, 17 de mayo de 1906, p. 806c.
44. William Lovett, *Life and Struggles of William Lovett, in His Pursuit of Bread, Knowledge and Freedom*, Londres, Trubner, 1876, p. 416.
45. Ned Peters, *A Gold Digger's Diaries*, ed. Les Blake, Newton, Victoria, Neptune, 1981.

para su autoeducación, principalmente *Papers for the People*, una publicación periódica sobre distintas disciplinas editada por los hermanos Chambers. Gran parte de sus lecturas, entre las que había obras de Edwin Paxton Hood y de Oliver Goldsmith, tenían un sabor protestante. Se permitía leer algunas novelas, siempre que estuvieran, según sus palabras, "basadas en hechos reales". Más de la mitad de los títulos que leía correspondían a las categorías de viajes, geografía, biografía política e historia.[46] Recurría mucho a la biografía ejemplar, utilizada con frecuencia como modelo educativo por escritores de libros de autoayuda o autosuperación, como Samuel Smiles (*¡Ayúdate!*) y George Craik (*The Pursuit of Knowledge Under Difficulties* –'La búsqueda del conocimiento en medio de las dificultades'–).

Peters leía con un ritmo regular. Se trataba de una actividad principalmente dominical: el cuarenta y uno por ciento de las notas sobre sus lecturas registradas en su diario en 1855 fueron escritas los domingos. No obstante, pareció hartarse de la disciplina de lectura asidua que se había autoimpuesto. Un domingo de noviembre de 1855, confesó que su metódica lectura de *Papers for the People* "se volvió tediosa".[47] La vida del filósofo alemán Johann Gottlieb Fichte lo dejó "cansado e indiferente a la lectura". El diario de Peters ofrece indicios acerca de los conflictos y las dificultades que acarrean los regímenes de lectura rigurosos y muy estructurados de los lectores que buscan la autosuperación.

Adquirir una cultura propia era una iniciativa colectiva. En Florida (EE. UU.), un grupo de inmigrantes que hacían cigarros contrataron a un lector para que, mientras trabajaban, les leyera

46. Marc Askew y Brian Hubber, "The Colonial Reader Observed: Reading in Its Cultural Context". En: Dietrich H. Borchardt y Wallace Kirsop (eds.), *The Book in Australia: Essays Towards a Cultural and Social History*, Melbourne, Australian Reference Publications, 1988, pp. 129-130.
47. Peters, A Gold Digger's Diaries, pp. 80-81, 114 y 124.

en voz alta libros y panfletos que ellos elegían. En ocasiones, los empleadores estaban más que contentos de hallar una manera de que sus trabajadores guardaran silencio así como de ayudarlos a concentrarse durante su monótona jornada. Cuando, en 1913, Elizabeth Flynn visitó esa fábrica, ubicada en Tampa, escuchó la inmoderada lectura de un panfleto sobre el control de la natalidad.[48] Los trabajadores mancomunaban esfuerzos en "sociedades de mejora mutua", que convertían el aprendizaje en un emprendimiento cooperativo. En los montes Cheviot (Gran Bretaña), los pastores dejaban libros para que sus pares los leyeran en las grietas de los muros de piedra de la frontera.[49] En Londres, se conformó un grupo radicalizado de policías (no necesariamente un contrasentido) para compartir lecturas de Marcel Proust, Edward Gibbon y Tom Paine, y asistir a conciertos sinfónicos. Esta efervescente cultura literaria y musical de las clases trabajadoras estaba apuntalada por el entusiasmo que generaba la emancipación personal. En el animado compendio de Rose sobre los intelectuales de las clases trabajadoras británicas, hay obreros poetas, artesanos botánicos, y obreros de la construcción de Lancashire que recitan poemas de Alfred Tennyson. Podemos encontrar una banda de bronces, coros masculinos galeses, y la pieza coral del Aleluya ahogando el ruido de los telares de una fábrica de tejidos de Blackburn. Rose también examinó las bibliotecas de los mineros galeses, y constató que "los institutos para mineros de Gales del Sur constituían una de las mayores redes culturales del mundo creadas por trabajadores". Hacia la Segunda Guerra Mundial, la biblioteca del *Workmen's Institute* de Tredegar –que contaba con un cine de 800 butacas– prestaba 100.000 volúmenes por año.

48. Kaestle, Literacy in the United States, p. 231.
49. Rose, The intellectual Life of the British Working Classes, para esta sección. Ver pp. 60, 83, 180, 201 y 237.

Allí, la influencia del metodismo, sumada al sentido de independencia cultural de los galeses y a la solidaridad de las unidas comunidades mineras, contribuyó al surgimiento de una próspera cultura literaria de extracción obrera en la "universidad subterránea" de Glamorgan.

Hoy en día, la austeridad victoriana en la que se fundó la cultura de la autosuperación parece de otro planeta. Las minas comenzaron a ser abandonadas, y el acervo de la biblioteca del *Workmen's Institute* de Tredegar se desperdigó en la década de 1960. La educación universal convirtió al autodidacta en una especie extinguida, y el crecimiento de las industrias que comercializan el entretenimiento destronó a la cultura impresa que, durante un breve período a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, había gozado de poder absoluto como una fuente donde abrevaban quienes buscaban esparcimiento y los que ansiaban la autoliberación.

Capítulo 12
La democratización de la escritura, desde 1800 hasta la actualidad

A la par de la ampliación del público lector y la creciente asequibilidad de los libros, había un cambio en gestación: Occidente estaba aprendiendo a escribir. En el siglo XIX, hasta la gente de origen muy humilde –incluidas las sociedades campesinas de Europa que aún no habían logrado la alfabetización plena– recurrían asiduamente a la escritura. Los escritos de la gente común no siempre se catalogan dentro de los géneros literarios reconocidos, como la autobiografía o el diario íntimo, géneros que practicaban, en forma predominante aunque no exclusiva, las clases medias y altas. De todas maneras, caeríamos en un error si diéramos por sentado que los analfabetos no pueden decirnos nada porque no dejaron huellas escritas. Como demostraremos en este capítulo, es posible encontrar esas huellas si nos tomamos la molestia de buscarlas.

La democratización gradual de la escritura es un aspecto fundamental de la transición a la modernidad, si bien este proceso se desarrolló con ritmos distintos en los diferentes contextos nacionales. Abordar la modernización de la cultura con un enfoque determinista sería inapropiado; el acceso cada vez más amplio a la escritura siguió rumbos diversos, y aquí no partimos de la premisa de que se trató de un proceso homogéneo. En Francia, por ejemplo, este período de alfabetización transicional se extendió desde que se aprobó, en 1833, la Ley de Guizot sobre educación primaria hasta que se desató el frenesí de la escritura con el estallido de la Primera Guerra Mundial. En el caso de Italia, necesitamos poner la lupa en un período ligeramente posterior, que va

desde 1861, cuando se produjo la unificación del país, hasta al menos el año 1918. En cuanto a España, la alfabetización universal solo se logró en la década de 1960. De distintas maneras y en contextos divergentes, pues, la gente común luchó por dominar la técnica de la escritura, y se la apropió para sus necesidades cotidianas.

¿Cuáles eran, entonces, las funciones de la escritura cotidiana en el siglo XIX? Escribir era parte esencial de la cultura de las clases medias. Los hombres y las mujeres de la burguesía del siglo XIX eran prolíficos escritores de cartas, diarios íntimos y agendas. Las cartas de amor, la correspondencia familiar y los *journaux intimes* nos señalan los múltiples usos que se le daba a la escritura personal en el pasado. Comenzaremos este capítulo con un examen de la importancia y algunos de los muchos propósitos de las *écritures intimes* o, como prefieren llamarlas los estudiosos holandeses y alemanes, los "egodocumentos".

EL DIARIO ÍNTIMO

Los diarios íntimos adoptan múltiples formas: a veces son un cúmulo de breves anotaciones registradas sin regularidad, como los pensamientos que Stendhal apuntaba en los tirantes de sus pantalones; en otros casos, son escritos más meditados, el resultado de lo que el autor copiaba y corregía una y otra vez. Constituyen un género híbrido que presenta diversos grados de privacidad y confidencialidad. Algunos escritores usaban códigos para asegurarse de que ningún entrometido pudiera descifrar sus pensamientos más íntimos: el Marqués de Sade, por ejemplo, en el diario que llevaba en Charenton, se refería a una experiencia sexual con el símbolo Ø, mientras que la atribulada Adèle, hija de Victor Hugo, ocultaba sus pensamientos escribiendo en una variedad de *verlan*, un código según el cual se invierten las letras,

las sílabas y hasta palabras completas (*verlan* = inversión de "*à l'envers*", o al revés).[1]

Sin embargo, el diario íntimo no siempre era privado. En el siglo XIX, era habitual que los maridos leyeran los diarios de sus esposas y, a veces, apuntaran algo en ellos, como hacía el poeta Percy Shelley en el diario de su mujer, Mary. Según algunos teóricos, el autor no escribe solo para sí mismo. El que lleva un diario siempre, en forma consciente o subconsciente, se dirige a un lector real o imaginario, tal vez a la madre ideal o a un amigo fallecido. En el contenido de los diarios, por consiguiente, puede haber algo de pose y, en palabras de Lynn Bloom, "un público rondando el margen de la página".[2]

Ciertas estudiosas feministas han analizado diarios íntimos con el fin de rescatar y reafirmar la voz femenina, así como de abogar en favor de que los diarios escritos por mujeres merezcan mejor destino que el de ser clasificados como un género literario menor.[3] No hay duda de que las diferencias de género pueden definir no solo las formas de escritura sino también el contenido, la naturaleza y la estructura de los comentarios personales. Según Jean-Pierre Albert, el número de mujeres francesas que llevan un diario íntimo duplica al de los hombres, y sus prácticas de escritura difieren notablemente.[4] La mayoría de las mujeres abandonan su diario

1. Françoise Simonet-Tenant, *Le journal intime: Genre littéraire et écriture ordinaire*, París, Téraèdre, 2004, pp. 36-37.
2. Lynn Z. Bloom, "'I Write for Myself and Strangers': Private Diaries as Public Documents". En: Suzanne L. Bunkers y Cynthia A. Huff (eds.), *Inscribing the Daily: Critical Essays on Women's Diaries*, Amherst (MA), Massachusetts UP, 1996, p. 23.
3. Algunos ejemplos son Bunkers y Huff, *Inscribing the Daily*; Harriet Blodgett, *Centuries of Female Days: Englishwomen's Private Diaries*, New Brunswick (NJ), Rutgers UP, 1988; Lorely French, *German Women as Letter Writers: 1750-1850*, Madison, Fairleigh Dickinson UP, 1996.
4. Jean-Pierre Albert, "Ecritures domestiques". En Daniel Fabre (ed.), *Écritures ordinaires*, París, P.O.L. y Centre Georges Pompidou, 1993, pp. 78-79.

antes de los veinte años de edad, mientras que, en el caso de los hombres, llevar un diario es una actividad más propia de la adultez o de la madurez. El *journal intime* era un sitio donde podían plasmarse los pensamientos de la subjetividad femenina. En algunas ocasiones, el diario era un refugio para las emociones que las mujeres reprimían, una manera de retirarse a un espacio íntimo en el que se permitían expresar los sentimientos (eróticos, despechados, desleales) que no se atrevían a pronunciar en público.

El diario íntimo era un instrumento para la formación de una identidad personal, y contribuía a la gestación de la individualidad femenina en un contexto patriarcal que la dificultaba. No obstante, el diario servía a muchos otros propósitos, además de la conformación de una identidad. Cuando, en 1988, Philippe Lejeune puso un anuncio en la *Magazine littéraire* en busca de personas que llevaran un diario y estuvieran dispuestas a hablar de ello, recibió más de cuarenta respuestas, las que revelaron que el desarrollo de una identidad personal es solo un aspecto. La gente escribía un diario para dejar algo a sus hijos, o bien en calidad de miembros de un grupo o con fines profesionales.[5] Muchos de los que enviaron cartas a Lejeune no consideraban que sus diarios fuesen necesariamente íntimos, e imaginaban que habría otros lectores de su obra en el presente o en el futuro. Algunos escribían por puro placer. Otros tenían miedo a la muerte o al cruel paso del tiempo, y querían dejar asentada en un papel una parte de su vida mientras aún podían hacerlo.

Debemos contemplar a los diarios íntimos en relación con sus múltiples funciones. Había diarios de viaje, de sueños y filosóficos. Había diarios de adolescentes que pueden haber cumplido una función masturbatoria. Había diarios de trabajo, como aquellos que

5. Philippe Lejeune, *"Cher cahier…": Témoignages sur le journal personnel*, París, Gallimard, 1989, índice analítico n.º 6.

llevaba el pintor Jean-Auguste-Dominique Ingres o Fiódor Dostoievski, quien mantenía una discusión íntima por escrito sobre *El idiota* mientras trabajaba en esa novela. Y solo hemos tomado en cuenta a autores consagrados y a artistas eminentes.

Para las niñas católicas, escribir un diario constituía una parte importante de su educación religiosa. En sus diarios espirituales hablaban con Dios, registraban comentarios sobre sus lecturas edificantes y llevaban a cabo un examen diario de sus pensamientos más íntimos y de su conducta moral. Eugénie de Guérin, que escribió uno de los diarios espirituales más conocidos, veía en él un instrumento de redención y una manera de llorar la muerte de su hermano.[6] Para Eugénie y otras como ella, llevar un diario entrañaba un intenso proceso de autorreflexión. Tal como propuso Béatrice Didier, podríamos considerar el diario del siglo XIX como una versión secularizada del obligatorio examen de conciencia, puesto que hacía las veces de una confesión y contenía una autocrítica que, otrora, podría haberse manifestado en oraciones o ante un sacerdote.[7] Llevar un diario era, por lo tanto, una herramienta esencial en la educación moral de las jóvenes. Con frecuencia, se les regalaban diarios para alentarlas a que los usaran con ese fin. Un tutor, que habitualmente era la madre, supervisaba que la niña cumpliera con esta actividad, al exigirle que escribiera con regularidad y, quizá, echaba un vistazo a las anotaciones de la niña. Esta supervisión era particularmente estricta en el período que precedía a la primera comunión, un momento importante de iniciación espiritual.

6. Eugénie de Guérin, *Journal*, Albi, Ateliers professionels de l'Orphelinat St.-Jean, 60.ª edición, 1977; Martyn Lyons, *Readers and Society in Nineteenth-Century France: Workers, Women, Peasants*, Basingstoke (Reino Unido) y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2001, pp. 103-108.
7. Béatrice Didier, *Le journal intime*, París, PUF, 1976, pp. 56-59.

Los adolescentes franceses contemporáneos nos dicen que sienten una necesidad por demás imperiosa de escribir. Según Marie-Claude Penloup, "los niños y los adolescentes necesitan escribir para seguir adelante, de la misma manera en que su cuerpo necesita un sistema nervioso activo".[8] Los estudiantes roaneses que ella entrevistó escribían listas, canciones, bromas e historias, y dedicaban horas de su tiempo libre a copiar, a tal punto que llegaban a transcribir novelas enteras. La mayoría de estos escritores eran mujeres. También es posible hallar muchachas adolescentes del siglo XIX para quienes escribir era una necesidad existencial. De acuerdo con Lejeune, los años prenupciales –desde los quince hasta los veinte– son la edad óptima para las escritoras de diarios.[9] La sensación de vulnerabilidad o el inicio de una tensión emocional muy fuerte solían ser motivos para comenzar a escribir un diario. Resignarse a aceptar el matrimonio era un tema prominente en los diarios de las adolescentes de clase media, y la escritura de sí las ayudaba a prepararse para afrontar esa dura prueba. Después de la boda, llevar un diario podía parecer bastante incompatible con la vida de casadas. La costumbre de destruir los diarios íntimos al contraer enlace indica que eran, en especial para las jóvenes, un rito de pasaje de la adolescencia a la adultez.

En su diario, la joven Caroline Brame, por ejemplo, procuraba avenirse con la angustia que le generaba su inminente boda.[10] Era hija de un alto funcionario que vivía en el *faubourg* Saint-Germain de París a principios de la década de 1860, y que estaba interesado

8. Marie-Claude Penloup, "Literary Temptations and Leisure-time Copying: Spontaneous Adolescent Writing in Contemporary France". En: Martyn Lyons (ed.), *Ordinary Writings, Personal Narratives: Writing Practices in 19th and Early 20th-Century Europe*, Berna, Peter Lang, 2007, p. 206.
9. Philippe Lejeune, *Le moi des demoiselles: Enquête sur le journal de jeune fille*, París, Seuil, 1993, p. 11.
10. Michelle Perrot y Georges Ribeill (eds.), *Le journal intime de Caroline B.*, París, Montalba, 1985.

en que su hija contrajera un matrimonio ventajoso. Caroline no solo había visto a su comunidad de amigas cercenada por los casamientos, sino que por entonces ella misma debía hacer frente a un matrimonio arreglado con un hombre a quien solo conocía como *Monsieur* Ernest. Es probable que Caroline estuviera enamorada de Albert Dumont, hermano de alguien de su amistad, pero su familia dispuso que su esposo fuera Ernest Orville, diez años mayor que ella, con quien efectivamente contrajo enlace menos de tres meses después de que se lo presentaran. El diario, interrumpido por el casamiento de Caroline, era una forma de expresar así como de controlar sus sentimientos y sus frustraciones personales. Representaba su comprensión de que había algunas emociones que era su deber callar. Para Caroline, el diario íntimo era un mecanismo de control de su "egoísmo", toda vez que este entraba en conflicto con el destino que le habían impuesto.[11] El ejemplo de Caroline Brame puede dar la impresión de que los diarios de adolescentes atribulados son del dominio exclusivo de las jóvenes católicas ricas y cultas. De ser así, la impresión es, en buena parte, correcta. Pero podemos lograr cierta objetividad y ecuanimidad al mencionar a grandes rasgos un contraejemplo: el diario del joven y solitario pastor pirenaico Jean-Pierre Baylac.[12] Antes de morir de pleuresía en 1920, cuando apenas tenía veinte años de edad, Baylac completó sesenta cuadernos manuscritos que, en total, sumaban cerca de veinte mil páginas. Hacía comentarios sobre sus lecturas, que comprendían a Jules Michelet, Pierre-Joseph Proudhon, Alphonse de Lamartine y al popular novelista Pierre Alexis, vizconde de Ponson du Terrail, obras que tomaba prestadas de la biblioteca del maestro del lugar. En el diario, escribía sobre todos sus anhelos adolescentes, sus episodios de masturbación,

11. Ibíd., p. 207.
12. Jean-Pierre Baylac, "Journal intime", *Les temps modernes* 71, 1951, pp. 495-508.

sus deseos y experiencias sexuales, sus celos, las relaciones carnales que mantenía con ovejas en las solitarias laderas de los montes (a lo que él se refería como *le crime*) y sus invocaciones mágicas. Registraba los castigos que se infligía cuando cedía a las tentaciones sexuales. Escribía lemas melancólicos en la primera página de sus cuadernos: *Naître, pleurer, aimer, lutter, chanter, souffrir, et mourir* ('Nacer, llorar, amar, luchar, cantar, sufrir y morir') y *Le génie ne fleurit que sur la terre des douleurs* ('El genio solo florece en la tierra del dolor'). A Baylac lo embargaban el amor, el deseo y la culpa. A pesar de su condición humilde, había logrado dominar la escritura para los fines más íntimos.

Los escritos personales también tienen cualidades "literarias". Los adolescentes contemporáneos franceses que llevan un diario íntimo se sienten atraídos por lo que Marie-Claude Penloup dio en llamar la "tentación literaria".[13] Los diarios íntimos suelen exhibir características literarias formales, como la aliteración, la rima, el equilibrio y la inserción de palabras no corrientes. Se aprecia a las claras que escribir les da placer a estos adolescentes. Aun en el caso de los autores más humildes, la escritura tiene, al parecer, un valor no utilitarista. Se la considera como algo que debe pulirse y perfeccionarse, como una lucha con las palabras, como la construcción de una obra con materiales cuidadosamente elegidos o tomados en préstamo. La acción de escribir impone sus propios y pequeños ritos y satisfacciones sensuales, como le contó a Lejeune un docente de cuarenta años:

> Cada mañana, regreso a mi diario.
> Una cita a la que no puedo faltar. Un placer que no puedo perderme, que me da ánimo para continuarlo.
> Antes de siquiera abrirlo, acaricio las tapas... que elegí por su textura

13. Marie-Claude Penloup, *La tentation du littéraire*, París, Didier, 2000.

> y su color. Mis dedos se detienen sobre las partes gastadas, sobre las manchas, esas huellas del tiempo.
> Luego, lo toco como un acordeón, que se abre y se cierra, con su abanico de páginas de colores chillones.[14]

Escribir, pues, es un placer físico, y una necesidad imperiosa, como testimonio y como medio de subsistencia imprescindible.

LA CORRESPONDENCIA Y LAS REDES FAMILIARES

La correspondencia personal o íntima constituía solo una pequeña proporción del creciente caudal de cartas que se enviaban por correo en el siglo XIX. Una muestra tomada al azar de 608 cartas del Museo Postal francés, que datan de entre 1830 y 1864, indica que solo el quince por ciento de las cartas enviadas desde París eran personales, lo que incluye muchas participaciones formales de nacimientos, bodas y fallecimientos.[15] De los 158 millones de piezas postales franqueadas en Francia en 1849, la correspondencia personal, en oposición a la comercial, representaba poco más del diez por ciento.[16] Aunque el volumen de envíos postales continuó creciendo, no hay motivo para suponer que la proporción de cartas personales aumentó.

Enviar una carta era una operación costosa, pero en Gran Bretaña, la instauración en 1840 del Penny Post –servicio postal que permitía remitir cartas por un penique– transformó, en potencia, los

14. Lejeune, *"Cher cahier..."*, pp. 86-87.
15. Roger Chartier (ed.), *La correspondance: les usages de la lettre au XIXe siècle*, París, Fayard, 1991, p. 369.
16. Cécile Dauphin, "Pour une histoire de la correspondance familiale", *Romantisme* 90, 1995, pp. 92-93.

hábitos de escritura. La existencia de un precio fijo, sumada a la novedosa idea de que lo abonaba el remitente por anticipado en lugar del destinatario contra entrega, habría de revolucionar las comunicaciones personales y comerciales. En los hechos, sin embargo, enviar cartas en Gran Bretaña siguió siendo un lujo durante al menos otra generación, aunque el transporte por ferrocarril, más económico y eficiente, hizo posible que el volumen de correspondencia en circulación creciera en forma vertiginosa. En 1849, siguiendo el ejemplo británico del Penny Post, Francia instituyó un valor de franqueo fijo de 20 céntimos, pagadero por anticipado, cualquiera que fuera la distancia de envío. Esto fomentó el uso del correo, aunque durante muchos años no era infrecuente que los remitentes se rehusaran a pagar por anticipado, convencidos de que el servicio de correo se ocuparía mejor de sus cartas si había dinero que cobrar contra su entrega. En Francia, la cuenca de París dominaba la geografía de la escritura epistolar. Con apenas más del tres por ciento de los habitantes de la nación, París recibía el veintisiete por ciento de la correspondencia francesa, según una encuesta llevada a cabo en 1847 por la Administración de Correos de Francia.[17]

Las comparaciones internacionales permiten contemplar la escritura epistolar francesa en perspectiva frente a la prolífica cultura epistolar de los países anglohablantes. En 1891, el promedio de cartas per cápita generadas en Francia fue de apenas 19. Se trata de un número sensiblemente inferior a las 52 cartas que se franqueaban por año y por habitante en Nueva Gales del Sur –según estimaciones de fines de siglo del Departamento del Director General de Correos–, y más bajo aún que el de Gran Bretaña, donde, hacia el año 1900, el servicio postal realizaba 60 entregas de cartas y tarjetas postales per cápita, lo que seguramente

17. Chartier, *La correspondance*, p. 87.

constituía el mayor índice de envíos de todo el mundo.[18] En 1900, Milán generó 20 cartas por persona, y Roma, solo 10.[19] Estas variaciones revelan diferentes etapas de aculturación popular, así como distintos grados de integración en las redes comerciales nacionales e internacionales.

Era necesario implementar nuevas prácticas y fomentar nuevas actitudes: había que ponerles nombre a las calles y número a las casas, inventar los buzones e instalar oficinas postales. Había que educar a los usuarios y enseñarles las técnicas epistolares básicas: cómo usar un sobre, cómo escribirle la dirección y cómo sellarlo. Al cabo de un breve tiempo, ciertos grupos de presión, como la "Anti-Corn Law League" ('Liga anti-Ley de Granos'), ya habían visto la posibilidad de enviar propaganda por correo. Hacia la década de 1860, se creó la venta por catálogo, mientras que las tarjetas de Navidad gozaron de una popularidad cada vez mayor a partir de las décadas de 1860 y 1870.

Las cartas de entonces que aún se conservan constituyen una valiosa evidencia arqueológica para los historiadores, que revela, entre otras cosas: la costumbre de los enamorados del siglo XIX de escribir transversalmente en los márgenes, ansiosos por llenar todo el espacio que ofrecía la página; cómo era la correspondencia que intercambiaban amigos, primos y conocidos; los ribetes negros de las cartas que anunciaban fallecimientos; y las participaciones de embarazos, abortos espontáneos, nacimientos, bodas, enfermedades y accidentes. Entre ellas, hay comunicaciones más efímeras, como las tarjetas del día de los enamorados y los cúmulos de tarjetas postales que surgieron con los primeros años del

18. Ibíd., p. 39; David Vincent, *Literacy and Popular Culture: England, 1750-1914*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 1989, p. 39; Informe anual del Departamento del Director General de Correos de Nueva Gales del Sur, 1901.
19. Paolo Macry, "La Napoli dei dotti: lettori, libri e biblioteche di una ex-capitale, 1870-1900", *Meridiana* 4, 1988, pp. 131-161.

siglo XX. Incluso hay cartas imaginarias, nunca enviadas, como las que Annabella Boswell igualmente copiaba en su "libro de cartas" cuando era niña.[20]

Estamos acostumbrados a pensar que la correspondencia personal es un medio muy íntimo de comunicación escrita. Sin embargo, concebir la correspondencia como un diálogo privado entre individuos ausentes no siempre es correcto, dada la naturaleza colectiva de gran parte de la escritura epistolar, y los intentos de supervisarla de padres, madres y maridos. En 1790, la Asamblea Nacional de la Revolución francesa, en aras de la defensa de los derechos individuales, decretó la inviolabilidad del secreto de la correspondencia. Esa medida evitó que los trabajadores postales leyeran las cartas, y se basaba en las ideas nacientes sobre la propiedad privada, que hacían del destinatario el dueño de la correspondencia.[21] De todas maneras, los prefectos estuvieron facultados para interceptarla y confiscarla hasta el advenimiento de la Tercera República. El padre de familia se arrogaba el derecho de supervisar las cartas de su esposa y de sus hijos, si bien a fines de siglo las esposas oponían una resistencia cada vez mayor a ese derecho. Es posible conjeturar que muchas mujeres destruían sus cartas con el fin de evitar que las descubrieran los varones de la familia.

Con frecuencia, los ritos de cortejo y las solidaridades familiares impedían que las cartas de amor se escribieran o recibieran en forma privada. Por regla general, las cartas que se escribía una pareja de novios eran supervisadas por la madre de la joven y tenían que pasar por sus manos. Solo era posible intercambiar intimidades en el marco de lo permitido por los grupos o las redes familiares

20. Annabella Boswell, *Some Recollections of My Early Days, Written at Different Periods*, probablemente Sydney, sin fecha (1908?), p. 19.
21. Michelle Perrot, "Le secret de la correspondance au XIXe siècle". En: Mireille Bossis y Charles A. Porter (eds.), *L'epistolarité à travers les siècles (Actes du colloque de Cérisy)*, Stuttgart, Franz Steiner, 1990, pp. 184-188.

existentes. En la voluminosa correspondencia de la familia Mertzdorff, que data del período comprendido entre 1795 y 1933, hay cartas compartidas de múltiples autores, en las que cada integrante de la familia agregaba algo de su propio puño y letra, así como cartas dictadas a un tercero, cartas dirigidas a varios destinatarios al mismo tiempo, y cartas cuyo propósito era ser copiadas y transmitidas a otros integrantes del grupo. Incluso sabemos que algunas cartas que intercambiaba el matrimonio Mertzdorff se leían en voz alta *en famille* al recibirlas, porque en una ocasión Charles escribió un párrafo destinado exclusivamente a su esposa, Eugénie, en el que le solicitaba que *no* se leyera en voz alta.[22] En cambio, es probable que entre las clases bajas no se respetara tanto el concepto de la privacidad personal. En muchas zonas rurales de Francia, el trabajo del cartero consistía no solo en entregar correspondencia, sino en leerla en voz alta.

La correspondencia mantenía unidas a las familias, definía su dinamismo interno y garantizaba la cohesión de la comunidad familiar. Cerca de la mitad de las cartas que conformaban la correspondencia de los Mertzdorff eran intercambios entre padres e hijos. Alrededor del diez por ciento eran cartas entre marido y mujer, que normalmente se escribían a diario cuando se separaban en forma temporal debido a un viaje de negocios, unas vacaciones o acontecimientos excepcionales como la guerra o el sitio de París. Otro diez por ciento de las cartas eran entre hermanos y hermanas, y otro diez por ciento, entre amigas (que a menudo eran primas).[23] El estrecho tejido de las relaciones en el seno de las familias burguesas se vio fortalecido y perpetuado por una escritura epistolar asidua y activa, cuya regularidad se mantenía religiosamente a

22. Cécile Dauphin et ál. (eds.), *Ces bonnes lettres: une correspondance familiale au XIXe siècle*, París, Albin Michel, 1995, pp. 161-177.
23. Ibíd., pp. 70-71.

lo largo de varias generaciones. Las mujeres de la familia Mertzdorff escribían en la cama o cuando estaban por vestirse o desvestirse.[24] En otras palabras, preparaban una escena íntima para el acto de escribir, mientras que los hombres se retiraban a su estudio para hacerlo.

El dinamismo de la red familiar hallaba sostén en el ritmo del intercambio recíproco. Si bien el lenguaje podía ser discreto, no debemos olvidar que el verdadero destinatario no era la persona como individuo sino la familia misma. Siguiendo con los Mertzdorff, en febrero de 1858, Caroline agradeció a una amiga por escribirle una carta menos íntima que las anteriores, ya que pudo "mostrarla y leerla *in familias*, lo que produjo el mejor efecto del mundo".[25] Desde luego, había límites estrictos para dar a publicidad la correspondencia: los ritos colectivos, como leer cartas familiares, tenían el propósito de incluir, pero también de excluir. Definían al grupo familiar al protegerlo de intromisiones del mundo exterior. Las cartas familiares versaban sobre cuestiones de salud, visitas sociales, enlaces y nacimientos cercanos, algún ocasional asunto de política local y el problema que significaban las criadas. Nunca trataban sobre amoríos ni revelaban dramas familiares, y rara vez mencionaban algún acontecimiento ajeno a la familia.

La correspondencia es una forma de escritura sumamente codificada, que refleja convenciones generalmente aceptadas, y aplica y adapta fórmulas tácitas. Estas fórmulas son la expresión de ritos compartidos y de redes de sociabilidad claramente delimitadas. La correspondencia llena un vacío y constituye un rito de separación. Asimismo, se basa en el intercambio mutuo del placer que dan las cartas y en los sacrificios experimentados para escribirlas y enviarlas.

24. Ibíd., pp. 118-119.
25. Ibíd., p. 170.

Todo intercambio de correspondencia respeta un acuerdo implícito sobre las reglas que han de observarse. Se trata del "pacto epistolar", un contrato al que los interlocutores adhieren tácitamente.

La longitud de las cartas era un delicado tema de negociación. Según el "pacto epistolar", una carta larga exigía una respuesta de igual extensión. Lo más habitual era que los escritores usaran una hoja plegada, de manera de tener cuatro páginas para completar. A menudo, se excedían y continuaban escribiendo en forma transversal en los márgenes, una característica del intercambio epistolar de la época entre amigos, enamorados y parientes cercanos. Si se disponía de tiempo e inspiración, el autor tomaba otra hoja y, así, agregaba otras cuatro páginas.

Las fórmulas específicas de encabezamiento y despedida determinan el tono de la relación, al fomentar confianza o establecer distancia. Los esposos de la familia Mertzdorff se dirigían el uno al otro como *mon bon petit mari* ("mi buen maridito") o *ma chère petite femme* ("mi querida mujercita"). Charles llamaba a su esposa *ma chère amie* ("mi querida amiga").[26] La fórmula de despedida, que los manuales de etiqueta de fines del siglo XIX prescribían hasta el menor detalle, era tal vez la parte más importante de cualquier carta. En la correspondencia secreta entre Léon Gambetta y su amante, Léonie Léon, que generó 6.000 cartas a lo largo de los diez años previos al fallecimiento del político, ocurrido en 1882, la pareja se mostraba bastante más apasionada que Charles Mertzdorff. Gambetta se dirigía a Léonie como su *gracieuse et tendre nini* ("gracioso y tierno primor") o como su *chère mignonne adorée* ("querida y adorada preciosura"). En cambio, al llamar a su esposa "mi querida amiga", Charles Mertzdorff ponía de manifiesto una relación de pareja basada en la igualdad. En la correspondencia entre Gambetta y Léon, como señala Susan Foley, Gambetta

26. Ibíd., pp. 106-107.

tuteaba a Léonie, mientras que ella se dirigía a él con el más respetuoso *vous*, lo que implica una relación más desigual entre el político republicano —mayor en edad— y su amante.[27]

Esto no debe ocultar el hecho de que en el siglo XIX el contacto personal tendía a ser, en sus formas escritas, más expresivo y efusivo. A pesar de la reserva de Léonie, el tuteo se volvió normal y apropiado, y las palabras de afecto podían llegar a extremos hiperbólicos, como enviar "mil ternuras" (*mille tendresses*) o "un millón de besos" (*un million de baisers*), o dar lugar a oraciones como la que sigue, citada por Marie-Claire Grassi, que la leyó en una carta escrita por un amante decepcionado: "Tu largo silencio me atormentó bastante; al parecer, has olvidado el color de mi imaginación".[28]

Muchos autores de cartas de amor fantaseaban sobre su felicidad en un futuro hogar. Además de este *lieu de rêve*, la carta de amor daba cabida a los recuerdos compartidos, y albergaba el sitio sagrado donde los amantes se habían conocido y declarado sus sentimientos recíprocos por primera vez. Los enamorados que escribían cartas registraban y celebraban los aniversarios personales. También se hacía patente cierto fetichismo en el intercambio de objetos personales, como mechones de pelo, un rito que, en la actualidad, halla su equivalente cuando se adjuntan fotografías. La propia carta de amor podía convertirse en un fetiche que se releía, se besaba y se llevaba con uno. Todas estas estrategias eran elementos comunes de los destinatarios y remitentes de escritos íntimos.

27. Susan Foley, "'J'avais tant besoin d'être aimée … par correspondance': les discours de l'amour dans la correspondance de Léonie Léon et Léon Gambetta, 1872-1882", *Clio – histoire, femmes et sociétés* 24, 2006, pp. 157-158.
28. Marie-Claire Grassi, "Des lettres qui parlent d'amour", *Romantisme* 68, 1990, pp. 23-32.

"ESCRITOS ORDINARIOS", AUTORES EXTRAORDINARIOS

Antonietta Procura, nacida en Verona en 1888, era una operaria de una manufactura de tabacos de Trento, ciudad situada en el noreste de Italia. Al quedar atrapada en zona de combate en 1915, se vio obligada a evacuar su casa familiar y se llevó consigo sus pertenencias en un baúl de madera. Durante su exilio, escribió con lápiz las memorias de su vida en la cara interna del baúl, que hoy se conserva en el Museo Histórico Italiano de la Guerra. El baúl "contenía" su vida en el exilio, un testimonio escrito predominantemente en dialecto tridentino y lleno de errores gramaticales.[29] La naturaleza improvisada del baúl autobiográfico de Antonietta es típica de la escritura de las clases populares y los poco alfabetizados. Sus textos se aproximan a la lengua oral y dialectal, y sus autores suelen tener dificultades para escribir derecho y respetar las normas de la sintaxis y la ortografía. Por sobre todas las cosas, hacen tambalear el mito de que los analfabetos o los semialfabetizados han guardado silencio a lo largo de la historia, como suelen suponer los historiadores, quizá sin ahondar demasiado en el tema. La voz de los pobres y de los incultos puede adoptar formas inverosímiles, pero está a la espera de que alguien la descubra.

Algunas manifestaciones de la escritura cotidiana son fuentes históricas obvias y en las que mucho se ha abrevado, como la autobiografía o la correspondencia personal. Pero había muchas otras formas, incluidas las memorias de acontecimientos excepcionales, como el diario sobre la peste que escribió Daniel Defoe. Había *livres de famille*, que presentaban una crónica de la familia, su vida económica, sus bienes, sus deudas y sus acreedores. Había

29. Antonio Castillo Gómez, "De la suscripción a la necesidad de escribir". En: A. Castillo Gómez (coord.), *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*, Gijón, Trea, 2002, pp. 21-51.

cuadernos de notas, miscelánceas y *zibaldoni*, es decir, libros o cuadernos en los que los campesinos italianos anotaban direcciones, oraciones, los números de la vendimia, testamentos y contratos. La campesina finlandesa Kaisa Juhantytär tomó su pluma para escribir en tono desafiante: "Puedo cantar el Aleluya, no importa lo que el mundo diga", un temprano ejemplo de composición de himnos feministas.[30] También en Finlandia existía una larga tradición de periódicos manuscritos, producidos por trabajadores individuales o, tal vez, por varios colaboradores anónimos. Había historias de vida redactadas bajo coacción, en respuesta a la exigencia de confesores o de la Inquisición. Había relatos de viajes escritos por trotamundos, peregrinos y conquistadores. En el siglo XIX, el caudal de escritos espontáneos o efímeros se vio acrecentado por el agregado de tarjetas de cumpleaños, tarjetas del día de los enamorados, tarjetas navideñas, postales de vacaciones, cartas de felicitación o de pésame, y cartas estandarizadas para anunciar nacimientos, bodas y fallecimientos. Estas comunicaciones eran importantes no por lo que decían, sino por el mero hecho de haber sido enviadas.

Los grafitis, por su parte, han proliferado mucho desde la antigua Roma hasta el actual florecimiento de los frescos urbanos y los festivales de grafitis que surgieron en Europa de la mano de la cultura rebelde del *rap* y del *hip hop*. Así como la escritura mural decora los guetos de Nueva York, una notable eclosión de inscripciones o pinturas de letreros en lugares públicos cubrió el paisaje urbano de París en mayo de 1968. En todos los tiempos, los grafitis han ridiculizado a figuras prominentes, anunciado la presencia de alguien para la posteridad o, en la ciudad contemporánea, intentado usurpar con violencia espacios vedados. En julio de

30. Anna Kuismin, "Hymn as the Genre of Self-Educated Women in 19th-Century Finland", ponencia no publicada.

1917, un grupo de inspectores ferroviarios parisinos tomó nota cuidadosamente, en la Gare du Nord de París, de todos los grafitis que exhibían los trenes militares que traían a los soldados de regreso del frente de batalla. Registraron 189 inscripciones en 43 trenes y conservaron los errores de ortografía originales, lo que evidenciaba la seriedad de la protesta sediciosa que subyacía tras el combate, así como en las trincheras donde tuvieron lugar una serie de motines reales.[31]

La gente común siempre ha sentido la escritura como un instrumento de poder, como el medio del que se valen las monarquías y las burocracias para imponer gravámenes, implantar el reclutamiento obligatorio y justificar su poderío al plasmarlo por escrito en la ley. Por ejemplo, la quema de los *terriers* (títulos de propiedad feudal) por parte de los campesinos franceses sublevados en 1789 puede verse como la venganza de los analfabetos rurales contra el poder de la cultura escrita.

Mientras Judy Kalman observaba a los escribientes profesionales que trabajaban en sus puestos de la plaza de Santo Domingo de la ciudad de México, se topó varias veces con las realidades políticas de la escritura.[32] Los escritores públicos que trabajaban en la plaza eran intermediarios del texto escrito, a quienes necesitaban recurrir los pobres (y los no tan pobres) de una sociedad en la que la competencia de escritura estaba distribuida de manera muy desigual. Kalman refirió que a los escribientes solía pedírseles que produjeran documentos legales, solicitudes para presentar ante organismos de gobierno locales, declaraciones de impuestos y diversos tipos de cartas oficiales que, como bien sabían los clientes,

31. André Loez, "Mots e cultures de l'indiscipline: les graffiti des mutins de 1917", *Genèses 59*, junio de 2005, pp. 25-46.
32. Judy Kalman, *Writing on the Plaza: Mediated Literacy Practice Among Scribes and Clients in Mexico City*, Creskill (NJ), Hampton Press, 1999 [trad. esp.: *Escribir en la plaza*, México, FCE, 2003].

debían estar correctamente redactadas si pretendían conseguir lo que negociaban con las autoridades. Estaban al tanto de que necesitaban un documento mecanografiado, creían en su autoridad, eran conscientes de que existían ciertas fórmulas con las que había que cumplir al dirigirse a las autoridades municipales, y temían las consecuencias de no observar esos requerimientos.

Entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, hubo dos acontecimientos de gran trascendencia que transformaron el mundo cultural del campesinado europeo: las grandes olas de emigración a América y la Primera Guerra Mundial. Ambos sucesos generaron una cantidad de escritos sin precedentes. Se trataba de escritos de ausencia y anhelo, mediante los cuales los trabajadores y los campesinos semialfabetizados se empeñaban en comunicarse con sus seres queridos, de quienes se habían separado por circunstancias excepcionales. Las cartas escritas y recibidas por los emigrantes eran, por lo general, de dominio público, y se leían en voz alta en el seno de la familia o, como en Escocia, desde el púlpito en la iglesia del lugar. Las cartas de los emigrantes podían servir de sustento para una comunidad imaginaria que, con sus vínculos culturales, idiomáticos y religiosos, hacía las veces de puente entre la propia tierra y la diáspora. Los polacos que emigraron a los Estados Unidos y a América del Sur a fines del siglo XIX imaginaban que regresaban a su patria. Siguiendo una fórmula común, en 1891 Ignatius Kalinowski escribió lo siguiente: "Queridos padres: Cruzamos el umbral de vuestra casa y los saludamos y besamos sus manos y pies".[33] Estas cartas trataban de borrar la ausencia y, debido a su peculiar encabezamiento, se conocen como "cartas de saludo" (*bowing letters*). Normalmente, las primeras cartas que se escribían a la familia después de partir eran las más extensas y fre-

33. Witold Kula y Josephine Wtulich, *Writing Home: Immigrants in Brazil and the United States, 1890-1891*, Nueva York, Columbia UP, 1986, p. 104.

cuentes. Con el tiempo, cesaba la novedad y la vida en el nuevo continente se convertía en una rutina; se creaba una nueva familia, las cartas se volvían más breves y el intervalo entre ellas, más largo, en ocasiones al extremo de perder contacto con la propia familia de origen.

La Primera Guerra Mundial también produjo un descomunal torrente de escritos epistolares de campesinos, cuya capacidad de escritura se ha subestimado muchas veces. En Italia, durante tres años y medio de guerra, se produjeron 4.000 millones de cartas, pese a que, en vísperas de la guerra, el treinta y cinco por ciento de los italianos eran analfabetos según datos oficiales.[34] Francia produjo cerca de 10.000 millones de piezas postales, y Alemania, por lo menos 30.000 millones durante la Primera Guerra Mundial. Los años comprendidos entre 1914 y 1918 ocasionaron "una bulimia repentina e insaciable" de escritura epistolar, un desborde más que diluviano que escapó a todos los intentos de contención administrativa.[35] La guerra generó un corpus masivo y, tal vez, único de literatura popular que no pudo refrenarse, pese a los esfuerzos de los censores y de los administradores postales.

En sus escritos, los campesinos y los soldados luchaban por poner orden en el caos y organizar sus confusas vivencias de un trastorno de características tan excepcionales como es la guerra. Escribían para desandar un viaje, real o metafórico, y descubrir en él algún sentido. Los soldados italianos hundidos en el lodo de las trincheras serbias llenaban cuadernos con recuerdos nostálgicos de su hogar, su familia y su *paese*. Expresaban una religiosidad

34. Antonio Gibelli, "Emigrantes y soldados. La escritura como práctica de masas en los siglos XIX y XX". En: Castillo Gómez, *La conquista del alfabeto*, p. 197.

35. Martyn Lyons, "French Soldiers and Their Correspondence: Towards a History of Writing Practices in the First World War", *French History* 17:1, 2003, pp. 79-95.

exacerbada, y se imaginaban como Cristo en la Vía Dolorosa, o rogaban que la *Madonna* los protegiera. Había uno o dos que tenían pretensiones literarias, como el campesino Sebastiano Leonardi, lector de Dante, que describió su propio y muy personal descenso al Infierno.[36]

Asimismo, muchos escritos cotidianos se dirigían a Dios. Las iglesias y los sitios de peregrinación estaban –y algunos todavía están– cubiertos de grafitis, y recibían oraciones escritas dirigidas a Jesús, a la Sagrada Virgen, y a los santos e intercesores. En Lourdes, hay minúsculos mensajes escritos en cada grieta de la gruta donde se dice que ocurrió el milagro. En otras iglesias, como la iglesia de Santa Rita, ubicada en un distrito obrero del norte de París, los antropólogos han logrado tener acceso a los mensajes escritos que muchas personas entregaban de manera furtiva al santo de su devoción. En algunos casos, imploran ayuda para atravesar una experiencia familiar traumática, o suplican a la espera de una cura para salvar al padre, a la madre o al cónyuge que padece una enfermedad terminal. En otros, piden trabajo, como podemos apreciar en el siguiente mensaje que, en 1987, le escribió un vendedor despedido a la Virgen María en la Basílica de la Dorada de Toulouse: "Ya sabes cuál es mi deseo: quiero recuperar mi empleo en Mammouth [una tienda por departamentos]; si es posible, en la sección de indumentaria deportiva".[37] Si la plegaria no recibe respuesta y la situación no mejora, no es raro que el autor regrese y repita el mensaje. Al fin y al cabo, los santos son humanos y, por consiguiente, tienen defectos. Es probable que se olviden de la primera plegaria, y en ese caso es preciso que se la recuerden con mucho tacto; o quizá son tantas las súplicas que tienen entre manos que necesitan un motivo especial para dar prioridad a

36. www.museostorico.tn.it/asp/approfondimenti.htm.
37. Martène Albert-Llorca, "Le courrier du ciel". En: En: Fabre, *Écritures ordinaires*, pp. 183-221.

una en particular. Tales ruegos están redactados, por ejemplo, de la siguiente manera: "¿Me recuerdas, *Gesù mio*, lleno de misericordia? Soy el que te escribió aquella nota en papel verde sobre mi madre, que está muriendo de cáncer. Te imploro a Ti, que todo lo puedes, que me ayudes con este problema".

La escritura, al parecer, tiene un poder duradero que confiere eficacia e intimidad a la comunicación con Dios y con los santos. El volumen creciente de correspondencia dirigida al Cielo en el siglo XX es un gigantesco testimonio de la angustia, el sufrimiento y la inadaptación de los humanos. Indica, asimismo, la importancia que reviste la palabra escrita en nuestros tiempos, así como la impensada variedad de usos que tiene en la vida cotidiana.

LA ALFABETIZACIÓN VICARIA

En la transición a la alfabetización plena, se necesitaban diversas formas de mediación y asistencia. Una estrategia de los semialfabetizados era recurrir a un tercero o a un escribiente público. En la década de 1850, George Blakers, un leñador que vivía cerca de Port Stephens, en Nueva Gales del Sur, hizo las veces de escribiente para un "vecino" que, enterado de la reputación que se había ganado Blakers por saber leer y escribir bien, recorrió quince kilómetros para pedirle que le escribiera una carta.[38] En la Primera Guerra Mundial, cierta proporción de las cartas que enviaban los soldados habían sido dictadas por estos a terceros, aunque era quizá más común que, al llegar a su destino en el campo, las leyera un intermediario. Un español analfabeto que emigró a América fue guardando todas las cartas que recibía de su hermana y de su

38. George T. Blakers, *A Useless Young Man? An Autobiography of Life in Australia, 1849-64*, Melbourne, Australian Large Print, p. 152.

sobrina, aunque no pudo leerlas hasta que encontró a otro emigrante que lo hizo por él. Lo trágico de esta historia es que la familia interpretó la falta de noticias suyas como una señal de que había fallecido.[39] Era posible contratar a un escribiente público para que redactara documentos oficiales y cartas personales. Siempre han existido intermediarios como estos para atender las necesidades de aquellos que se encuentran al margen de la alfabetización funcional. En ocasiones, se trata de miembros de la familia. A finales del siglo XIX, los niños de edad escolar tenían la responsabilidad de escribir y leer en voz alta para las generaciones mayores, y se han observado hábitos similares en familias de inmigrantes que tienen hijos de edad escolar.

En el siglo XIX, era habitual que los campesinos recurrieran a un intermediario de su aldea para que les escribiera cartas dirigidas a las autoridades de mayor jerarquía. Cabe mencionar, a modo de ejemplo, el caso de la viuda de un policía de Loupiac, Gironda (Francia), que quería que eximieran a su hijo de pagar el arancel escolar y, en 1855, se dirigió al alcalde para que le escribiera la solicitud pertinente.[40] También los maestros de escuelas rurales solían tomar parte en esa actividad extracurricular, y desempeñaban funciones en la alcaldía tales como brindar asesoramiento sobre hipotecas y testamentos, y escribir cartas en nombre de los habitantes del lugar. Recurrir a un escribiente ha sido siempre una necesidad para los semialfabetizados en épocas en que los requerimientos burocráticos del Estado han ido en aumento. Cuanto más técnicas son las respuestas que exigen las autoridades públicas en materia de impuestos, procedimientos judiciales u otros menesteres administrativos, mayores son

39. Laura Martínez Martín, "The Correspondence of Asturian Emigrants at the End of the 19th and Beginning of the 20th Centuries", ponencia no publicada.
40. Barnett Singer, *Village Notables in Nineteenth-Century France: Priests, Mayors, Schoolmasters*, Albany (NY), State University of New York Press, 1983, p. 39.

las probabilidades de que crezca la demanda de escribanos públicos.

Contratar a un escribiente era arriesgado: se trataba de terceros que tendían a reciclar un pequeño repertorio de frases convencionales y a omitir deliberadamente toda manifestación emocional incómoda. Cuando Antoine Sylvère escribía en nombre de su familia a su padre, que siempre estaba lejos de casa cortando madera, se sentía incapaz de transcribir todos los insultos que su madre quería endilgarle a su marido.[41] El poder del escribiente y la vulnerabilidad del autor fueron muy bien ilustrados en la película *Central do Brasil*, cuya protagonista principal es una escribiente pública que instala su puesto en la principal estación ferroviaria de Río de Janeiro. Tiene a los analfabetos a su merced; por un lado, puede censurar el texto, y por el otro, nunca franquea las cartas de sus clientes, pese a que estos le pagan por ello.

Los manuales epistolares o las recomendaciones sobre cómo escribir cartas que contienen los libros de etiqueta y urbanidad constituyen otra clase de influencia mediadora. En toda Europa, los referentes del arte de la correspondencia fueron las cartas de Madame de Sévigné, de Jean-Jacques Rousseau o de Erasmo de Róterdam; en el caso de España, debemos sumar a Felipe II y a Santa Teresa de Jesús; y en el de Gran Bretaña, a Charlotte Brontë y a Charles Lamb. Durante siglos, los manuales epistolares habían estado destinados a una elite culta, y siguieron basándose en modelos heredados de la cultura cortesana hasta que, a fines del siglo XIX, comenzaron a adoptar formas más democráticas. Más adelante en el tiempo, su valor fue declinando lentamente, conforme en las escuelas iba enseñándose

41. Antoine Sylvère, *Toinou, le cri d'un enfant auvergnat, pays d'Ambert*, París, Plon, 1980, pp. 153-154.

a los niños a redactar una carta, y los libros de texto comenzaban a reproducir modelos de cartas.[42]

Los manuales ofrecían cartas modelo para ser imitadas, y prescribían las normas que debían respetarse en relación con el espacio en blanco al comienzo y al final de la página, espacio cuyo tamaño era directamente proporcional a la dignidad y la formalidad que deseaba atribuírsele a la correspondencia. Así, el manual *Beeton's Complete Letter-Writer for Gentlemen* aconsejaba que "la distancia entre el comienzo del cuerpo de la carta y la parte superior de la página debe ser cercana a un tercio de la hoja".[43] Desde luego, los aspectos materiales de la carta diferían en función del género: según los manuales producidos en España a principios del siglo XX, los hombres solo debían usar papel blanco y tinta negra o azul, mientras que las mujeres podían utilizar papel de diferentes tonalidades y tintas de variados colores.[44] Las mujeres solteras se exponían a un riesgo al escribirle una carta a alguien que no fuera un niño u otra mujer. De acuerdo con el *Dymock's Australian Letter-Writer for Ladies and Gentlemen*, un manual epistolar publicado en Sydney en los primeros años del siglo XX, las mujeres casadas siempre adjuntaban su tarjeta para indicar su estado civil.[45] La calidad del papel debía elegirse con sumo cuidado en función del estatus social del remitente y del destinatario. Jamás debía usarse una tarjeta postal (también según el *Dymock's Australian Letter-Writer*) para solicitar el pago de una deuda. Los papeles rayados denotaban la escasa competencia gráfica del que

42. Cécile Dauphin, *"Prête-moi ta plume...": Les manuels épistolaires au XIXe siècle*, París, Kimé, 2000, p. 26.
43. *Beeton's Complete Letter-Writer for Gentlemen*, Londres, Ward Lock, sin fecha (década de 1890), p. v.
44. Verónica Sierra Blas, "¡Cuidado con la pluma! Los manuales epistolares en el siglo XX", *Litterae* 3-4, 2003-2004, p. 299.
45. *Dymock's Australian Letter-Writer for Ladies and Gentlemen*, Sydney, Dymocks, sin fecha (1911?).

escribía (de la misma manera, tal vez, que el hábito de escribir solo con mayúsculas). Los manuales epistolares estaban impregnados del sentido de las jerarquías y de valores sociales tácitos. Al igual que los manuales de conducta en general, ayudaban a forjar una identidad de género.

Los manuales de conducta estaban dirigidos a aquellos lectores y escritores que no dominaban por completo la competencia de escritura. Los integrantes de este público destinatario sabían leer y escribir, pero no tenían suficiente confianza en su propia destreza para escribirle sin ayuda a un amante, a un posible empleador o a un familiar lejano. Estos lectores aspiraban al refinamiento, si bien, al parecer, eran proclives a dejar manchas de tinta o a cometer errores gramaticales, dado que con frecuencia se les advertía sobre estas cuestiones, además de indicárseles que ordenaran sus ideas y que fueran prudentes y discretos. No obstante, los manuales epistolares tenían un problema inherente: usarlos como un mero recurso para copiar modelos de cartas en forma mecánica no ayudaba a nadie a enfrentarse con una página en blanco en el futuro. Además, se corría el grave riesgo de que el destinatario se diera cuenta de que la carta había sido reproducida de un manual.

Los usos de los escritos personales eran, pues, muchos y diversos. Es probable que los diarios íntimos constituyeran una suerte de psicoterapia, que ayudaran en un proceso de duelo –como en el caso de Eugénie de Guérin– o en el control de la ira, como le ocurrió a George Sand cuando Alfred de Musset la abandonó. Ofrecían ejercicios piadosos para los jóvenes y los obedientes. Aplacaban la angustia prenupcial que embargaba a las jóvenes a medida que se aproximaba su ingreso en territorio sexual desconocido en el marco de un matrimonio que no era de su propia elección.

La escritura cotidiana u "ordinaria" comprende una gran variedad de géneros o "egodocumentos", algunos de los cuales resultan familiares para el historiador, como los diarios, la

correspondencia o la autobiografía. También abarca los escritos triviales y efímeros que ponen orden en nuestra existencia (como los libros de contabilidad), que pretenden seducir (las tarjetas del día de los enamorados) o que persiguen manifestar una protesta (los grafitis). Su proliferación evidencia el acceso a la escritura cada vez mayor por parte de los semialfabetizados y los analfabetos. En ocasiones, estos recurrían a terceros o escribientes que entablaban una relación dinámica y de colaboración, si bien no siempre de pares, con los autores; otras veces, se valían de los manuales epistolares y, poco a poco, se avinieron a utilizar los nuevos servicios postales de la segunda mitad del siglo XIX.

Los escritos cotidianos pertenecen a una "cultura anfibia" –según la expresión de Marina Roggero–, que se mueve entre lo oral y lo escrito.[46] Existían múltiples conexiones entre la oralidad y la escritura en las sociedades que se hallaban en vías de lograr la alfabetización plena. Estudiar los escritos cotidianos y los egodocumentos nos acerca a ciertas cuestiones fundamentales de la historia cultural del siglo XIX: la historia de la muerte y del luto, la historia del matrimonio y de las relaciones entre los sexos en general, la historia del dinamismo de la familia, sus tensiones y sus solidaridades. La escritura, asimismo, conllevaba un enorme poder como herramienta para forjar una identidad personal. Por último, el estudio de los escritos personales puede arrojar luz sobre el desarrollo de la noción de privacidad. Escribir, al igual que leer, era vital para las relaciones sociales y culturales en el mundo occidental del siglo XIX. Se había convertido en un recurso cotidiano imprescindible, no solo para las clases medias de Europa y América, sino también para la gente común, los campesinos y los que apenas sabían leer y escribir.

46. Marina Roggero, "La escritura de los grupos populares en la Italia del Antiguo Régimen". En: Castillo Gómez, *La conquista del alfabeto*, p. 71.

Capítulo 13

Los lectores y escritores en la era digital

Más allá de la importancia que cada historiador le atribuya a la llamada "revolución de la imprenta" iniciada por Gutenberg en el siglo XV, nadie duda del impacto revolucionario que la computación del siglo XX ha tenido sobre la lectura. Tampoco puede nadie dudar de la asombrosa vertiginosidad de esta revolución electrónica. "Creo que hay un mercado mundial para unas cinco computadoras", declaró Thomas J. Watson, presidente de IBM, en 1943, sin ningún asomo de la visión que se hubiese esperado de un representante de una compañía tan importante. En 1949, la revista *Popular Mechanics* anticipó el incesante avance de la ciencia al afirmar: "Las computadoras del futuro pueden llegar a pesar menos de quince toneladas". Esa predicción tuvo, al menos, la virtud de cumplirse. Más recientemente, en 1977, Ken Olsen, entonces presidente de la Digital Corp., le aseguró al mundo: "No hay razón para que una persona tenga una computadora en su casa".[1] Los adelantos de la computación han superado toda predicción y han dado lugar a una transformación tan rápida como trascendental de la manera en que transmitimos, consumimos e interactuamos con los textos.

El mundo de la computación ha impuesto un estilo de lectura propio, que se acerca cada vez más a los métodos que usamos para

1. Des Gingni y Andrew Terry, *Challenge: Technological Change*, Roseville, New South Wales, McGraw-Hill Australia, 1998, p. 11. Mi agradecimiento a Claudine Lyons por ponerme en conocimiento de esta obra.

navegar por Internet. El lector occidental de 2012 "navega" por los textos y disfruta de hacer *zapping*; es decir, de pasar rápidamente de un artículo corto de revista a otro en ese estilo de "lectura intersticial" que Jeanette Gilfedder identificó cuando estudió la evolución de las editoriales italianas durante la década de 1990.[2] Las jornadas de trabajo reguladas apenas dejan espacio para brevísimos tiempos de lectura, que deben aprovecharse en esos pocos intersticios que quedan entre la oficina y el hogar, entre el trabajo y el descanso, en las pausas para el almuerzo, en los viajes en tren, entre la plancha y la aspiradora.

No obstante, al mismo tiempo, hay algunos notables paralelismos entre las reacciones que despierta la revolución electrónica y las que provocó la invención de la imprenta hace más de cinco siglos. Se lanzan extravagantes augurios sobre el poder de la tecnología para cambiar el mundo y construir un futuro mejor para todos. Mientras tanto, el pánico que despertó la invención de la prensa en el pasado revive en los temores contemporáneos respecto del acceso irrestricto a sitios peligrosos de Internet y en las dificultades enfrentadas por los gobiernos nacionales para controlar la distribución de la información. Los historiadores del libro ya hemos oído todos estos razonamientos anteriormente, pero tenemos las herramientas necesarias para reconocer que el advenimiento de la era digital es una "revolución de la información" de la magnitud de un cataclismo mucho más importante que el provocado por la invención de Gutenberg. Es el último de los grandes hitos de la historia de la lectura anticipados en el capítulo 1 y el tema más significativo desarrollado en este último capítulo.

2. Jeanette Gilfedder, "A Contemporary Italian Publishing Phenomenon: The *Millelire* Series", tesis doctoral inédita, Griffith University, Queensland, 1999, pp. 192-199.

LA *PULP FICTION* EN EL SIGLO XX

Después de la Primera Guerra Mundial, el mercado del libro fue recuperándose muy lentamente y la mayoría de los países luchaba en vano por igualar el nivel de producción de libros alcanzado durante el período de auge anterior a la guerra. Nunca más habría de igualarse la rápida expansión del público lector que se registró a lo largo del siglo XIX. El precio del papel ya no caía más en espiral descendente, como había ocurrido hasta 1914; los salarios de los impresores y componedores iban en aumento; de hecho, en París, entre 1911 y 1936, se multiplicaron por nueve.[3] Además, la lectura ahora competía con un amplio abanico de nuevos pasatiempos, como la radio, el cine y el periódico. Solo tiempo después, cuando el libro aprendió a funcionar en tándem con los medios electrónicos en vez de competir con ellos, habría de encontrar un nuevo mercado: un buen ejemplo lo constituye la serie de Harry Potter de J. K. Rowling, en el que los libros, las películas y las reposiciones por televisión sirvieron para retroalimentarse entre sí, y al mismo tiempo, promovieron el *merchandising*, el que a su vez también los promovió a ellos.

Sin embargo, en la primera mitad del siglo XX se estaban sucediendo cambios importantes que afectaban la manera en que los lectores recibían los textos. La linotipia y la monotipia mecanizaron el proceso de composición, y el uso de la ilustración fotográfica de alta calidad ofreció nuevas posibilidades. Surgieron nuevos géneros, como el libro de historietas, que evolucionó hasta dar a luz a la novela gráfica. Hacia mediados de la década de 1970, las populares historietas de Astérix habían vendido 40 millones de ejemplares en un período de 17 años.[4] Como resultado, la

3. Isabelle de Conihout, "La conjoncture de l'édition". En: *HEF4*, p. 78.
4. Janick Jossin, "La France se met à lire", *L'Express*, 4-11 de noviembre de 1978, p. 82.

experiencia lectora del siglo XX fue distinta a la de los lectores de la preguerra. Por una parte, gracias al desarrollo de la educación primaria y secundaria, el público lector había alcanzado un nivel de instrucción nunca antes visto. Por otra parte, los libros que llegaban ahora a manos de los lectores eran productos industriales de consumo. Estaban encuadernados industrialmente, tenían tapas de atractivos colores y los tipos de letra resultaban muy familiares, ya que se elegían a partir de un conjunto cada vez más reducido de opciones a medida que la producción se iba estandarizando. Solo el libro infantil proponía tipos de letra más extravagantes y relaciones más imaginativas entre texto e imagen. Los libros se promocionaban en la prensa escrita, en carteles callejeros o en la radio. Pronto las técnicas de publicidad entraron en una nueva dimensión: por primera vez, había lanzamientos de libros, campañas publicitarias, ejemplares de regalo para la prensa y ejemplares gratuitos para los docentes. El lector del siglo XX era menos proclive que antes a comprar libros en una librería. Comenzaron así a ganar terreno otros canales de venta, como los clubes de libros, las escuelas –que satisfacían el mercado cada vez más importante del libro de texto–, los supermercados, las tiendas de artículos varios y las agencias de noticias. Los lectores británicos, al igual que sus pares alemanes, tendían a comprar los libros en lugares tradicionales como W. H. Smith o Waterstone, mientras que los franceses los adquirían con más frecuencia en los supermercados, y los españoles e italianos, en los quioscos de la calle.[5] En los países anglohablantes, había un sistema bien desarrollado de bibliotecas públicas que prestaban libros, y por primera vez incorporaron secciones especiales para niños. Era la época de las tiras cómicas y de las series de *Biggles* de W. E. Johns, de *Famous Five* de Enid Blyton, y de *Just William,* de Richmal Crompton.

5. *Colombe Schneck, La lecture en Europe: Les pratiques de lecture en France, Allemagne, Grande-Bretagne, Italie et Espagne*, París, France Edition, 1993, pp. 8-10.

El período de entreguerras tuvo sus *best sellers*: entre ellos, cabe mencionar *Lo que el viento se llevó* (1936), cuya eficaz versión cinematográfica contribuyó a convertirlo en un éxito de todos los tiempos. En Inglaterra, las novelas de suspenso de Edgar Wallace, publicadas por Hodder & Stoughton dentro de la reluciente colección "Yellow-Jacket", alcanzaron un éxito colosal. La fama de esta colección venía asociada al mayor símbolo del prestigio británico, el Imperio. Su segunda temporada fue anunciada con frases como "la lista de 1.000 títulos que recorre el Imperio" o "la lista sobre la que nunca se pone el sol".[6] Una publicidad hecha en forma de historieta, lanzada en 1934, mostraba filas interminables de figuras hechas de palotes que llevaban camisas amarillas con el emblema de Hodder & Stoughton en el pecho y el brazo derecho en alto a modo de saludo fascista. Para reforzar el mensaje del dibujo, había una leyenda que decía: "Yellow Jackets: la dictadura popular". Tan solo Wallace vendió 9,5 millones de libros en veinte años. Wallace fue un caso sobresaliente, pero en absoluto el único. El mercado se vio inundado de *pulp fiction* —término empleado en el mundo anglosajón, sobre todo en los Estados Unidos, para hacer referencia a revistas de bajo precio destinadas al público masivo—, que incluía novelas románticas, historias de suspenso, historias del Oeste y relatos de aventuras. En Alemania, de acuerdo con Gideon Reuveni, la clase media estaba en estado de conmoción y consternación ante el avance de ese consumismo tan desenfrenado y de mal gusto.[7] A poco de terminar la Segunda Guerra Mundial, un bibliotecario de un pueblo tranquilo del sur

6. Milan Voykovic, "The Culture of Thriller Fiction in Britain, 1898-1945: Authors, Publishers and the First World War", tesis doctoral inédita, University of New South Wales, 1996, para más detalles sobre el archivo de Hodder & Stoughton.
7. Gideon Reuveni, *Reading Germany: Literature and Consumer Culture in Germany Before 1933*, Nueva York, Berghahn, 2006.

de Inglaterra expresó su opinión al respecto en términos poéticos: "Los plácidos jardines de la literatura están siendo pisoteados por un tropel de pies impacientes".[8] Los editores sabían que, en un mundo ferozmente competitivo, tenían que ofrecer novedades a toda costa y también sabían que unos pocos títulos de taquilla habrían de financiar títulos más literarios y experimentales. Tal como dijo el editor francés Gaston Gallimard en tono de broma: "Si puedo publicar poesía que nadie entiende, es gracias a mi serie de novelas de detectives".[9] La industria atravesó dos guerras mundiales, la Gran Depresión y, en muchos países europeos, la ocupación nazi y el bombardeo provocado por uno u otro bando, y a veces por los dos. Aun así, era como si todos esos padecimientos solo hubiesen alimentado el insaciable deseo de leer y de escapar hacia un mundo de ensueño y ficción.

En Europa, las historietas cómicas y la *pulp fiction* contribuyeron a propagar la influencia cultural de los Estados Unidos, a la que sucumbían hasta los regímenes fascistas. Junto con las historias del Lejano Oeste de Zane Grey, los lectores de todo el mundo anglohablante leían *Tarzán*, *Blondie* y *The Katzenjammer Kids* (conocida en español como *Maldades de dos pilluelos*). Los intelectuales europeos denunciaban en vano esta invasión estadounidense. Al mismo tiempo, otras influencias estadounidenses más literarias, como John Steinbeck, William Faulkner y Ernest Hemingway, eran muy populares entre los editores europeos de la década de 1930, como Mondadori. Esta tendencia continuó después de la guerra: en 1965, se lanzó la serie Oscar de ediciones de bolsillo de Mondadori con el muy conveniente primer título de *Adiós a las armas* de Hemingway (obra ambientada en

8. Stephen Mogridge, *Talking Shop*, Londres, 1949, citado en Joseph McAleer, *Popular Reading and Publishing in Britain, 1914-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1992, p. 84.
9. De Conihout, "La conjoncture de l'édition". En: *HEF4*, p. 89.

Italia, en 1917), que vendió 4,8 millones de ejemplares en su primer año de publicación.[10]

LEER BAJO LAS DICTADURAS

Durante las dictaduras fascistas, tanto la lectura como la producción de libros fueron objeto de un estricto control: son tristemente célebres las quemas de libros por parte de los nazis. Después de 1940, los recién casados alemanes debían recibir como regalo oficial de bodas *Mi lucha* de Hitler. Los editores y los autores judíos, como Karl Marx, Sigmund Freud y Franz Kafka, estaban proscriptos. Los libros de texto escolares pasaban por el control del gobierno, y las dictaduras tanto de Alemania como de Italia los usaban para promover un tipo agresivo de nacionalismo. La mayoría de los editores llegó a una conclusión obvia: su supervivencia dependía de su capacidad para desarrollar vínculos estrechos con el régimen. En Italia, el gobierno, al fin y al cabo, podía ser generoso con sus amigos, y se mostraba dispuesto a ayudarlos a exportar libros de clásicos italianos. El mercado escolar también era muy rentable: en 1935, la editorial italiana Mondadori se propuso obtener, y obtuvo, el monopolio nacional de la producción de libros de texto de uso obligatorio en las escuelas primarias.[11] En *Fahrenheit 451*, la novela que Ray Bradbury publicó en 1953, cada uno de los opositores a la tiranía memorizaba una obra del canon literario de manera de impedir su desaparición definitiva. Pero se trataba de una fantasía de ciencia

10. Gabriele Turi, "Cultura e poteri nell'Italia repubblicana". En: G. Turi (ed.), *Storia dell'editoria nell'Italia contemporanea*, Florencia, Saggi Giunti, 1997, p. 439.
11. Gianfranco Pedulla, "Gli anni di fascismo: imprenditora privata e intervento statale". En: Turi, *Storia dell'editoria*, pp. 346-356.

de Inglaterra expresó su opinión al respecto en términos poéticos: "Los plácidos jardines de la literatura están siendo pisoteados por un tropel de pies impacientes".[8] Los editores sabían que, en un mundo ferozmente competitivo, tenían que ofrecer novedades a toda costa y también sabían que unos pocos títulos de taquilla habrían de financiar títulos más literarios y experimentales. Tal como dijo el editor francés Gaston Gallimard en tono de broma: "Si puedo publicar poesía que nadie entiende, es gracias a mi serie de novelas de detectives".[9] La industria atravesó dos guerras mundiales, la Gran Depresión y, en muchos países europeos, la ocupación nazi y el bombardeo provocado por uno u otro bando, y a veces por los dos. Aun así, era como si todos esos padecimientos solo hubiesen alimentado el insaciable deseo de leer y de escapar hacia un mundo de ensueño y ficción.

En Europa, las historietas cómicas y la *pulp fiction* contribuyeron a propagar la influencia cultural de los Estados Unidos, a la que sucumbían hasta los regímenes fascistas. Junto con las historias del Lejano Oeste de Zane Grey, los lectores de todo el mundo anglohablante leían *Tarzán*, *Blondie* y *The Katzenjammer Kids* (conocida en español como *Maldades de dos pilluelos*). Los intelectuales europeos denunciaban en vano esta invasión estadounidense. Al mismo tiempo, otras influencias estadounidenses más literarias, como John Steinbeck, William Faulkner y Ernest Hemingway, eran muy populares entre los editores europeos de la década de 1930, como Mondadori. Esta tendencia continuó después de la guerra: en 1965, se lanzó la serie Oscar de ediciones de bolsillo de Mondadori con el muy conveniente primer título de *Adiós a las armas* de Hemingway (obra ambientada en

8. Stephen Mogridge, *Talking Shop*, Londres, 1949, citado en Joseph McAleer, *Popular Reading and Publishing in Britain, 1914-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1992, p. 84.
9. De Conihout, "La conjoncture de l'édition". En: *HEF4*, p. 89.

Italia, en 1917), que vendió 4,8 millones de ejemplares en su primer año de publicación.[10]

LEER BAJO LAS DICTADURAS

Durante las dictaduras fascistas, tanto la lectura como la producción de libros fueron objeto de un estricto control: son tristemente célebres las quemas de libros por parte de los nazis. Después de 1940, los recién casados alemanes debían recibir como regalo oficial de bodas *Mi lucha* de Hitler. Los editores y los autores judíos, como Karl Marx, Sigmund Freud y Franz Kafka, estaban proscriptos. Los libros de texto escolares pasaban por el control del gobierno, y las dictaduras tanto de Alemania como de Italia los usaban para promover un tipo agresivo de nacionalismo. La mayoría de los editores llegó a una conclusión obvia: su supervivencia dependía de su capacidad para desarrollar vínculos estrechos con el régimen. En Italia, el gobierno, al fin y al cabo, podía ser generoso con sus amigos, y se mostraba dispuesto a ayudarlos a exportar libros de clásicos italianos. El mercado escolar también era muy rentable: en 1935, la editorial italiana Mondadori se propuso obtener, y obtuvo, el monopolio nacional de la producción de libros de texto de uso obligatorio en las escuelas primarias.[11] En *Fahrenheit 451*, la novela que Ray Bradbury publicó en 1953, cada uno de los opositores a la tiranía memorizaba una obra del canon literario de manera de impedir su desaparición definitiva. Pero se trataba de una fantasía de ciencia

10. Gabriele Turi, "Cultura e poteri nell'Italia repubblicana". En: G. Turi (ed.), *Storia dell'editoria nell'Italia contemporanea,* Florencia, Saggi Giunti, 1997, p. 439.
11. Gianfranco Pedulla, "Gli anni di fascismo: imprenditora privata e intervento statale". En: Turi, *Storia dell'editoria,* pp. 346-356.

ficción. Salvo muy raras excepciones, la industria del libro durante el fascismo no alzó su voz para ayudar a los críticos del régimen. Los medios preferidos de los militantes de la resistencia eran la radio y el panfleto clandestino.

En la Unión Soviética, el gobierno hizo un esfuerzo monumental para mejorar los niveles de alfabetización básica de la población. La campaña de alfabetización perseguía un objetivo político: educar al ciudadano de la sociedad socialista. Los promotores de esa campaña repetían ritualmente la frase de Lenin según la que "una persona analfabeta se queda al margen de la política" y luchaban por "reeducar" a los campesinos cuya cultura parecía estar enraizada en un remoto pasado anterior a la revolución. La campaña tuvo un éxito relativo. La mayoría de los campesinos no comprendían los libros ni los periódicos que eran instados a leer; en cambio, el papel les resultaba útil para armar cigarrillos o para otros usos más íntimos. Una vez más, los lectores se negaban obstinadamente a ser manipulados por la literatura prescripta por la *intelligentsia*. Pero, para 1939, la tasa de alfabetización había trepado al noventa y cinco por ciento entre la población masculina y al setenta y nueve por ciento entre las mujeres.[12]

A los lectores soviéticos les llegaban ediciones baratas de clásicos selectos, y Aleksandr Pushkin, Nikolái Gogol y León Tolstói se publicaban en tiradas descomunales, al igual que los autores no rusos que transmitían un mensaje positivo sobre el poder de la ciencia y el progreso. Así, la política editorial de la URSS fue, en gran medida, responsable de que Julio Verne fuera el autor más traducido en el mundo en cantidad de ejemplares producidos en países extranjeros.[13] Si bien los editores privados lograron sobrevivir hasta el

12. Vadim V. Volkov, "Limits to Propaganda: Soviet Power and the Peasant Reader in the 1920s". En: James Raven (ed.), *Free Print and Non-Commercial Publishing since 1700*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate, 2000, pp. 177-193.
13. Daniel Milo, "La Bourse mondiale de la traduction: Un barometre culturel?", *AESC* 39, 1984, pp. 92-115.

año 1930, su producción estaba sumamente regulada. Se purgaba el contenido de las bibliotecas, el Partido Comunista protegía la ortodoxia ideológica de todo material impreso, y la propaganda del Partido idealizaba sistemáticamente al lector proletario y serio.

Hacia la década de 1960, el público soviético ya estaba mucho más alfabetizado y tenía mejor nivel de instrucción y gustos más sofisticados y variados. Sin embargo, en la URSS todavía no había tenido lugar la revolución de las ediciones en rústica, y la oferta aún estaba muy rezagada respecto de la demanda (lo mismo puede decirse de los bienes de consumo en general). Esta brecha se zanjaba parcialmente gracias al pujante mercado negro de libros que surgió entre las décadas de 1970 y 1980. Las obras de autores conocidos en Occidente por su condición de "disidentes" circulaban clandestinamente en forma de *samizdat* –textos multicopiados de manera privada y financiados por los propios autores–, lo que evoca el rol que cumplían las publicaciones manuscritas del siglo XVII. Aleksandr Solzhenitsyn, considerado en Occidente el escritor soviético vivo más importante, fue obligado a abandonar la URSS, donde le resultaba imposible publicar sus libros.

En el período de la *perestroika*, a fines de la década de 1980, la censura comenzó a relajarse, la producción de libros se flexibilizó, y las editoriales privadas revivieron. Se registró una explosión editorial y una breve carrera por leer los frutos antes prohibidos de *Los hijos del Arbat* de Anatoli Rybakov, *Doctor Zhivago* de Borís Pasternak, y la obra de Solzhenitsyn. Sin embargo, pronto fue evidente que los lectores soviéticos, al igual que la gran masa de lectores de Occidente, preferían la literatura fantástica, las novelas de detectives, los relatos ficcionalizados de la Segunda Guerra Mundial y las novelas románticas de Barbara Cartland.[14]

14. Stephen Lovell, *The Russian Reading Revolution: Print Culture in the Soviet and Post-Soviet Eras*, Basingstoke (Reino Unido) y Nueva York, Palgrave Macmillan y St. Martin's Press, 2000, caps. 2 y 4.

Los lectores rusos habían dejado de ser esas figuras ideales en las que el Estado depositaba una fuerte inversión simbólica: se habían convertido en consumidores comunes de material impreso.

LA REVOLUCIÓN DE LAS EDICIONES EN RÚSTICA

La revolución de las ediciones en rústica, que se inició antes de la guerra, aceleró sus motores después de la década de 1950. En 1935, Allen Lane había lanzado al mercado inglés la colección Penguin, una serie de libros particulares, económicos, pero de alta calidad. Se vendían a seis peniques cada uno y se caracterizaban por estar codificados por colores: naranja, ficción; verde, crímenes; violeta, viajes, y azul, biografías. Podían comprarse en muchas clases de tiendas, incluidas las populares cadenas Woolworth's y Marks & Spencer, sobre las calles principales. Los primeros 50 títulos de la serie vendieron tres millones de ejemplares.[15] La serie Penguin atraía al público instruido, y su rotundo éxito obedeció al porcentaje cada vez mayor de población con educación secundaria y/o universitaria. Los libros de bolsillo Penguin junto con sus primos hermanos, los Puffin y los Pelican, dieron lugar a una vasta legión de leales seguidores; tal como habría de recordar Richard Hoggart tiempo después, estaban dirigidos a los jóvenes de la década de 1930, una generación con ideas políticas y aspiraciones intelectuales.[16] Los autores ingleses del siglo XX, como George Bernard Shaw, H. G. Wells y D. H. Lawrence, alcanzaron, cada uno, ventas que superaron el millón de ejemplares en este formato de Penguin. Por otra parte, quizás eran pocos los lectores de

15. McAleer, *Popular Reading*, p. 59.
16. Richard Hoggart, *Penguin's Progress, 1935-1960*, Harmondsworth (Reino Unido), Penguin, 1960.

libros Penguin que pertenecían a la clase trabajadora. Pero hacia la década de 1950, los Penguin vendían 11 millones de ejemplares por año, mientras que sus imitadores, que estaban destinados a los sectores más populares, vendían 8 millones, en el caso de Pan –editorial inglesa fundada en 1944–; y unos 4 millones, en el caso de Corgi, editorial creada en 1953. Los *livres de poche* de Hachette, en Francia, y Bantam, Signet y Mentor, en los Estados Unidos, también se volcaron al mercado de ediciones en rústica destinadas al público masivo.

En la Europa de la posguerra, la reconstrucción y el *boom* económico de la década de 1960 produjeron un mercado apto para la revolución de las ediciones en rústica. En países como Italia y España, el analfabetismo por fin desapareció, a la vez que la masificación de la televisión acercó la lengua nacional al hogar de la gente común. Durante este período del "milagro económico", el público lector era relativamente próspero, tenía un buen nivel de instrucción y recibía con gusto tanto las revistas ilustradas y las ediciones económicas de bolsillo como otras novedades en materia de entretenimiento.

En la década de 1990, la serie de minilibros de Marcello Baraghini llevó un paso más allá la revolución de las ediciones en rústica.[17] La serie Millelire, publicada por Stampa Alternativa, se definía por su precio de mil liras, tal como su nombre lo indica. Estos pequeños libros tenían un formato estándar de 64 páginas y estaban diseñados para el mercado de los que viajaban en tren diariamente de su casa al trabajo. Costaban menos que un pocillo de café, y si uno tomaba el tren en Bolonia, al llegar a Florencia, podía terminar de leer el libro. Baraghini anunciaba que iba a democratizar y "desmitificar" el libro. El *packaging* no era glamoroso, porque las tapas eran de papel reciclado y a solo dos colores.

17. Gilfedder, "A Contemporary Italian Publishing Phenomenon", para esta sección.

La serie no contenía ningún comentario crítico como tampoco ninguna información sobre el autor. Muchos de sus autores eran desconocidos; Baraghini los reclutaba y los inducía, a veces, a que renunciaran a sus derechos. Estas condiciones bastante excepcionales garantizaban los precios bajos y, como los demás editores tenían que competir por la atención de este lector que viajaba de la casa a su trabajo, la industria del libro en rústica italiano experimentó una rápida expansión. Hacia 1995, los *supereconomici* (libros que costaban menos de 5.000 liras) tenían una participación del veinte por ciento del mercado italiano de libros en rústica. Este período de apogeo no duró mucho: el rápido aumento del costo del papel hizo que fuera imposible mantener la fórmula del precio, los libreros eran reacios a conservar en sus depósitos grandes cantidades de un producto que ofrecía tan poco margen de ganancias, y, además, existe un límite natural a la cantidad de libros que pueden producirse en un formato fijo de 64 páginas. Sin embargo, el minilibro, al igual que el periódico que se ofrece gratuitamente en los medios de transporte, había encontrado un lugar dentro de los hábitos de los lectores urbanos contemporáneos. La lectura es una actividad cada vez más fragmentada y discontinua, que durante breves instantes se filtra por entre los quehaceres domésticos, se cuela en los viajes en tren o se hace presente mientras se hace cola (sobre todo en la Europa del bloque soviético). Junto con el reproductor de música, va llenando los baches de nuestra vida cotidiana.

CLUBES DE LIBROS Y GRUPOS DE LECTURA

Con la aparición de los clubes que vendían libros por correo directo, seguidos de una amplia variedad de clubes y círculos de lectura informales, comenzó a prescindirse de la figura del librero tradicional. El antecesor de los clubes comerciales fue el Book-of-the-Month Club, fundado por Harry Scherman en Nueva York, en 1926. Hasta su

declive en las décadas de 1980 y 1990, su fórmula fue sumamente exitosa. En 1929, contaba con 110.000 miembros, y la Gran Depresión no frenó su crecimiento. Todavía tenía un millón de suscriptores cuando Janice Radway lo investigó en la década de 1980.[18] Muchos habían sido captados a través de una forma de venta por inercia. Cuando se formó el club, los suscriptores recibían automáticamente el libro elegido del mes, pero podían devolverlo si lo deseaban. A medida que el sistema fue creciendo, se introdujo, en cambio, "la opción negativa": los suscriptores podían rehusarse a recibir el libro del mes y elegir algún otro entre las opciones ofrecidas. De esta manera, el Book-of-the-Month Club brindaba una libertad de elección acotada.

El Club atendía a un público lector medianamente culto del período de entreguerras y de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El imprimátur del comité de selección del Club garantizaba a los clientes que estaban comprando cultura, ya fuese para hacer un regalo, para llenar un estante con "adornos culturales" o, efectivamente, para leer. Los miembros del Club respetaban el libro como objeto de prestigio, y no era casual que el Club solo ofreciera libros de tapas duras y durables. El público quería adquirir los atavíos del estatus cultural. Muchos de sus miembros venían de las nuevas clases empresariales y profesionales: la mayoría había alcanzado una educación terciaria o universitaria, entre la mitad y las dos terceras partes de los suscriptores eran mujeres, y una abrumadora mayoría, de raza blanca.[19] Eran lectores medianamente cultos en el sentido de que querían diferenciarse de la masa de consumidores de ficción "mala y barata" y mostrarse como lectores serios que valoraban los libros por su calidad literaria y por

18. Janice Radway, *A Feeling for Books: The Book-of-the-Month Club, Literary Taste, and Middle-Class Desire*, Chapel Hill (NC), North Carolina UP, 1997, p. 261.
19. Ibíd., pp. 294-300.

ser instrumentos de autoperfeccionamiento. Leían para entender un mundo complejo, pero al mismo tiempo, no les atraían los libros demasiado técnicos, especializados ni demandantes. Así, cuando el comité de selección del Book-of-the-Month Club recomendó *La casa de los espíritus* de Isabel Allende por su "realismo mágico accesible", estaba haciendo varias premisas muy reveladoras sobre estos lectores medianamente cultos: en primer lugar, ya tenían alguna noción acerca de qué era el realismo mágico; en segundo lugar, consideraban demasiado difíciles a algunos exponentes de esta corriente, como Gabriel García Márquez, y en tercer lugar, estaban dispuestos a aceptar la recomendación de un experto para que eligiera, en su nombre, el libro del mes.[20]

El lector medianamente culto quería leer por placer y para mejorar su nivel educativo. Disfrutaba de identificarse con los personajes de ficción, y leía libros como *Beloved* de Toni Morrison por el placer de dejarse conmover por la literatura. Los editores que elegían los libros tenían en mente un público dispuesto a una experiencia lectora completamente comprometida. Hablaban de "respirar" el libro, dejarse "atrapar" o "invadir" por él, y "sumergirse" en él.[21] Los lectores del Club también leían libros de historia, biografía, divulgación científica y trabajos que proponían un nuevo planteo sobre algún tema específico. Así, los miembros del Club leían *Auge y caída del Tercer Reich* de William Shirer, que brindaba a la generación de la posguerra una visión accesible del régimen de Hitler, a pesar de su colosal extensión; a su vez, la novela *Llora, amado país* (1948) de Alan Paton los introducía en la cuestión racial de Sudáfrica, y *Matar a un ruiseñor* (1960) de Harper Lee los acercaba al tema de la intolerancia racial en el sur de los Estados Unidos, aunque desde la perspectiva de un hombre blanco de ideas progresistas.

20. Ibíd., pp. 93-94.
21. Ibíd., pp. 114-117.

El Book-of-the-Month Club respondió a las demandas de un momento social entre las décadas de 1920 y 1960 en el que había que satisfacer los intereses de lectores con movilidad ascendente y aspiraciones culturales. Ese momento pasó, y la venta por correo directo se desvaneció ante el rápido avance de los medios electrónicos, que introdujeron nuevos intermediarios culturales. Hoy en día, ese rol es ocupado por las celebridades televisivas. En Francia, en las décadas de 1970 y 1980, *Apostrophes*, un programa sobre libros conducido por Bernard Pivot, tenía una audiencia semanal de cinco millones de telespectadores. Cuando el presidente de Venezuela Hugo Chávez habló ante las Naciones Unidas en septiembre de 2000, tenía un ejemplar de *Hegemonía o supervivencia* de Noam Chomsky en sus manos, y aconsejó a los estadounidenses leer el libro, en vez de ver tanto Súperman. Tal fue el impacto de esta noticia transmitida por televisión que, en menos de 48 horas, el libro trepó del puesto 26.000 al número 3 entre los más vendidos por Amazon.com, y su editor Henry Holt debió trabajar a toda carrera para hacer una reimpresión de emergencia de 25.000 copias.[22]

Pero quizá la más influyente mediadora de libros sea la conductora Oprah Winfrey. Su influencia es legendaria, y se dice que sus recomendaciones pueden volver millonario a un autor.[23] El Oprah Winfrey Book Club, lanzado en 1996, apunta a lectores ocasionales o a personas a quienes normalmente no se les ocurre comprar libros. Winfrey ofrece una ecléctica selección de libros de ficción, autobiografías populares y un amplio surtido de libros sobre "estilos de vida", cuyos temas van desde dietas y recetas de cocina a cómo mantenerse joven o enfrentar una infidelidad. Su

22. *Le Monde*, 1-2 de octubre de 2000, p. 16.
23. *The Guardian*, enero de 2000, citado en Jenny Hartley, *Reading Groups*, Oxford, OUP, 2001, p. 4.

influencia, como la del Book-of-the-Month Club que antecedió a su club, ha sido criticada por el hecho de que incide en el mercado y contribuye a la estandarización y mediocridad de la cultura de masas. Sin embargo, es interesante recordar que Winfrey se formó para tratar temas puntuales, como los problemas ambientales, y que sus recomendaciones también han incluido clásicos de los siglos XIX y XX, como *Ana Karenina* de Tolstói, en 2004, y *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez, en 2007.

El club de Winfrey tiene una audiencia masiva de televidentes, se mantiene firme y vigente en el panorama cultural de los Estados Unidos y tiene como una de sus metas promover una imagen positiva de los negros. Siempre incluye el tema racial, ya sea tratado por autores blancos o negros. Al igual que el Book-of-the-Month Club, Winfrey ha promovido con entusiasmo la lectura del libro de Morrison junto con el perenne *Matar a un ruiseñor* y *Llora, amado país* de Paton. El sitio web del club nos informa que el libro preferido de Winfrey es *Las uvas de la ira* de John Steinbeck.[24]

Los grupos de lectura informal, algunos virtuales y muchos presenciales, han sido un fenómeno sorprendente que surgió en la década de 1990 y principios del siglo XXI. Jenny Hartley relevó 350 grupos de lectura en Gran Bretaña, a sabiendas de que solo estaba viendo la punta del iceberg.[25] Detectó grupos de identidad, como aquellos integrados por homosexuales, feministas, judíos, adolescentes, ciegos y muchos otros relacionados con el lugar de trabajo. Algunos están dedicados a un género en particular y otros, a un autor determinado, como el grupo de simpatizantes de Marcel Proust. Sin embargo, el más común, por lejos, es el pequeño grupo de barrio, formado por seis o siete miembros, que se reúne en la casa de uno de sus integrantes todos los meses para

24. http://www2.oprah.com/books.
25. Hartley, *Reading Groups*, para toda esta sección.

hablar sobre un libro y disfrutar juntos de una cena y un vino. De vez en cuando, la reunión es más imaginativa y adopta la forma de un peregrinaje literario, como sucedió con el grupo que hizo gala de una lógica inversa y se reunió en un molino de viento para discutir *El Quijote* y otro que viajó a Lyme Regis para hablar sobre *Persuasión,* la novela de Jane Austen, in situ. Se detectó un grupo que se dedicaba a leer novelas del siglo XIX en fascículos mensuales, tal como fueron publicadas originalmente.

Es claro que la lectura no es la única actividad promocionada en contextos de este tipo. Los grupos de lectura colectiva responden a la necesidad de socialización femenina. La mayoría de sus miembros son mujeres, y dos de cada tres grupos están conformados exclusivamente por mujeres y tienden a conservar esa característica, a tal punto que en algunos se prohíbe sumar a los maridos. Al igual que las lectoras de las novelas románticas de Radway, estos grupos buscan por un instante desafiar las exigencias de sus obligaciones domésticas y maternales.[26] Es inevitable que algunos grupos lo vivan como una "salida de mujeres", y es interesante que Winfrey ofrezca ideas sobre cómo formar un grupo de lectura y brinde consejos muy prácticos.

No obstante, los grupos de lectura no se forman con el único propósito de chismorrear en compañía de amigas. Son un espacio que atrae a aquellas mujeres que quieren superarse intelectualmente y sienten que sus roles maternales tienden a asfixiar toda oportunidad de un desafío estimulante. Los grupos de lectura están integrados por lectoras activas y críticas, ansiosas por interactuar con los personajes de ficción y entre sí. Específicamente, no desean emular el ambiente de un aula. Por el contrario, la clave del éxito de estos grupos es crear un ambiente no competitivo

26. Janice Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature*, Londres, Verso, 1987, p. 221.

y promover un debate relativamente desestructurado. Por ejemplo, no hay necesidad de llegar a conclusiones. Los grupos de lectura son instituciones democráticas: a diferencia de los suscriptores del Book-of-the-Month Club, estas lectoras no están dispuestas a ceder su poder de elección a manos de un comité de expertos, aunque algunas aceptan los consejos de un librero o un bibliotecario.

En los grupos de lectura informales integrados por mujeres de Texas con buen nivel de instrucción, investigados por Elizabeth Long, la elección de títulos era crucial para conferirle al grupo sentido de identidad. Muchos grupos ponían ciertos géneros por fuera de sus límites y se negaban a leer novelas románticas, historias de detectives o ficción posmodernista mediocre. Muchos grupos, en consonancia con sus vehementes antecesoras del siglo XIX, se centraban en temas feministas y rechazaban aquellos libros que parecían marginarlas o retratarlas superficialmente. Las lectoras estaban dispuestas a ceder ante asesores que tenían cierta legitimidad cultural, como profesores universitarios, pero en última instancia, la elección se hacía en función de la disponibilidad del libro y por consenso.[27] La decisión sobre qué leer se adopta en forma colectiva, aun cuando llegar a acuerdos sea difícil y un miembro del grupo lo haya comparado con la elección del Papa.[28]

Las elecciones hechas por los grupos de lectura no reproducen automáticamente las listas de *best sellers*. Los libros de ficción que tienen un contexto histórico firme son populares, como *La canción del cielo* de Sebastian Faulks y *Monte frío* de Charles Frazier. Los libros con contextos culturales interesantes también son apreciados por un amplio público de los grupos de lectura, como *Memorias de una geisha* de Arthur Golden y *El dios de las pequeñas cosas* de Arundhati Roy. Como sucede con el último libro

27. Elizabeth Long, *Book Clubs: Women and the Uses of Reading in Everyday Life*, Chicago, Chicago UP, 2003, p. 101 y cap. 5.
28. Hartley, *Reading Groups*, p. 48.

mencionado, el hecho de que sea corto también ayuda. Las dos novelas elegidas como favoritas por miembros de grupos de lectura en Gran Bretaña ofrecen una base fuerte para la identificación emocional con los personajes: *La mandolina del capitán Corelli* y *Las cenizas de Ángela*.

LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN LA ERA DIGITAL

La revolución electrónica ha despertado algunas reacciones extremas: una nostalgia ansiosa por el pasado, mezclada con cierta dosis de pánico, por un lado, y un ingenuo entusiasmo por las promesas del futuro, por el otro. La historia nos demuestra que la tecnología no tiene consecuencias inevitables. La importancia de la revolución electrónica depende, como siempre, de quien se apropia del medio de producción y de quien lo usa. El resultado podría ser que se agigante la brecha entre dueños y consumidores, entre los profesionales de los nuevos medios y los excluidos del mundo de la cultura escrita; por otra parte, podría darse el nacimiento de un nuevo público lector más vasto y más crítico.

En el cuento *La biblioteca de Babel*, Jorge Luis Borges imagina una biblioteca con todos los libros posibles y con todas las combinaciones posibles de las letras del alfabeto.[29] Este sueño de la biblioteca universal es un tema recurrente en la imaginación occidental y ahora, teóricamente, parece más cerca de cumplirse. Digitalizar los textos ayuda a anular la distancia y a acercar la biblioteca virtual planetaria. En la biblioteca virtual, con la total digitalización del conocimiento, el estudioso enfrentará nuevos

29. Jorge Luis Borges, *Fictions*, trad. A. Kerrigan, Londres, John Calder, 1965, pp. 75-76. [trad. esp.: Jorge Luis Borges, *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé, 1956].

problemas: pronto no tendremos excusas para no leer absolutamente todo lo que existe sobre la materia que nos compete.

La computadora revoluciona nuestras relaciones con los textos porque elimina su soporte tradicional, el papel, lo que, en opinión de algunos, define la verdadera naturaleza del libro. La pantalla suplanta el códice que ha reinado en forma hegemónica durante 15 siglos. En la pantalla, un texto computarizado no difiere materialmente de cualquier otro, en el sentido de que una edición en cuarto es un objeto diferente de un periódico en formato tabloide o en doceavo. La revolución digital confiere a todos los textos una forma homogénea.

En la pantalla, el texto es fácilmente manipulado por el lector, lo que constituye otro aspecto revolucionario. Además de permitir una búsqueda dentro de un texto mucho más veloz que cualquier posibilidad ofrecida alguna vez por el códice, el lector ahora puede borrar, modificar y reordenar a su antojo lo que lee. Cualquiera puede, de hecho, producir sus propias gacetillas, carteles e incluso libros con imágenes incorporadas. La autoedición significa que cada lector es su propio impresor.[30] Así, el texto se vuelve más inestable y propenso a mutar que antes. El lector tiene más poder para "meterse" en el texto y adaptarlo. Aunque en pantalla un texto aparezca perfectamente espaciado, justificado y completo, siempre es provisorio y modificable. La computadora ha creado una lectura interactiva tal que la distinción entre autor y lector ha quedado completamente desdibujada. Wikipedia es apenas un ejemplo de un texto electrónico redactado por los propios usuarios de Internet.

Ese carácter tan modificable de los textos que leemos crea problemas para las leyes de *copyright*. Los autores están especialmente

30. Barbara Brannon, "The Laser Printer as an Agent of Change: Fixity and Fluxion in the Digital Age". En: Sabina Alcorn Baron, Eric N. Lindquist y Eleanor F. Shevlin (eds.), *Agent of Change: Print Culture Studies after Elizabeth L. Eisenstein*, Amherst (MA), Massachusetts UP, 2007, pp. 353-364.

preocupados por el hecho de que la disponibilidad global e ilimitada del acceso a Internet acabe por debilitar sus defensas contra el plagio y la piratería editorial. Tal vez las leyes de *copyright*, que surgieron en el siglo XVIII y se consideran universales, fueron propias de la era de la cultura impresa y no son aptas para las condiciones contemporáneas de la comunicación textual.

Internet es un arma de doble filo. No tiene memoria y una gran cantidad de material desaparece sin ser archivado. El científico informático Jeff Rothenberg dijo a modo de broma: "Los documentos digitales durarán siempre... o cinco años, lo que ocurra primero".[31] De hecho, el setenta por ciento de todas las páginas web duran menos de cuatro meses.[32] El *harduare* y el *software* se vuelven obsoletos rápidamente, de modo que la información grabada en un disco de 5 1/4 pulgadas (los verdaderamente flexibles) hoy tal vez ya no pueda recuperarse. Los historiadores han sido, hasta ahora, reacios a aceptar la responsabilidad de archivar su información digital: parece más un problema ajeno y, por cierto, supone dinero ajeno. La red produce una sobreabundancia de efímeras trivialidades dominadas por el "aquí y ahora": la necesidad de contar siempre con información nueva y actualizada. Si bien tiene un alcance instantáneo y mundial, Internet amenaza con erigirse en una nueva forma de analfabetismo, que discrimina ya no entre quienes saben y no saben leer sino entre quienes tienen acceso y quienes no a los hilos de esta gigantesca red de comunicación.

Internet alienta un tipo de lectura fragmentada en la que el lector corre distraídamente de un tema a otro. Es exactamente lo

31. Roy Rozensweig, "Scarcity or Abundance? Preserving the Past in a Digital Era". En: Thomas Augst y Kenneth E. Carpenter (eds.), *Institutions of Reading: The Social Life of Libraries in the United States*, Amherst (MA), Massachusetts UP, 2007, pp. 310-342, citado en p. 315.
32. Emmanuel Hoog, "Internet a-t-il une mémoire?", *Le Monde*, 17 de agosto de 2002.

opuesto al estilo de lectura de la normativa escolar, que alienta un fuerte compromiso y espera que el estudiante lea un libro de principio a fin sin distracciones. En *Como una novela*, Daniel Pennac alentó la desacralización del texto. Instaba a padres y docentes a permitir a los adolescentes leer por placer y a su modo. Sus diez "derechos inalienables del lector" incluían el derecho a saltearse páginas, el derecho a no terminar un libro y, sobre todo, el derecho a curiosear (*grappiller*).[33]

La tecnología ha transformado la escritura tanto como la lectura. Las lapiceras metálicas de la segunda mitad del siglo XIX dieron paso a las lapiceras con cartuchos recargables, patentadas en primer lugar por Waterman, en 1884, y por Parker, en 1889. Luego, en 1943, Laszlo Biro, un inmigrante húngaro en los Estados Unidos inventó el bolígrafo o birome, que hizo que el acto de escribir fuera más fácil y limpio, al tiempo que homogeneizó los estilos gráficos individuales. En tres años, se vendieron ocho millones de bolígrafos inventados por Biro.[34] Medio siglo antes, había aparecido en escena la máquina de escribir, que inició un proceso de mecanización que, poco a poco, circunscribió la escritura a mano al universo de lo personal e interpuso una distancia entre el escritor y el texto. En la década de 1840, Herman Melville no había podido conseguir empleo en Manhattan por tener muy mala letra; hoy en día, el tener buena letra es una cualidad totalmente irrelevante desde el punto de vista profesional, frente a la velocidad en el teclado y el buen manejo del *software*.[35]

33. Daniel Pennac, *Comme un Roman*, París, Gallimard, 1992, pp. 139-144 y "les droits imprescriptibles du lecteur" [trad. esp.: *Como una novela*, Barcelona, Anagrama, 2001].

34. Antonio Viñao Frago, "Del periódico a Internet. Leer y escribir en los siglos XIX y XX". En: Antonio Castillo Gómez (coord.), *Historia de la cultura escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón, Ediciones Trea, 2002, pp. 329-330.

35. Thomas Augst, *The Clerk's Tale: Young Men and Moral Life in Nineteenth-Century America*, Chicago, Chicago UP, 2003, p. 219.

La primera Remington, que apareció en 1872, se accionaba a pedal, en una clara imitación de las máquinas de coser de la compañía. Hasta el año 1878, la Remington solo imprimía caracteres en mayúsculas. Hasta el año 1900, el carro estaba cubierto, y el escritor no podía ver de inmediato el texto que escribía. Sin embargo, esta máquina permitía escribir a mayor velocidad y producía textos más legibles y en varias copias carbónicas. Ahorraba, por ejemplo, el tiempo que dedicaban los componedores de las editoriales para entender la letra difícil de algún escritor. La máquina de escribir ponía distancia entre el escritor y el texto, y despersonalizaba el acto de escribir. El texto escrito a máquina era parejo y uniforme, puesto que borraba toda huella de trazos peculiares. Producía textos mucho más parecidos a su versión impresa final. El autor alemán Hermann Hesse compró su primera máquina de escribir en 1908 y se sintió perturbado ante la inmediata comparación con su propia escritura a mano:

> [...] la *frialdad del tipo*, que comienza a parecerse a las pruebas del impresor, significa que te enfrentas cara a cara contigo mismo de una manera severa, crítica, irónica e incluso hostil. Tu escritura te vuelve ajeno a ella y te obliga a hacer un juicio crítico.[36]

Algunos escritores veían la máquina de escribir con romanticismo y la llamaban el "piano literario"; otros disfrutaban de su ruidoso teclear, incluido el novelista francés Françoise Sagan, que comparó su sonido con los ritmos del *jazz*.[37] Algunos escritores creativos sentían que la máquina de escribir impulsaba la fluidez y la espontaneidad. La australiana Nancy Cato dijo: "Cuando me siento frente a la máquina de escribir, las ideas me

36. Hermann Hesse, "Die Schreibmaschine", *März* 4, 1908, pp. 377-378.
37. Catherine Viollet, "Ecriture *mécanique*, espaces de frappe: Quelques préalables à une semiologie du dactylogramme", *Genesis* 10, 1996, p. 198.

fluyen por los dedos".[38] Desde su lecho de muerte, Henry James pedía por su Remington.

La *máquina de escribir* creó nuevas oportunidades de empleo para la mujer. Si bien la imagen de un "centro de dactilografía" tiene connotaciones de trabajo pesado, mecánico y sometido, la máquina a veces podía ser un medio de capacitación para las mujeres. En la novela de Christina Stead *I'm Dying Laughing*, Emily Wilkes, la protagonista, tiene una relación tan íntima con su máquina de escribir que despierta los celos de su marido. Después de una reunión social, Emily "sentía la necesidad de subir las escaleras y ponerse a trabajar en su máquina de escribir. Eso la serenaba y la hacía sentir útil y en buen estado".[39] Muchas secretarias tal vez se han sentido estimuladas y reafirmadas al ver la incompetencia de los hombres que escriben con dos dedos.

Hoy, la máquina de escribir es una pieza de museo; vista en retrospectiva, su principal contribución fue enseñar a utilizar el teclado, lo cual ha sido invalorable para quienes ingresaron en la era de la computación. Tanto la máquina de escribir como la computadora han relegado la escritura manuscrita a tareas más personales y domésticas. Las investigaciones sociológicas revelan lo obvio: existe una serie de escrituras domésticas e invisibles dedicadas a las cuentas, los presupuestos familiares, las listas de cosas pendientes para hacer o comprar. Lo que no es tan obvio es la divisoria por género que esa actividad de escribir a mano presenta en las familias de clase trabajadora. En Lyon, el equipo de Bernard Lehire descubrió que las mujeres eran las "máquinas de escribir familiares", que cumplían la finalidad de organizar a la familia y manejar las relaciones con el mundo exterior. La única tarea de

38. Giulia Giuffre, *A Writing Life: Interviews with Australian Women Writers*, Sydney, Allen & Unwin, 1990, p. 155.
39. Christina Stead, *I'm Dying Laughing: The Humourist*, Melbourne, Penguin, 1989, p. 151.

escritura manuscrita que recaía exclusivamente en los hombres era la de completar el formulario de la declaración anual de impuestos.[40] Cuando las mujeres se hacen cargo de esta tarea, se convierte en una actividad banal más, igual que cualquier otro quehacer doméstico como limpiar y lavar la ropa. Pero cuando lo hace un hombre, se ve como una tarea que exige alguna competencia superior y entraña mucha responsabilidad, lo que demuestra su autoridad en la esfera doméstica.[41] En las familias inmigrantes, los padres muchas veces delegan en sus hijas la tarea de escribir. Kahina, la hija escolarizada de padres argelinos analfabetos, desarrolló cierta habilidad para lidiar con los documentos administrativos y, por eso, solía protestar diciendo: "¡Pero, ¿qué soy?! ¿La secretaria de la familia?", cada vez que su hermano le pedía que le escribiera algo.

LOS NO LECTORES Y EL ANALFABETISMO MUNDIAL

En Europa, proliferan las encuestas sobre hábitos de lectura, las que demuestran que hay una cantidad irrefutable pero decreciente de lectores frecuentes que tienen una buena formación educativa y un estatus social comparativamente alto, y que compran libros o los toman prestados de las bibliotecas y le tienen aversión a la televisión. En el otro extremo del espectro, hay una proporción igualmente decreciente de no lectores, que representan alrededor del veinticinco por ciento del total. Entre uno y otro grupo, se ubica una inmensa cantidad de lectores ocasionales, como aquel

40. Bernard Lehire, *La raison des plus faibles*, Lille, Lille UP, 1993, caps. 7 y 8.
41. Yasmine Siblot, "'Je suis la secretaire de la famille!' La prise en charge féminine des tâches administratives entre subordination et ressource", *Genèses* 64, 2006, pp. 46-66.

hombre de Languedoc cuya hija le regaló un libro para Navidad. "¿Por qué diablos me compras un libro?", le dijo. "¡Ya tenía uno!".[42] Estos sondeos son engañosos; la mayoría se basan en afirmaciones hechas por los propios entrevistados acerca de sus hábitos de lectura, lo que es intrínsecamente poco confiable. Algunos entrevistados exageran cuánto invierten en libros con el fin de impresionar, mientras que otros, sobre todo los adolescentes varones, no quieren identificarse como lectores si esto los hace parecer menos viriles.

Más aún, las encuestas sobre hábitos de lectura tienden a tomar como única opción válida la lectura de libros y, así, los cuestionarios avanzan sobre esta visión implícitamente normativa de la lectura. Los no lectores antes mencionados no son en absoluto tal cosa, si consideramos las revistas y los periódicos como legítimas opciones de lectura. De acuerdo con sondeos realizados en Francia, las personas jubiladas o de edad avanzada y las que viven en el campo son las más propensas a leer el periódico, así como las revistas de jardinería y las del tipo "hágalo usted mismo", mientras que son menos proclives a leer un libro. Las mujeres de los suburbios de París tal vez tampoco sean lectoras de libros, pero se interesan en las guías semanales de programación de la televisión. Las mujeres pueden llegar a leer más que los hombres, siempre que logren superar la culpa residual de desatender los quehaceres del hogar. Eso es lo que

42. Raymonde Ladefroux et ál., *Lecteurs en campagnes: Les ruraux lisent-ils autrement?*, París, Centre Georges Pompidou y Bibliothèque Publique d'Information, 1993, p. 140; para otros sondeos, véanse Janick Jossin, "La France se met a lire", *L'Express*, 1426, 11 novembre 1978, pp. 152-162; Colombe Schneck, *La lecture en Europe: les pratiques de lecture en France, Allemagne, Italie et Grande-Bretagne, une étude comparative*, Paris, France édition, 1993; y Olivier Donnat y Denis Cogneau, *Les pratiques culturelles des français, (1973-89)*, París, La Decouverte / La Documentation française, 1990.

sintió un ama de casa francesa y madre de tres hijos cuando respondió al entrevistador:

> Si el libro me atrapa, tengo que seguir leyendo; mis hijos pueden estar llorando de hambre, pero no consiguen nada o a lo sumo les preparo un huevo frito y regreso rápidamente a mi libro. Mire, yo podría seguir leyendo aun con una bomba de tiempo a mi lado.[43]

Los jóvenes, a menudo tan desacreditados como lectores, en verdad nunca han dejado de leer. Simplemente, leen de manera diferente de como lo hicieron las generaciones anteriores. Navegan, hacen *zapping*, leen mientras escuchan música. Cuando leen un libro, no ingresan en un templo de la cultura, sino que lo disfrutan tal como disfrutan de otros entretenimientos. Un sondeo realizado en Francia concluyó que el imperativo escolar de leer disuadía a los adolescentes en lugar de alentarlos, y que la lectura ocupaba el quinto lugar en la lista de pasatiempos preferidos, muy por detrás de la música.[44] La sabiduría convencional responsabiliza a la televisión de esta caída en los niveles de lectura. Sin embargo, las encuestas no indican tal correlación negativa. Los principales rivales del libro parecen ser el periódico y el *iPod*, y no la televisión.

La cultura escrita tradicional no corre ningún peligro de extinción. Aún ejerce el poder supremo en la esfera educativa. Los periódicos y las revistas muestran un público lector en aumento. El consumo mundial de papel está alcanzando niveles astronómicos. La producción de libros crece en todas partes del mundo. Se lanzan 40.000 títulos por año en Japón, el país con la mayor densidad poblacional de lectores del mundo y cuya sociedad es más

43. Ladefroux et ál., *Lecteurs en campagnes*, p. 202.
44. Olivier Péretié y Anne Fohr, "Mais si, ils aiment lire!", *Le Nouvel Observateur*, 4-10 de marzo de 1999.

conocida por sus computadoras en miniatura. Si hay tal crisis del libro, esta debería analizarse dentro de una perspectiva global. La mayor ansiedad acerca de la supervivencia del libro emana de aquellas partes del mundo con índices más altos de alfabetización y mayor conciencia acerca del libro, sobre todo América del Norte y Europa. El nerviosismo que subyace a los interrogantes sobre la muerte de la lectura de publicaciones impresas es un problema occidental, que rara vez se observa en África, por poner un ejemplo.

Las cuestiones relativas a la alfabetización deben verse desde una óptica mundial. El analfabetismo en el África subsahariana, por ejemplo, está alcanzando lo que un europeo llamaría "proporciones medievales". De acuerdo con los cálculos sobre alfabetización de la Unesco, correspondientes a la población mayor de 15 años, la tasa de analfabetismo en Burkina Faso, en África occidental, trepó por encima del ochenta por ciento;[45] en Malí, fue del sesenta y nueve por ciento; y en Níger, del ochenta y seis por ciento. ¿Estas sociedades habrán de acceder directamente a los medios electrónicos sin pasar por la fase de la alfabetización a través del libro, tan familiar a los pueblos de Occidente? Es difícil que así sea, si se considera el estado de los medios en Eritrea, donde, nuevamente según la Unesco, hay solo un aparato de televisión por cada 3.300 habitantes. La pobreza impide que millones de personas accedan a *cualquier* tipo de medio de comunicación. Las tasas de alfabetización también están muy deprimidas en el Asia musulmana, donde los factores ideológicos y religiosos operan en contra de la alfabetización, en particular de las mujeres. En 1995, por ejemplo, el setenta y cuatro por ciento de las mujeres bangladesíes, el setenta y cinco por ciento de las pakistaníes y el ochenta y cinco por ciento de las afganas eran analfabetas.

45. http://unescostat.unesco.org//Yearbook.

Quizá sea este un problema que tienda a desaparecer y que el avance inevitable del progreso finalmente logre erradicar, como sucedió con el beriberi o la lepra. No lo creo, porque mientras el mundo occidental discute sobre la semiología del hipertexto o la regulación de la pornografía en Internet, el número de analfabetos del mundo sigue en aumento. De acuerdo con los datos de la Unesco, en 1995 se registró un total de 133,3 millones de analfabetos mayores de 15 años en África. Esto representa, en cinco años, un *incremento* del 2,7 por ciento en el total de analfabetos. Los esfuerzos concertados en pos de cambiar esta situación rara vez han resultado exitosos. Es necesaria una coerción masiva y la participación de todas las sociedades, como sucedió en las campañas relativamente exitosas por mejorar la alfabetización en la Rusia estalinista, la Vietnam comunista o la China posterior a 1949. La gran línea divisoria entre el mundo alfabetizado y el mundo analfabeto aún refleja, en gran medida, la brecha que existe entre los países desarrollados y en desarrollo, por una parte, y las naciones más pobres del planeta, por el otro; es decir, entre el "norte" y el "sur".

Mientras discutimos si el canon literario de Occidente es el apropiado, deploramos los peligros de los estilos posmodernos de lectura y diseñamos nuestras *bibliothèques*, *grandes bibliothèques* e incluso *très grandes bibliothèques*, bien vale recordar, de tanto en tanto, que la lucha por la alfabetización básica aún tiene muchos gigantes que vencer.

Bibliografía sugerida

Estas sugerencias bibliográficas se limitan a obras completas publicadas en inglés o traducidas al inglés. Para más detalles sobre estas referencias, ver las notas al pie correspondientes a cada capítulo.[1]

Historia nacional e internacional, obras generales y colectivas

Augst, T. y K. E. Carpenter (eds.) (2007) *Institutions of Reading: The Social Life of Libraries in the United States*, Amherst (MA), Massachusetts UP.

Barker, N. (ed.) (1993) *A Potencie of Life: Books in Society*, Londres, British Library.

Bourdieu, P. (1984) *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*, Londres, RKP [trad. esp.: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988].

Carpenter, K. E. (ed.) (1983) *Books and Society in History*, Nueva York, Bowker.

Cavallo, G. y R. Chartier (eds.) (1999) *A History of Reading in the West*, Cambridge (Reino Unido), Polity [trad. esp.: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1997].

Certeau, M. de (1984) *The Practice of Everyday Life*, trad. S. Rendall, Berkeley (CA), California UP [trad. esp.: *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996].

Chartier, R. (1988) *Cultural History: Between Practices and Representations*, Oxford, Polity [trad. esp.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992].

——— (1994) *The Order of Books: Readers, Authors and Libraries in Europe Between the Fourteenth and the Eighteenth Centuries*, Cambridge (Reino Unido), Polity [trad. esp.: *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos xiv y xviii*, Barcelona, Gedisa, 1994].

Colclough, S. (2007) *Consuming Texts: Readers and Reading Communities, 1695-1870*, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Davidson, C. N. (ed.) (1989) *Reading in America: Literature and Social History*, Baltimore, Johns Hopkins UP.

Darnton, R. (1990) *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History*, Nueva York, Norton.

Finkelstein, D. y A. McCleery (eds.) (2002) *The Book History Reader*, Londres y Nueva York, Routledge.

Fish, S. (1980) *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge (MA), HUP.

Fleming, P. L., G. Gallichan e Y. Lamande (eds.) (2004) *History of the Book in Canada. Vol. 1. Beginnings to 1840*, Toronto, Toronto UP.

Graff, H. (ed.) (1981) *Literacy and Social Development in the West: A Reader*, Cambridge (Reino Unido), CUP.

Hall, D. D. (ed.) (2000-) *A History of the Book in America*, Cambridge (Reino Unido) y Chapel Hill (NC), CUP, North Carolina UP y American Antiquarian Society, 5 vols.

Howsam, L. (2006) *Old Books and New Histories: An Orientation to Studies in Book and Print Culture*, Toronto, Toronto UP.

Lyons, M. (1999) "The History of Reading from Gutenberg to Gates", *European Legacy* 4:5, pp. 50-57.

Lyons, M. y J. Arnold (eds.) (2001) *A History of the Book in Australia, 1891-1945: A National Culture in a Colonised Market*, St. Lucia, University of Queensland Press.

1. N. de la E.: se han incorporado a esta bibliografía las traducciones al español, en caso de que existan.

Manguel, A. (1986) *A History of Reading*, Londres, Harper-Collins [trad. esp.: *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza, 1998].
Martin, H.-J. (1994) *The History and Power of Writing*, trad. L. G. Cochrane, Chicago, Chicago UP [trad. esp.: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Ediciones Trea, 1999].
McKenzie, D. F., D. J. McKitterick e I. R. Willison (eds.) (1999-) *Cambridge History of the Book in Britain*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 7 vols.
Resnick, D. P. (ed.) (1983) *Literacy in Historical Perspective*, Washington, Library of Congress y Center for the Book.
Zboray, R. J. y M. Saracino Zboray (2000) *A Handbook for the Study of Book History in the United States*, Washington, Library of Congress y Center for the Book.

Antropología y Etnografía

Boyarin, J. (ed.) (1993) *The Ethnography of Reading*, Berkeley (CA), UCP.
Goody, J. (ed.) (1968) *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge (Reino Unido), CUP [trad. esp.: *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa, 1996].
——— *(1986) The Logic of Writing and the Organization of Society*, Cambridge (Reino Unido), CUP [trad. esp.: *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1990].
Kintgen, E. R., B. M. Kroll y M. Rose (eds.) (1988) *Perspectives on Literacy*, Carbondale (IL), Southern Illinois UP.
Olson, D. R. (1994) *The World on Paper: The Conceptual and Cognitive Implications of Writing and Reading*, Cambridge (Reino Unido), CUP [trad. esp.: *El mundo sobre el papel: el impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, Barcelona, Gedisa, 1998].
Ong, W. J. (1982) *Orality and Literacy: The Technologizing of the Word*, Londres, Methuen [trad. esp.: *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, FCE, 1987].

Europa antigua y medieval

Ackroyd, P. R. y C. F. Evans (eds.) (1975-1976) *The Cambridge History of the Bible*, Cambridge (Reino Unido), CUP, 3 vols.
Clanchy, M. T. (1979) *From Memory to Written Record: England 1066-1307*, Londres, Edward Arnold.
Knox, B. M. W. (1968) "Silent Reading in Antiquity", *Greek, Roman and Byzantine Studies* 9:4, pp. 421-435.
McKitterick, R. (ed.) (1990) *The Uses of Literacy in Early Medieval Europe*, Cambridge, (Reino Unido), CUP.
Petrucci, A. (1995) *Writers and Readers in Medieval Italy: Studies in the History of Written Culture*, New Haven (CT), YUP.
Saenger, P. (1997) *Space Between Words: The Origins of Silent Reading*, Stanford (CA), Stanford UP.
Thomas, R. (1992) *Literacy and Orality in Ancient Greece*, Cambridge (Reino Unido), CUP.

Imprenta, Reforma y Renacimiento

Baron, S. A. et ál. (eds.) (2007) *Agent of Change: Print Culture Studies After Elizabeth L. Eisenstein*, Amherst (MA), Massachusetts UP.
Blair, A. (1992) "Humanist Methods in Natural Philosophy: The Commonplace Book", *Journal of the History of Ideas* 53:4, pp. 541-551.

Chrisman, M. U. (1982) *Lay Culture, Learned Culture: Books and Social Change in Strasbourg, 1480-1599*, New Haven (CT), YUP.
Eisenstein, E. L. (1979) *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early Modern Europe*, Cambridge (Reino Unido), CUP [trad. esp.: *La imprenta como agente de cambio: comunicación y transformaciones culturales en los albores de la modernidad europea*, México, FCE, 2010].
——— (1983) *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge (Reino Unido), CUP [trad. esp.: *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994].
Eisenstein, E. L. y A. Johns (2002) "AHR Forum: How Revolutionary Was the Print Revolution?", *The American Historical Review* 107:1, pp. 84-128.
Febvre, L. y H.-J. Martin (1976) *The Coming of the Book: The Impact of Printing 1450-1800*, Londres, New Left Book Club [trad. esp.: *La aparición del libro*, México, FCE, 2005].
Gawthrop, R. y G. Strauss (1984) "Protestantism and Literacy in Early Modern Germany", *P&P* 104, pp. 31-55.
Gilmont, J.-F. (ed.) (1998) *The Reformation and the Book*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate.
Ginzburg, C. (1976) "High and Low: The Theme of Forbidden Knowledge in the 16th and 17th Centuries", *P&P* 73, pp. 28-41.
Grafton, A. (1997) *Commerce with the Classics: Ancient Books and Renaissance Readers*, Ann Arbor, Michigan UP.
Jardine, L. y A. Grafton (1990) "Studied for Action: How Gabriel Harvey Read his Livy", *P&P* 129, pp. 30-78.
Johns, A. (1998) *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making*, Chicago, Chicago UP.
Kapr, A. (1996) *Johann Gutenberg: The Man and His Invention*, trad. D. Martin, Aldershot (Reino Unido), Scolar Press.
Lowry, M. (1979) *The World of Aldus Manutius: Business and Scholarship in Renaissance Venice*, Ithaca (NY), Cornell UP.
Martin, H.-J. (1993) *Print, Power and People in 17th-Century France*, Metuchen (NJ), Scarecrow Press.
——— (1996) *The French Book: Religion, Absolutism and Readership, 1585-1715*, trad. P. Saenger y N. Saenger, Baltimore, Johns Hopkins UP.
McLuhan, M. (1962) *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man*, Toronto, Toronto UP [trad. esp.: *La galaxia Gutenberg. Génesis del "homo typographicus"*, Madrid, Aguilar, 1969].
Scribner, R. W. (1981) *For the Sake of Simple Folk: Popular Propaganda for the German Reformation*, Cambridge (Reino Unido), CUP.
——— (1986) "Incombustible Luther: The Image of the Reformer in Early Modern Germany", *P&P* 110, pp. 38-68.
Sharpe, K. y S. N. Zwicker (eds.) (2003) *Reading, Society and Politics in Early Modern England*, Cambridge (Reino Unido), CUP.
Waquet, F. (2001) *Latin or the Empire of a Sign: from the Sixteenth to the Twentieth Centuries*, Londres, Verso.

La alfabetización en los primeros años de la Edad Moderna y la cultura popular

Amelang, J. S. (1998) *The Flight of Icarus: Artisan Autobiography in Early Modern Europe, Stanford (CA)*, Stanford UP [trad. esp.: *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003].
Barry, J. (1995) "Literacy and Literature in Popular Culture: Reading and Writing in Historical Perspective". En: Harris, T. (ed.) *Popular Culture in England, c. 1500-1850*, Basingstoke (Reino Unido), Palgrave Macmillan, pp. 69-94.
Brown, M. P. (2007) *The Pilgrim and the Bee: Reading Rituals and Book Culture in Early New England*, Filadelfia (PA), Pennsylvania UP.

Burke, P. (1978) *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Temple Smith [trad. esp.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1990].
Capp, B. (1979) *Astrology and the Popular Press: English Almanacs, 1500-1800*, Londres, Faber & Faber.
Chartier, R. (1987) *The Cultural Uses of Print in Early Modern France*, trad. L. G. Cochrane, Princeton (NJ), PUP.
Ciosáin, N. Ó (1997) *Print and Popular Culture in Ireland, 1750-1850*, Basingstoke (Reino Unido) y Nueva York, Palgrave Macmillan y St. Martin's Press.
Cornelius, J. D. (1991) *"When I Can Read My Title Clear": Literacy, Slavery and Religion in the Antebellum South*, Columbia (SC), South Carolina UP.
Cressy, D. (1980) *Literacy and the Social Order: Reading and Writing in Tudor and Stuart England*, Cambridge (Reino Unido), CUP.
——— (1986) "Books as Totems in 17th England and New England", *Journal of Library History* 21:1, pp. 92-106.
Darnton, R. (1984) "Peasants Tell Tales: The Meaning of Mother Goose". En: Darnton, R. *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Londres, Allen Lane, pp. 9-72 [trad. esp.: "Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca". En: Darnton, R. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987, pp. 15-80].
Furet, F. y J. Ozouf (1976) "Literacy and Industrialisation: The Case of the Département du Nord in France", *Journal of European Economic History* 5:1, pp. 5-44.
——— (1982) *Reading and Writing: Literacy in France from Calvin to Jules Ferry*, Cambridge (Reino Unido), CUP y MSH.
Ginzburg, C. (1981) *The Cheese and the Worms: The Cosmos of a 16th-Century Miller*, trad. J. y A. Tedeschi, Londres, RKP [trad. esp.: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Muchnik Editores, 1981].
Guttormson, L. (1990) "The Development of Popular Religious Literacy in the 17th and 18th Centuries", *Scandinavian Journal of History* 15:1, pp. 7-35.
Houston, R. (1982) "The Literacy Myth? Illiteracy in Scotland, 1630-1760", *P&P* 96, pp. 81-102.
——— (1992) *Literacy in Early Modern Europe: Culture and Education 1500-1800*, Londres, Longman.
Monaghan, E. J. (2005) *Learning to Read and Write in Colonial America*, Amherst (MA), Massachusetts UP.
Naile, S. T. (1989) "Literacy and Culture in Early Modern Castile", *P&P* 125, pp. 65-96.
Perkins, M. (1996) *Visions of the Future: Almanacs, Time and Cultural Change*, Oxford, Clarendon Press.
Schofield, R. S. (1968) "The Measurement of Literacy in Pre-Industrial England". En: Goody, J. (ed.) *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge (Reino Unido), CUP, pp. 311-325 [trad. esp.: "Los niveles de alfabetización en la Inglaterra preindustrial". En: Goody, J. (ed.) *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 341-356].
Spufford, M. (1979) "First Steps in Literacy: The Reading and Writing Experiences of the Humblest 17th-Century Spiritual Autobiographers", *Social History* 4:3, pp. 407-435.
——— (1985) *Small Books and Pleasant Histories: Popular Fiction and Its Readership in Seventeenth-Century England*, Cambridge (Reino Unido), CUP.
Stone, L. (1969) "Literacy and Education in England, 1640-1900", *P&P* 42, pp. 69-139.
Thomas, K. (1986) "The Meaning of Literacy in Early Modern England". En: Baumann, G. (ed.) *The Written Word: Literacy in Transition*, Oxford, Clarendon Press, pp. 97-131.
Tóth, I. G. (2000) *Literacy and Written Culture in Early Modern Central Europe*, Budapest, Central European UP.
Williams, H. A. (2005) *Self-Taught: African American Education in Slavery and Freedom*, Chapel Hill (NC), North Carolina UP.

Censer, J. R. y J. D. Popkin (eds.) (1987) *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*, Berkeley (CA), UCP.

Chartier, R. (1991) *The Cultural Origins of the French Revolution*, trad. L. G. Cochrane, Durham (NC), Duke UP [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo xviii. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

Darnton, R. (1979) *The Business of Enlightenment: A Publishing History of the* Encyclopédie, *1775-1800*, Cambridge (MA), Belknap [trad. esp.: *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la* Encyclopédie, *1775-1800*, México, FCE, 2006].

——— (1982) *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge (MA), HUP [trad. esp.: *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid y México, Turner y FCE, 2003].

——— (1984) "Readers Respond to Rousseau: The Fabrication of Romantic Sensitivity". En: Darnton, R. *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Londres, Allen Lane, pp. 215-256 [trad. esp.: "Los lectores le responden a Rousseau: la creación de la sensibilidad romántica". En: Darnton, R. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987, pp. 216-267].

——— (1995) *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York, Norton [trad. esp.: *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*, México, FCE, 2008].

——— (2000) "Paris: The Early Internet", *New York Review of Books* 47:11, pp. 42-47. También disponible en versión electrónica en www.indiana.edu/~ahr.

Darnton, R. y D. Roche (eds.) (1989) *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1800*, Berkeley (CA), UCP.

Davidson, C. N. (1986) *Revolution and the Word: The Rise of the Novel in America*, Nueva York, OUP.

Habermas, J. (1989) *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge (Reino Unido), Polity [trad. esp.: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981].

Hall, D. D. (1996) *Cultures of Print: Essays in the History of the Book*, Amherst (MA), Massachusetts UP.

Hesse, C. (1991) *Publishing and Cultural Politics in Revolutionary Paris, 1789-1810*, Berkeley (CA), UCP.

Lough, J. (1978) *Writer and Public in France from the Middle Ages to the Present Day*, Oxford, Clarendon Press.

Mason, H. T. (1998) *The Darnton Debate: Books and Revolution in the Eighteenth Century*, Oxford, Voltaire Foundation.

Melton, J. Van Horn (2001) *The Rise of the Public in Enlightenment Europe*, Cambridge (Reino Unido), CUP [trad. esp.: *La aparición del público durante la Ilustración europea*, Valencia, Universitat de València, 2009].

Nathans, B. (1990) "Habermas's Public Sphere in the Era of the French Revolution", *French Historical Studies* 16:3, pp. 620-643.

Pearson, J. (1999) *Women's Reading in Britain, 1750-1835: A Dangerous Recreation*, Cambridge (Reino Unido), CUP.

Popkin, J. D. (1990) *Revolutionary News: The Press in France, 1789-1799*, Durham (NC), Duke UP.

Raven, J., H. Small y N. Tadmor (eds.) (1996) *The Practice and Representation of Reading in England*, Cambridge (Reino Unido), CUP.

Rivers, I. (ed.) (2001) *Books and Their Readers in Eighteenth-Century England: New Essays*, Londres, Leicester UP.

St. Clair, W. (2004) *The Reading Nation in the Romantic Period*, Cambridge (Reino Unido), CUP.

Vovelle, M. (1977) "Le tournant des mentalités en France 1750-1789: la sensibilité pré-révolutionnaire", *Social History* 5, pp. 605-629.

Ward, A. (1974) *Book Production, Fiction and the German Reading Public, 1740-1800*, Oxford, Clarendon Press.

Allen, J. S. (1981) Popular French Romanticism: Authors, Readers and Books in the Nineteenth Century, Syracuse (NY), Syracuse UP.

——— (1991) *In the Public Eye: A History of Reading in Modern France, 1800-1940*, Princeton (NJ), PUP.

Altick, R. (1957) *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public, 1800-1900*, Chicago, Chicago UP.

Brooks, J. (1985) *When Russia Learned to Read: Literacy and Popular Literature, 1861-1917*, Princeton (NJ), PUP.

Collins, W. (1986) "The Unknown Public". En: Nadel, I. B. (ed.) *Victorian Fiction: A Collection of Essays*, Nueva York, Garland.

DeMarco, E. S. (2006) *Reading and Riding: Hachette's Railroad Bookstore Network in Nineteenth-Century France*, Bethlehem (PA), Lehigh UP.

Eliot, S. (1994) *Some Patterns and Trends in British Publishing, 1800-1919*, Londres, Bibliographical Society.

Flint, K. (1993) *The Woman Reader, 1837-1914*, Oxford, Clarendon Press.

Hewitt, M. (2000) "Confronting the Modern City: The Manchester Free Public Library, 1850-80", *Urban History* 27:1, pp. 62-88.

Hoock-Demarle, M.-C. (1993) "Reading & Writing in Germany". En: Fraisse, G. y M. Perrot (eds.) *A History of Women in the West. Vol. 4: Emerging Feminism from Revolution to World War*, Cambridge (MA), HUP, pp. 145-165 [trad. esp.: "Leer y escribir en Alemania". En: Fraisse, G. y M. Perrot (eds.) *Historia de las mujeres en Occidente. Vol. 4: El siglo xix*, Madrid, Taurus, 1993, pp. 159-182].

Howsam, L. (1991) *Cheap Bibles: Nineteenth-Century Publishing and the British and Foreign Bible Society*, Cambridge (Reino Unido), CUP.

Lyons, M. (2001) *Readers and Society in Nineteenth-Century France: Workers, Women*, Peasants, Basingstoke (Reino Unido) y Nueva York, Palgrave Macmillan.

——— (2008) *Reading Culture and Writing Practices in Nineteenth-Century France*, Toronto, Toronto UP.

Parfait, C. (2007) *The Publishing History of* Uncle Tom's Cabin, *1852-2002*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate, 2007.

Patten, R. L. (1978) *Charles Dickens and His Publishers*, Oxford, Clarendon Press.

Roberts, L. C. (1998) "Disciplining and Disinfecting Working-Class Readers in the Victorian Public Library", *Victorian Literature and Culture* 26:1, pp. 105-132.

Rose, J. (1992) "Rereading the *English Common Reader*: A Preface to a History of Audiences", *Journal of the History of Ideas* 53:1, pp. 47-70.

——— (1995) "How Historians Study Reader Response: or, What Did Jo Think of *Bleak House?*". En: Jordan, J. O. y R. L. Patten (eds.) *Literature in the Marketplace: Nineteenth-Century British Publishing and Reading Practices*, Cambridge (Reino Unido), CUP, cap. 9, pp. 195-212.

——— (2001) *The Intellectual Life of the British Working Classes*, New Haven (CT), YUP.

Vincent, D. (1983) "Reading in the Working-Class Home". En: Walton, J. K. y J. Walvin (eds.) *Leisure in Britain 1780-1939*, Manchester, Manchester UP.

Webb, R. K. (1955) *The British Working-class Reader, 1790-1848: Literacy and Social Tension*, Londres, Allen & Unwin.

Weedon, A. (2003) *Victorian Publishing: The Economics of Book Production for a Mass Market, 1836-1916*, Aldershot (Reino Unido), Ashgate.

Escritura

Augst, T. (2003) *The Clerk's Tale: Young Men and Moral Life in Nineteenth-Century America*, Chicago, Chicago UP.

Chartier, R. (ed.) (1997) *Correspondence: Models of Letter-Writing from the Middle Ages to the 19th Century*, Cambridge (Reino Unido), Polity.

Dekker, R. (ed.) (2002) *Autobiographical Writing in Its Social Context Since the Middle Ages*, Hilversum (Holanda), Verloren.

Kalman, Judy (1999) *Writing on the Plaza: Mediated Literacy Practice Among Scribes and Clients in Mexico City*, Creskill (NJ), Hampton Press [trad. esp.: Escribir en la plaza, México, FCE, 2003].

Lyons, M. (ed.) (2007) *Ordinary Writings, Personal Narratives: Writing Practices in the 19th and Early 20th-century*, Bern, Peter Lang.

——— (2008) *Reading Culture and Writing Practices in Nineteenth-Century France*, Toronto, Toronto UP.

Petrucci, A. (1993) *Public Lettering: Script, Power and Culture*, Chicago, Chicago UP.

Sinor, J. (2002) *The Extraordinary Work of Ordinary Writings: Annie Ray's Diary*, Iowa City, Iowa UP.

Traugott, M. (ed. y trad.) (1984) *The French Worker: Autobiographies from the Early Industriol Era*, Berkeley (CA), UCP.

Vincent, D. (1981) *Bread, Knowledge and Freedom: A Study of 19th-Century Working-class Autobiography*, Londres, Europa.

Siglo XX

Fishburn, M. (2008) *Burning Books*, Basingstoke (Reino Unido), Palgrave Macmillan.

Hartley, J. (2001) *Reading Groups*, Oxford, OUP.

Hoggart, R. (1958) *The Uses of Literacy: Aspects of Working-class Life*, Harmondsworth (Reino Unido), Penguin.

Kaestle, C. F. et ál. (1991) *Literacy in the United States: Readers and Reading Since 1880*, New Haven (CT), YUP.

Long, E. (2003) *Book Clubs: Women and the Uses of Reading in Everyday Life*, Chicago, Chicago UP.

Lovell, S. (2000) *The Russian Reading Revolution: Print Culture in the Soviet and Post-Soviet Eras*, Basingstoke (Reino Unido) y Nueva York, Palgrave Macmillan y St. Martin's Press.

Lyons, M. y L. Taksa (1992) *Australian Readers Remember: An Oral History of Reading, 1890-1930*, Melbourne, OUP.

McAleer, J. (1992) *Popular Reading and Publishing in Britain, 1914-1950*, Oxford, Clarendon Press.

Radway, J. (1987) *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature*, Londres, Verso.

——— (1997) *A Feeling for Books: The Book-of-the Month Club*, Literary Taste, and Middle-Class Desire, Chapel Hill (NC), North Carolina UP.

Reuveni, G. (2006) *Reading Germany: Literature and Consumer Culture in Germany Before 1933*, Nueva York, Berghahn.

Van Slyck, A. A. (1995) *Free to All: Carnegie Libraries and American Culture, 1890-1920*, Chicago, Chicago UP.

Índice analítico

Nota: los números de página en negrita (por ejemplo, **79-81**) remiten a la página en la que el tema en cuestión se trata de manera más profunda. Los números de página en bastardilla (por ejemplo, *114*) remiten a las figuras.

Academia Francesa, 168, 213
academias (Francia provincial), 249-250
acuerdo de precios netos (1899), 288
administración
  censura, 216-219
  escritura, 33,53, 56, 57,
  publicidad, 244-245, 248, 250-251, 271, 283, 299, 366-367
Affaire des Placards, 109
afganos, 390
África, 44, 390-391
  ver también argelinos; Burkina Faso; Egipto antiguo; Eritrea; Malí; Níger; África occidental; África subsahariana
África occidental, 390
África subsahariana, 47, 390
  ver también Sudáfrica
Agustín, San, 48, 132
Albert, Jean-Pierre, 337
Alberti, Leon Battista, 136
Alcott, Louisa May
  Mujercitas, 278
Alcuino de York, 57
Aldo Manucio, 82, 139-140
Alembert, Jean d', 213, 226, 231
Alejandría, biblioteca de, 52
alemán (lengua)
  en Francia, 225
  período de la Reforma, 94, 96-97, 98-99, 107
  Renacimiento, 124, *126*, 127, 140
  revolución de la imprenta, 76
Alemania
  cultura popular, 170
  escritura, 355
  fiebre de la lectura, la (1750-1830), 240, 248, 250, 254, 257, 261-263, 265
  imprenta, 68, 72, 91
  lectores (décadas de 1880 a 1930), 322
  medieval, 57
  período de la Reforma, 95-96, 98-99, 101, 105, 114
  período nazi, 369
  público lector masivo, 272, 274, 276, 284, 294, 297, 299, 300
  pulp fiction (siglo xx), 367
  Renacimiento, *126*, 127-128
  televisión, 230
  Teoría de la Recepción, 20
  ver también Berlín; Fráncfort; Leipzig
alfabetización
  analfabetismo mundial, **387-391**
  Antiguo Régimen francés, 222-223
  burocrática, *ver* burocracia, alfabetización
  contexto social, **187-189**
  cultura popular y, 153, 156-157, 160, 163,
  ecología de la, **197-200**
  Edad Moderna (siglos xvii y xviii), **177-207**
  era digital, 383, 387
  escritura y, 335-336, 351, 353-355, **357-362**
  imprenta y, 68, *77*, 79, 88
  impresores, *72*
  índices, **179-187**
  masiva (décadas de 1880 a 1930), 303, 305-306, 314-315, 320
  período antiguo y medieval, 41, 47, 54, 57, 60
  política de, **207-207**
  público lector masivo, 272, 275, 299, 300
  Reforma Protestante y Contrarreforma, **94-96**, 101, 111, 118
  Renacimiento, 128
  siglo xx, 370-1, 373
alfabético, orden, 75, 71
alfabetos, **96-103**, 153, 163, 179, 186, 189, 193,198, 195, 203, 314, 335, 351, 353, 355, 359, 362, 387, 391
alienación, 76

All the Year Round, 285
Allen, James Smith, 25
Allende, Isabelle
La casa de los espíritus, 376almanaques, 68, 70, 148, 152-3, 157, **159-163**, 242, 245, 253
Amazon.com, 377
Amberes, 68, 69, 72,97, 110, 112, 114
Ambrosio, San, 48
Amelang, James, 173
América, 357, 362
ver también Caribe; América del Norte; América del Sur
América del Norte
alfabetización, 179-180, 390
esfera pública, 247
ver también México; Estados Unidos de América
América del Sur, 289, 354
ver también Brasil; Perú; Venezuela
Ami du peuple, L', 244
Amours de Charlot et Toinette, Les, 232
anabaptistas, 106
analfabetismo, *ver* alfabetización
analfabetismo mundial, **387-391**
Anderson, Benedict, 88
anglicanos, 134
anglosajona, cultura, 57
Aníbal, 132
animal, piel de 51
Annales politiques, 244
Annales, escuela historiográfica de los, 27
Annapolis, 261
Antigüedad, **35-53**
Mesopotamia; Roma
Renacimiento, 121-122, 13, 137, 146,
ver también Egipto antiguo; Grecia antigua
Antiguo Régimen (Francia)
censura y lectura, **209-226**
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 236-237
público lector, **222-226**
Antiguo Testamento, 96
Antístenes, 46
antropológicas, perspectivas 12, 14, 17
Anunciación, 50
Año Nuevo, 291
Apostrophes (programa de TV), 377
Applegath, prensa de, 274
aprendizaje basado en Internet, 44
árabe (lengua), 59
árabes, 72
arameo, 41, 72
Arbeiterinnen-Zeitung, 321
Arch, Joseph, 203
archivos, 47, 59, 131, 166, 218
Argelia, guerra de, 247
argelinos, 387
Aristóteles, 41, 132
aritmética, 183, 190
Armada española, 116
Arquímedes, 64
artes y ciencias (clasificación humanista), 145, 252-253
artesanos
alfabetización, 60, 78, 113, 188
Antiguo Régimen francés, 223-225, 227
autobiografías, 147, 172-174, 203
cultura popular, 157, 161, 175
impresores, 69, 95
lectores (décadas de 1880 a 1930), 301, 322
público lector masivo, 244, 280
Renacimiento, 122, 138
Asia, 67, 390
ver también bangladesíes; Este asiático; India; islamismo; Oriente Medio; pakistaníes; Vietnam
Astérix, libros de 365
astrología, 160-163
astronomía, 75, 142
Athenaeum, 161
Athenian Society, 87
audiencia, *ver público lector (audiencia)*
Augst, Thomas, 330
Auschwitz, 130
Austen, Jane, 257-261, 280, 378
Australia
aborígenes, 35
Biblia familiar, 265
colonización británica, 42
correspondencia, 360
inmigrantes en, 26 ,185
lectores (décadas de 1880 a 1930), 313

público lector masivo, 277, 293
Austria, 72, 192, 204, 240, 328
Auteurs Célèbres (Flammarion), 283
autobiografía
alfabetización y, 203
de las clases trabajadoras, 147, 172-173, 174, 330
de lectores, 21, 33, 313-314, 321
democratización, 351, 362
popularidad, 377
ver también diarios personales
autores
anónimos, 216, 218
bibliotecas, 144
censura, 209, 211-219
cultura popular, 157, 166, *170*
era digital, 382, 384
escritura, 336-337, 342
extraordinarios, **351-357**
fiebre de la lectura (1750-1830) la, 266, 268
imprenta y, 85-87, 91
mundo antiguo y medieval, 45, 49, 54
papel, 18, 21, 23, 27, 29-30
público lector masivo y, 279, 282,285-289
Reforma y Contrarreforma, 102, 109-113, 115
siglo xx, 369-372, 378
ver también escritores
Aveling, Edward, 320
avemaría, 107
Aventurier Buscon, L', 158

Babilonia, 38
Baedeker (editor), 288
Bajtín, Mijaíl, 158
Balcanes, 180
Balzac, Honoré de, 273, 274, 286, 287, 288, 290, 327
bangladesíes, 390
Bantam, libros, 373
Baraghini, Marcello, 373-374
Bastilla, 209-211
Baylac, Jean-Pierre, 341-342
Bayly, Lewis
The Practise of Pietie, 264
Beadle, Erastus e Irwin (editores), 323
Beaumarchais, Pierre, 220
Bebel, August, 320
Beeton, Mary, 307
Beeton's Complete Letter-Writer for Gentlemen, 360
Bélgica, 57
ver también Amberes; flamenco; Lovaina; *belles-lettres* (clasificación)
Bella Durmiente (La Belle au Bois Dormant) (cuento popular), 169
belles-lettres (clasificación), 145-146, 253
Belsasar, el rey, 38
Bentley (editor), 292
Bergman, Ingmar, 193
Berlín, 294, 296
Berna, *227*, *228*
convenio internacional sobre los derechos de autor, 289
best sellers
Antiguo Régimen francés, 233
Encyclopédie, **226-229**
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 257, 260, 266
público lector masivo, 278,
siglo xx, 367, 380
Biblia
católicos, los, 107
cultura popular, 149-150, 164
división en libros, etc., 84
dueños, 132, 254
en lengua vernácula, **96-103**, 108-109, 111, 117
época medieval, 51-53
jurar sobre la, 118
lectura, *ver* Biblia, lectura de la
público lector masivo, 278
Reforma protestante, 93-94, 105-106
revolución de la imprenta, 66, 70, 75
ver también Nuevo Testamento; Antiguo Testamento
Biblia, lectura de la
alfabetización, 182, 185, 191, 201
cultura lectora (décadas de 1880 a 1930), 314-315
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 253-254, 264-266, 269, 278
Reforma y Contrarreforma, 117-119, 132
Biblia adulterada, 75
Biblia del rey Jacobo , 86, 97
bibliografías, 144-145
Biblioteca Bodleiana, Oxford, 144

bibliotecarios
alfabetización, 184
censura, 211
grupos de lectores, 294
público lector masivo, 294
pulp fiction, 367
bibliotecas y *cabinets de lecture*
Antiguo Régimen francés, 223-224, 229
censura, 371
era digital, 381, 387
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 241, 249, 253, 257, 260-261, 270
lectores (décadas de 1880 a 1930), 312, 314-316, 318, 320
monásticas, 74, 80
mundo antiguo y medieval, 41, 44, 50, 52,
privadas, *ver* libros, dueños de
público lector masivo, 275, 280-282, **293-299**, 299-300
Renacimiento, 121, 129, 131, 132-133, **143-146**
ver también bibliotecas de préstamo; bibliotecas públicas
bibliotecas de préstamo
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 241, 261
lectores (décadas de 1880 a 1930), 315-316, 318, 322, **324-328**
lectura de trabajadores, 333-334, 341
público lector masivo, 281, 293, 291, 293, 295, 299
registro de préstamos, 22
siglo xx, 366, 387
bibliotecas públicas, 293, 295-296, 315, 324, 326-327, 366
bibliothèque bleue, **152-159**, 162, 174-175, 300
Biggles, series, 366
biografía, 119, 145, 255, 332, 372, 376
ver también autobiografía
Bismarck, Otto von, 294
Blakers, George, 357
Blancanieves (cuento popular), 171
Blondie, 368
Bloom, Lynn, 337
bloques de madera, tecnología de, 67
Blyton, Enid, 366
Boccaccio, Giovanni, 123, 124, 133, 158, 164, 327
Bodin, Jean, 135
Bohemia, 95, 114
bolígrafos, 384
Bolléme, Geneviève, 156
Bonifacio VIII, Papa, 55
Book-of-the-Month Club, 374-381
Borges, Jorge Luis, 381
Borstell & Reimarus (Berlín), 294
Boston, 261, 286, 330
Boswell, Annabella, 346
Bourdieu, Pierre, 23-24
Bradbury, Ray
Fahrenheit 451, 369
Bradshaigh, Lady, 268
Brame, Caroline, 340-341
Braudel, Fernand, 30-31
Brava de la Serna, Marco, 53-54
Brasil, 207, 359
Bretaña, *ver* bretón; bretones
bretón (lengua), 181, 193, 225, 307
bretones, 200, 223
Brissot, Jacques-Pierre
Patriote français, 244
británico, Imperio, 278, 367
Brontë, Charlotte, 359
Brown, Matthew P., 264
Buffalo Bill, 323
Buffon, Conde de, 221
Bunyan, John
El progreso del peregrino, 254
Burdeos, 199, 225, 311
burocracia, **53-58**, 59, 203, 331, 353
burocrática, escritura 30, 33, 37, 54
Burghley, Lord, 161
Burke, Peter, 151
Burkina Faso, 390
Burney, Fanny, 259

caballería, *ver* novelas, lectura de
Cade, Jack, 203
cafés, *ver* clubes y cafés
Calas, Jean, 247
Calmann-Lévy (editor), 290
calvinismo, 95, 96, 98,102, 109-111, 115, 119, 196

Calvino, Juan, 97, 105-106, 109-110, 132
Cámara de los Comunes (Gran Bretaña), *ver* Parlamento (Gran Bretaña)
Cámara de los Lores (Gran Bretaña), *ver* Parlamento (Gran Bretaña)
campesinos
alfabetización, 95, *180*, 187, 192, 198, 200, 202-203, 205, 370
cultura popular, 147-150, 154, 157-159, 163, 165-167, 169, 171-172
escritura, 31, 335, 352-356, 358, 362
imprenta, 78
mundo antiguo y medieval, 41, 59
público lector masivo, 301
Reforma y Contrarreforma, 105
campesinos, guerra de los, 105-106
camuflada, impresión, 110
Cantar de Roldán, 154
capital cultural 20, 23, 329
capital económico 23
capitalismo, 64, 68, 227, 247, 289, 290, 299
caracteres chinos, 36, 40, 67
Caribe, 31, 201
Carlomagno, 57, *154*
Carolina del Sur, 200-201
Carlos II, rey de Inglaterra, 161
Carlos V, Emperador, 114
Carnegie, bibliotecas de, 296, 324
carolingea, minúscula, 57
carolingeo, periodo, 57
Carroll, Lewis
Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, 278
cartas, *ver* correspondencia
Carter, Nick, 323
cartismo, partidarios del, 331
Cartland, Barbara, 371
Cartouche (cuento popular), 155
Casanova, Giacomo
Memorias, 327
Cassell, John (*editor*), 289
castellano (lengua), *126*, 128, 240
Castiglione, Baltasar de
El cortesano, 133
catalán (lengua), *126*, 173
Catalina II, zarina, 226
Cataluña, 60
Cato, Nancy, 385
Caxton, William, 68, 81
celta, cultura, 57
Cendrillon (Cenicienta), 168
Cenicienta *(Cendrillon)*, 168
Censer, Jack, 243
censura
Antiguo Régimen francés, 209-234
bibliotecas, 327
cultura popular, 158-159
dictaduras del siglo xx, 371
escribientes, 359
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 248, 269
imprenta y, 80, 90-91
lectores (décadas de 1880 a 1930), 311
Reforma y Contrarreforma, 108-109, 110-111, 114-115
transmisión textual, 29
ver también índice de libros prohibidos
Central do Brasil (película), 359
Certeau, Michel de, 22-23
Cervantes, Miguel de
Don Quijote, 113, 133, 149, 379
Chapman & Hall (editor), 285
Charivari, Le (periódico), 306
Charpentier (editor), 281, 288
Chartier, Roger, 144, 157, 210, 230, 233-234
Chaucer, Geoffrey, 81
Chávez, Hugo, 377
checos, 320
China
antigua, 35, 37, 41
alfabetización, 391
imprenta, 67
Chomsky, Noam
Hegemonía o supervivencia, 377
Chow, Kai-Wing, 67
Chrisman, Miriam Usher, 99, 124
Cicerón, 121-123, 132-134, 136-137
cicerón, fuente, 122
Cid, El, 155
cien grandes obras, 328
ciencia

cultura popular, 161
fiebre de la lectura, la (1750–1830), 253
Ilustración, la, 226
lectores (décadas de 1880 a 1930), 319
mundo antiguo y medieval, 41,
Renacimiento, 124, 128, 133, 145
revolución de la imprenta, 61, 64, 76, 85
siglo xx, 363, 370
científica, revolución, 61
cine, *ver* películas
circulación, *ver* reimpresiones, tiradas
circulantes, bibliotecas, *ver* bibliotecas de préstamo
cirílica, escritura, 59
citas, 136
cívico, humanismo, 137
Clanchy, Michael, 54–55
clases sociales
alfabetización y, 31, 55, 60, 187, 200, 202, 203, 206
Antiguo Régimen francés, 222, 224
capital cultural, 19, 23–25
cultura popular, 147–148, 150–152, 157, 163
escritura, 335–336, 340, 347, 351, 362
fiebre de la lectura, la (1750–1830), 235, 251, 256, 260–262
imprentas y, 78–80
lectores (décadas de 1880 a 1930), 303–305, 307, 312, 314–315, 320–325, 328–330, 333
público lector masivo, 280, 282, 295–298, 301
Reforma y Contrarreforma, 94–95, 118
Renacimiento, 131, 133, 140
siglo xx, 367, 373, 375, 386
ver también clases trabajadoras
clases trabajadoras
alfabetización, 94, 198, 203
Antiguo Régimen francés, 222
bibliotecas de préstamo, 295, **324–328**
escritura, 33, 172, 174–175, 330, 333
lectores, 147, 149, 303–304, 312, 321, **322–324**
público lector masivo, 282
clásico, mundo, *ver* Antigüedad
clasificación del conocimiento
Renacimiento, 140, 146
siglo xviii, 252
Clemente VIII, Papa, 108
Cloots, Anacharsis, 66
clubes *ycafés*, 248
ver también clubes de libros; grupos de lectores
códice, 33–34, 36–37, 51–53, 80, 92, 382
Cohen, Rose, 314
Colbert, Jean-Baptiste, 168
Coleridge, Samuel Taylor, 26, 259, 262, 269
Colet, John, 128
Collection des Meilleurs Romans Français Dédiés aux Dames, 308
Collins, Wilkie, 285, 304–305
Collodi, Carlo
Las aventuras de Pinocho, 278
colporteurs (vendedores ambulantes), 29,70, 110, 152–153, 158, 291–292, 298–299
comerciales, transacciones, 39, 46, 56, 300
cómicas, tiras, 366
competencia y protección
Francia, 214, 217, 219
público lector masivo, 289
componedores, 27, 72, 86, 241, 275–276, 365, 385
comunicación, 17–18, 31, 33, 74, 80, 90
circuito de la (Darnton), 27
comunismo, 25, 371, 391Condillac, Étienne Bonnot de, 211
conciencia, 36
Concilio de Trento, 107, 113, 129
conocimiento
acceso al, 17, 177
clasificación, *ver* clasificación del conocimiento
de la escritura, 35, 39
democratización del, 90
en el mundo antiguo, 41
imprenta y, 65, 75, 76, 79, 89
Constantinopla, 69
consumidores
era digital, 385
fiebre de la lectura, la (1750–1830), 237, 248, 256, 259, 270
lectores como, 18–19, 22–24, 308, 323–324, 363, 367, 372, 375
continua, scriptio, 45, 50, 52
Contrarreforma, 108, 113, 119

alfabetización y, 178, 195
cultura popular, 152, 158
disminución de libros religiosos, 254
Renacimiento, 123, 146
revolución de la imprenta, 81
Contrarrevolución (Francia), 215, 230
Cook, James, 42, 269
Copérnico, 75
copistas, 59
copyright, 238, 283, 289, 382-383
ley inglesa de derechos de autor de 1710, 91, 238
ver también derechos de propiedad intelectual
Corán, 38, 165
Corea, 67Corgi, libros de, 373
Cornelius, Janet D., 201
Corpus Christi College, Cambridge, 134
correo, *ver* correspondencia
correspondencia
alfabetización y, 357- 359
cartas de amor, 336, 346, 350
cartas de lectores a revistas, 305
consejos sobre cómo escribir cartas, 156-157, 359-360
de lectores, 21
de reyes, 58
entre lectores y escritores, 25, 268, 286
escritura, 336, 352-355
familias, 314, 336, **343-350**
costos, *ver* papel; proceso de impresión
Cottin, Sophie, 259
Courtenay, Bryce, 286
Coverdale, Miles, 97
Craik, George
The Pursuit of Knowledge Under Difficulties, 332
Cranmer, Thomas, 100
Credo, 107, 130
Cressy, David, 94, 187, 194
cretenses, 40
cristiandad, *ver* religión (cristiandad)
Cristo, 156, 165, 356
Crompton, Richmal, 366
crónicas escandalosas, 231-233
cuaderno de notas, 135-136, 341
cuáqueros, 194
Cuento Semanal, El 284
cuentos de hadas, *ver* cuentos populares
cuentos populares, 152, 154, **166-172**
cuisinière bourgeoise, La 307
cultura escrita, 33, 35, **37-39**, 41-42, 47, 49, 54-55, 57-58, **59-60**, 67, 76, 102, 146, 149, 178, 182, 196, 200, 203, 206, 265-266, 268, 301, 353, 381, 389
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 265-266, 269
márgenes, 37, 41, 47, 54, 57, **59-60**
restringida, 35, **37-39**, 60
cultura manuscrita
escritura y, 149
imprenta y, 61, 74, 82, 84
literatura disidente, 371
cultural, *historia*
cultura popular, 24
escritura, 362
imprenta 34,
latín, 122
libros, lectura y escritura, 37
literacidad y, 177
revolución lectora, 251
ver también masas, cultura de; popular, cultura
cuneiforme, escritura, 35
cursiva, tipografía, 31

D'Alembert, *ver* Alembert, Jean d'
Damiens, Robert-François, 212
Daniel (profeta), 38
danesa, cultura, *ver* Dinamarca
danse macabre, 154-155
Dante, 124, 140, 356
Darnton, Robert, 26-29, 167-168, 215, 218, 222, 226-229, 231, 233-234
circuito de comunicación, 27-28
Daumard, Adeline, 280
Davidson, Cathy, 255
Davis, Natalie, 95
De Bernières, Louis
La Mandolina del capitán Corelli, 381
Defoe, Daniel, 239, 259, 351
Moll Flanders, 327
Robinson Crusoe, 239, 254, 315, 328
democratización

alfabetización, 177, 207
conocimiento, 90
escritura, 30, 33, **335-362**
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 237
grupos de lectores, 380
libros, 373
público lector masivo, 137, 149-150, 271, 297-298
Dent, J. M. (editor), 284, 328
Depresión, Gran (década de 1930), 318, 368, 374
derechos de autor, convenio internacional sobre los, 289
derechos de propiedad intelectual, 30, 91
ver también copyright
Descartes, René, 84
Desmoulins, Camille, 244
detectives, historias de, 323, 380
día de los enamorados, tarjetas del, 345, 352, 362
diario personal
de lectores, 21
escritura, 330, 332, 335, **336-343**, 351, 361
ver también autobiografías
diccionarios, 75, 124, 137, 288, 322
Dick Whittington and his Cat (cuento popular), 155
Dickens, Charles, 27, 280, 285-286, 324, 328, 330
La pequeña Dorrit, 331
Nicholas Nickleby, 285
La tienda de antigüedades, 286
Los papeles póstumos del Club Pickwick, 285
dictaduras (siglo xx), **369-372**
ver también nazi, período; Unión Soviética
Diderot, Denis, 212, 226, 230
Didier, Béatrice, 339
Didot, Ambroise-Firmin, 273, 290
Didot, familia, 289
dieciochoavo, formato 281
Diez Mandamientos, 187, 191
difamación, 246
Digital Corp, 363
dime novels, 277, 323
Dinamarca, 88, 196, 204
Dios
cultura popular, 164, 171
escritura, 339, 356-357
lectura y, 328
mundo antiguo y medieval, 38, 55
orden alfabético, 75
Reforma y Contrarreforma, 106, 117
Renacimiento, 130, 145
diplomacia, 129
director de la *Librairie*, 216
disciplinas, *ver* clasificación del conocimiento
Disneylandia, 168
distribución, 27, 219, 241, 271, 288, 291-292
Dolet, Etienne, 98
Dom Bougre, 232
Domesday, el Libro de, 58
dominical, periódico, 282
dominicales, actividades, 117, 235, 264, 315, 322, 332
dominicales, escuelas 315
Donne, John, 80
donne gentili, le, 308
Doré, Gustave, 308
Dostoievski, Fiódor
El idiota, 339
Drake, William, 135
drama, *ver* obras de teatro
Dreyfus, 247, 298
du Barry, Madame, 232
Dumas, Alejandro, 286, 300, 308
Dumay, Jean-Baptiste, 328
Dumont, Albert, 341
Dunton, John, 87
Dupont, Paul (editor), 289
Duriez, sociedad, 287
Duval, Jamerey, 174, 184
Dymock's Australian Letter-Writer for Ladies and Gentlemen, 360

East Lynne, 315
Eco, Umberto, 79
económico, contexto
alfabetización, 178, 189
ediciones en rústica, 372-373
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 261
historia cultural, 18
mercado del libro, 214
publicación, 27
público lector masivo, 271, 276

Edad Media, 35-38,
alfabetización, 54, 59, 177, 390
comentarios, 134
cultura manuscrita, 51-53
cultura popular, 166
herejías, 95
latín, 55, 130
lectura silenciosa, 33, **48-51**
literatura, 125
tecnología de escritura, 31
edicto de Châteaubriant (Francia), 109
editores
censura y regulación, 209, 213-215, 218-219
cultura popular, 147, 153, 156-158, 170
estrategias, 3, *ver también marketing* o comercialización
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 238-239, 263
Ilustración, la, 226
lectores y (décadas de 1880 a 1930), 308, 316, 323
papel, 27
público lector masivo, 271, 276, 281-282, 284-285, **287-293**, 297, 299
Reforma y Contrarreforma, 101, **109**, 111
Renacimiento, 121-124, 127, 139-140
revolución de la imprenta, 72, 85, 87, 90-91
siglo xx, 368-370, 374, 376
ver también impresores
Eduardo VI, rey de Inglaterra, 100, 112, 114
educación
alfabetización y, 54, 178, 187, **189-193**, 194, 199-200, 202, 204, 206, 301
capital, 20
cultura popular y, 156, 168,
era digital, 387, 389
escritura y, 335, 339, 345
Grecia antigua, 46
imprenta y, 64, 67, 77
lectores (décadas de 1880 a 1930), 320, 329, 332,
medieval, 54
nivel de, 23
público lector masivo, 265, 277-278, 280, 288-291,
Reforma y Contrarreforma, 105
Renacimiento, 128, 133, 146
siglo xx, 366, 370, 372, 375-376,
Educación, Ley de (Francia, 1833), 335
Effi Briest (Fontane), 310
Egipto antiguo, 17, 35, 37, 202
egodocumentos, 172, 336, 360, 362
Eisenstein, Elizabeth, 61, 74, 84-85, 122
electrónica, revolución *ver* era digital
Eliot, George, 317, 319
Eliot, Simon, 140, 290
Eliot, T. S., 328
elites
alfabetización, 31, 32, 35, 37, 177, 188, 196, 200, 206
cultura popular y, 148, 150-152, 170, 172
culturas lectoras, 249, 251 280
escritura, 22
Ilustración, la, *227*
imprenta y, 65, 74, 77, 79
lenguas, 55
Renacimiento, 122, 125, 134,146
Elzevir (editor), 91, 123
emancipación
alfabetización y, 203, 206
culturas lectoras, 19, 319, 333,
escribir en busca de la, 33
imprenta y, 66
emblemas, libros de, 142-143
emigrantes, *ver* migración
enciclopedias, 226, 284, 289, 323
Encyclopédie
censura, 213
como *best seller*, **227-229**
publicar y editar, 219, 221, 224, *228*
Engelsing, Rolf, 44, 132-133, 135
Enrique I, rey de Inglaterra, 58
Enrique II, rey de Inglaterra, 56
Enrique VIII, rey de Inglaterra, 100, 113, 134
entretenimiento, 17, 19, 283, 324, 384, 373, 389
Erasmo de Róterdam, 101, 116, 121, 127, 133, 137, 156, 359
Eritrea, 390
erotismo y pornografía
Antiguo Régimen francés, 218, **230-234**
diario personal, 318
Internet, 391
lectores (décadas de 1880 a 1930), 310, 316

público lector masivo, 289
Escandinavia, 69, 88, 114
ver también Dinamarca; Noruega; Suecia
esclavitud, 41, 201-202, 309
Escocia
emigrantes, 296
alfabetización, *180*, 195, 196
período de la Reforma, 114
Renacimiento, 124
escritura, 354
escolaridad, *ver* educación
escolasticismo, 104
escribientes
alfabetización y, 181, 353, 357-359, 362
mundo antiguo y medieval, 38, 49, 51, 54, 56-59
revolución de la imprenta, 74-75, 81
rol de, 18, 29
escritores
censura, 209, 211, 217
comunes y corrientes, **172-175**
era digital, 384-385
escritoras, *ver* mujeres
humanistas, 127, 142
Ilustración, la, 231
poder político, 181
ver también autores
escritura
alfabetización, 177-179, 181-183, 185-186, 190-191, 194, 196-197, 200-201, 204
cotidiana, 336, 356, 362
cultura popular, 148-149
democratización (desde 1800), 33, 10, 177, **335-362**
era digital, 195-198
escolaridad básica, *ver* educación
escritos ordinarios, **351-357**
Grecia antigua, 45-47
historia, 19, **30-32**
letras, *ver* letra manuscrita
mundo antiguo y medieval, 35-45
orígenes, 35
propósitos, 33
Reforma y Contrarreforma, 102, 113
trabajadores, 352, 354
ver también alfabetos
escritura privada, 31
España
alfabetización, 59, 193-194, 336
cultura popular, 152-153, 155, 173
ediciones en rústica, 373
Encyclopédie, 229
escritura, 30, 359-360
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 240
imprenta, 69-70, 79
lectores (décadas de 1880 a 1930), 305, 326
público lector masivo, 275, 281, 284, 298
pulp fiction, 366
Reforma y Contrarreforma, 97, 108, 111
Renacimiento, 125, *126*, 127-128, 133
esquimales, 204
Estado
alfabetización, 185, 193, 200, 204-206
cultura popular, 152
escritura, 39, 358
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 246, 248, 250
Reforma y Contrarreforma, 100
regulación del mercado del libro, 91
siglo xx, 372
ver también gobiernos; monarquías
Estados Unidos de América
alfabetización, 178, 182, 200, 202, 204
clubes de libros y grupos de lectores, **374-381**
cultura popular, 150
escritura, 352, 384
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 263-264
imprenta, 69
influencia cultural internacional, 367-368
lectores (décadas de 1880 a 1930), 314, 318, 323
lectores, 21
público lector masivo, 272, 275, 277-279, 282-283, 293, 296
rústica, 373
ver también Nueva Inglaterra; Nueva York; Virginia
Este, Leonello d', 143
Este asiático, 67
ver también China; Japón; Corea
Estienne, Robert, 84, 138

Estrasburgo, 97, 99, 124
estrategias de lectura, 134, 146
ver también referencia, libros de
estudiosos
imprenta y, 62, 72, 75, 88
medievales, 53, 57,
público lector masivo y, 294
Reforma y Contrarreforma, 97
Renacimiento, 144
Europa oriental, 59, 69, 129, 179, 230
Eusebio, 139
evangélicos, 159
Everyman's Library (Dent), 284, 328
evidencia documental, *ver* registro, llevar
extensiva , lectura, **262-270**

fábulas, *ver* cuentos populares
Fahrenheit 451, 369
familias
alfabetización, 189, 193, 301, 386-387
correspondencia dentro de las, 336, **343-349**, 354-355
cultura popular, 149
de editores, 289
de impresores, 214
escritura, 32-33, 351, 357-358, 362
lectura, 253- 254, 265-266, 282, 323,
familia, libros de *(livres de famille)*, 59, 172, 351
Fanny y Alexander (película), 193
Fantasma de la Ópera, El, 318
fantástica, literatura, 371
fascistas, dictaduras, 369-372
ver también nazi, período
Faulkner, William, 368
Faulks, Sebastian
La canción del cielo, 380
fax, aparato de, 17
Fayard (editor), 281
Febvre, Lucien, 27
Federico de Sajonia, 106
Felipe II, rey de España, 30-31, 110, 359
Fergus, Jan, 259
Fernández Área, Domingo, 326
feminismo
escritura, 352
lectura, **317-322**, 337, 378, 380
fenicios, 41
ferrocarriles, 64, 159, 271, 290-292, 298-300, 344
ficción
cultura popular de los primeros años de la Edad Moderna, *156*, *160*
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 256, 259, 266-268
lectores (décadas de 1880 a 1930), 305, 307-312, 317-321, 326
lectores y escritores, 21, 25, 331
publicar, 145
público lector masivo, 140-144, 147, 150-151 278, 280-281, 284-285, 298, 300
siglo xx, 368, 371, 375-377, 380
ver también novelas; *pulp fiction*; novelas, lectura de
Fichte, Johann Gottlieb, 332
Fielding, Henry, 256, 259
filosofía
alfabetización y, 179
escritura, 338
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 269
Ilustración, la, **230-234**
lectores (décadas de 1880 a 1930), 321, 327
lectura humanista, 130, 134, 144
Finlandia, 197, 352
Fioretto della Bibbia, Il, 164
firmas
autores y escribientes, 54
Antiguo Régimen francés, 222-223
como prueba documental de alfabetización, **179-187**, 194
Fish, Stanley, 24
Flammarion (editor), 281, 283, 288, 292
flamenco (lengua), 126, 181, 225
Flaubert, Gustave, 25, 310
florilegium, 136
Flynn, Elizabeth, 333
Foley, Susan, 349
Foley, Winifred, 313
folio, en, 70, 99, 138, 227, 228, 244, 308
Folio Society, 24
fonéticos, alfabetos 40-41
Fontane, Theodore
Effi Briest, 310

Fontenelle, Bernard le Bovier de, 211
formatos
Antiguo Régimen francés, 227
biblias, 99, 117, 119
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 241, 244, 253,
historia de los, 21, 29, 32
público lector masivo, 273, 279, 281-282, 284, 288, 291, 292
Renacimiento, 138-140
revolución de la imprenta, 70
ver también códice
fotográficas, técnicas 275
fotografías, 350
Foucault, Michel, 326
Foxe, John, 93, 118, 118
fragmentada, lectura ("lectura intersticial"), 308, 364, 383
France, Anatole, 327
francés (lengua)
alfabetización, 181, 191, 204
censura, 225-226
cultura popular, 148
en Inglaterra, 55, 58
lectores, 257,
período de la Reforma, 97, 99, 109
Renacimiento, 125, *126*, 127, 128-129,
revolución de la imprenta, la, 76
francesa, Revolución
alfabetización y, 199, 202
correspondencia, 346
cultura popular, 147
explosión de la producción impresa, 237-238
orígenes, 19, 209, 214, 230, 233, 234 *ver también* Antiguo Régimen (Francia)
público lector masivo, 239
público lector, 222
revolución de la imprenta, 66
Francia
alfabetización, 178, *180*, 182, 184, *188*, 189-192, 195, 198-200, 202, 204
antigua, 35
Antiguo Régimen, *ver* Antiguo Régimen francés
cultura popular, 153, *154*, 155, 157, 161, 170, 173
ediciones en rústica, 372
escritura, 335, 343-344, 347, 355, 358
fiebre de la lectura, la (*1750-1830*), 239, 243, 247-252, 254-255
grupos de lectores, 377
imprenta, 69-70, 80, 90-91
lectores (décadas de *1880 a 1930*), 304-305, 307-309, 326-327
lectura, 388-389
lenguas, 181, 193, 200, 225 *ver también* francés
medieval, 57-58
período de la Reforma, 95, 99, 108-109, 111
público lector masivo, 274-281, 291-295, 297-301
Renacimiento, 124-126, *126*, 128, 133, 139
transmisión textual, 29
ver también Burdeos; Lyon; París; Provenza; Ruan; Estrasburgo; Toulouse
Fráncfort, 68, 85, *127*
Francisco I, rey de Francia, 109
Franklin, Benjamin, 261
Franklin Society (Francia), 295
Frazier, Charles
Monte frío, 380
Freebee, London, 202
Freire, Paulo, 206
Frémy, Arnould, 303
Freud, Sigmund, 369
Froissart, Jean
Crónicas, 133
fuentes, *ver* tipografía
Furet, François, 183
Furst, Johann, 63

gacetillas
digitales, 382
manuscritas, 80
gaélico (lengua), 193
Galeno, 132
Gales, *ver* galés
galés
lengua, 97
pueblo, 160, 333-334
Galileo, 85, 91, *128*
Gallimard, Gaston, 368

Gambetta, Léon, 349
Garamond, Claude, 139
García Márquez, Gabriel, 376, 378
Garnier, los hermanos (editor), 289
gascona, población, 225
Gaskell, Elizabeth, 285
Gato con botas (cuento popular), 167, 169, 172
Gazette de Leyde (La gaceta de Leiden), 239
Geiler von Keyserberg, Johann, 107
género, *ver* feminismo; mujeres
géneros literarios, 25, 70, 140, 151-152, 154, 163, 172, 232, 277, 335, 361, 365, 380
geografía, 32, 145, 252, 255, 332, 344
Gibbon, Edward, 333
Gilfedder, Jeanette, 364
Gilmore, William J., 253-254
Gimeno Blay, Francisco, 112
Ginebra, 69, 109-111, 199, 219, 227, *228*
  Biblia de, 100
Ginzburg, Carlo, 20, 165
Girard, Jean, 327
Girardin, Emile de, 245
globalización, *ver* internacionales, mercados
gobiernos
  censura y regulación del comercio del libro, 206, 211, 214, 216, 369, 370
  cultura popular, 147, 159
  era digital, 364
  escritura, 31, 33, 39, 53-55, 57, 205
  fiebre de la lectura, la (1750-1830), 246-248, 252
  imprenta, 70, 91
  latín, 125
  público lector masivo, 278
  Reforma y Contrarreforma, 98
  Renacimiento, 122
  ver también Estado
Goethe, 267, 270, 323
  El aprendizaje de Wilhelm Meister, 259
  Fausto, 284
  Las desventuras del joven Werther, 259, 266
Gogol, Nikolai, 370
Golden, Arthur
  Memorias de una geisha, 380
Goldmann, Emma, 313
Goldsmith, Oliver, 332
Goodrich, Samuel, 263-265
Goody, Jack, 37-38, 40-41
Gordon, Daniel, 234
gótica
  cultura, 66
  escritura, 59, 72, 96, 138-140, 181
  novela, 256
Graffigny, Françoise de
  Cartas de una peruana, 257
gráficos, símbolos, 35
grafitis, 352-353, 356, 362
Grafton, Anthony, 135-136, 139
gramática, 124, 128, 130, 145, 174, 203, 313
Gramsci, Antonio, 150
Gran Bretaña
  alfabetización, 179, 189, 201
  cultura lectora (décadas de 1880 a1930), 307, 325-326, 328, 333
  cultura popular, 159
  época medieval, 58
  escritura, 343,-344, 359,
  fiebre de la lectura, la (1750-1830), 238, 240, 248, 251
  grupos de lectores, 378, 381
  lectores, 21
  período de la Reforma, 100, 117
  producción impresa, 68-69, 80, 86
  publicar y editar, 217
  público lector masivo, 276-279, 281, 288, 292-293, 295, 301
  Renacimiento, 126
  ver también Inglaterra; Irlanda; Escocia; Gales
Grand calendrier et compost des bergers, Le, 161
Gran Depresión, 318, 368, 375
grandes obras, 328grandes olas de emigración, *ver* migración
Grassi, Marie-Claire, 350
Grecia antigua, 41, **45-47**, 121
grecorromano, mundo *ver* Antigüedad
Grégoire, abate, 147-148, 151, 155
gremios, 70, 157, 215, 222
Grey, Zane, 368
griego (lengua), 45, 49, 52, 72, 98, 214
griego, alfabeto, 40

Grimm, hermanos 167, 170-172
Grundtvig, Nikolaj, 88
Guérin, Eugénie de, 339, 361
Guerra Civil inglesa, 91, 136, 202, 246
Guerra de los Treinta Años, 115
Guerra Mundial, Primera 271, 277-278, 321-322, 324, 335, 354-355, 357, 365
Guerra Mundial, Segunda 277, 333, 367, 371, 375
Guillermo, el Conquistador, 58
Guizot, François, 290, 335
gusto, 23, 25
Gutenberg, Johannes, 34, 61, **63-68**, 70, 77, 89, 241, 271, 363-364

Habermas, Jürgen, 245-247, 249, 251
habitus, 24, 329
Habsburgo, imperio de los, 54
Hachette (editor), 289-293, 373
Hachette, Louis, 278
Hachette, puestos de libros en estaciones de ferrocarril, 64
Hall, David, 253
Hamburgischer Correspondent, 240
Hamilton, familia, 310
Hansel y Gretel (cuento popular), 171
Hardy, Thomas, 327
Harlequin (editor), 317
Harry Potter, serie de, 365
Hartley, Jenny, 378
Harvey, Gabriel, 134-135
Haynes, Christine, 290
Hearst, Randolph, 283
Hébert, Jacques, 244
hebreo (lengua), 41, 52, 59, 72, 96, 98, 118
Hélias, Pierre-Jakez, 306-307
Helvétius, Claude Adrien
De l'esprit, 210, 212, 220
Hemingway, Ernest, 368
Herbert, William, conde de Pembroke, 185
Heródoto, 46
Hesse, Carla, 237
Hesse, Hermann, 385
Hetzel (editor), 291
Hewitt, Martin, 325
hipertexto, *ver* era digital
Hipócrates, 132
histoire du livre, 27, 29
historia
clasificación, 130, 134, 145
cultura popular, *154*
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 252, 255, 265, 269
lectores, 317, 319, 321, 327, 332
lectura de, 224
publicaciones, 217
Hitler, Adolfo, 369, 376
ver también nazi, período
Hodder y Stoughton (editor), 367
Hoggart, Richard, 19, 372
holandés, 126, 127
Holt, Henry (editor), 377
Homero, 46
Hood, Paxton, 332
Horacio, 132, 140
horn books, 192,
Household Words, 285
Houston, Rab, 195
Howsam, Leslie, 278
Hugo, Adèle, 336
Hugo, Victor, 279, 287, 300, 328, 331, 336
hugonotes, 111, 171
humanismo, **121-146**
escritores del, 127
formato del libro, 138-140
imprenta y, 65, 72
lectores, 121, **130-138**, 140, 146
letra o tipografía, 96, 139-140
Hungría
bolígrafos, 384
latín en, 129
literacidad, 179, *180*, 190, 192
período de la Reforma, 114
husitas, 97

IBM, 363
Ibsen, Henrik, 327
iconografía, *ver* imágenes
ideogramas, 40

Illustrated London News, The, 308
iluminaciones, 50
Ilustración, la
cultura popular, 152, 157, 161,
literatura, 34
monarquía francesa y, 209-210, 220-222, 225, 226, 229, 230, 233-234
publicar y editar, 238, 243
ver también Encyclopédie
ilustraciones
cultura popular, 156-157
Encyclopédie, 227
publicar, 21, 32
público lector masivo, 275, 291
Reforma y Contrarreforma, 101, 103
Renacimiento, 138, 142-143
revistas, 101, 243, 305, 307-308
siglo xx, 365
ver también ilustraciones grabadas en madera
ilustraciones grabadas en madera, 67, 103, 138, 142, 156
imágenes
antiguas, 35
cultura popular, 156
era digital, 382
religiosas, 50, 101, 103-105, 115, 119
Renacimiento, 142-144
siglo xx, 366
Imitations de Jésus-Christ, 108
Imperio romano, *ver* Roma
importados, libros
Antiguo Régimen francés, 215
Reforma y Contrarreforma, 97, 109, 111
imprenta
cultura popular, *ver* popular, cultura
explosión de la, (1750-1830), **237-242**
precios, *ver* precios
producción, 29, 51, 240-241
Reforma Protestante, 93-119
Renacimiento, 122, 126, 138, 140
revolución de la, **61-92**
revolución de los medios (1750-1830), **242-245**
imprenta, cultura de la, 88
imprenta, revolución, **61-92**
defensa del concepto, 74-77
los primeros años, 68-73
mito de Gutenberg , 63-68
reacciones ante la imprenta, 89-92
revisión del concepto, 77-89
impresión, tecnología de la
primeros tiempos, 68-69, 89, 92
público lector masivo, 274
Reforma y Contrarreforma, 105, 118
impresores
censura y regulación, 209, 212-215, 217
cultura popular, 152
era digital, 382
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 237-238
papel de los, 27
primeros, 65, 68-70, 72, 75, 82, 86, 90-91
público lector masivo y, 271, 274
Reforma y Contrarreforma, 95-96, 98-99, 101, 108-112, 115
Renacimiento, 122, 139, 142
siglo xx, 385
ver también editores
impuestos
bibliotecas, 295
escritura e, 56-57, 203, 353, 358, 387
imprenta e, 78
privilège, 90
publicación e, 282
incunabula, 81, 126, 140
India, 277
índice de libros prohibidos, 90, 112-113
índices, 53
indígenas, pueblos, 31, 204
indulgencias, 66
industrialización
alfabetización e, 198
imprenta, 92
público lector masivo e, 271-272, 275, 299
siglo xx, 366
información, 17, 47, 383
Inglaterra
alfabetización, 90-96, 99-100, 102-103 *180*, 182, 184, 191, 195, 198-199, 203
cultura popular, 150, 152-154, 160-161, 174
ediciones en rústica, 367
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 239-243,

246, 248, 256, 259, 261
imprenta, 69, 70, 78-79, 85-86
lectores (décadas de 1880 a 1930), 305, 314, 322, 326
medieval, 56-58
período de la Reforma, 94-95, 97, 100, 110, 113-114, 116
público lector masivo, 275, 284, 289
pulp fiction, 368
quema de libros, 112
Renacimiento, 127-128, 133-134
ver también Gran Bretaña; Londres; Oxford
Inglés (lengua)
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 257
lingua franca, 125
medieval, 55, 58
período de la Reforma, 97, 100, 114,
Renacimiento, 126, 129
Ingres, Jean-Auguste-Dominique, 339
inmigrantes, *ver* migración
Inocencio VIII, Papa, 108
Inquisición
alfabetización e, 194
censura, 259
confesiones, 352
Contrarreforma, 108, 111, 113, 115-117
cultura popular, 163-166, 172
lectores durante la, 21
quema de libros, 104, 210
inscripciones, 30, 38, 41, 59, 139, 352-353
Institutos de Mecánica, 326
intensiva, lectura, 237, **262-270**, 330
internacional, diplomacia, *ver* diplomacia
internacionales, mercados, 276-277
Internet, 22, 44, 89, 364, 382-383, 391
ver también era digital
interpretativas, comunidades, 24
intersticial, lectura *ver* lectura fragmentada ("lectura intersticial")
iPod, 389
Irak, 35
Irlanda, 49, 195
Isabel I, reina de Inglaterra, 100, 134, 161
Isidoro de Sevilla, 48
islamismo, 39, 108
ver también Corán
Islandia, 197
israelitas, 202
Italia
alfabetización, 195
cultura popular, 164, 172
ediciones en rústica, 373
Encyclopédie, 227, *228*, 229
escritura, 52, 57, 351, 355
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 240, 254
imprenta, 68, 70, 91
lectores, 325
lectura, 20
período fascista, 369
público lector masivo, 278, 291, 300
pulp fiction, 369
Reforma y Contrarreforma, 108, 116-117
Renacimiento, 123, 125-126, *126*
ver también Milán; Roma; Venecia
italiano (lengua), 76, 96, 124, 126, 128, 225
itálicas, fuentes, 122, 139
Iván el Terrible, zar conocido como, 151

Jack and the Giant (cuento popular), 154-155
Jamerey-Duval, Valentin, 174, 184
James, Henry, 386
Japón, 69, 389
Jardine, Lisa, 134
jeroglíficos, 40
jesuitas, 104, 144, 216
Johns, Adrian, 85-86, 89
Johns, W. E., 366
José II, Emperador de Austria, 240
Josefo, Flavio
Historia de los judíos, 132
Journal de Paris, 241
Journal des dames et des modes, 307
Journal illustré, Le, 308
Juan de Salisbury, 55
Juan el Bautista, 104
Juan Evangelista, San
festividad de, 215
El Evangelio según, 105

judaísmo, 59
judíos, 108, 314, 369, 378
Juhantytär, Kaisa, 352
Julio César, 135
Julio, Monarquía de (Francia), 289
jurisprudencia (clasificación humanista), 145
Just William, 366

Kafka, Franz, 369
Kalinowski, Ignatius, 354
Kalman, Judy, 353
Katzenjammer Kids, The, 368
Knight, Charles, 282
Knox, John, 100
Koenig, la prensa de, 273-275

Laborismo, 331
Ladies' Home Journal, 282
Ladurie, LeRoy, 188
Ladvocat (editor), 290
Lady's Magazine, 260
Lamartine, Alphonse de, 64, 341
Lamb, Charles, 359
Lamballe, princesa de, 220
Lamennais, Hugues-Félicité Robert de
Paroles d'un Croyant, 279
Lane, Allen, 372
Lanston, Tolbert, 276
Larousse (editor), 284, 286, 307
Larousse, Pierre, 286, 288
Larpent, Anna, 269
Lascaux, pinturas en las cuevas de, 35
latín (lengua)
alfabetización, 191
Europa, **125-130**
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 253
humanismo renacentista, 121-125, 134, 140, 142
mercado del libro, 214
mundo antiguo y medieval, 38, 49, 52, 55, 57-59
Reforma y Contrarreforma, 93, 97, 99-100, 108, 111, 118-119
revolución de la imprenta, 72-73, 79, 81
latina, cultura, 100, 119, 128-129, 146
Lausana, 217, 227, *228*

Lawrence, D. H., 372
lectoras, culturas (décadas de 1880 a 1930), 303-334
lectores
cartas a escritores, *ver* correspondencia
como cazadores furtivos, 22
comunidades de, 25-27, 286
convencionales e inconformistas, 312-317
cultura popular, 147, 149, 157-158, 160-161, 163-165
destinatarios, 32
era digital, **381-387**
historia de, 19
humanistas, **130-137**
implícitos u ocultos, 20-21
imprenta y, 62, 75-76, 79-82, 84, 87-89, 92
medievales, 48-49, 50-51, 53, 58
no lectores y analfabetismo, 387-391
nuevos (décadas de 1880 a 1930), **303-334**
participación, 21, 34, 51, 82
preferencias, 23
Reforma Protestante, 94, 97, 101, 103, 107, 110, 112, **114-119**
respuestas, 20-22, 32-33, 115
siglo xx, **363-381**
ver también público lector (audiencia)
lectores, grupos de, 374-381
lectura
alfabetización, 177-179, 182-183, 185-7, 190-193, 197, 200-201, 204
autosuperación, 19, 296, **329-334**
de la Biblia, *ver* Biblia
dictaduras del siglo xx, **369-372**
educación básica, *ver* educación
en silencio, *ver* silenciosa, lectura
en voz alta, *ver* leer en voz alta
era digital, **381-387**
extensiva, *ver* extensiva, lectura
fiebre (1750-1830), **235-270**
fragmentada, *ver* lectura fragmentada ("lectura intersticial")
Grecia antigua, **45-47**
historia de la, **19-30**, 210
imprenta y, 76-77, 81, 89
intensiva, *ver* intensiva, lectura
lenguas vernáculas, *ver* lenguas vernáculas, *nacio-*

nales y regionales
microhistoria, **163-166**
mundo antiguo y medieval, 35-37
popular, 94, 105, 113, 148
proceso creativo, 22
propósitos, 19
público, *ver* público lector (audiencia)
Reforma y Contrarreforma, 94, **96-103**, 105, 108, 111, 113, 115, 118-119
Renacimiento, 122-124, 133, 135-136, 142-143
sondeos, 388
tradicional, *ver* intensiva, lectura
lectura, base de datos, "Reading Experience Database" (RED), 21
Lee, Harper
Matar a un ruiseñor, 376
leer en voz alta
alfabetización vicaria, **357-362**
Biblia, 103, 117
cultura popular, 149
familia, 193, 259, 265, 314, 347, 354, 358
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 269
historia de, 19, 34
mundo antiguo y medieval, 45, 48, 54, 56, 58
trabajadores, 315, 321, 333
leer para la autosuperación, **329-334**
Lefèvre d'Etaples, Jacques, 97
Lehire, Bernard, 386
Leicester, Conde de, 134
Leiden, 70, 91, 110, 123, 239
Leipzig, 63, 68, 101, 239, 253, 267
Lejano Oeste, 325, 367-368
Lejeune, Philippe, 338, 340, 342
lenguas
alfabetización, 41, 45
imprenta y, 76, 88
lingua franca (lengua común), 125
nacionales, *ver* lenguas vernáculas, nacionales y regionales
regionales, *ver* lenguas vernáculas, nacionales y regionales
traducciones, 58, 96-97, 107, 109, 114, 127-128, 257
vernáculas, *ver* lenguas vernáculas, nacionales y regionales
ver también latín
lenguas vernáculas, nacionales y regionales
alfabetización, 181, 193, 204, 206
cultura popular, 164,
Francia, 148, 181, 193, 225
Reforma y Contrarreforma, 93-95, **96-103**, 107-109, 113, 117, 119
Renacimiento, 123-124, 126-127, 133, 140
Lenin, V. I., 370
lentes, 263
León X, Papa, 90, 116
Léon, Léonie, 349-350
Leonardi, Sebastiano, 356
letra manuscrita,
carolíngea, 57
humanista, 96
lectura de, 181
romana, 138
tecnología y, 384
trabajadores, 352
letradas, culturas *ver* cultura escrita
Levellers' Almonack, 160
Levi, Primo, 130
Levítico, 39
Lévy, Michel (editor), 279, 281
Lewis, "Monk", 257
ley y abogados,
censura, 51, 106-109
Antiguo Régimen francés, 112, 115
clasificación humanista, 71, 128
en latín, 60, 62-63
alfabetización y, 91, 100, 102-104
público lector masivo, 148
medieval, 22-24
cultura popular y, 73, 78
imprenta y, 29-30, 35, 41
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 126-127
Renacimiento, 64, 67, 69
escritura y, 8, 13-14, 18, 21, 180
Ley de licencias, 1662 (Inglaterra), 91
Ley de licencias, 1695 (Inglaterra), 248
libertad de prensa y expresión, 215, 217, 240
libertad, 66, 114

libretto da mano (de bolsillo), 139
libro da banco (de banco), 138
libro da bisaccia (de alforja), 138
libros manuscritos, *ver* manuscritos
Ligue de l'Enseignement (Francia), 295
Lilly, William, 161
Lineal A, sistema, 40
lineal, pensamiento *ver* pensamiento
Linguet, Simon-Nicholas-Henri, 231, 244
linotipia, 275-276, 365
Lipsio, Justo, 135
literaria, cultura *ver* imprenta, cultura de la
literaria, producción, *ver* producción
literarias, sociedades, 25
literarios, círculos ver clubes y cafés
literarios, salones, 249-250
literatura, *ver* ficción; novelas; obras de teatro; poesía
litografía, 275, 299
livres de famille, ver libros de familia
Livres de poche, 373
Livy, 135
Locke, John, 117, 161
lógica, 39-45
ver también pensamiento racional
lolardos, 95
London, Jack, 317
Londres
alfabetización, 189, 194, 197, 198
almanaques, 159
público lector masivo, 273, 292
imprenta, 68-69, 80
lectores (décadas de 1880 a 1930), 333
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 247-248, 256, 261
Times, ver The Times (Londres)
Lo que el viento se llevó, 367
Long, Elizabeth, 380
Longman (editor), 289
López de Gomára, Francisco, 31
Lorraine, duque de, 184
Lovaina, 100, 103, 112
Love, Harold, 80
Lovett, William, 331
Luis XIV, rey de Francia, 168
Luis XV, rey de Francia, 212, 232-233
luteranismo
alfabetización, **94-96**
lectura, 115, 197
Reforma y Contrarreforma, 100, 102, 105-106
revolución de la imprenta, 66, 88
Lutero, Martín, 93-94, 96-98, 101-106, 109, 111, 115, 119, 132, 140, 193
Lycée, Le (revista), 290
Lyon, 69-70, 95, 110-112, 312, 219, 223, 386

Macmillan (editor), 288-289
Magazine littéraire, 338
Maggiolo, línea de 199-200
magia
cultura popular, 149, *154*, 155, 160
escritura y, 31, 36, 38,
religión y, 93, 103, 118-119,
Magna, Carta, 55
Mahoma, 38
malentendidos culturales, 43
Malesherbes, Lamoignon de, 216-218, 220
Malí, 44, 390
Mame, Louis, 287
Mandeville, Bernard, 206
Mandeville, John
Los viajes, 164
mandolina del capitán Corelli, La, 381
Mandrou, Robert, 153-156
manufactura, ver producción
manuscritos, 49, 51, 65, 74, 77, 79-82, 89, 123, 131, 134, 138-140, 142, 146, 211, 214, 238, 341, 352
maoríes, 43
mapas, 41, 75
Maquiavelo, Nicolás, 121, 123, 133, 136, 327
máquinas de escribir, 17, 384-386
Marat, Jean-Paul
L'ami du peuple, 244
Marco Aurelio, 52
márgenes de la cultura escritura, *ver* cultura escrita
marginales, glosas, 82, 168
María, Virgen, 50, 356
María I, reina de Inglaterra, 100, 114
María Antonieta, reina de Francia, 231, 234
María Luisa de Parma, 205
Marinoni, rotativa de, 274

marketing o comercialización
Antiguo Régimen francés, 221
cultura popular, 153
lectores y, 26, 32
público lector masivo, 284, 291, 334
internacional, *ver* internacionales, mercados
nacional, *ver* nacionales, mercados
Marks & Spencer, 372
Marmontel, Jean-François, 213
Marvell, Andrew, 80
Marx, Karl, 284, 369
masas, cultura de, 89, 150, 378
masivo, público lector, **252-262**, 271, 281, 294
masivos, medios, 153
masones, 250
Matar a un ruiseñor, 376, 378
matemática, 255
materiales, formas, *ver* formatos
matrimoniales, contratos, 182-183
matrimonios, *ver* familias
Matson, Hannah, 186
Maza, Sarah, 250
McCourt, Frank
Las cenizas de Ángela, 381
McLuhan, Marshall, 61-62, 76-77, 79
mecanización, *ver* industrialización; tecnología
médicos, trabajos, 78, 132, 160, 224, 293
medios, corporaciones de, 17
medios, revolución de los (1750-1830), **242-245**
Meilleurs Classiques Français et Étrangers (Flammarion), 284
Melanchthon, Philip, 102, 105, 109, 118, 128
melodramas, 282, 315, 319
Melville, Herman, 384
memoria
cultura popular, 153
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 263
lectura de las clases trabajadoras, 330
mundo antiguo y medieval, 35-36, 42, 44, 54
obras del canon literario, 369
Reforma y Contrarreforma, 102
Renacimiento, 128, 135, 143
Memorias de una geisha, 380
Menandro, 47
Ménétra, Jacques-Louis, 173-174
Menocchio (Domenico Scandella), **163-166**
Mentor, libros de, 373
Mercantile Library, de Nueva York, 330
Mercier, Louis-Sébastien, 231, 233
Meredith, Louisa Anne, 27
Mergenthaler, Ottmar, 275
Merlinus Anglicus, 161
Mertzdorff, familia, 347-349
Mesopotamia, 35, 39
Messager Boiteux, Le, 160
Messageries Hachette, 291
metal, tipos móviles de, 67, 241
metodistas, 314, 334
Metroön, 47
México, 69, 353
Michelet, Jules, 341
microstoria, 165
migración, 26, 31, 185, 198, 332, 354, 358, 387
Milán, 48, 123, 300, 308, 345,
Millelire, serie, 373
Mills & Boon (editorial), 317-318
Milton, John, 127, 235
mineros, Institutos de, 333
minúsculas, letras 52, 57
misa, 109, 130, 254-255
misioneros, 43, 69
Mitchell, Margaret
Lo que el viento se llevó, 367
mitos, *ver* cuentos populares
Mode illustrée, La, 307
modernidad, 47, 66, 76, 80, 112, 119, 166, 177, 254, 299, 325
latín, 130
escritura, 44
ver también cultura popular
Mommsen, Theodor, 294
Monaghan, Jennifer, 178, 204
monarquía
censura, 209, 211-213, 215-218, 233
cultura popular, 155
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 240, 246
Ilustración y, **220-222**
mundo antiguo y medieval, 37, 53-54, 56, 59

patrocinio de, 69, 115
Renacimiento, 126, 145
sátira, 232
monasterios, 56, 74, 79-80, 100, 134
Mondadori (editor), 368-369
monopolio, *ver* competencia y protección
monotipia, 276, 365
Montaigne, Michel de, 135
Montesquieu, Baron de, 230
Montgomery, Lucy Maud
Ana, la de Tejados Verdes, 278
monumentos, *ver* inscripciones
moral
censura y, 229
escritura, 339
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 257, 260
lectores (décadas de 1880 a 1930), 311, 318, 325, 329, 330
More, Thomas, 100, 127, 133
Mornet, Daniel, 230, 257
Morrison, Toni, 376, 378
Moisés, 38
musulmanes, *ver* islamismo
móvil, tipo, 61-62, 64-65, 67
Mudie's, biblioteca, 281-282
mujeres
alfabetización, 47, 79, 94-95, 111, 178, *180*, 185-186, 191, **193-197**, 370
clubes de libros y grupos de lectores, 375, 379-380
comunidades lectoras, 25
cultura popular, 153, 163, 174
escritura, 33, 336-337, 340, 346-348, 360,
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 235, 251, 260-261, 267, 269
latín, 130
lectoras de novela, **308-312**
lectoras, 25, 10, **301-322**, 325, 330, *ver también* feminismo; novelas, lectura de
novelistas, 259
Renacimiento, 122, 130-131, 133
Müntzer, Thomas, 105
Murdoch, Rupert, 221
Murray (editor), 289
música, 46, 311, 333, 374, 389
Musset, Alfred de, 361

nacionales, lenguas *ver* lenguas vernáculas, nacionales y regionales
nacionales, mercados, 276, **299-301**
nacionalismo
cultura popular, 160,
dictaduras del siglo xx, 369
imprenta y, 88
Revolución francesa, 226, 239
Naciones Unidas, 377
Nalle, Sara, 113, 193
Napoleón Bonaparte, 295
Napoleón III (Segundo Imperio), 328
narrativa, 165, 267
Navarro Brotóns, Víctor, 128
navegación, 41, 128
navegar, *ver* lectura fragmentada ("lectura intersticial")
nazi, período, 369, 376
Necker, Jacques, 251
Nelson, Thomas (editor), 278
Neuchâtel, 218, 227, *228*
New York Magazine, 256
Newton, Isaac, 33, 89, 128, 185
Nick Carter, los episodios de, 323
Níger, 390
no lectores, **378-391**
nórdicos, países *ver* Escandinavia
normanda, conquista, 58
North Briton, The, 247
norte de Europa, *179*
ver también Alemania; Países Bajos; Escandinavia
Noruega, 88, 196, 204
notas, 82, 136
cuadernos de, 135-136, 352
toma de, 135-136, 204
novelas
Antiguo Régimen francés, 217, 224
cultura popular, 146, 149, 150, 155, 159
escritura, 340
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 235, 237, 241-242, 252, 253, 255- 257, 259-261, 266-270
lectores (décadas de 1880 a 1930), 305, 314, 316-320, 323, 327, 331-332

lectores implícitos u ocultos, 20
marketing, 32
mujeres lectoras, **308-312**
público lector masivo, 277, 279, 281-286, 292, 294, 297, 300
siglo xx, 365, 367-369, 371, 376, 379-381, 386
three-decker, 241, 281
novelas, lectura de
Contrarreforma, 113
cultura popular, 149
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 256, 260, 270
lectores (décadas de 1880 a 1930), **309-312**, 311, 318-319
público lector masivo, 294,
siglo xx, 379-380
Nueva Inglaterra
alfabetización, *180*, 182, 192, 195
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 254, 256, 263-266
imprenta, 69
Reforma, 99, 117
ver también Boston
Nueva York, 261, 272, 314, 330, 352, 374
Nueva York, estado de, 204
Nueva Zelanda, 43
Nuevo Testamento, 38, 96-97, 99, 105, 109, 116-117, 150, 192, 224

obras de teatro, 124, 269
occitano, 225
octavo, en 99, 119, 139-140, 220, 226, *228*, 240, 244, 278, 281-282
Odo Quarto, 116
Oeste, historias del, *ver* Lejano Oeste
oficios, *ver* artesanos
Old Moore, almanaque, 161
Olivétan, Pierre Robert, 97
Olsen, Ken, 362
Ong, Walter J., 40
Oprah Winfrey Book Club, 377-378
oral, cultura
alfabetización y, 187, 203
Antiguo Régimen francés, 234
cultura popular, 148, 166-168, 170-171, 173
escritura y, 33, 351, 362
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 237, 265
imprenta y, 62
la lectura entre las clases trabajadoras, 330
mundo antiguo y medieval, 36, 44, **39-45**, 45-48, 50, 55-56
Reforma y Contrarreforma, 102
oral, lectura *ver* leer en voz alta
ordenanza de Villers-Cotterêts (Francia), 99, 127
Oriente Medio, 35, 51
ortografía, 45, 74, 85, 124, 351
Orville, Ernest, 341
Oscar, serie, 368
Ovidio, 82, 122, 132
Oxford, 50, 68-69, 129, 144

Pablo, San
Epístola a los romanos, 105
Pablo IV, Papa, 116
Pacífico, océano, 41, 47
padrenuestro, 107, 130, 192
Paine, Tom, 333
Países Bajos
Encyclopédie, 229
imprenta, 68, 70, 91
medieval, período, 57
período de la Reforma, 98, 103, 108
publicar y editar, 217
Renacimiento, 123, *126*, 140
ver también Amberes; Bélgica; Leiden; Lovaina
pakistaníes, 390
palimpsesto, 51
Palmaverde, 163
Pan, libros de, 373
Panckoucke, Charles-Joseph, 220-222
Panckoucke-Dalloz, familia, 289
panfletos
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 237, 240, 242, 246-247
lectores (décadas de 1880 a 1930), 298, 333
política, 90, 201
pornografía, 231, 233
público lector masivo, 286

Reforma y Contrarreforma, 99, 100-101, 110,
Renacimiento, 131
siglo xx, 370
Papado
censura, 118, 210, 229,
ver también Índice de libros prohibidos
indulgencias, 66
Reforma y Contrarreforma, 93, 95, 99, 108, 116-117
Papas, *ver Papado*
papel
Antigüedad, 41, 46
códice, 52-53
era digital, 370, 373, 389,
escritura, 360
precios, 241, 365, 374
producción, 219, 226
público lector masivo y, 271, 275-276, 278, 289
revolución de la imprenta, 62, 65, 67, 72, 80, 84
Papers for the People (Chambers), 332
papiro, 35, 47, 51
Parets, Miquel, 173
París
alfabetización, 197
Antiguo Régimen, 209-213, 219, 222, 224, 231,
Encyclopédie, 227, *228*, 229
escribientes, 181
escritura, 340, 343-344, 347, 352-353, 356
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 235, 237,
239, 240, 242, 248-249, 256
imprenta, 69-70, 72, 81, 90
lectores, 308, 325, 327
público lector masivo, 279, 293-294, 297
Reforma y Contrarreforma, 108-109, 112, 114
Renacimiento, 123, 132
siglo xx, 365
universidad, *ver* Sorbona
Parker, lapiceras 384
Parker, Matthew, 134
Parlamento (Gran Bretaña), 54, 246
parlements (Francia), 90, 109, 217
París, 109, 210, 212
Toulouse, 247
pasaportes, 204
Pascuas, 50, 254
Pasternak, Boris
Dr. Zhivago, 371
Paternoster Row, Londres, 69
Paton, Alan
Llora, amado país, 376
Pearson, Jacqueline, 240
Pearson's Weekly, 282
Pelican, libros 372
películas, 119, 324, 365
Pembroke, William Herbert, conde de, 185
Penguin, libros, 372-373
Penloup, Marie-Claude, 340, 342
Penn, Margaret
Manchester Fourteen Miles, 314
Pennac, David
Como una novela, 384
penny dreadfuls, 322
Penny Magazine, The, 282-308
Penny Post, 343-344
pensamiento, 36, 39-41, 61-62, 66-67, 226
ver también pensamiento racional
Pepys, Samuel, 134
pergamino, 51
Pérgamo, 51
periódicos
alfabetización, 179
comunidades lectoras, 25
era digital, 382, 388-389
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 237-238,
240-241, 242-245, 246-248, 253, 264
lectores (décadas de 1880 a 1930), 303, 307-309, 311-312, 321, 323
manuscritos, 352
público lector masivo, 271-274, 282-283, 291, 293, 297, 298-300
siglo xx, 365, 370, 374
periodismo, 160, 243-244, 321
Perrault, Charles, 167-171
Perú, 69
Peters, Ned, 331
Petit Chaperon Rouge, Le (Caperucita roja) (cuento popular), 168-170
Petit Journal, Le, 274, 291-292
Petrarca, 121, 124, 133, 140
Petrucci, Armando, 52, 138-139

Pidansat de Mairobert, Mathieu-François, 233
pinturas, 35, 50, 139
piratas, ediciones
Antiguo Régimen francés, 214, 217, 219
era digital, 383
primeros años de la imprenta, 85-86, 91
público lector masivo, 289
Reforma y Contrarreforma, 101
Pivot, Bernard, 377
placer, *ver* entretenimiento
plagio, 136, 158, 382
Plantin, Christopher, 72, 108, 115
Platón, 44, 46, 132
placer, *ver* entretenimiento
Plinio
Historia natural, 133
Plutarco, 132
poder
alfabetización y, 57,
escritura y, 30-31, 35, 39, 57, 203, 353, 357
imprenta y, 77
latín, 130
poesía
lectores (décadas de 1880 a 1930), 310
lectura humanista, 131, 133, 145
mundo antiguo y medieval, 45
público lector masivo, 294
revolución de la imprenta, 80
siglo xx, 368
trabajadores, 333
policía (Francia), 211, 216-218
polinesios, 41
política
alfabetización , **200-207**
almanaques, 160
escritura y, 35, 39, 353
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 239, 242, 245-246,
Ilustración, la, 212, 217, 220
imprenta y, 67, 69, 77, 90
latín, 130
lectores (décadas de 1880 a 1930), 311, 319, 332
mercado del libro, 237
Reforma y Contrarreforma, 109
Renacimiento, 134
siglo xx, 370, 372
Ponson du Terrail, Pierre Alexis, vizconde de, 341
Poor Robin (almanaque), 161
Popp, Adelheid, 320
popular, cultura
definición, 149-152
escritura, 345
imprenta y, 34, 152-175, *ver también bibliothè-que bleue*; pliegos de cordel
Reforma y Contrarreforma, 104
Popular Mechanics (magazine), 363
pornografía, *ver* erotismo y pornografía
Porteuse de pain, La, 312
Portugal, 97
postales, tarjetas, 344-345, 352
precios
público lector masivo, **281-286**
lectores (décadas de 1880 a 1930), 304-305
ver también libro, precios
precristianas, raíces, 166
prensa, libertad de, *ver* libertad de prensa y expresión
prensas de imprenta
Antiguo Régimen francés, 227
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 241
primeras, 67, 70, 72, 74
público lector masivo, 273-275, 299
Reforma y Contrarreforma, 101
Renacimiento, 140, 142
siglo xx, 364
presbiterianos, 116, 195-196
Presse, La, 245
Prévost, 221
primera comunión, 339
prisión, 321, 326
privilège, 90
procesadores de texto, 53
proceso de impresión, 273
Procura, Antonietta, 351
producción, 68-69, 74, 79, 111, 143, 218, 276, 278, 300, 388
ver también libros, producción de; proceso de impresión

profesiones
alfabetización, 188, 196, 205
Antiguo Régimen francés, 223-224, 229
escritura, 353
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 239, 245, 250
público lector masivo, 271, 280, 287, 295, 298
siglo xx, 375, 381
ver también ley y abogados; trabajos médicos
pronunciación, 40
ver también fonéticos, alfabetos
protegidos, mercados *ver* competencia y protección
Protestantismo
alfabetización y, 94-96, 195-196
cultura popular, 165
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 247, 253-254, 256-257, 263, 265-266
lectores (décadas de 1880 a 1930), 329, 332
Reforma y Contrarreforma, 19, **93-119**
Renacimiento, 122, 128
revolución de la imprenta, 61, 65, 93
variaciones del, **103-107**
ver también Calvinismo; iglesia de Inglaterra; Luteranismo; metodistas; presbiterianos; puritanos; cuáqueros
Proudhon, Pierre-Joseph, 341
Proust, Marcel, 332, 378
provenzal (lengua) *181*, 225
Provenza, 60, 198, 219, 311
pruebas, corrección de, 86, 101
Prusia, *ver* Alemania
psicoterapia, escribir como, 361
Ptolomeo, 75
pública, opinión, 217, 233, 246, 248, 250-252
pública, esfera
escritura, 30
mujeres, 309-310
república de las letras, 245-252
publicación por entregas, 281, 284-287, 298, 305, 311-312, 318, 344
publicaciones periódicas
Antiguo Régimen francés, 221
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 217, 239, 242-243, 261
ilustraciones, 159, 271, 282, 323, 373
lectores (décadas de 1880 a 1930), 305, 307-308, 312, 318, 324
público lector masivo, 283, 285, 289
siglo xx y era digital, 388-389
publicaciones extranjeras, *ver* libros importados
publicidad, 244-245, 248, 250-251, 271, 283, 299, 366-367
ver marketing o comercialización
público, *ver* público lector (audiencia)
público desconocido, 304-305
público lector (audiencia)
Antiguo Régimen francés, 209-210, 216, 222-226, 227, 229, 231, 233-234
cultura popular, 152, 156-157, 159, 168
masivo, *ver* público lector masivo
Reforma y Contrarreforma, 94, 96, 101, 114
Renacimiento, 122-124, 138-140, 145-146
revolución de la imprenta, 68, 84, 89-90
rol, 22
siglo xx, 365, 366-367, 373, 375, 381, 389
transición (1750-1830), 236, 243, 242, 250-251, **252-262**
ver también lectores
público lector masivo, 281, 283
públicos, escritores *ver* escribientes
Puffin, libros de, 372
pulp fiction
lectores (décadas de *1880 a 1930*), *324*
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 261-262
siglo xx, 365-369
puntuación, 44, 49, 81-82, 85
puritanos, 117, 192, 195, 264
Pushkin, Alexander, 370

Quatre filles Aymon, Les, (cuento popular), 155
quehaceres domésticos, 133, 156, 194, 308, 312, 374, 388
Quéniart, Jean, 224
Quevedo, Francisco de, 158

racial, cuestión, 376, 378
racional, pensamiento, 36, 40, 76, 152, 159, 161, 168
ver también lógica
Radcliffe, Ann, 256
radical, pensamiento

alfabetización, 195
cultura popular, 165
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 244,
Reforma y Contrarreforma, 105, 107, 113
radio, 302, 324, 365-366, 370
Radway, Janice, 20, 318-319, 374, 378
Railway Libraries, 292
Ranke, Leopold von, 129
Ranson, Jean, 267-268
Raynal, Guillaume-Thomas, 231, 233
razón, *ver* pensamiento racional
realismo, 25
realismo social, 167
recepción de textos, 19, 34, 88
Reclam (editor), 284, 298
recreativa, lectura *ver* entretenimiento
RED (base de datos sobre experiencias de lectura), 21
referencias, leer para obtener, 26, 135
referencia, libros de, 70, 75, 132
ver también diccionarios; enciclopedias
Reforma, 19, 34, 61, 82, **93-119**
lectores, **114-119**
ver también protestantismo
regalos de boda, 306
regionales, lenguas *ver* lenguas vernáculas, nacionales y regionales
registro, llevar, 21, 26, 38, 39
Reichenau , abadía de, 49
reimpresiones, 239, 262, 281, 283, 288, 377
Biblia, 98
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 239, 262
religión (Cristiandad)
alfabetización y, **193-197**, 201
bibliotecas, 144
censura, 209, 211, 216
cultura popular, 155, 165, 171
escritura, 33, 38-39
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 237, 254-255, 263, 265-266, 269
Ilustración, la y, 233
Imprenta y, 90, 93, 95-96, 111, 114, 116-117, 119
intolerancia religiosa, 247
latín, 125
lectura, 19, 117
mujeres, 185
mundo antiguo y medieval, 52, 54, 57
Renacimiento, 144-145
ver también Iglesia católica; Contrarreforma; protestantismo; Reforma
religiones, *ver* islamismo; judaísmo; religión (Cristiandad)
religiosos, textos
alfabetización, 201
Antiguo Régimen francés, 112, *ver también* Biblia; libros de horas; vidas de los santos; sermones
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 252-255
mundo antiguo y medieval, 52
público lector masivo, 278
Reforma y Contrarreforma, 93, 107, 113
Renacimiento, 132
Rembrandt, 118
Remington, máquinas de escribir, 385-386
Renacimiento
bibliotecas, 121, 129, 131-133, **143-146**
clasificación del conocimiento, 144-146
cultura latina, 129
imprenta, 19, 34, 61, 65, 72, 74, 82, 92
libros, **121-146**
producción de libros, **122-125**
usos de libros, **138-142**
Renan, Ernest
Vie de Jésus, 279
República de las Letras, 245-252
Restauración, período de la (Francia, 1815-1830), 276, 309
Reuveni, Gideon, 367
Revelación, Libro de la, 101, 115
revistas, *ver* publicaciones periódicas
revolución de la imprenta, 68, 76, 86
revolución informática, *ver* era digital
revolución lectora (siglos xvii y xix), 34
revoluciones de 1848, 295, 304
Reynolds' Miscellany, 282
retórica, 44, 130, 132, 135, 137, 174
Riccoboni, Marie-Jeanne, 259
Richardson, Samuel, 256-257, 259, 266, 268, 270

Richter, Noé, 330
Roberts, George, 331
Robin Hood (cuento popular), 155, 323
Rocambole, 312
Roche, Daniel, 174, 249
Rochester, John Wilmot, 2do. conde de, 80
Rogers, Richard, 117
Roggero, Marina, 162
rollos (volumen), 35-37, 47, 52-53
Roma
  antigua, 30, 45, 49, 51-52, 116, 121-122, 125, 144, 352
  moderna, 345
Reforma y Contrarreforma, 110, 113-114
  Renacimiento, 123
romanas, fuentes, 122, 138, 142, 181
romanos, manuscritos, 131
romántica, era, 64, 170, 262, 321
Rose, Jonathan, 304, 328, 333
Rothenberg, Jeff, 383
Rousseau, Jean-Jacques
  correspondencia, 359
  fiebre de la lectura, la (1750-1830), 238, 260, 266-268, 270
  Francia prerrevolucionaria, 209, 213, 219, 224, 230
  referencias a, 174
  revolución de la imprenta y, 66
Routledge (editor), 292
Rowling, J. K., 365
Roy, Arundhati
  El dios de las pequeñas cosas, 380
Ruan, 199, 213, 219, 325
Ruiz, Beatriz Ana, 172
Rumpelstiltskin (cuento popular), 172
Rushdie, Salman
  Los versos satánicos, 112
Rusia
  alfabetización, 179, 192,
  fiebre de la lectura, la (1750-1830), 248
  Unión Soviética, 370, 391
rústica, ediciones, 140, 293, 299, 318, 323, 371, 372-374
Rybakov, Anatoli N.
  Los hijos del Arbat, 371
Sachs, W., 183
Sade, marqués de, 336
Saenger, Paul, 49
Sagan, Françoise, 385
salud, lectura y, 317, 329
San Bartolomé, matanzas, 111
Saint Clair, William, 238, 262
Saint-Pierre, Bernardin de, 219
Sainte-Beuve, C. A., 286-287
salmos, *ver* religiosos, textos
salones, 249-250
salterios, *ver* religiosos, textos
Sampson Low (editor), 279
Sand, George, 306, 361
santos
  vidas, *ver* vidas de los santos
  escribir a, 356-357
Sartine, Antoine R. J. de, 216
Sartre, Jean-Paul, 247
sátira
  Antiguo Régimen francés, 220, 232
  sobre mujeres escritoras, 306
Scaliger, Joseph, 137
Scherman, Harry, 374
Schiller, Friedrich, 323
Schöffer, Peter, 63-64
Schöpflin, Jean-Daniel, 64
Schreiner, Olive, 319
Scott, Walter, 32, 257, 280
Scribner, Bob, 104
scriptio continua, *ver continuo scriptio*
scriptoria, 51
sedición y subversión, 216-219, 230-231, 303-304
Segunda Llegada, 106
Segundo Concilio Vaticano, *ver* Vaticano II (Segundo Concilio Vaticano)
Segundo Imperio (Francia), *ver* Napoleón III (Segundo Imperio)
Segundo Reich (Alemania), 276
Select-Collection (Flammarion), 284
sellos de imprenta falsos, 218
semíticas, lenguas 41, 45
Séneca, 122, 132
separación de palabras, 48-51

series, *ver* publicación por entregas
sermones, 38, 88, 103, 110, 136, 224, 253
Sévigné, Madame de, 359
sexo, *ver* erotismo y pornografía
Shakespeare, William, *27*, 85, 89, 135, 153, 184, 203, 255, 328
Sharpe, Kevin, 115
Shaw, George Bernard, 372
Shelley, Mary, 337
Shelley, Percy, 337
Shirer, William
Auge y caída del Tercer Reich, 376
Sicherman, Barbara, 319
Signet, libros de, 373
significado, atribución a textos, 20, 22, 24-26, 29, 33-35, 92
signos, *ver* imágenes
silenciosa, lectura, 53, 57, 45, **48-51**, 92, 237, 263
Silhouette (editor), 317
simposios, 45
Sindicato Agrícola Nacional (Inglaterra), 203
sirio, *72*
Smiles, Samuel
¡Ayúdate!, 332
Smith, W. H., 291-292, 318, 366
social, contexto
alfabetización, 178, **187-189**
historia cultural, 26-27
Reforma y Contrarreforma, 95-96
social, reforma 243, 249
socialdemócratas, 321, 326
socialismo, 295, 304, 320-312, 325, 370
sociedades académicas, 87
sociedades de mejora mutua, 333
Société Typographique de Neuchâtel, 218, 227
sociológicas, perspectivas, 23-24, 386
Sócrates, 44
Solón, 46
Solzhenitsyn, Alexander, 371
Somerset, Edward Seymour, duque de, 114
Sorbona, 50, 69, 90, 109-111, 212
Soulsby, Lucy, 317
Spectator, 259, 269
Stalin, Joseph, 391
Stampa Alternativa, 373
Stanhope, prensa, 273-274
Stationers' Company, 70, 86, 91, 153, 159
Stead, Christina
I'm Dying Laughing, 386
Steinbeck, John, 368, 378
Stella (editor), 308
Stendhal, 25, 262, 279, 309, 336
Sterne, Laurence, 256
Stevenson, Robert Louis
Isla del Tesoro, 278
Stoddart, Roger E., 29
Stone, Lawrence, 196
Stopes, Charlotte
British Freewomen, 320
Stowe, Harriet Beecher
La cabaña del tío Tom, 279, 313
subversión, *ver* sedición y subversión
Sudáfrica, 376
Sue, Eugène, 286
Suecia, 88, *180*, 182, 192, 195
Suiza
Ilustración, la, 217-219, *227*
medieval, 49, 57
Reforma y Contrarreforma, 105
revolución de la imprenta, 69, 91
ver también Berna; Ginebra; Lausana; Neuchâtel
Sumeria, 35
Súperman, 377
supermercados, 24, 366
sur de Europa, 179
suscripción, 227-229, 241, 260-261, 271, 283, 293
ver también clubes de libros; bibliotecas de préstamo; publicaciones periódicas
suspenso, novelas de, 282, 367
Sutherland, John, 285
Svenbro, Jesper, 45
Swainbank, Lavinia, 313
Swift, Jonathan, 87
Sylvère, Antoine, 359

Tácito, 132, 135-136
taquigrafía, 243
Tarzán, 368

teatro, *ver* obras de teatro
técnica de estereotipia, 238
tecnología
digital, 381
escritura, *ver* tecnología y técnicas de la escritura
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 236, 241
impresión, *ver* impresión, tecnología de la publicación, 120
público lector masivo, 271-272, 273-280, 299
revoluciones, 17
tecnología y técnicas de la escritura, 31
antiguas, 35-36
medievales, 49, 52, 59
modernas, 384
televisión, 150, 230, 365, 373, 377, 387-390
templanza, 329
Tennyson, Alfred, Lord, 333
teología (clasificación humanista), 129-130, 140, 145, 252
Tercera República (Francia), 290, 346
Tercier, Jean-Pierre, 212
Teresa de Jesús, Santa (Teresa de Ávila), 127, 359
testamentos, 59, 156, 172, 182, 185-187, 197, 222, 352, 358
textos
circulación de, 76
era digital, 363-366, 382-382
forma física, 29
imprenta y, 61, 63, 72, 74-76, 82, 84-86, 90
medievales, 57
permanencia, 84
Reforma y Contrarreforma, 99, 101-103, 110, 112
transmisión, 29
variantes, 89
variedad de, 237
Thackeray, W. M., 285-286
Thérèse philosophe, 232
Thomas, Rosalind, 41
Thomas Nelson (editor), 278
Till Eulenspiegel (cuento popular), 155
Times, The (Londres), 273-274, 282
tinta, 52, 72, 80, 226-227, 360-361
tipografía
Antiguo Régimen francés, 215
Renacimiento, 122
tiradas
cultura popular, 159
Encyclopédie, 227, *228*
fiebre de la lectura, la (1750-1830), 240-243, 250
lectores (décadas de 1880 a 1930), 307
primeros años de la imprenta, 70, 72
público lector masivo, 271-272, 274, 279-280, 282, 291, 299,
siglo xx, 370
Tolstói, León, 320, 370, 378
Ana Karenina, 310, 327, 378
Toulouse, 247, 356
tradicional, lectura *ver* intensiva, lectura
tradicionales, sociedades 36
traducciones, *ver* lenguas
Tratado de los Pirineos, 173
Trollope, Anthony, 285-286
Tryon, Thomas, 174
Tucídides, 47
Turín, 163, *180*
Turner, Nat, 201
Turpin, Dick, 323
Turquía, 51
Tyndale, William, 97-98

unciales, 52
Unesco, 390-391
Unión Soviética, 370-371
Universal Bibliothek (Reclam), 284
universidades
comunicación oral, 44
comunidades lectoras, 25
imprenta y, 65, 68, 70, 79, 90
Renacimiento, 129, 138,
siglo xx, 372, 375, 380
urbanización
alfabetización y, 94-95, 190, 198
público lector masivo, 272
imprenta y, 65, 68
Urbino, duque de, 134

valdenses, 95
Valdés, Fernando de, 111

Vaticano, ver Papado
Vaticano II (Segundo Concilio Vaticano), 129
Veillées des chaumières, Les, 308
vellum, 51
vendedores ambulantes, *ver colporteurs* (vendedores ambulantes)
Venezuela, 377
Venecia, 68-69, 85, 113, 115, 123-124, 139, 205
Verein für Sozialpolitik, 322
verdad, 89
Verne, Julio, 32, 279, 291, 370
victoriana, cultura, 334
victoriano, melodrama, 315
vidas de los santos, 108, 111, 132, 148, *154*, 164, 224, 300, 307
videograbadora, 17
Vie privée de Louis XV, La, 232
Viejo que vivía en un zapato, La, (cuento popular), 167
Vietnam, 391
vikingos, 57
Virgilio, 121-122, 132, 134, 137, 139-140
Virginia, *180*, 201, 254
visual, comunicación, 17, 101-102, 143, 157
Voltaire, 66, 209, 211, 213, 221, 224, 230-231, 233, 238, 247
volumen *ver* rollos (volumen)
Vox Stellarum, 161

Waitangi, tratado de, 43
Walker, David
Appeal to the Colored Citizens of the World, 201
Wallace, Edgar, 367
Washington, Booker T., 202
Waterman, lapiceras, 384
Waterstone, 366
Watson, Thomas J., 365
Watt, Ian, 256, 259
Weber, Eugen, 300
Webster, Noah
Elementary Spelling Book, 201
Wells, H. G., 372
Werdet (editor), 287, 308
Wharfdale, prensa, 274
What Middletown Read, 21-22

Wikipedia, 382
Wilkes, John, 243, 245-246, 386
Winchester, la Biblia de, 51
Winfrey, Oprah, 377-379
Wollstonecraft, Mary, 319-320
Woman's Voice, The, 320
Wood, Ellen
    East Lynne, 315
Woolf, Virginia, 328
Woolworth's, 372
Wordsworth, William, 235, 262
Workmen's Institutes, 333-334
World Wide Web, *ver* Internet
Yellow-Jacket, serie, 367

zapping, *ver* lectura fragmentada ("lectura intersticial")
Zola, Emile, 25, 247, 284, 323
Zumthor, Paul, 47
Zwingli, Ulrich, 105